

se

William Boyd

*Un buen hombre
en África*

Traducción de Bernardo Moreno

Lectulandia

A Morgan Leafy, primer secretario del consulado británico de Kinyanya, agujero infernal del África occidental, se le acumulan los problemas. Un político local le hace chantaje, sus planes para falsificar las elecciones del país han fracasado y se está gestando un golpe. Su amante negra le engaña y la deliciosa Priscila Fanshawe, hija de su jefe y objeto de sus instintos lujuriosos, acaba de anunciar su compromiso con su más odiado rival. Para empeorar las cosas, el padre de la chica amenaza con despedirlo a menos que se deshaga con rapidez de un cadáver maloliente que, según las creencias locales, debe dejarse pudrir bajo el caliente sol africano.

Premiada en 1981 con el Whitbread Award for a First Novel y en 1982 con el Somerset Maugham Award, *Un buen hombre en África* es la primera novela de William Boyd.

Lectulandia

William Boyd

Un buen hombre en África

ePub r1.0

Titivillus 30.07.16

Título original: *A Good Man in Africa*

William Boyd, 1981

Traducción: Bernardo Moreno

Diseño de cubierta: Enric Satué

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Susan

*Un extraño y pícaro mañana se despide en alguna parte.
Poniendo a prueba a los hombres de Europa, y nadie sabe
A quién tocará el oprobio, a quién la riqueza, a quién la muerte.*

W. H. AUDEN

AGRADECIMIENTO

El autor desea agradecer la amable ayuda de la *Southern Arts Association*.

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

—Eres un buen chico —dijo Dalmire, aceptando gustoso el vaso de ginebra que le tendía Morgan Leafy—. Sí, señor.

Este tiparraco me ofrece su camaradería como un regalo, pensó Morgan; parece un perro esperando que le lancen un hueso para salir disparado en su busca; si tuviera cola, estaría moviéndola en este momento.

Morgan sonrió y brindó. Te odio, chulo asqueroso, juró para sí. Eres un mequetrefe, una cataplasma; lo único que has conseguido es arruinar mi vida.

—¡Enhorabuena! —dijo no obstante—. Es una chica estupenda. Fabulosa. Eres un tío con suerte.

Dalmire se puso de pie y se acercó a la ventana que daba a la entrada principal del Consulado general. De los techos de los vehículos aparcados subía una nube vibrante de calor, y una luminosidad imperturbable y grisácea envolvía el paisaje. Era media tarde, el termómetro rondaba los treinta y cinco grados y faltaba menos de una semana para las Navidades.

Morgan lanzó una mirada displicente a Dalmire, que se estaba despegando el fondo del pantalón, empapado de sudor. Ay, Priscilla, Priscilla. ¿Por qué él? ¿Por qué Dalmire y no yo?, se quejó interiormente.

—¿Y qué, ya está fijada la fecha? —inquirió, afectando una curiosidad desinteresada.

—Aún falta bastante —replicó Dalmire—. A la mamá le gustaría en primavera. Y a Pris también. A mí me parece bien la fecha —hizo un gesto en dirección de los nubarrones que se cernían amenazadores sobre esa vasta y herrumbrosa aglomeración que era la ciudad de Nkongsamba, capital de la región centro-occidental de Kinyanya, en el África occidental—. Parece que va a caer un buen chaparrón.

Morgan lo pensó mejor, y, en vez de volver a colocar la ginebra en el cajón-fichero, se sirvió otro lingotazo. Agitó la verde botella ante los ojos de Dalmire, el cual se echó las manos a la cabeza fingiendo estupefacción.

—Vade retro, Morgan, creo que no voy a beber más hasta la noche.

Morgan llamó a Koyo, su secretario, que acudió rápidamente del despacho contiguo. Era un hombre pequeño, vivaracho y pulcro: camisa blanca almidonada, corbata, pantalones de franela azules y zapatos negros bastante holgados. En presencia de Koyo, Morgan se sentía un patán.

—Oye, Koyo. Tónica, tónica. Más tónica —dijo, intentando dominarse.

—Ahora mismito, jefe —repuso Koyo, dándose media vuelta.

—Un momento. ¿Qué es lo que llevas ahí?

Koyo llevaba en la mano una sarta de confetis y serpentinas.

—Adornitos para la Navidad, señor. Para su despacho. Yo me dije: a lo mejor este año...

Morgan volvió los ojos hacia el cielo:

—Ni hablar —gritó—. No quiero nada de eso aquí. —Bonitas Navidades me esperan a mí, pensó con amargura. Pero luego, ante la mirada de asombro de Dalmire, dijo en tono más razonable:

—Tú no traer estas cosas aquí. A mí no gustar verlas por aquí.

Koyo sonrió como si no hubiera oído el patoso inglés africano de su jefe. Morgan escudriñó en vano la expresión del hombrecito que tenía ante él en busca de algún signo de resentimiento o desprecio. Sintió una vergüenza repentina por su falta de tacto: Koyo no tenía la culpa de que Dalmire y Priscilla hubieran decidido casarse.

—No se preocupe, jefe —contestó Koyo cortésmente—. Será como todos los años. En seguida le traigo la tónica —y salió.

—Parece un buen chaval —comentó Dalmire con las cejas enarcadas.

—En efecto, lo es —confirmó Morgan, algo sorprendido por esta idea—. Es un hombre eficacísimo.

En ese momento deseó ardientemente que se largara Dalmire y lo dejara en paz. La noticia que le había traído era demasiado deprimente como para seguir mostrándose afable durante más tiempo. Se maldijo tontamente por no haber prestado

más atención a Priscilla durante las últimas semanas; claro que habían sido unos días lo que se dice realmente abominables, de los peores de su en general arrastrada vida en este frustrante y podrido país. Bueno, no le des más vueltas, se aconsejó; solo conseguirás que todo te parezca más negro. Piensa más bien en Hazel, en su nuevo piso. Acude a la barbacoa del club esta noche. Para qué elucubrar sobre lo que pudo haber sido y no fue.

Miró a Dalmire, su subordinado, tercero en el escalafón. Se dio cuenta de que, en realidad, siempre le había caído bastante gordo. Desde el día mismo de su llegada. Esa mal disimulada prepotencia característica de los que han estudiado en Oxford o en Cambridge. Lo simpático que le había resultado a Fanshawe desde el primer momento (Fanshawe era el cónsul general británico en Nkongsamba y el padre de Priscilla)...

—Dick, celebro que haya tenido ocasión de charlar con Morgan —había dicho Fanshawe a Dalmire—. Es lo que se dice un veterano. Ya va para tres años. ¿No es eso, Morgan? Es como si formara parte del mobiliario, ¿eh? Ja, ja. Pero es buen chico, Dickie. Está muy enterado de lo que se cuece por aquí. Tenemos entre los dos algunos planes importantes; ¿eh, Morgan?

Durante aquel discurso de presentación Morgan había mantenido la sonrisa en los labios, aunque por dentro trinará de rabia.

Echó una mirada de arriba abajo a Dalmire, que se había levantado y acercado de nuevo a la ventana. Llevaba camisa blanca, pantalones cortos blancos, calcetines largos beige y unos relucientes zapatos gruesos color marrón. Esta era, decidió Morgan, otra de las cosas que no tragaba de él: su afectado atavío colonial. Los pantalones cortos, horriblemente anchos; las holgadas camisas caladas y la corbata del Colegio, estrecha y discretamente rayada. Él, Morgan, solía gastar pantalones de franela acampanados de color muy claro, camisas también claras y ese tipo de corbata amplia y de nudo gordo Windsor que, según le había asegurado su hermana, hacía furor en las islas británicas en ese momento. Sin embargo, cuando estaba en compañía de Fanshawe, Dalmire y Jones, el contable del Consulado, se sentía un poco ridículo, como un vendedor de jabones a domicilio. Jones se había pasado también a los pantalones cortos desde la llegada de Dalmire. Morgan detestaba la visión de sus pequeñas rodillas de galés, rechonchas, que sobresalían ostentosamente entre el borde de sus pantalones cortos y lo alto de sus calcetines cual cabezas de bebé calvas y rugosas.

Morgan volvió a fijarse indolentemente en Dalmire, que estaba diciéndole algo con la vista perdida en el lejano horizonte:

—... vaya y vaya. Eso sí que ha sido puro capricho del azar. Precisamente Priscilla me ha dicho: «Qué gran casualidad que haya sido este tu primer destino».

Morgan sintió de repente un gran deseo de echarse a llorar. Cómo se atrevía a hablarle del azar a él, que de haber transcurrido todo normalmente debería de ser el verdadero prometido de Priscilla; si ella no hubiera..., si Hazel no se hubiera

acostado con..., si Dalmire no hubiera venido..., si Murray... Murray. Su tren precipitado de hipótesis se paró en seco. Sí, Murray. El azar había batido todos los récords.

Dalmire seguía hablando:

—¿No te parece asombrosa, Morgan, la manera como se están produciendo todas estas cosas?

—Desde luego —asintió él con los ojos clavados en el retrato de su Majestad pintado por Annigoni, que pendía de la pared—. Vaya que sí.

Suspiró silenciosamente. Luego volvió a mirar a Dalmire, que no dejaba de menear la cabeza, asombrado de la naturaleza milagrosa de las cosas. ¿Qué tenía de especial este Dalmire?, se preguntó. Unos rasgos finos tirando a agradables, pelo castaño, espeso, con la raya en medio, y un tipo delgado y ágil. En fuerte contraste con él, tuvo que admitir; al margen de eso, nada, a no ser una perfecta simpleza. También había que apuntarle en su activo el que se hubiera mostrado siempre amigable y servicial; por lo cual no había ningún motivo de peso para tanta inquina.

Pero sabía que su odio hacia Dalmire era abstracto, *sub specie aeternitatis*, por así decir. Lo odiaba por lo bien que le salía todo y porque, en vez de mostrar humilde y asombrado agradecimiento, como era lo suyo, parecía tener este estado de cosas por algo tan predeterminado y natural como el movimiento de los planetas. Ni siquiera podía presumir de ser particularmente inteligente. Morgan había echado un vistazo a su historial académico y se había extrañado al comprobar que sus notas eran bastante peores que las suyas propias. Y, sin embargo, él había ido a Oxford, mientras que Morgan había ido a una Universidad de cemento y cristal en los Midlands. Él ya era propietario de una casa —en Brighton, herencia de una tía lejana—, mientras que Morgan no poseía en Inglaterra más que el raquítico chalet adosado de su madre. Y, sin embargo, a él lo habían destinado al extranjero recién terminada la carrera, mientras que Morgan había tenido que ahogarse por falta de aire durante tres años en un despacho supercaldeado de Kingsway. Los parientes de Dalmire vivían en Gloucestershire; su padre era teniente coronel. Los de Morgan vivían en Feltham; su padre había sido intendente de abastecimientos en Heathrow... *Et ita porro*. Sencillamente, no era *justo*, pataleó en su fuero interno; y ahora va y, para colmo de males, se lleva a Priscilla. Habría deseado que a este mimado por la vida le ocurriera algo de naturaleza terrible, cruel e inexplicable; algo tremendo y arbitrario, para que se diera cuenta un poco de lo que era bueno... Pero no: como última afrenta, un Dios burgués, educado en colegios privados, había permitido que le arrebatara a Priscilla a las pocas semanas de aterrizar en Nkongsamba.

Un golpe en la puerta interrumpió el curso de sus cavilaciones. Denzil Jones, el contable, asomó la cabeza por la rendija de la puerta.

—Perdona, Morgan. Ah, aquí estabas, Dickie. Nos vemos en el club.

—Estupendo —contestó Dalmire—. ¿Crees sinceramente que vas a aguantar dieciocho hoyos, Denzil?

Jones soltó una risotada:

—Hombre, si aguantas tú, cómo no voy a aguantar yo... Hasta entonces, pues. Chao, Morgan —y salió.

Morgan se afianzó en su idea de que el galés era el acento que más le irritaba. A excepción tal vez del australiano... Claro que el de Manchester...

—No juega mal al golf este Denzil —comentó Dalmire en tono afable.

Morgan le miró sorprendido:

—¿Quién? ¿Él, al golf? Vamos, hombre, no bromees. Con ese barrigón que tiene... —intentó meterse el suyo propio—. Dudo incluso de que sea capaz de ver la bola.

Dalmire arrugó la cara en señal de cortés desacuerdo:

—Pues a pesar de las apariencias, lo hace bastante bien. Quedarías sorprendido si fueras a verle. Hándicap de siete. Es lo único que sé hacer para ganarle —hizo una pausa—. A propósito: he oído que tú jugabas también algo. ¿Por qué no te unes a nosotros?

—No, gracias —repuso Morgan—. Decidí dejarlo. No favorecía mi equilibrio mental. —De pronto recordó algo importante—. Ah, dime una cosa: ¿has visto alguna vez a Murray jugar al golf?

—¿Al doctor Murray?

—El mismo. Un tipo escocés. Trabaja en la Universidad.

—Sí, lo veo alguna que otra vez durante la semana. Juega bastante bien para la edad que tiene. Me parece que actualmente está enseñando a su hijo; se le ha visto a menudo en compañía de un chaval durante los últimos días. ¿Por qué lo dices?

—Es curioso —comentó Morgan—. Pues... nada, quería charlar un poco con él. Quién sabe; tal vez vaya al club a ver si lo encuentro. —Permaneció un rato pensativo.

—O sea, que conoces bastante bien al tal Murray, ¿no? —inquirió Dalmire.

—¿Eh? No, solo le conozco por las veces que he ido a su consultorio —dijo Morgan en tono evasivo—. Hace un par de meses aproximadamente tuve que hacerle una visita a causa de...; no me encontraba muy bien. Poco antes de tu llegada, precisamente —el rostro de Morgan se encendió momentáneamente al recordar uno de los períodos más embarazosos de su vida. Añadió con tono agriado—: A decir verdad, no trago a este hombre. Es un puritano, o calvinista, o como quieras llamarle; no tiene la mínima idea de lo que es el calor humano. No me explico cómo ha escogido esa profesión. Autoritario, fanfarrón, una especie de terrorista de la moral.

Dalmire le miró con asombro:

—Tiene gracia. Y yo, sin embargo, he oído decir que es un tipo muy estimado por todos. Tal vez un poco severo; en cualquier caso, yo nunca lo he tratado personalmente. Dicen que gracias a él funciona el servicio médico de la Universidad. Al parecer lleva aquí muchísimo tiempo, ¿no es cierto?

—Eso dicen —Morgan se sintió algo avergonzado. No había sido intención suya

lanzar un ataque tan duro; pero Murray siempre producía en él el mismo efecto—. Supongo que no hacemos buenas migas, simplemente —añadió—. Choque de personalidades. Naturaleza de la enfermedad, en fin, ese tipo de cosas.

Prefirió no seguir hablando de Murray: era el individuo más antipático y nefasto con que se había topado en su vida. Sin saber por qué extraña razón, este señor no dejaba de cruzarse en su camino; hiciera lo que hiciera. De hecho, ahora que pensaba en ello, Murray había sido en cierto modo el responsable de que se le hubiera ido Priscilla, y, por lo tanto, de que Dalmire estuviera ahí, ante él, comunicándole la noticia de su próximo casamiento con ella. Sintió una repentina crispación. Sí, lo recordaba bien: si Murray no le hubiera dicho aquella noche... Atajó el curso de su pensamiento: estas condicionales podrían alargarse hasta el día del Juicio Final. Era inútil seguir razonando de esa manera, se dijo en un destello momentáneo de lucidez. Murray, al igual que el joven Dalmire, era un simple chivo expiatorio, un correlato de sus propias estupideces, de su incomprensible manía por hacer el gilipollas, de esa farsa trivial en la que con tanta obstinación estaba convirtiendo su vida: Aquí yace el Picha-hecha-un-lío Leafy, R.I.P.

Miró ostensiblemente su reloj y luego interrumpió el ensueño de Dalmire con estas palabras:

—Mira, Richard —era incapaz de llamarle Dickie—, perdona, pero no te imaginas la cantidad de trabajo que tengo en este momento...

Dalmire bajó la cabeza y levantó resueltamente los brazos, como si quisiera detener la caída de toda la estantería.

—No seré yo quien le aparte de tan meritoria tarea, querido Hércules —dijo en tono a la vez alegre y humilde—. ¡Ale, a sudar!

—¿Seguro que no te apetece un partidito esta tarde? ¿Grupo de tres? —le preguntó desde la puerta hendiendo el aire con un palo de golf imaginario.

A Morgan le sentaba como una patada en la barriga la manía de Dalmire de acompañar sus observaciones con apoyaturas visuales, como un presentador de TV dirigiéndose a niños de cuatro años. Así, decidió rubricar su negativa con una rotación de cabeza de ciento ochenta grados y señaló con ademán teatral incontables resmas de folios amontonadas sobre su mesa. Dalmire respondió con una ostentosa señal de aprobación y desapareció tras la puerta.

Morgan volvió a sentarse, exhalando un suspiro de alivio, y clavó la mirada en el ventilador inmóvil del techo. Luego tomó conciencia del zumbido del aire acondicionado. Cómo era posible, se preguntó esbozando una sonrisa de incredulidad, que una muchacha tan recatada, fina y *dulce* como Priscilla hubiera decidido casarse con ese Juan Lanás, con ese producto mediocre de la burguesía inglesa... Se pellizcó la punta de la nariz para salir de su aterrado asombro. Ella sabía de sobra que él la seguía queriendo, razonó para sí; entonces, ¿cómo es que no se había percatado...? Detuvo el carro de sus pensamientos por tercera vez. No le servía de nada seguir engañándose a sí mismo de esa manera: sabía de sobra el porqué.

Se puso en pie, bordeó la mesa y se dirigió a la ventana. Dalmire había acertado sobre lo inminente de la tormenta. Por la parte occidental de Nkongsamba se divisaba un batallón de ceñudas nubes color gris-púrpura. Esta noche va a llover con toda probabilidad; una de las típicas tormentas prenavideñas. Recorrió con la vista la capital provincial. Qué lugar tan muerto, pensó —pensamiento que le venía a la mente siempre que contemplaba este panorama—. La única población de importancia de un pequeño Estado de un país de poca importancia de África occidental. ¡Vaya destino diplomático! Soltó una risita: ni siquiera se le podía considerar un puesto de espera. Sintió una terrible depresión: la ironía le había abandonado hoy. A veces le entraba una angustia espantosa al imaginar que los burócratas de Whitehall habían extraviado su expediente y que nadie se acordaba de que lo habían mandado aquí. Esta eventualidad le hizo que se le pusieran los pelos de punta.

Al igual que Roma, Nkongsamba estaba asentada sobre siete colinas; pero ahí se agotaban todas las semejanzas. Edificada en plena jungla tropical, a vista de pájaro parecía una pantagruélica vomitera de borracho en medio de una vegetación exuberante y expansiva. Todos los edificios estaban cubiertos de chapa ondulada, en proceso más o menos avanzado de oxidación y erosión; desde la ventana del Consulado —elegantemente situado sobre una colina próxima a la ciudad— Morgan gozaba de una panorámica perfecta de los tejados: un inmenso tablero de hojalata color ocre, un mar metálico y bilioso, el engendro arquitectónico de una mente paranoica. Aparte de un rascacielos en construcción en pleno centro de la ciudad, de un banco, de los modernos estudios de la TV local y de los grandes almacenes Kingsway, eran muy pocos los edificios con más de tres pisos; la mayor parte eran casas con muros de adobe que amenazaban ruina, aglutinadas al azar a lo largo de calles estrechas plagadas de baches y con bocas de alcantarilla pestilentes. A Morgan le gustaba representarse la ciudad como un inmenso cultivo en fermentación, abandonado en un armario húmedo por un científico distraído, inflamándose sin control en las condiciones ideales de propagación.

Al margen de la claustrofóbica proximidad de los edificios, y del hedor que despedían las basuras y todo tipo de gérmenes en descomposición, lo que más impresionaba a Morgan de Nkongsamba era la pujante manifestación de la vida orgánica en todas sus formas. Generaciones enteras hormigueaban en torno a las casuchas de barro como comparsas de un gran documental sobre «Las cuatro fases de la vida», desde abuelas encanijadas de pechos planos hasta mocosos con la barriga hinchada meando ensimismados en los vertederos. Las gallinas, las cabras y los perros revolvían cuantos restos de basura y sumideros veían en busca de alimento, mientras los peatones, titubeantes entre el tráfico anárquico y el borde poco firme de la cuneta, pululaban en todas direcciones.

Dentro de esta muchedumbre bulliciosa y abigarrada destacaban los mendigos leprosos, horriblemente mutilados y con muñones roídos, que andaban a trompicones, se arrastraban o, en los peores casos, se propulsaban en carritos de madera. Se veían

también falsos vigilantes de *parking* acompañando a vendedoras culonas; muchachos muy jóvenes vendiendo bolígrafos, peines, gamuzas color naranja, perchas, gafas de sol y relojes rusos de bajo precio; así como vacas blancas de giba pronunciada, dignamente conducidas por fulanos del norte de rasgos faciales finos. A veces, algún que otro loco de la selva, cubierto de harapos, se abría camino entre el gentío con expresión de arrobo. Morgan recordó haber tropezado cierto día con uno de estos lunáticos en pleno centro de la ciudad. Llevaba un taparrabos muy sucio y tenía el pelo teñido de color lodo-naranja; inmóvil y mirando sin parpadear el alud humano que discurría ante él, profería de vez en cuando insultos y maldiciones mientras agitaba los pies a guisa de danza ritual. La gente parecía no verlo, o se limitaba a sonreír —los locos son socialmente aceptados en África—, dejándole farfullar en la acera su inofensiva filípica. Sin saber bien por qué, Morgan sintió en ese momento una gran simpatía hacia este demente sin malicia trasplantado a un ambiente horriblemente extraño —creyó comprender y compartir su punto de vista—, y depositó espontáneamente en su mano encallecida un billete de una libra esterlina. El loco clavó en él durante un momento sus ojos amarillos, introdujo el billete en su boca ancha y babeante, y se puso a masticarlo con evidente regusto.

Morgan sintió vergüenza al recordar este episodio. Según el humor del momento, Nkongsamba le resultaba un lugar animado o deprimente. Últimamente —al menos desde hacía unos tres meses—, la ciudad le estaba produciendo un alarmante sentimiento de misantropía, hasta el punto de que, de haber tenido a mano una bomba nuclear o un misil Polaris, los habría arrojado de muy buena gana sobre ella. Las siete colinas voladas en un segundo. Ni un solo superviviente. Qué bien, todo englutido de nuevo por la jungla...

Durante un instante visualizó un hongo atómico. ¡Booom! Y luego, una lluvia de polvillo fino que sepultaba todo bajo una paz perfecta. Pero en seguida se dio cuenta de la futilidad de su ensoñación: aquel lugar poseía demasiada fuerza vital y exuberancia como para dejarse borrar con tanta facilidad. Pensó que ocurriría probablemente como con la cucaracha que había intentado matar la otra noche en su casa. Se hallaba leyendo no recordaba bien qué relato pomo cuando, con el rabillo del ojo, percibió el movimiento rápido del escarabajo —de tres centímetros de largo, marrón, brillante como un juguete y provisto de dos antenas temblorosas— por el piso de cemento de su cuarto de estar. Lo roció con una nube de *spray*, lo aplastó con el libro que estaba leyendo, le echó el pie encima y se puso a dar saltos en torno al animal como una marioneta desarticulada. Pero nada. Aun soltando un líquido blanquecino, con las antenas torcidas, con un par de patas menos y con manifiesta dificultad para caminar, el bicho había logrado no obstante refugiarse debajo del rodapié.

Dio la espalda al paisaje y al ruido de los coches amortiguado por las ventanas bien cerradas. Vendría bien un poco de lluvia, pensó: eliminaría el polvo y refrescaría la atmósfera durante, al menos, un par de horas. Era importante sentirse fresco,

decidió, especialmente ahora. En su despacho se encontraba bastante a gusto: tenía el aparato de aire acondicionado funcionando al máximo; pero, fuera, le acechaba su enemigo, el sol, dispuesto a presentarle ardua batalla. Había llegado a la conclusión de que el bajo nivel de calor existente en su despacho tenía mucho que ver con el estado actual de su físico: tez pálida y cremosa, favorecida además por una capa espesa de grasa subcutánea. Hacía casi tres años que vivía en África y, sin embargo, no tenía la piel bronceada. Eso sí; miles, miríadas de pecas. Extendió los brazos para examinarlos. Desde cierta distancia parecía estar algo moreno; pero, al acercarse uno un poco, resultaba pura ilusión óptica. Era como un cuadro puntillista viviente. A pesar de todo —reflexionó—, si sus cálculos no fallaban, en el plazo de un año, más o menos, todas sus pecas se habrían amalgamado en una superficie continua y ya no tendría necesidad de broncearse.

¡En el plazo de un año! Soltó una risotada de despecho. Según se estaban desarrollando los acontecimientos, sería un milagro si aguantaba en su puesto después de las Navidades y de las elecciones. La absoluta inverosimilitud de esta coincidencia de fechas lo ponía de malas pulgas siempre que pensaba en ello. Solo en Kinyanya, pensó, solo en Kinyanya podía ocurrírsele a un gobierno convocar elecciones entre Navidad y Año Nuevo. Y no cualquier elección: los próximos comicios tenían todos los visos de ser los más importantes jamás celebrados en la breve historia de este país atrasado. Estos pensamientos le retrotrajeron nuevamente a su trabajo; al dirigirse a la mesa de su despacho se sintió presa de una fuerte aprensión. Se sentó con inusual cautela y se puso a hojear la carpeta verde que había en un extremo de la mesa. Sus ojos tropezaron primero con un título familiar: PNK (Partido Nacional de Kinyanya); luego, con el rostro, aún más familiar, de su delegado en la región centro-occidental: el profesor y cacique Sam Adekunle le sonreía detrás de su celebrado bigote en forma de manillar y de sus patillas a lo chuletas de cordero. Siguió pasando las páginas de manera maquinal, sin apenas detenerse en los numerosos proyectos, evaluaciones, gráficos, curvas demográficas, estudios de manifiestos y análisis confidenciales de las tendencias políticas del partido. Era un trabajo sólido, competente: completo, detallado y redactado con profesionalidad. Ah, y realizado entera y exclusivamente por él. Pasó directamente a la última página y leyó el memorándum final, donde quedaba suficientemente claro que el PNK de Adekunle era el más probritánico de todos los partidos en liza; el que, de ganar, más favorecería las inversiones y los intereses británicos en la zona y aseguraría su mantenimiento y expansión en los años venideros. Recordó —sin ninguna alegría ahora— lo muy satisfecho que se había declarado Fanshawe por su trabajo, y los numerosos télex intercambiados entre Nkongsamba y la capital costera, primero, y entre Nkongsamba y la capital del Reino Unido, después. Un trabajo excelente, Morgan, le había felicitado Fanshawe; siga adelante.

Morgan maldijo su eficiencia, su perspicacia, lo fundado de sus informaciones. Otra vez el azar en contra mía, pensó apesadumbrado. ¿Por qué no había escogido el

Partido del Pueblo de Kinyanya, o el Partido del Progreso del Pueblo de Kinyanya, o incluso el Partido Unido del Pueblo de Kinyanya? Porque era un tío con olfato; ni más ni menos. Porque, por primera vez en su vida, había querido hacer un buen trabajo y ganarse la admiración general; pero, sobre todo, porque deseaba con todas sus fuerzas salir adelante. Al cerrar la carpeta emitió un gruñido de rabia e impotencia. Y ahora, se acusó sin misericordia, Adekunle te tiene bien cogido por los testículos. No eres más que un simple títere en sus manos.

El chantaje —había leído en las novelas policíacas— era una palabra fea; pero le sorprendió el pronunciarla en relación con su persona sin inmutarse demasiado. Que Adekunle le estaba chantajeando, de eso no cabía duda alguna; pero probablemente su relativa calma obedecía a la índole especial del cometido que se le había asignado: aunque era bastante desagradable, no se podía considerar realmente oneroso. La prueba estaba en que, desde que le fuera encomendado, hacía ya diez días, no había movido aún un dedo en esa dirección. Adekunle le podía haber pedido cualquier cosa: el contenido de los ficheros del Consulado, los nombres propuestos para las condecoraciones en Año Nuevo, una medalla, libre acceso a la valija diplomática; él habría aceptado todo de buen grado; tal era la importancia que daba a no perder el puesto. Sin embargo, Adekunle le había pedido una tarea muy sencilla (sencilla en teoría, pero hercúlea para él en la práctica); a saber, ganarse la confianza del doctor Murray.

Morgan notó que su cerebro se le quedaba en punto muerto: esto le ocurría siempre que le acechaba el peligro de verse desbordado por las dificultades y los problemas. Murray. Otra vez ese tiparraco. Pero ¿por qué? ¿Por qué el interés de Adekunle en trabar amistad con él? ¿Qué diablos podían tener en común dos hombres tan distintos como Murray y Adekunle para poder interesarse el uno por el otro? Por más vueltas que le dio, no logró hallar la más mínima explicación.

Sacudió la cabeza con violencia, como si le hubiera entrado agua en los oídos. Metió la carpeta en el cajón de la mesa y giró la llave con desgana. La verdad es que Adekunle había tenido mucha suerte al toparse con él: un hombre blanco y gordo dispuesto a ir al sacrificio...

En ese instante decidió echar las persianas a su imaginación, un truco mental que se había inventado últimamente. No quería seguir pensando en el futuro y ordenó a su mente que ignorara esa aterradora dimensión. Podía lograr el mismo resultado de confinamiento solitario —una especie de vacío cerebral— con otras facultades recalcitrantes, como la memoria o la conciencia, cuando estas empezaban a cargarle demasiado o a remover trapos que él consideraba sucios. Si no actuaban como él esperaba, simplemente les negaba la palabra. Así pues, entornó los ojos, se arrellanó en su sillón, respiró profundamente y se concentró nihilistamente en el zumbido del aire acondicionado.

Estaba a punto de caer dormido cuando oyó unos golpecitos en la puerta; con los párpados entreabiertos, vio a Koyo delante de él.

—Cielo santo —exclamó con tono de impaciencia—. Sí, ¿qué pasa?

Koyo no pareció acusar su agresividad y se limitó a decir:

—Las cartas, jefe. Para que las firme.

Morgan realizó este trámite sin dejar de gruñir para sus adentros: tres respuestas negativas a tarjetas para manifestaciones semioficiales; varias invitaciones a destacados británicos para el cóctel del día después de Navidad, que sería honrado con la presencia de la duquesa de Ripon; la habitual concesión de visados, menos el denegado a un presunto pastor de la iglesia sin denominación de los hermanos metodistas de Kinyanya, que deseaba desplazarse a Liverpool para visitar a una misión hermana. Por último, una nota dirigida al British Council de la capital diciendo que sí, que se podía dar alojamiento a un poeta itinerante durante los dos o tres días que asistiera al festival de cultura anglo-kinyanyés en la Universidad de Nkongsamba. Morgan volvió a leer el nombre del poeta: Greg Billow. Nunca había oído hablar de él. Firmó a toda prisa la totalidad de los documentos, fiándose de la dactilografía impecable de Koyo. Dejar bien alta la enseña británica, pensó, y contribuir a la creación de un mundo más democrático... Interrumpió estos pensamientos sarcásticos. En realidad, había sido la rutina y el aburrimiento de su trabajo, y el consiguiente deseo de librarse de él, lo que le había impulsado a realizar su informe sobre el PNK con tan patriótico celo —y mira qué avispero ha resultado ser, se dijo, desengañado.

Entregó a Koyo las cartas firmadas y miró su reloj.

—Ya es hora de irse a casa, ¿verdad? —preguntó afectando interés.

—Así es, señor —contestó Koyo con una sonrisa.

—¿Cómo está la señora... y el chico? Es un chico, ¿verdad?

—Se encuentra bien, gracias. Y... no es uno, sino tres pimpollos —le recordó Koyo amablemente.

—Ah, claro. Naturalmente. Qué tonto soy. Espero que todos gocen de buena salud —se levantó y acompañó a Koyo a la puerta. La ondulada cabeza de este le llegaba a la altura del sobaco. Echó un rápido vistazo al despacho de su subordinado: estaba festoneado de relucientes motivos navideños.

—A usted le gustan las Navidades, ¿no es cierto, Koyo?

Este sonrió.

—Pues sí, señor. Bastante. Ya sabe, se celebra el nacimiento del Niño Jesús.

Morgan recordó que Koyo era católico, como también recordó en ese momento haberlo visto en cierta ocasión en compañía de toda su familia —una esposa diminuta con un vestido de encaje muy bonito, y tres mocosos idénticamente vestidos con relucientes camisas blancas y pantalones cortos rojos— junto a los muros de la iglesia católica unos cuantos domingos atrás, de regreso a la ciudad.

Morgan miró a su pequeño secretario con manifiesta curiosidad.

—¿Van bien las cosas, Koyo? —preguntó—. Quiero decir: ¿no tiene ningún problema que no pueda resolver, por ejemplo?

—¿Cómo dice, jefe? —repuso Koyo, visiblemente desconcertado.

Morgan se quedó pensando en la manera de hacerle comprender su pregunta:

* * *

—¿Es usted realmente... feliz? ¿Todo marcha sobre ruedas? ¿Ninguna cuita especial?

Lo que mejor entendió Koyo fue lo de «feliz». Así, con una risita aguda y algo nerviosa, contestó:

—Pues... Oh, sí; soy un hombre muy feliz.

Mientras volvía hacia su sillón, Morgan vio que le temblaban a Koyo sus pequeños hombros como si hubiera escuchado un chiste muy gracioso. Probablemente piensa que estoy loco, concluyó. Un diagnóstico no muy descabellado, a decir verdad, no tuvo más remedio que admitir.

Volvió de nuevo a la ventana y se quedó mirando el camino de entrada, esforzándose por ahuyentar el pensamiento de Priscilla y Dalmire. Vio a Peter, el imbécil y homicida chófer del Consulado, sacando brillo al larguísimo Austin Princess de Fanshawe. Vio también a Jones dirigirse hacia su Volkswagen junto con la eternamente risueña Mrs. Bryce, casada con un geólogo de la Universidad y secretaria de Mr. Fanshawe. Un par de esposas trabajaban a tiempo parcial en la secretaría y en la administración del Consulado; Mrs. Bryce era la única que trabajaba con asiduidad. Era muy alta y delgada, y tenía siempre las pantorrillas plagadas de enormes picaduras de mosquitos. El gordinflón de Jones iba dando saltitos a su lado. Se detuvieron un momento junto a la mobylette de Mrs. Bryce para charlar con animación. Seguro, pensó Morgan acremente, que le está diciendo a Jones que es «la mujer más feliz de Nkongsamba», que es una persona que nunca se queja y cuán «bonita» puede ser la vida si se le sabe sacar el jugo de la manera debida. Ante la familiaridad que estaba mostrando Jones, Morgan se preguntó de pasada si estos dos no estarían liados. En cualquier otra parte del mundo una idea semejante habría provocado risotadas de incredulidad; pero Morgan había visto dúos aún más disparatados. No sin sentir cierto asco, intentó imaginarse a Jones y a Mrs. Bryce «haciendo la bestia a dos espaldas», pero la incompatibilidad de sus respectivos físicos abortó estas ideaciones. Se apartó de la ventana preguntándose por qué siempre acababa pensando en el sexo. ¿Era normal? ¿Le ocurría lo mismo a los demás? Esto le deprimía bastante.

Si Mrs. Bryce había acabado ya de trabajar, razonó, procurando sacudirse la melancolía, es que Fanshawe había cerrado la «tienda», y no existía ninguna razón para que él no hiciera lo propio. Estaba descolgando de la percha de la puerta su ligera chaqueta tropical cuando sonó el interfono.

—Leafy —ladró agresivamente en el receptor.

—Qué tal, Morgan —dijo una voz femenina, gangosa y culta, desde el otro

extremo—. Soy Chloe.

Morgan necesitó un par de angustiosos segundos para asociar este nombre con su jefe; Mrs. Chloe Fanshawe, la esposa del cónsul general británico en Nkongsamba. Este lapsus mental se debió sin duda a que Morgan nunca pensaba en esta señora con el nombre de Chloe, y muy raramente, con el de Mrs. Fanshawe. Por lo general, los epítetos más bondadosos al respecto eran la *Perra gorda* y el *Saco de patatas*. El problema era que se odiaban. Ninguna abierta hostilidad, ningún enfrentamiento especial habían marcado el origen del conflicto. Existía un simple entendimiento mutuo al que parecían haber llegado de manera espontánea y natural, como si la animosidad en cuestión hubiera sido fruto de un determinado accidente de índole genética. Morgan pensaba a veces que este conflicto incruento era prueba fehaciente de una gran madurez por parte de los dos, por cuanto que contribuía a hacer la existencia menos compleja. Por ejemplo, él supo en seguida que este intercambio significativo de nombres de pila quería decir de hecho que ella pretendía sacarle algo: por eso él se limitó a contestar, extremando la cautela:

—Caramba... Así que... nada menos que Chloe... —eternizándose en pronunciar las dos vocales del nombre.

—No está muy ocupado, ¿verdad, Morgan? —aunque parecía una pregunta, era obvio que se trataba de una aseveración, por lo que no cabía respuesta alguna—. ¿Qué tal si se pasa un ratito a tomar un jerez? Le espero, pues. Hasta ahora —y colgó el interfono.

Morgan se quedó pensativo. Durante un momento se sintió embargado por una fuerte emoción al considerar que la llamada podría tener algo que ver con Priscilla, hija única de los Fanshawe; pero esta impresión se desvaneció en seguida: no hacía ni veinte minutos aún que Dalmire había allanado su morada. Imposible que se hubiera producido un cambio en tan poco tiempo.

Cavilando qué podría querer, Morgan se puso la chaqueta, atravesó el despacho de Koyo y bajó. El cambio brusco del frescor climatizado al calor húmedo de la media tarde siempre producía en él un efecto traumático. Sus ojos se ponían a llorar ligeramente, se daba cuenta de repente del roce de la tela con su piel, y las ingles se le humedecían e irritaban de manera bastante enojosa. Entre el último peldaño de las escaleras y la puerta principal desaparecían como por ensalmo todas las ventajas de su jornada de aire acondicionado. El sol estaba a punto de hundirse por detrás de Nkongsamba, haciendo que los nubarrones parecieran particularmente amenazadores; sus últimos destellos le golpearon de lleno en la cara. El enrojecido disco se percibía nítidamente a través del polvo ceniciento del Harmattan, un mistral seco y cálido procedente del Sáhara que visitaba el África occidental todos los años por estas fechas, reduciendo la humedad en una proporción poco importante, llenando la atmósfera y todos los resquicios de un fino polvillo arenoso y alabeando y resquebrajando la madera y el plástico con la fuerza de un campo magnético.

Morgan bordeó el edificio del Consulado y enfiló el camino de gravilla que

conducía a la residencia oficial de los Fanshawe, situada a unos cien metros de distancia, dentro de la vasta propiedad. El Harmattan había cubierto toda la yerba de una capa uniforme de polvo marrón, sobre la que destacaban algunas matas de hibisco y bungavilla, cual oasis en pleno desierto. A su izquierda, y detrás de una hilera irregular de nimos, se hallaba la zona donde vivían los criados: dos bloques de cemento bajos contruidos a uno y otro lado de una explanada de arcilla roja. Alrededor de las verandas, ennegrecidas por el humo, Morgan vio los puestos de los vendedores ambulantes repletos de frutas y verduras; y oyó el canto de las mujeres que aporreaban la ropa en el lavadero de cemento situado en el extremo del recinto, así como el griterío de los niños y el cacareo de las gallinas sarnosas. Oficialmente solo había seis viviendas para las personas que trabajaban al servicio del Consulado; sin embargo, se habían levantado varios cobertizos, se habían erigido chozas de paja y había aparecido un sinfín de primos, jardineros de fortuna y parientes de paso, por lo que no era de extrañar que el último censo de los que allí vivían hubiera dado la cifra de cuarenta y tres personas. Fanshawe había pedido a Morgan que desalojara a todos los residentes ilegales, alegando el insoportable nivel de ruido y las cantidades de basura que se amontonaban en esta zona —flagrante atentado contra la estética más elemental— y que estaban empezando, además, a invadir peligrosamente la carretera principal. Pero Morgan no había tomado aún ninguna medida al respecto, y dudaba bastante de hacerlo alguna vez.

Atravesó el césped en dirección de la fachada principal de la casa de los Fanshawe. Buscó ávidamente con la vista el pequeño Fiat de Priscilla, y su corazón le dio un vuelco al descubrir que su parte trasera asomaba por la puerta del garaje, situado en el lado derecho de la casa. Así que se encuentra en casa, pensó, a no ser que se haya marchado con Dalmire a jugar al golf. Presa de turbación, se ajustó el nudo de la corbata.

La residencia del cónsul general británico en Nkongsamba era un imponente edificio de dos plantas. De la entrada porticada salían unos escalones que llevaban a una larga galería bordeada de puertas-ventanas. Por dentro, habitaciones señoriales de techo alto bien aireadas; por detrás, la casa daba a uno de los barrios más distinguidos, en el sector suroriental de Nkongsamba. El sol, antes de hundirse en las nubes tormentosas del oeste, proyectó unos últimos y dramáticos rayos sobre la fachada blanqueada.

Morgan estaba a punto de subir las escaleras de la entrada cuando vio a Fanshawe asomado a la balaustrada de la veranda; llevaba una túnica china azul chillón con un cuello mao estampado de ideogramas púrpura.

—Buenas tardes, Morgan —dijo con tono enérgico—. ¿Puedo hacer algo por usted?

Era obvio que no estaba al corriente de la llamada de su mujer, lo cual le pareció mala señal. Morgan sintió su cuerpo estremecerse con vagos temores.

—Chloe... Mrs. Fanshawe me pidió que viniera —alegó.

—¿Ah, sí? —dijo Fanshawe con expresión de no comprender esta aberración por parte de su mujer—. Bueno, pues, en ese caso no se quede ahí parado.

Morgan subió las escaleras. Fanshawe se hallaba junto a una regadera de plástico roja.

—Regando las plantas —dijo evasivamente mientras señalaba con la barbilla varios macetones de barro negro rebosantes de plantas. Con el brazo extendido le indicó la puerta, que estaba abierta. Morgan entró y se sentó.

Le resultaba difícil definir, e incluso identificar, sus sentimientos con respecto a Fanshawe; oscilaban entre tres polos: un claro desprecio, una indiferencia total y una irritación lancinante —como esos juguetes para jóvenes ejecutivos que tienen una bola suspendida entre tres imanes—. Era un hombre delgado y de aspecto ascético, de pelo gris incipientemente calvo, peinado hacia atrás. Su bigotito, meticulosamente recortado en línea horizontal perfectamente equidistante de la nariz y el labio superior, tenía tan poco en cuenta al resto de la cara que le daba un aspecto risueño incluso en sus momentos más gravadosos. Por eso, a Morgan le resultaba poco menos que imposible tomarle realmente en serio. Era un especialista del Extremo Oriente: había hecho carrera en consulados y embajadas situadas en lugares tan exóticos como Sumatra, Hong Kong, Saigón y Singapur. Nkongsamba era su último destino antes de la jubilación, lo que consideraba como un claro desaire. Le quedaban aún dos años de servicio y la perspectiva de agotarlos como cónsul general en un lugar tan insignificante y tan dejado de la mano de Dios era una afrenta profesional dura de digerir. Abrigaba el sueño secreto de convertir este último destino en una etapa gloriosa, especie de brillante colofón a una carrera poco inspirada. Ello explicaba algunas crisis de verdadero celo apostólico en su manera de administrar el Consulado británico de Nkongsamba, como un condenado a muerte que se comporta ejemplarmente, esperando así ganarse el indulto en el último minuto. También le deprimía el tener que vivir en África, sobre todo en un lugar relativamente tan poco civilizado como Kinyanya. «Un *shock* cultural», solía decir a Morgan con voz triste a propósito de su destino en el continente negro. «Un puñetazo en plena cara. No creo que Chloe se recupere nunca». El matrimonio Fanshawe era propenso a cantar las excelencias —la gracia y la dignidad— del Oriente; se les caía la baba ponderando los siglos, los eones de cultura y desarrollo disciplinado que había conocido el Oriente. «Mucho más civilizados que nosotros, amigo mío», entonaba Fanshawe con frecuencia. «Pero de los africanos, ¿para qué hablar!». Palinodia que era indefectiblemente seguida de una sonrisa cómplice y un estiramiento del entrecejo. «Bello y elegante el oriental. La armonía, ya se sabe: he ahí el secreto. El ying y el yang. Ahí está el quid, ¿verdad, querida? El ying y el yang», solía gritar en los cócteles —sin el mínimo reparo y a través de los invitados— a su sofisticada mujer. Fanshawe se sentía obligado a creerse todas estas pamplinas, había concluido Morgan, y, como todo buen fanático, era incapaz de admitir la validez de cualquier otro punto de vista. Así, Morgan había renunciado a hacerle disertar acerca de la

gracia y armonía de Gengis Khan, Chagi Jail o de Pearl Harbour. Pero, si Fanshawe tenía convicciones reales, Morgan sabía que en su mujer no era más que pura afectación.

Así, la residencia tenía una decoración híbrida entre un templo budista de fortuna y un restaurante chino. Había pantallas de madera grabada, farolillos de papel, muebles increíblemente bajos, juegos de flores de madera flotante, pinturas sobre seda y, en un rincón, un enorme gong de metal que colgaba de un palo, apoyado en dos figuras de madera dorada de tamaño natural. Una noche, al acompañar a casa a Priscilla (ahora le parecía tan lejano: fue al poco tiempo de empezar a salir con ella), Morgan, envalentonado por el amor y la bebida, había empuñado el mazo y propinado al gong un solemne golpe a cámara lenta, al tiempo que volvía la cabeza y exclamaba con voz de bajo profundo: «J. Arthur Rank presenta...». Su broma tuvo muy poca aceptación: las expresiones asustadas, severas, de la familia, cuyo tenso silencio lo denunciaba implícitamente como hereje, los instantes de confusión mientras intentaba mal que bien volver a colocar el mazo en el pequeño gancho. Con este recuerdo en la mente, se estremeció al ver el gong reposando pomposamente en su sitio de siempre, y se preguntó para qué querría verlo la vieja urraca.

—Imagino que Chloe bajará de un momento a otro —dijo Fanshawe como si le hubiera leído el pensamiento, y al punto apareció su mujer en lo alto de las escaleras. Antes de encontrarse con este ejemplar, Morgan creía que todas las mujeres que se llamaban Chloe eran, ya hijas neuróticas y brillantes de viejos profesores de Oxford, ya simplemente hembras histéricas y cretinas. Mrs. Fanshawe no encajaba en ninguna de estas dos categorías, por lo que Morgan había tenido que revisar profundamente sus categorías-Chloe. Era alta, pálida y jamona, una mujer que no habría estado mal con un poco menos de grasa; el pelo, corto y teñido de negro, peinado de manera violenta hacia atrás y apelmazado por la acción de alguna laca implacable; ni siquiera en situaciones de verdadero vendaval había visto Morgan moverse un solo pelo de esta maciza cabellera. Tenía la pechera de una cantante de ópera: con un sujetador de una sola pieza bien trabada y emballenada, dominaba el resto del cuerpo e iba reduciéndose paulatinamente hasta acabar en unos pies sorprendentemente pequeños y elegantes; demasiado pequeños, había pensado siempre Morgan, para aguantar el impresionante desequilibrio de su colosal busto. Además, la postura que solía adoptar confirmaba esta conclusión: pies ligeramente separados, muslos muy apretados, la cabeza echada hacia atrás como si temiera caerse hacia adelante. Se exponía muy pocas veces al sol, manteniendo así una palidez de mensahib del Raj, con ayuda también de las generosas aplicaciones de su polvera, que sacaba con frecuencia en público. Su otro accesorio cosmético favorito era un rojo de labios escarlata, que no hacía sino resaltar aún más la delgadez de sus labios.

—Vaya, por fin ha venido, Morgan —dijo como si hubiera sido ella la que lo había estado esperando. Avanzó ceremoniosamente a su encuentro hasta ir a arrellanarse con cuidado en un butacón achaparrado—. Jerez, Arthur —dijo a

Fanshawe, el cual sirvió a cada uno un fino amontillado.

—Bien —exhaló Mrs. Fanshawe, alzando su vaso. Luego dijo algo que a los oídos de Morgan sonó más o menos como *Nakanahishana*—. Es un brindis siamés —añadió condescendiente a modo de explicación.

—Ejem... *nakahish*...; en fin, salud —respondió Morgan, tomando de mala gana un sorbo de su cálido y empalagoso jerez. Sintió cómo el sudor empapaba todo su cuerpo. Qué ocurrencia la de tomar jerez en África, bufó interiormente de cólera, sobre todo a estas horas del día en que lo único que apetece es un buen vaso de ginebra cargado de hielo, que te pegue de paso un buen pelotazo. Resignado, miró las piernas paliduchas de Mrs. Fanshawe mientras se estiraba el borde de su vestido de seda tailandés. Nadie, se percató, había mencionado hasta el momento el nombre de Priscilla; así que resolvió coger al toro por los cuernos.

—Buena noticia lo de Priscilla y... ejem..., lo celebro de verdad —dijo con voz débil a la vez que alzaba su vaso pegajoso, por segunda vez esa misma tarde, en honor de la feliz pareja.

—Ah, ya se ha enterado —exclamó entusiasmada Mrs. Fanshawe—. Estoy la mar de contenta. Se lo ha dicho Dickie, ¿verdad? Qué gran alegría, ¿no es cierto, Arthur? Es un chico con un futuro prometedor... Me refiero a Dickie, claro. —Este parlamento lo soltó Mrs. Fanshawe casi sin respirar, y fue seguido de un silencio embarazoso; la alusión había sido perfectamente captada, y digerida.

—Priscilla bajará de su cuarto en seguida —siguió Mrs. Fanshawe, sin que hubiera aflorado la mínima rojez de su pálida piel—. Le agradecerá verle por aquí.

El jerez deprimía a Morgan, y esta mentira agravó la melancolía que le estaba invadiendo, con la misma inevitabilidad que la noche. Mientras los Fanshawe le enteraban pormenorizadamente de la buena fortuna de Dickie y Priscilla y de las aristocráticas relaciones de los futuros consuegros, él miraba distraídamente los dragones dibujados en la alfombra.

—... y, aunque resulte asombroso, parece que la familia de Dickie es amiga de la duquesa de Ripon. ¿Qué le parece esta coincidencia?

Morgan la miró repentinamente a la cara. Ahora vendría la petición del favor; tenía un olfato infalible para detectar cuándo se empezaba a entrar en el tema.

—Y sobre esto precisamente quería charlar con usted, Morgan —dijo como él había esperado mientras se pasaba las manos por debajo de las posaderas para desarrugarse el vestido.

—¿Tienes un cigarrillo, Arthur? —preguntó a su marido.

Fanshawe le ofreció una cajita de palo de rosa incrustada con un paisaje de nácar, obra de Hokusai. Ella tomó un pitillo, que introdujo inmediatamente en un filtro. Por su parte, Morgan rechazó el ofrecimiento.

—He dejado de fumar —dijo—. Así que, ¡lejos de mí, Satanás!

¿Por qué tendría que decir estas estupideces?, se preguntó mientras Mrs. Fanshawe le lanzaba una sonrisa de cocodrilo. Esta encendió su pitillo. Ya sé por qué

utiliza filtro, pensó Morgan; porque le gusta morder. Las arrugas del suave cuello de Mrs. Fanshawe desaparecieron al echar la cabeza hacia atrás para lanzar el humo en dirección del ventilador, que daba vueltas en el techo.

—Pues sí —afirmó como si estuviera contestando a una pregunta—: la duquesa pasará con nosotros la Nochebuena. Llegará en el transcurso del día veinticuatro. Ha aceptado amablemente presidir la fiesta infantil de la tarde en el club. —Hizo una pausa, sin precisar más por el momento. Oh, no, pensó Morgan, desalentado. Los juegos; quiere que sea yo quien organice los juegos. Estiró los músculos faciales. Estaba decidido a negarse rotundamente. No cedería ante ninguna presión. No estaba dispuesto a pasar el día de Navidad exigiendo silencio a una banda de mocosos.

Mrs. Fanshawe sacudió la ceniza del pitillo.

—La duquesa —prosiguió con toda naturalidad— va a hacer unos regalos a todos los hijos de los expatriados, y habíamos pensado que usted nos podría echar una mano en este sentido —apostilló, mirándolo con ojos radiantes.

Morgan se sintió embargado por una gran confusión.

—Perdone, pero no le sigo bien...

—El espíritu de Navidad, y esas cosas —terció Fanshawe.

Morgan seguía sin entender, pero una repentina aprensión se apoderó de él.

—Exactamente —bramó Mrs. Fanshawe, como si todo estuviera ahora perfectamente claro—. Hemos pensado, ¿verdad, Arthur?, que, puesto que seremos los anfitriones de la duquesa, convendría que un miembro importante del Consulado general se asociara de alguna manera a su... bello gesto.

—¿Quiere decir que les gustaría que yo distribuyera los regalos? —inquirió, manifiestamente nervioso.

—Eso es —dijo Mrs. Fanshawe—. Quisiéramos que hiciera usted de Papá Noel.

Morgan sintió dentro de su cuerpo una explosión de rabia y de cólera. Se agarró bien a los brazos de la butaca e intentó controlar el tono de la voz.

—Hablemos claro —dijo con parsimonia—. Lo que ustedes quieren es que yo *me vista* de Papá Noel, ¿no es eso?

Notó que el labio superior le estaba temblando ante la descarada propuesta. Pero ¿qué diantre creían que era: un bufón?

—¿Que acabo de oír, Morgan? —sonó una voz desde lo alto de las escaleras—; ¿que vas a hacer de Papá Noel?

Era Priscilla. Llevaba unos pantalones blancos acampanados y una camiseta azul claro. Morgan notó que le daba un vuelco el corazón. Priscilla. Esos pechos...

Se contuvo.

—Puesss —dijo arrastrando la «s» para ilustrar mejor su negativa.

—¡Pero eso es *maravilloso*! —exclamó Priscilla mientras acudía a sentarse en el brazo de un sofá—. Te aseguro que lo harás muy bien.

—¡Bravo por mami! —entonó.

Morgan se quedó de piedra. Pero ¿cómo era posible que le hubieran interpretado

justo al revés? Sin embargo, sintió también una cierta satisfacción: estaba contento de que ella estuviera contenta.

—Pues no sé —continuó Morgan, vacilante—. Pensé que Dalm..., que Dickie sería más...

Esta tímida sugerencia provocó una inmediata risotada.

—Vamos, Morgan, no digas bobadas —exclamó Priscilla—. Dickie es demasiado delgado. Oh... —se tapó infantilmente la boca en señal de disculpa—. Oh, Morgan, lo siento mucho, de veras.

Todos hicieron una mueca de disgusto, incluido él mismo. En ese momento se odió profundamente.

—*Por favor*, Morgan —dijo Priscilla echando la cabeza hacia atrás y apuntándole con sus pechos—. Vas a estar estupendo.

En ese momento habría hecho cualquier cosa por ella.

—De acuerdo —asintió, consciente de que sin duda lamentaría esta decisión durante el resto de sus días—. Lo haré gustosamente.

—Buen chico —apostilló Fanshawe, acercándose con la botella de jerez—. Venga, que le lleno el vaso.

Priscilla salió al mismo tiempo que Morgan. Iba al club a encontrarse con Dalmire después de su partido de golf. Morgan la acompañó hasta el coche. Su depresión no había hecho más que aumentar, al igual que su dolor de cabeza.

—A propósito —saltó—. Quería darte la enhorabuena. Es un chico excelente, mmm, Dickie. Y un tío con potra —añadió, esgrimiendo una mueca de resignación mal encajada.

Priscilla tenía los ojos ensoñadoramente perdidos en el edificio del Consulado. Luego los dirigió hacia la masa de nubes tras las cuales acababa de desaparecer el sol, ribeteando con un naranja resplandeciente los acantilados púrpura.

—Gracias, Morgan —dijo; y después, alargándole la mano—: ¿Te gusta?

Morgan tomó delicadamente el dedo ofrecido y miró el diamante.

—Preciosa la piedrecita —exclamó con acento americano.

—Es de su abuela —le informó Priscilla—. Pidió que se la enviaran por valija diplomática cuando decidió pedir mi mano. Bonito detalle, ¿no?

—¿Eh? Oh, claro —convino Morgan, a la vez que juraba para sus adentros: el hipócrita cabronazo...

Priscilla retiró el dedo y se restregó el diamante contra el seno izquierdo. Morgan sintió un fuerte nudo en la garganta. ¿Cómo podía haber olvidado lo sucedido entre ellos dos? Parecía haberlo borrado por completo de su memoria. Esfumado, como un vaporcillo de nada; incluso lo de aquella noche. Tragó saliva: aquella noche... La noche en que le había bajado la cremallera de la bragueta... Será mejor olvidarlo, se dijo. La miró fijamente durante unos segundos: su carita redonda, sus cabellos

esposos y oscuros cortados a lo *garçon*, con el flequillo que parecía descansar sobre las cejas. Era una chica casi guapa, de una guapura convencional y provinciana, si bien no llegaba a alcanzar plenamente este modesto listón de belleza a causa de su nariz, larga, fina y desorbitadamente respingona. Hasta el observador más imparcial —o el amante más apasionado— habría tenido que admitir que este rasgo dominante acababa distrayendo la atención de los certeros encantos de su cuerpo fabuloso. Morgan recordó cómo, una tarde en que se había bañado con ella, sus ojos se habían deslizado irresistiblemente por sus piernas delgadas, su triángulo de venus finamente delineado, sus pechos increíbles, hasta tropezarse por fin con su curiosa nariz. Su cutis era límpido; sus labios, a diferencia de los de su madre, generosos y mórbidos; su pelo, brillante y lustroso. Sin embargo...

Por supuesto, a Morgan no le importaba —no le había importado— un pito esa extraordinaria nariz; pero en honor de la pura estética tenía que admitir que se trataba de un notable promontorio. Probablemente, tras diez años de roce cotidiano, esto habría acabado poniéndome los nervios de punta, se dijo con ánimo avieso a modo de consolación.

Permanecieron un rato de pie, sin pronunciar una sola palabra: Morgan seguía con interés los esfuerzos denodados de una hormiga para franquear la cordillera de gravilla del camino de entrada; Priscilla tendía su sortija al sol para atrapar los últimos destellos.

—Parece que se está preparando una tormenta —observó ella.

Morgan no aguantó más.

—Pris —exclamó con fervor—. A propósito de aquella noche; de *nosotros*...

Ella esbozó una sonrisa de candorosa incompreensión.

—Morgan, por favor, no volvamos a hablar de eso. Procuremos olvidarlo por completo —hizo una pausa—. Dickie me estará esperando en el club. Si quieres, te puedo dejar en alguna parte —abrió la puerta del coche y se acomodó. Morgan se agachó a la altura de la ventanilla; tenía una expresión muy seria.

—Pris, ya sé que lo nuestro iba mal últimamente; pero puedo explicártelo todo. Te aseguro que, si escuchas mis razones, te quedarás sobradamente convencida y satisfecha; de veras —insistió con una sonrisa apagada. Permaneció un segundo parado, antes de concluir—: Creo que deberíamos hablar.

No le había salido nada mal: un pequeño discurso maduro, sensato, sin aspavientos.

Priscilla no dejaba de jugar con la llave de contacto. Volvió a lanzarle la misma sonrisa benigna de «predíqueme, padre, que por un oído me entra y por otro me sale».

—¿Vendrás a la barbacoa? —se limitó a preguntar alegremente.

—¿Qué?

—Esta noche. En el club.

Era inútil.

—Sí, tal vez vaya.

—Entonces, nos veremos allí —dijo.

Puso el motor en marcha, salió reculando del garaje y enfiló el camino de salida. Morgan se quedó mirando. Pero ¿cómo era posible que lo tratara de ese modo?

—¡Zorra! —masculló en dirección del coche que se alejaba—. Eso es lo que eres, una zorra egoísta y sin corazón.

Capítulo 2

Morgan, cabizbajo, dirigió de nuevo sus pasos hacia el Consulado. Miró su reloj: las cinco y media. Había dicho a Hazel que se pasaría por el piso antes de las cinco. Olió el tufillo procedente de los braseros de los criados. La hora de cenar: el Consulado estaría cerrado. Penetró en el *parking*, donde no quedaba más que su coche: un Peugeot, o «Piyot» crema 404, como le llamaban comúnmente. Lo había comprado a principios de verano, cuando todo el mundo estaba a punto de marcharse. Era Hazel quien le había sugerido esta marca, que gozaba de mucho prestigio en Kinyanya. Dime qué coche gastas, y te diré quién eres. Los Mercedes figuraban en cabeza. Nadie podía presumir de haber llegado a la cima si no era dueño de un Mercedes. Era el coche de los jefes de Estado, de los altos cargos del gobierno, de los militares de alta graduación, de los grandes empresarios y de los jefes de tribu. Detrás venía el Peugeot, el coche de las profesiones liberales: abogados, altos funcionarios, médicos, catedráticos de universidad. Era una marca que infundía respeto. El Citroën era el coche de los jóvenes ambiciosos, de los ejecutivos con confianza en el futuro, de los

profesores adjuntos, de los arribistas de toda laya. Morgan se mofaba ostensiblemente de estas marcas exteriores de *standing*, y justificaba su compra de un Peugeot con argumentos estrictamente técnicos; pero le gustaba en el fondo ser admirado por la gente, como también le halagaban las especulaciones de que era objeto cuando le veían bajar del coche: le faltaba categoría para un Mercedes, pero, así y todo, era un hombre de suficiente calidad. Lo sentía por Hazel, a la que solo montaba en el Peugeot por la noche (con lo que no podía darse postín ante ninguna de sus amistades).

Se dirigió hacia la verja de entrada, saludó al vigilante nocturno, giró a la izquierda y tomó la carretera larga y recta que conducía a la ciudad. El Consulado se encontraba apartado de la arteria principal que enlazaba Nkongsamba con el campus de la Universidad: algo más de tres kilómetros de suave descenso hasta llegar a la ciudad. Dominaba una serie de pequeñas colinas, todas ellas situadas al nordeste. En la otra dirección, a unos dos kilómetros de distancia, se hallaba la ciudad universitaria, donde residía, y trabajaba, una buena parte de la población británica expatriada.

Morgan pensó un momento en ir a casa a darse una ducha, pero en seguida desechó la idea. Vivía en una zona residencial vigilada, prosaicamente llamada Nueva Reserva (a veces, cuando daba sus señas, se sentía como un indio americano), a unos veinte minutos del Consulado, junto a la autopista norte de Nkongsamba. Había dicho a sus domésticos, Moses y Friday, que lo esperaran, pero les avisaría por teléfono desde el club. Además, mejor: así no se dormirían estos hijos de perra, pensó malvadamente.

La carretera estaba bordeada de árboles flamígeros a punto de estallar con radiantes flores escarlata. Todos florecerían a la mañana siguiente, si se confirmaba el chaparrón. Dejó atrás la serrería, donde vivía Muller, el director, y también encargado de negocios de Alemania occidental. Había asimismo un agrónomo francés en una granja experimental vecina, que velaba por los intereses de los escasos franceses que vivían en esa provincia. Estas dos personas, junto con el personal del Consulado, constituían el conjunto del cuerpo diplomático de Nkongsamba. Las embajadas y demás consulados se hallaban concentrados en la capital de la costa, a la que se llegaba tras cuatro horas de carretera abominable.

Entró en la periferia de la ciudad. Los arcenes eran más anchos y más polvorientos. A uno y otro lado de la carretera se extendían las mesas y los tenderetes vacíos de los vendedores. Dejó atrás una estación de servicio AGIP, una fábrica de calzados y un *parking*, y, de repente, se encontró con el bullicio de la gente y los coches de la ciudad, en la hora crítica de la salida del trabajo. En medio de jardines rodeados de tapias, divisó algunos edificios importantes de cemento y hierro forjado. Por la ventanilla del coche se introducían unos olorcillos dulzones un poco raros.

Redujo la marcha a medida que se fueron estrechando las calles y entró de lleno en la lenta y ruidosa procesión de vehículos que mantenía embotellada a la ciudad

dieciocho de las veinticuatro horas del día. Dejó el brazo colgando por la ventanilla y se puso a pensar en el día de trabajo transcurrido y en el nutrido paquete de problemas que tenía pendientes. Se preguntó si le molestaba tanto, si le afectaba realmente, lo de Priscilla y Dalmire. No se dio ninguna respuesta clara y definida. Había en todo ello mucho de orgullo masculino herido. A su paso fueron desfilando las innumerables casuchas de adobe situadas al nivel de la cuneta, las barberías iluminadas con neón azul, los anuncios que invitaban a la ingestión de refrescos, los ubicuos «beba coca-cola», los garajes al aire libre, las tiendas de muebles, los sastres que pedaleaban con furia sobre sus máquinas de coser mecánicas. Divisó la fachada iluminada del Hotel de Executive, y sintió un ligero estremecimiento al pensar en las veces en que lo había visitado durante los dos últimos meses, sobre todo aquella entrevista confidencial que había mantenido allí con Adekunle. Alrededor de su puerta principal menudeaban las vallas publicitarias, donde se reflejaban las luces recién encendidas con la caída de la noche. Oyó los berridos de música *soul* provenientes del *patio-dancing*. «¡¡Esta noche!!!», proclamaba una pizarra colocada a la entrada, «¡¡el ritmo de la jungla africana. JOSY GBOYE y su orquesta de *dandys*!!! ¡Fans, no os lo perdáis!». Morgan se preguntó si no había sido precisamente Josy Gboye quien había actuado la noche de infausto recuerdo.

Dejó la carretera principal y tomó una calle empinada y plagada de baches, donde se encontraba el cine Sheila, que en ese momento exhibía un programa doble, *Dime a quién mato* y *Neela Akash*, películas indias en las que trabajaban Michéle Morgan y Paul Hubschmid, y calificadas de «sobrecogedoras y apabullantes». Pasado el cine había una farmacia, en cuyo patio aparcó el Peugeot. Dio una pequeña propina al vigilante y enfiló la calle a pie, sin prestar atención al grupo de chiquillos que le iban siguiendo al coro de «Oyibo, Oyibo» —que significa «hombre blanco»—, especie de ritual que practicaba invariablemente todo niño kinyanyés. A Morgan no le molestaba demasiado: no era más que un recordatorio de su condición de extranjero en este país. Logró burlar a su parva escolta y, tras dos minutos más de marcha, llegó a una hilera de tiendas de construcción reciente: una óptica, una *boutique* libanesa y una zapatería, sobre las cuales había tres apartamentos. Hazel vivía, a expensas de Morgan, encima de la *boutique*.

Miró rápidamente en derredor suyo antes de subir a toda prisa las escaleras —situadas en la parte lateral del edificio—, que conducían al corredor comunal. Sacó la llave y abrió la puerta. Lo primero que notó fue el olor a tabaco; y su humor, ya algo picajoso, se tornó en cólera al recordar que había prohibido expresamente a Hazel el tabaco desde que él mismo lo dejara. Como los postigos estaban cerrados, no se veía nada dentro. Buscó a tientas la llave de la luz, que accionó sin resultado.

—Aquí nunca haber corriente —dijo una voz.

Morgan, asustado, saltó hacia atrás.

—¿Quién anda por ahí? —exclamó con tono encolerizado, aguzando la vista en la dirección de la voz. Unos instantes después, una vez que sus ojos se hubieron

acostumbrado a la penumbra, logró distinguir una figura sentada a la mesa.

—¿Se puede saber dónde está Hazel? —continuó con el mismo tono airado, mientras cruzaba el cuarto alocadamente para abrir los postigos.

Se volvió. El intruso era un joven negro desgarrado, con una camisa amarilla abierta hasta la cintura y unos pantalones grises escandalosamente ajustados. Para colmo, estaba fumando un pitillo y llevaba puestas las gafas de sol. Alargó en dirección de Morgan una mano color marrón claro.

—¿Cómo estás? —dijo—; yo soy Sonny.

—Ah, ¿sí? No me digas —contestó Morgan, todavía echando humo. Abrió la puerta de la alcoba. La barata ropa de Hazel se hallaba desparramada. Morgan oyó un chapoteo en el cuarto de baño.

—¡Soy yo! —gritó, y cerró la puerta tras él.

Sonny se había puesto en pie. Era un tipo alto y flacucho; estaba contemplando, con mirada ausente, el ajetreo callejero, al tiempo que daba fuertes caladas a su cigarrillo. Llevaba, se fijó Morgan, unos zapatos marrones puntiagudos.

—Encantado de conocerte —insistió Sonny, hiriendo la sensibilidad acústica de Morgan con su cansino acento a la americana—. Bonito lugar para Hazel.

Morgan no hizo ningún comentario: Hazel tendría que explicarle qué visita era esta. Sonny miró su reloj, corrido a la parte interior de la muñeca.

—Arrea —dijo abandonando la afectación—. Ser ya las seis, yo tener que ir —se dirigió a la puerta de un par de zancadas—. Gracias por la cervecita. Hasta la vista —dijo ya desde fuera.

Morgan fijó la atención en dos botellas vacías de cerveza Star sobre la mesa. Se dirigió inmediatamente a la cocina y abrió con brusquedad la puerta del frigo. Quedaba una botella. Recobró un poco la calma. Si esta zorra hubiese dado a Sonny toda la cerveza, se dijo, probablemente la habría estrangulado. Luego se le ensombreció el rostro. Pero ¿qué cojones estaba haciendo ese tragaldabas en su piso? Bebiendo su cerveza mientras Hazel retozaba en el baño. Mascullando maldiciones, se sirvió la última botella y volvió a la alcoba.

—¡Date prisa! —gritó.

Se sentó en el sofá forrado de skay y estiró las piernas. Bebió un buen trago de cerveza, y su frescor le produjo un dolor en la sien. Echó una mirada de propietario alrededor de la habitación. Le costaba un riñón, pero valía la pena haber sacado a Hazel de los hoteles sórdidos donde había estado viviendo hasta la fecha. La quería lejos de los bares y los clubs, en un sitio discreto donde poder encontrarla siempre que la necesitara. Selim, el libanés, propietario de la *boutique* a quien había alquilado el piso, era una persona en la que podía confiar; no era probable que contara por ahí lo poco que sabía, o que había adivinado.

El piso era pequeño y se ajustaba fielmente al patrón de construcción y decoración predominante en Kinyanya. Paredes de cemento desnudas, llaves de la luz sueltas y chirriantes, enchufes a la altura de la cintura, puertas al bies, marcos de

ventana dotados de un sofisticado sistema de atrancamiento, rodapiés puntiagudos, etcétera. Pero, en fin, por lo menos se parecía a una casa. Hazel había colocado una estera malva sobre el piso de terrazo, única aportación personal al decorado. Aparte del sofá en el que se hallaba sentado Morgan en ese momento, Selim había puesto solamente una mesa de formica con patas de aluminio abatibles y dos sillas de tela con tubos de acero, de esas que suelen encontrarse, amontonadas junto a la pared, en los salones de actos. La exigua cocinita, situada a un extremo de la habitación más grande, constaba de un fregadero, una cocina de gas y un frigorífico. El único objeto que había aportado Morgan a su nido de amor era un ventilador tipo standard, colocado habitualmente en la alcoba, que giraba de izquierda a derecha con gran suavidad, proyectando sobre la cama un constante chorro de aire fresco. De repente, vino la luz, y el frigorífico se estremeció y empezó a gruñir.

Hazel entró en la habitación. Iba envuelta en una vieja toalla rosa anudada bajo las axilas. No llevaba puesta la peluca, y el casco lanudo de sus cabellos brillaba con gotitas de agua. Era una muchacha bonita, con el rostro suavemente achocolatado y una barbilla puntiaguda. Sus labios eran grandes, y su nariz pequeña y ancha; lo único que desentonaba del patrón negroide eran sus ojos: finos y achinados, le daban un aspecto extraño, incierto y sospechoso. Era de talla pequeña, con caderas y pechos muy pronunciados y pantorrillas delgadas. Tenía los dedos de los pies hinchados y torcidos a causa de los terribles zapatos de moda que solía gastar. En aras de una mayor sofisticación se había arrancado las cejas y las había sustituido por sendas tildes. En sus momentos menos amables, Morgan la había acusado varias veces de ser tornadiza y desvergonzadamente venal —tenía dos hijos ilegítimos que vivían en su pueblo natal y de los que hablaba muy raramente—. En cambio, siempre estaba hablando de vestidos y de posición social, por lo que a Morgan no se le escapaba que un amante blanco y un pisito en el centro de la ciudad representaban para ella una conspicua mejora de *status*.

La había conocido en el transcurso de una fiesta en la Universidad; según ella, había sido maestra, profesión que, sospechaba él, había abandonado por la práctica ocasional de la prostitución, si bien reconocía que dicho término no comportaba, aquí, un excesivo deshonor, como daba fe lo poco que parecían importarle sus dos bastardos. Pero, al margen de estas rudas consideraciones, Hazel le era necesaria, y ahora más que nunca, no solo como proveedora de sexo sin complicaciones, sino también como refugio seguro para su ego en crisis. Al menos, esas eran sus expectativas; de ahí que la tratara de una manera especialmente egoísta e imperiosa. Sin embargo, sus propósitos nunca se habían visto realmente cumplidos. La satisfacción esperada nunca se había materializado, toda vez que, sobre todo desde un tiempo a esta parte, sospechaba con una fuerza creciente que las cosas estaban siguiendo en realidad un plan preestablecido por Hazel, y que no era ella, sino él, la persona explotada; sospecha que la presencia de gente como Sonny no hacía sino aumentar.

Morgan observó que ella tenía entre los dedos un pitillo sin encender.

—¿No tendrás fuego por casualidad? —le preguntó como si fuera un extraño.

Morgan suspiró interiormente. Era preciso acabar con esto de una vez por todas.

—Oye —le dijo poniéndose en pie—; te tengo dicho que de fumar, nones.

El pitillo giraba entre sus labios.

—Hace tres días cumplidos que no te veo —dijo, enojada—. ¿Qué quieres que haga? Y encima ordenas a mis invitados que se marchen —apostilló en tono acusador.

—Yo no he ordenado nada a nadie; él se ha ido voluntariamente —repuso Morgan, y luego, maravillándose de ser él quien se estaba defendiendo, espetó:

—De todos modos, me importa todo un pito. Si yo he dejado de fumar, tú tienes que hacer lo mismo, y no hay más que hablar. ¿Qué gusto crees que saco al besarte?

Ella hizo una mueca coqueta.

—Por cierto —continuó—, ¿quién era tu invitado, ese tal Sonny, o algo así?

Ella dejó el cigarrillo en la mesa y se ajustó la toalla.

—Era mi hermano —dijo categórica.

Morgan notó que su indignación empezaba a ceder terreno. Se esforzó por apartar la vista de sus grandes pechos estrujados bajo la toalla y no prestar importancia al cosquilleo de la ingle: había que aclarar esto primero.

—Creía haberte oído decir que no tenías hermanos.

—Sí, por parte de mi madre; pero este es hijo de mi padre y de otra mujer —le explicó sin inmutarse.

Morgan permaneció un rato ponderando la veracidad de sus palabras: decididamente, era imposible competir con ella en tales circunstancias.

—De acuerdo —concedió a regañadientes—. Pero no quiero volver a verle por aquí. ¿Entendido?

Morgan arrojó el condón en la papelera que había debajo del lavabo. Todavía seguía tomando precauciones. Murray le había aconsejado «emplear el envoltorio siempre que lo hiciera». Muy típico de Murray referirse al condón con este nombre, pensó. Todavía resonaba en sus oídos el cerrado acento escocés de este hombre. Era igualmente típico, pensó con amargura, el influjo tan grande que ejercía Murray en los aspectos más íntimos de su vida. Sacudió la cabeza de puro asombro: parecía obra de algún duende maligno. Claro que tampoco le había convencido la explicación de Hazel acerca de la presencia de Sonny en el piso; así que más valía no arriesgarse en ese sentido. Siempre que usaba preservativos, sabía que Hazel le armaría un escándalo, por sus implicaciones, considerando además que dos meses atrás la había obligado a tomar la píldora; sin embargo, ella no hizo ningún signo —ni comentario— especial en el momento de enrollar la caperuza en el pene a duras penas erecto. El ventilador había estado funcionando a tope, manteniendo la cama bajo una constante

corriente de aire y secando el abundante sudor de su trasero y espalda.

Luego, notó de pronto el regusto del jerez de los Fanshawe y, para eliminarlo, mandó a Hazel a comprar cerveza.

—Si no hubieras dejado que se la bebiera tu querido Sonny, ahora no tendrías que ir a buscarla. Estarás de acuerdo conmigo, supongo —le soltó para vencer su renuencia.

Durante la ausencia de Hazel, decidió tomar un baño. Este acto, sencillo de por sí, estaba igualmente lleno de complicaciones. Abrió el agua fría y, durante un minuto, lo único que oyó fue un silbido apagado; luego el grifo se estremeció, soltó un par de eructos metálicos y, durante un rato, estuvo cayendo agua a muy poca presión, alcanzando en la bañera un nivel máximo de cinco centímetros aproximadamente antes de volver a convertirse en un ridículo goteo. Morgan extendió con cuidado su cuerpo sudoroso y jadeó ligeramente cuando sus genitales entraron en contacto con el fresco elemento. Se enjabonó lo mejor que pudo y luego se quitó la espuma. Hazel le trajo una cerveza, y él permaneció aún unos diez minutos en la bañera bebiendo directamente de la botella. Todos sus recuerdos indeseables quedaron sumidos en una apacible neblina etílica. Abrió nuevamente el grifo y, como la presión era ahora mayor, decidió lavarse la cabeza.

Al salir del baño encontró a Hazel sentada tranquilamente y pintándose las uñas. No llevaba encima más que las bragas y el sujetador. Morgan apuró su botella de cerveza. La vida en África tenía dos cosas buenas, y solamente dos, se dijo con ánimo positivo: la cerveza y el sexo. O el sexo y la cerveza. No estaba del todo seguro en qué orden había que colocarlas —en realidad no tenía ninguna importancia—; de todos modos, eran las dos únicas cosas que le levantaban el ánimo invariablemente. Bueno, alguna que otra vez lo habían dejado un poco deprimido; pero nunca de la manera cruel y arbitraria como conspiraba el resto del mundo para confundirlo y abatirlo. En este horrible país no había nada tan fiable y seguro; y la verdad es que, concluyó complacido, súbitamente en forma y de buen humor, ninguna de ambas cosas le estaba faltando hasta la presente.

Se secó sin ninguna prisa. Hazel había encendido su transistor; en ese momento estaba sonando una monótona canción *soul*. Morgan estuvo a punto de ordenarle que apagara el cacharro, pero en el último instante decidió ser indulgente y se abstuvo. Hazel era también una cosa segura, pensó amablemente. Bueno, casi, a su manera un tanto particular. Sintió unas ganas repentinas de darle las gracias.

Morgan se puso firme, se estiró y logró a duras penas divisar la punta de su pene, prácticamente sepultado por la protuberancia de su barriga. Cerveza y sexo, pensó. Cuando lo perdiera completamente de vista se pondría a régimen. Siguió pasándose la toalla por las distintas partes del cuerpo, hasta que se dio cuenta de la inutilidad del acto: en realidad, no tenía la piel mojada, sino más bien trasudada. Pasó a la alcoba de puntillas y se colocó delante del ventilador. Cogió un bote de talco del abarrotado tocador de Hazel y se dio unas generosas aplicaciones en las axilas y las ingles.

Cuando sus pelillos púbicos quedaron espectralmente albos, se puso los calzoncillos, color azul claro y bastante holgados: otra de las recomendaciones de Murray. De nuevo este hombre por medio, se enfadó Morgan, aunque tuvo que admitir que se trataba de un consejo inteligente y, sobre todo, práctico. El clima húmedo de Kinyanya no era idóneo para slips estruja-testículos: era menester dejar que el aire entrara en estos lugares recónditos y rezumantes.

Logró ver reflejada una sección de su torso en el espejo del tocador. Por encima de sus calzoncillos sobresalía una masa abundante de carne. Le preocupaban particularmente las dos bolsas de grasa que se le habían adherido tenazmente —como dos parásitos extraños— a la altura de la región lumbar. Se estaba poniendo demasiado gordo: la última vez había pesado noventa y ocho kilos. Sintió un escalofrío al recordarlo. Siempre había estado un poco lustroso: en su fornida adolescencia su madre solía emplear el calificativo de «recio» refiriéndose a él, aunque personalmente él prefería que le consideraran simplemente grueso. Era de mediana estatura —un metro setenta y cinco centímetros aproximadamente—, y siempre había sido un tipo robusto; pero desde que estaba en Nkongsamba —ya iba para tres años—, había engordado unos trece kilos y, lo que era peor, su silueta no dejaba de abultarse cada semana que pasaba.

Se agachó y se miró la cara en el espejo por encima del hombro de Hazel. Se acarició la mandíbula. Qué barbaridad, pensó con cierta alarma, la papada sobresalía ya por debajo de la barbilla... Estiró el cuello todo lo que pudo, mientras giraba la cabeza y miraba de soslayo su perfil. Tenía la cara bastante ancha; así que podía aguantar perfectamente un suplemento de carne. Se sonrió a sí mismo con gran efusión de simpatía y dejando toda la dentadura al descubierto. Se encontraba un cierto parecido con Marlon Brando. Hazel levantó la vista, creyó que la sonrisa era para ella y sonrió a su vez.

Morgan se irguió de nuevo, sacó el pecho y metió la barriga y el trasero. La verdad es que no aparentaba treinta y cuatro años, decidió; o sea, si se hacía abstracción del pelo. El pelo era para él un verdadero drama: fino y de color moreno claro tirando a rojizo, ¡se le estaba cayendo a gran velocidad! Cada mes que pasaba, las sienes ganaban terreno. Sin embargo, en la cima de la cabeza persistía una mata en punta, promontorio hirsuto en medio de una frente en expansión. Si esta maldita calvicie no se detenía pronto, pensó, acabaría pareciéndose a un indio hurón o a esos chalados marines americanos, especialistas en cargarse a los asiáticos surorientales, que se rasuraban la cabeza dejando una franja de pelo en el centro. Suavemente, se atusó el pelo con los diez dedos hasta que le rozó las cejas. Era realmente triste.

Ya vestido, dirigió su atención a la persona de Hazel. Esta llevaba bastante tiempo acicalándose para algo o alguien que no era precisamente él. Morgan echó una mirada general a la habitación, y su aspecto pobretón volvió a producirle un bajón de moral, ya familiar para él: la cama metálica con su delgado colchón de goma espuma, los muebles de pacotilla local, la cruda luz del techo con su corona zumbante de

insectos alados y las prendas chillonas de Hazel, todo ello le produjo el mismo efecto visual que un conjunto de algas en medio de una playa.

—¿Es que no puedes tener un poco limpio este lugar? —le preguntó, quejumbroso—. Y, por cierto, ¿se puede saber a dónde vas esta noche?

Hazel estaba luchando desesperadamente por colocarse un minivestido de algodón rosa y apenas lograba mantenerse en equilibrio sobre sus zapatos de charol con tacones altos.

—Hombre, no me voy a quedar aquí sentada toda la noche —dijo, con una buena dosis de razón—. Voy al Executive. Esta noche actúa Josy Gboye.

Morgan rio sardónicamente.

—Ah, sí, ¿eh? Y, naturalmente, vas sola.

Hazel se ajustó la peluca, una masa negra de cabellos muy lisos peinados hacia atrás, al estilo de una cantante pop inglesa.

—Por supuesto que no —se limitó a decir—. Me acompañará mi hermano —añadió al tiempo que se ajustaba sus pendientes de oro.

Morgan la vio de pronto más parecida que nunca a una puta: provocativa, sexual y muy apetitosa. Se dio cuenta de que estaba celoso. Le habría gustado ir con ella al Executive; pero este local se había convertido en cuartel general oficioso de los partidarios de Adekunle, y no habría sido prudente dejarse ver por allí a menos de una semana de los comicios electorales. Además, la última persona en el mundo que habría querido ver en ese momento era precisamente Adekunle. Era más segura la barbacoa en el club: más segura y más aburrida.

Hazel adivinó su enfado y se le acercó. Le puso las manos alrededor de la cintura.

—Me gustaría salir contigo —dijo, acurrucada contra su pecho. Los tiosos pelos de nylon de su peluca rozaron la punta de la nariz de Morgan, provocándole ganas de estornudar—. Pero si tú no quieres, qué otra cosa voy a hacer...

Ante la lógica de estas palabras, Morgan no tuvo más remedio que transigir, aunque mostrando una cierta severidad.

—De acuerdo —dijo—. De acuerdo. Pero no vuelvas más tarde de las diez y media. Creo que voy a pasar por aquí después.

Él sabía que era muy difícil que volviera esa noche, pero prefirió dejar la duda en el aire. Se inclinó y la besó en el cuello. Su piel estaba seca y era agradable al tacto. Olía a «Amby» —una loción que decoloraba la piel, usada por la mayoría de los jóvenes de Kinyanya—, a talco y a sudor fresco y ácido. Se sintió excitado de repente. Le resultaba asombrosa la rapidez de sus erecciones —y su igualmente rápido desvanecimiento— en África. Estrechó a Hazel contra su vientre, y ella se liberó en medio de risas: sus ojos almendrados le parecieron más sutiles. Fue una carcajada aguda y contagiosa.

—¡Qué hombre este! Nunca se ve hartado, ja, ja —exclamó exagerando su acento local y acompañando su risa de pequeños aplausos.

Sin saber cómo, Morgan se sorprendió sonriendo tímidamente, y empezó a

sonrojarse como un escolar cogido en falta.

Capítulo 3

Morgan estacionó su Peugeot en el *parking* del club. Se apeó y se quedó un momento mirando el edificio por encima de los techos calientes de los coches. Era noche cerrada, y las nubes tormentosas oscurecían las estrellas. Soplaban una brisa fresca del oeste, y Morgan aspiró ese olor húmedo de la tierra previo a la lluvia.

El club estaba situado en la parte norte de la ciudad, en una de las zonas mejor urbanizadas. Cerca había una pista de carreras polvorienta, una pista de polo y el único cine asiduamente frecuentado por europeos. El club en sí era una amplia construcción que había sido repetidas veces ensanchada en el transcurso del último medio siglo y cuyo heterogéneo trazado era una amalgama de distintos estilos arquitectónicos coloniales. Presumía de poseer media docena de canchas de tenis de tierra batida, una piscina de grandes proporciones y un terreno de golf de dieciocho hoyos. En su interior había dos bares, una sala de billar, una especie de *suite* funcional que servía en ocasiones de discoteca y un amplísimo *hall* poblado de butacas de baja calidad, que eran retiradas los días de fiesta para bailar, colocar una

tómbola, hacer alguna representación o, en caso de crisis, servía de lugar de concentración a expatriados ansiosos.

Era un edificio algo destartado, excesivamente utilizado y siempre necesitado de una mano de pintura; sin embargo, considerando la escasez de alternativas, era un lugar popular, y Morgan, cuando no lo odiaba por ser el cocedero de los peores valores de la engreída burguesía colonial británica, acudía a él en busca de esparcimiento. Había algunas cosas que le gustaban especialmente: los amplios aleros que suministraban generosa sombra a las largas verandas, los ventiladores del techo agitando las hojas papel biblia de las ediciones aéreas del *Times*, los camareros con blancos uniformes y botones dorados, que hacían retumbar con sus pies descalzos el piso de parqué cuando venían a servirte otra botella grande de cerveza helada...

Aunque no siempre se respiraba allí esta atmósfera nostálgica. Menudeaban también los bebedores empedernidos, los pelmas, los holgazanes y los lameculos. En las salas de billar se daban cita a menudo los cornudos y los mismos que ponían los cuernos: las ociosas esposas mataban el tiempo jugando al *bridge* o al tenis, o tomando el sol junto a la piscina, mientras sus hijitos eran cuidados por niñeras y las faenas del hogar eran realizadas por mayordomos, lujos que se permitían gracias a los jugosos sueldos que ganaban entre tanto sus maridos. Sus ocupaciones favoritas eran cotillear, coquetear y tramar posibles amoríos —a veces consumados—; y la sensual laxitud que envolvía sus días soleados y calurosos era una virtual bomba de relojería que amenazaba con hacer saltar en cualquier momento la apacible armonía de sus hogares.

De modo que Morgan no tenía una opinión fija acerca del club. Aquí había encontrado alguna que otra relación sexual —la mujer jamona, con cara de pito, de un ingeniero con cinco hijos, y la fornida y peluda esposa del representante italiano de la Fiat en Nkongsamba—, motivo por el cual él se sentía medianamente satisfecho. También le gustaba la piscina, sobre todo cuando estaba libre de señoras y de sus hijas gritonas; asimismo apreciaba las pistas de tenis y el terreno de golf cuando le daba por estos deportes. Le disgustaba esa curiosa sensación de aislamiento que empezaba a producirle el lugar después de tres años de frecuentarlo: los mismos solterones aburridos y las mismas parejas archibronceadas y ahítas de ginebra, con sus sempiternas invitaciones a cenar y sus trillados temas de conversación. Al ser él cónsul adjunto, todo el mundo parecía buscar su amistad, sobre todo los que tenían alguna posibilidad remota de conseguir un OBE o un MBE^[1], los cuales lo agasajaban con bebidas y comilonas para, con notoria ausencia de sutileza, soltarle el rollo de los muchos años de trabajo intachable pasados en Kinyanya al servicio de la causa británica. Al cabo de tres años de soportar este tipo de conversaciones, Morgan empezó a pensar que también él merecía alguna clase de recompensa por las horas sacrificadas en la flor de su vida escuchando sentenciosos análisis políticos y peroratas racistas de la peor laya.

Había también otro club en la Universidad, del que era socio de honor y al que

acudía de vez en cuando. Tenía piscina y varias pistas de tenis, pero carecía de terreno de golf; más nuevo y más pequeño, el nivel intelectual de sus socios era algo superior. Estos dos lugares, junto con el cine y las fiestas privadas, representaban las únicas válvulas de escape en el plano social de que disponía la población blanca de Nkongsamba. No es de extrañar, pensó Morgan mientras atravesaba el *parking* hacia la fachada iluminada del club, acogido por los ruidosos sonos de la música pop, que sea tan triste nuestra vida aquí.

Franqueó las columnas de la entrada y entró en el *hall*. En un gran tablón de anuncios se hallaba especificado el reglamento del club, junto con varios anuncios de reuniones y otros actos de interés. Sus ojos hastiados repasaron rápidamente la lista de los festejos: GALA DE NAVIDAD, leyó, QUE HONRARÁ CON SU PRESENCIA SU EXCELENCIA LA DUQUESA DE RIPON. Sintió un ligero temblor y se preguntó cómo diablos había podido aceptar el papel de Papá Noel. Junto a esta nota había otra redactada por el club de golf anunciando el GRAN TORNEO DEL DÍA 26: todos están invitados a participar, *premios para todos, apúntense*. Se alejó de allí deprimido. Fuera, cerca de la puerta principal, había un kiosko de periódicos que vendía prensa europea. Sepultados entre descoloridos ejemplares de *Newsweek*, *Marie-Claire* y *Bunte*, Morgan sabía que hallaría también unos cuantos números de revistas porno americanas. Estaba hojeando subrepticamente una de estas publicaciones titulada *Más de cuarenta* —no se trataba de una revista para gerontófilos: la cifra no se refería a la edad de las modelos, sino a la medida de sus tetas— cuando de repente oyó pasos sobre el cemento, detrás de él. Cogió rápidamente un ejemplar del *Reader's Digest* y volvió la cabeza con ademán de delincuente sorprendido con las manos en la masa: era el doctor Murray, acompañado de un adolescente.

Morgan sintió agitarse en su interior emociones contrapuestas: odio, admiración renuente, temor y turbación. Hizo todo lo posible por aparentar aplomo.

—¿Qué tal estamos, doctor? —exclamó con ojos vivarachos, indicando de un papirotazo la vaga fuente de la música pop—. Qué, a bailar un poco esta noche, ¿eh?

Murray lo miró como si lo considerara un poco tocado del ala; y se limitó a contestarle cortésmente:

—No se trata de mí. He venido a acompañar a mi hijo. —Y presentó a Morgan:

—Aquí *Mr. Leafy*, del Consulado.

El chico aparentaba unos catorce años; era alto y delgado, y por la frente le caía un mechón de pelo moreno. Se parecía mucho a su padre. Le saludó con cortesía, si bien Morgan creyó detectar en su mirada un rastro de sospecha, como si ya se hubieran encontrado antes en circunstancias no particularmente dichosas.

Murray tenía unos cincuenta años y era también alto y delgado. Llevaba unos pantalones de franela oscuros y una camisa almidonada blanca, de manga corta. En realidad, Morgan nunca lo había visto vestido de otra manera. Murray tenía un rostro muy curtido y de aspecto varonil, con profundas arrugas paralelas por debajo de los ojos, y el pelo corto, rizado y entrecano. La nariz parecía un poco pequeña con

relación a la cara, y sus ojos azules despedían a veces ciertos destellos de humor, aunque eran por lo general inquisidores e implacables. Morgan conocía esa mirada bastante bien.

—Bueno, aquí te dejo —dijo Murray a su hijo—. Llama a casa cuando quieras volver.

—O. K., papá —dijo el chico con una pizca de nerviosismo antes de entrar en el club.

Murray se dispuso a partir.

—¿De vacaciones? —preguntó Morgan, deseoso de entablar conversación. Recordaba con verdadera angustia lo que Adekunle le había mandado que hiciera.

Murray se detuvo.

—Sí. Estamos toda la familia reunida. Mi hijo llegó hace una semana aproximadamente.

—Ah —dijo Morgan sin saber cómo seguir la conversación—. Claro..., supongo que debe de ser muy grato el tenerle aquí con usted —añadió sin mucha convicción.

En el rostro de Murray volvió a aflorar la mirada penetrante.

—¿Todo va bien? —preguntó—. ¿No ha habido recaída? ¿Todo transcurre normalmente?

Morgan notó cómo empezaba a sonrojarse.

—Oh, sí, claro —dijo expeditivamente—. Ningún problema al respecto. De maravilla —hizo una pausa—. Oiga —dijo con un tono tan amable como estúpido—, ¿qué le parece si jugáramos juntos un partido de golf? Hay que animarse un día. — ¿Por qué Murray desencadenaba siempre el aspecto más flatulento de su personalidad?, se preguntó, asombrado por su falta de sutileza.

En el rostro de Murray se dibujó por unos instantes una expresión de sorpresa.

—Pues... por qué no. No sabía que jugaba usted al golf, *Mr. Leafy*.

—Llámeme Morgan, por favor.

Murray no pareció apreciar esta invitación amigable.

—Pues sí, señor. Soy bastante aficionado —mintió Morgan—. Qué casualidad que no nos hayamos encontrado todavía en el terreno. ¿Cuándo está usted libre?

Murray se encogió de hombros.

—Cuando usted disponga. Y ahora perdone, pero tengo que marchar: mis hijas me están esperando en el coche para ir al cine —añadió a modo de explicación—. *Los diez mandamientos*.

—Estupendo —dijo Morgan, con la voz más entonada. Ya tenía por fin algo positivo que referir a Adekunle—. ¿Por qué no el jueves por la tarde, a las cuatro?

—Muy bien —convino Murray—. Hasta entonces, pues, en el primer hoyo.

Le dijo «buenas noches» y se alejó en dirección del *parking*. Morgan le siguió con la vista, repentinamente debilitado tras el esfuerzo realizado. Cabronazo, le insultó. Si supieras lo mal que lo estoy pasando por culpa tuya...

Volvió al club todavía conmocionado. El local estaba abarrotado de gente y, para

su gran disgusto, ofrecía por doquier muestras de la inminente navidad. Las serpentinas, las bolitas y las campanillas le trajeron a la mente una vez más su necia decisión de personificar el espíritu de la navidad; durante un minuto estuvo echando pestes internas contra los Fanshawe, sobre todo contra la mamá y la hija. En el jardín se habían colocado focos especiales para iluminar la barbacoa. En torno a tres parrillas enormes del tamaño de una bañera, hechas con bidones de aceite seccionados verticalmente, se hallaban agrupados varios camareros vestidos con chaquetilla blanca. Los carbones estaban al rojo vivo, y sobre las parrillas se chamuscaban cientos de pinchitos.

Morgan divisó a Lee Wan, un bioquímico malayo de la universidad, repartiendo ponche. Este hombrecillo alegre y simpático organizaba juegos y reuniones infantiles, pero era también un auténtico granuja. Guiado por él, Morgan se había introducido en todos los tugurios de Nkongsamba apenas transcurridos dos meses de su llegada...

Estuvo dudando si hacer la cola para los pinchitos, pero había perdido el apetito y empezó incluso a lamentar el haber venido. Había demasiado bullicio y demasiada alegría navideña para su gusto.

Sus ojos se detuvieron en un anuncio con una flecha, que decía: «Jóvenes con ganas de bailar, por aquí». Morgan suspiró, embargado a la vez por un sentimiento de añoranza y exasperación. Con la llegada de las fiestas, la población blanca de Nkongsamba aumentaba considerablemente: venían los hijos e hijas, que estaban estudiando en su mayoría en colegios ingleses y europeos. Durante un mes las canchas de tenis y la piscina quedaban literalmente en poder de estos jóvenes hedonistas. Se les veía tomar el sol al borde de la piscina, fumar y beber, flirtear en el agua y, a veces, besarse con abandono, sin importarles lo más mínimo las miradas ajenas. Una noche se acercó, ya tarde, a una de las discotecas para jóvenes del club —algunas jovencitas tenían unos cuerpos descomunales— y encontró la sala totalmente oscura. En la pista de baile se estaban cimbreando tres parejas en postura de copulación vertical, mientras que las butacas circundantes alojaban sendas combinaciones duales, diversamente entrelazadas. Morgan no había asistido nunca, *nunca*, a una fiesta así; y menos aún con la edad de estos mocosos. Injusticia que le hizo temblar con una envidia inaudita.

En ese momento deambulaban por el club algunos de estos adolescentes, vestidos con vaqueros y camisetas, riendo y bromeando sin cesar. Morgan divisó al hijo de Murray en un rincón, aparentemente sin compañía, comiendo un pinchito. Le envió un saludo, pero el chico no se inmutó. Gilipichis, pensó Morgan mientras se daba media vuelta en dirección de la barra. Necesitaba desesperadamente una bebida.

Bastaba una leve excusa para que la población blanca saliera en manada a celebrar lo que fuera; y la «barbacoa especial de Navidad» no fue excepción. Morgan fue abriéndose camino hasta la barra entre saludos y sonrisas a los numerosos asistentes; en el rostro se les notaba que habían bebido lo suyo: conversaban con inusitada animación. Había unos cuantos nativos entre el público, mayoritariamente

europeo. El club practicaba la integración absoluta; no obstante, los negros preferían por lo general ir a divertirse a otros lugares. Tenían sitios mejores adonde acudir, pensó Morgan, preguntándose en ese preciso instante qué estaría pasando en el Hotel de Executive. Miró su reloj: las nueve pasadas. Daría un telefonazo a Hazel para asegurarse de que había respetado el toque de queda de las diez y media. Luego recordó que no había teléfono en el piso; nada podía impedirle, pues, el pasar toda la noche fuera si así lo deseaba. Sintió un inicio de ataque de rabia en su interior. Tranquilo, chavea, tranquilo, se dijo. Que estuviera siendo sobornado por un político sin escrúpulos; que la chavala con la que quería casarse se hubiera hecho novia de su subordinado, y que su amante estuviera en ese momento por ahí con Dios sabía qué tipo de «hermanito», ¿no eran razones de peso para sulfurarse? Venga, hombre, se dijo con amargo disgusto, sé razonable: las cosas podrían ir todavía peor, ¿no es cierto?

Pidió un *whisky* doble al camarero y preguntó dónde estaba el teléfono; se lo pusieron en el otro extremo de la barra, y fue hacia allá mientras se propinaba un buen trago. Marcó el número de su casa.

—¿*Alló?* —era Friday, el mancebo de Morgan. Su país de origen era Dahomey, y hablaba francés. Tenía bastantes dificultades con el inglés.

—Friday —dijo Morgan—. Aquí el amo.

—Amo no estar aquí. Nunca estar aún.

Morgan desvió el rostro hacia la multitud. Un furor incontrolado le explotó en la cabeza, y los ojos se le cerraron bajo la presión de la rabia.

—Escúchame, cabeza de chorlito, soy *yo* —escupió en el receptor—. *C'est moi, ton maître.*

—*Ah, bon!* Sentirlo mucho, amo. *Desolé* —exclamó Friday deshaciéndose en una serie inacabable de disculpas.

—Bueno, bueno, ya vale —cortó Morgan—. Volveré a casa a las diez. Dile a Moses que quiero una tortilla. Eso es: cuando vuelva a casa... una tortilla de queso.

Esto les sentaría como una patada en la barriga, pensó con satisfacción.

—Excuse, amo, ¿puedo marchar? Mi hermano, eh...

—Por supuesto que no; vamos, hombre... —chilló Morgan, colgando el teléfono con furia. Para su gran sorpresa, notó que le temblaban las manos. Hay que acostumbrarlos a que me esperen, pensó crudamente, aunque pasen el tiempo viendo mi tele, comiendo mi comida y bebiéndose mi cerveza. Le lleva a uno las veinticuatro horas del día intentar poner un poco de orden, razonó. No hay que ablandarse.

Oyó que alguien le llamaba y levantó la cabeza. Para su consternación, reconoció los rostros sonrientes de Dalmire y Jones al otro extremo de la barra, que le estaban haciendo señas.

—¡*Vente para acá, Leafy!* —oyó que le llamaba la voz aguardentosa de Jones. Dios mío, pensó, cómo es posible que me fastidie tanto su acento galés. Desganado, fue abriéndose paso hasta ellos. Estaban un poco piripis. Aún no se habían quitado la

ropa de golf, y saltaba a la vista que no habían dejado de beber desde el final de la partida. A Morgan le parecieron en ese momento como dos colegiales que han hecho novillos y se refugian en un *pub*.

—Hombre, Morgan, cómo está mi viejo amigo... —dijo Dalmire echándole la mano por encima del hombro. Sus palabras adolecían de articulación, y sus facciones, normalmente armónicas, estaban ligeramente desfiguradas por el alcohol.

—¿Qué va a ser? —balbuceó.

—Otro *whisky*, por favor —dijo Morgan, intentando ocultar la frialdad de su voz. Vació el vaso y lo puso sobre la barra—. Doble, si no te importa.

—Faltaría más, jefe —exclamó Dalmire.

—Qué cojones, pues eso digo yo también —exclamó Jones, sacudiendo su esférica y negra cabeza en señal de admiración—. Un doble es lo que mejor sienta —apostilló con risa bobalicona.

Morgan notó que tenía el labio superior lleno de espuma. Dalmire le propinó una palmada en la espalda.

—Buen chico este Morgan —dijo cansinamente. Morgan no apreció en absoluto esta expresión de club de rugby—. Un buen chico de verdad —siguió abundando temerariamente—. Me ofreció ginebra a las tres y media de la tarde. El cabroncete la tiene guardada en un cajón de su mesa.

Jones soltó una gran carcajada al oír esto. Morgan se puso colorado, y Jones adoptó un aspecto sonriente de conspirador:

—Una celebración clandestina; ¿eh? Vaya noticia lo de Dicky y Pris, ¿no te parece, Morgan? Maravilloso —dijo echándole el brazo por encima del hombro—. Aunque no conviene que se entere Arthur —le susurró al oído.

Morgan estaba a punto de describirle detalladamente lo que pensaba contestarle a Fanshawe en caso de que este le hiciera la mínima observación al respecto, cuando reparó de pronto en que el jefe del Consulado era el futuro suegro de Dalmire, y decidió guardárselo para sí; se contentó con esbozar una sonrisa de complicidad y sacudirse con el dedo la nariz. Lo que desencadenó otro ataque de risa en sus dos compañeros.

—Ay, qué risa, qué tipo más cachondo y astuto —pitó Jones—. Venga otra ronda. Eh, chico, llena lo mismo —gritó al barman.

Morgan los miró con resentimiento. Dalmire, veinticinco años, la cara encarnada como un adolescente sonrojado. Jones, con sus dos carrillos azulados y rechonchos, casado con una mujer de aspecto enfermizo y con dos chicos igualmente endebles. Qué pena de seres, pensó. La verdad es que la gente que manda aquí no vale un pitoche. Pero luego se dio cuenta de que él estaba incluido también en ese número, y este pensamiento lo deprimió profundamente, hasta que su orgullo le recordó que él era distinto de los demás, especial, la excepción de la regla. La obviedad de esta evaluación no le dejó, sin embargo, todo lo convencido que él había esperado, y por eso decidió cambiar de tema.

—¿Dónde está Priscilla? —preguntó a Dalmire—. Pensé que vendría aquí esta noche a encontrarse contigo.

—Anda por ahí con Geraldine y los chicos —le enteró Dalmire (Geraldine era la mujer de Jones)—. A ver si consiguen algunos pinchitos. Y tú, ¿no piensas probarlos? ¿Por qué no te unes a nosotros? —le preguntó.

Jones secundó esta sugerencia. Ambos parecían sentir lo que decían. En ese momento Morgan pensó, como ya pensara alguna que otra vez en el pasado con motivo de alguna invitación inesperada, que estos tipos le apreciaban de verdad, que buscaban su compañía, que lo encontraban interesante y divertido. Nunca sabía bien qué contestar en tales ocasiones, embargado repentina y espontáneamente por sentimientos de sincera gratitud. Sin embargo, no le hacía ninguna gracia sentirse agradecido hacia individuos como Dalmire y Jones; lo encontraba en cierto modo degradante, por lo que consideraba un deber reprimir tales emociones siempre que se presentaban.

—Ah, no..., gracias —dijo pellizcándose de nuevo la nariz, y jugando deliberadamente el papel de calavera, vivales y desenfrenado que le habían atribuido—. Tengo que marcharme en seguida. He quedado esta noche.

Esto dio de nuevo pie a una serie de carraspeos, mutuos codazos y gritos ahogados de «¡Ohhhh!». Morgan se preguntó por qué se plegaba a estos jueguecitos. Su meditación se vio interrumpida por la llegada de Priscilla y Geraldine. Geraldine Jones llevaba un... sayo, sí, esa era la palabra: un sayo color verde, que le colgaba holgadamente de sus flacos hombros y dejaba al descubierto la parte superior de su pechera plana. Tenía ojos grandes de gnomo en medio de una carita de pitiminí, el pelo corto, de un marrón indeterminado.

—Chao a todos —exclamó con una alegría forzada—. Hola, Morgan, me alegro de verte. ¿A qué vienen todas esas risotadas?

Morgan sabía perfectamente lo que iba a contestar Jones; vio con creciente terror cómo el pequeño galés esbozaba una risita chabacana, se inclinaba confidencialmente y cacareaba con su voz de pito: «Nuestro querido Morgan tiene un *rendez-vous* sentimental».

Morgan, la vista empañada de ira, sintió ganas de sacarle a Jones los ojos de cuajo, aplastarle el cráneo e introducir por todos los orificios de su cuerpo los instrumentos más punzantes; pero, en lugar de ello, esgrimió una risita de conejo, plenamente consciente de la mala cara que acababa de poner Priscilla. Mientras le daba un vuelco el corazón, le alegró no obstante constatar que ella no fuera completamente indiferente a la manera en que él pasaba las veladas. Con todo, ella avanzó unos pasos para ponerse junto a Dalmire —cuyos ojos se habían tornado completamente vidriosos— y depositar un casto besito en su frente. Este la cogió por el talle y le acarició la cadera. Ella lanzó a Morgan una mirada, que él interpretó como triunfal. Pero antes de que ella abriera la boca, él soltó lo primero que le pasó por la mente:

—He conocido esta noche al hijo del doctor Murray; clavadito a su padre —dijo mientras estiraba la cabeza como si lo buscara entre el gentío. Como era de esperar, todos hicieron lo mismo.

—Estoy segura de haberlo visto en la barbacoa —observó Geraldine—. Un chico tranquilo, muy suyo. Lástima.

—Estupendo doctor ese Murray —sentenció Jones—. No sé qué habríamos hecho sin él, ni qué habría sido de Gareth y Bronwyn. No es fácil para nuestros chicos vivir en este país.

Todos pusieron cara de circunstancias, mientras ponderaban el contenido de esta frase.

—Aunque, a mi juicio, no le vendría mal mostrar de vez en cuando un poquito de calor humano —comentó Morgan, metiendo un poco de cizaña.

Geraldine pareció sorprendida.

—Oh, no. Seguro que no habla en serio. A mí siempre me ha parecido muy amable y servicial.

—Depende de para qué se le vaya a ver, supongo —medió Priscilla—. Hay tantos hipocondríacos por ahí sueltos. Estoy segura de que Murray los huele a un kilómetro de distancia.

Hubo nuevamente asentimiento general. A Morgan no le gustaron ni un pelo estas palabras. ¿A qué y a quién se había referido exactamente?, se preguntó incomodado.

Uno de los hijos de los Jones se acercó corriendo. Era la pequeña Bronwyn, con un globo rojo en la mano.

—Papi, papi, mira lo que he ganado —chilló.

Jones la levantó del suelo en un arrebato de amor paterno y empezó a besuquearla en el cuello, mientras le decía:

—¿Dónde está la princesita, que se la come su papá? ¡Muammm...!

Las intenciones antropofágicas del padre no fueron muy del agrado de la niña, la cual se puso a gritar desesperadamente para que la bajara. Inmediatamente, todos, a excepción de Morgan, se inclinaron sobre ella para admirar su globo rojo —su rara y exótica belleza— y ponderar la nada común inteligencia de Bronwyn por haberlo conseguido. En el transcurso de esta escena, Morgan notó cómo Dalmire bajaba la mano por la cadera de Priscilla hasta tocarle —y masajearle— el trasero. El monstruo de ojos verdosos de la envidia mantuvo a Morgan en vilo hasta que llegó un camarero con una nota en la mano. A Bronwyn se le había unido entre tanto su hermanito Gareth, que también portaba un globo —solo que esta vez era amarillo— y exigía asimismo la admiración y aclamación general. Así que Morgan tuvo tiempo de sobra para tomar la nota, dar las gracias al camarero, poner cara preocupada y leer el papelito, que decía lo siguiente: «Me encuentro en el bar pequeño. ¿Por qué no se acerca y charlamos un momento? Sam Adekunle».

Morgan creyó que iba a vomitar; de hecho le faltó poco para perder el equilibrio. Metió la nota en uno de sus bolsillos y reflexionó furiosamente. Su dramática

concentración acabó llamando la atención de los demás, que dejaron de hablar y lo miraron con curiosidad.

—¿Ocurre algo? —preguntó Priscilla.

—Espero que no se trate de una mala noticia —masculló Jones con una risita nerviosa—. No te habrá dado un plantón la chavala.

Morgan se esforzó por sonreír.

—No, hombre, no —dijo mientras buscaba apresuradamente una explicación de su gusto, que no tardó en encontrar—. Mucho peor: al parecer se ha perdido el rastro de un poeta que nos había enviado el British Council. ¡Estos artistas! —como sus interlocutores parecían satisfechos, no siguió abundando—. En fin, el deber me llama.

Los otros lamentaron el contratiempo y siguieron hablando animadamente. Morgan apuró las últimas gotas de su *whisky*, se estremeció y pasó por detrás del grupo para colocar el vaso en la barra. Sintió la mano de Priscilla sobre su brazo.

—No pasa nada grave, ¿verdad, Morgan?

Parecía realmente preocupada, y ello le emocionó. Lanzó una mirada rápida a Dalmire, que estaba charlando con Jones, y luego miró de nuevo a Priscilla, fijándose, como la primera vez, en su lustroso flequillo, su nariz absurda y sus pechos fabulosos. El amor volvió a prender en su corazón con la rapidez de una explosión de napalm: un amor estúpido, irracional, de borrachera, sin nada que ver con el que se escribe con A mayúscula. Pensó: si lograra cepillármela como fuera, antes de que se case con Dalmire...; todo parecería más justo y más lógico. Como seguía sujetándole el brazo, se apresuró a cogerle la mano antes de que la pudiera retirar.

—No pasa nada, de verdad, Pris —musitó él, noble en la derrota, intentando transmitirle al mismo tiempo el mensaje de que cometería un grave error casándose; claro que ya era mayor para saber lo que quería—. En fin, dentro de lo que cabe —apostilló con pena.

Morgan retiró la mano para que se viese bien la alianza. Priscilla la apartó rápidamente a su vez, como si hubiera tocado un tizón ardiente, y se la metió en el bolsillo de los vaqueros. Clavó la mirada en el suelo, confundida.

Morgan se inclinó hacia ella:

—Supongo que no te habrás creído las tonterías que ha dicho Denzil sobre mis citas —susurró—. Ya sabes, su galés sentido del humor. —Le dio una palmadita para tranquilizarla y luego, dirigiéndose al grupo, alzó la voz:

—Adiós a todos. Hasta pronto.

Se alejó a grandes zancadas, exultante momentáneamente por este asombroso cambio de tornas, hasta que recordó hacia dónde se estaba dirigiendo. Redujo el paso y miró con añoranza el pequeño grupo que acababa de dejar. En ese momento se sintió terriblemente solo. Adekunle le estaba esperando.

Capítulo 4

El «bar pequeño» era el nombre con el que se conocía la sala del club que daba al hoyo décimo octavo. Generalmente estaba ocupado por sudorosos golfistas que ingerían grandes cantidades de cerveza con sifón; pero a estas horas de la noche se hallaba totalmente desierto. El barman estaba descabezando un sueño sobre la barra. Morgan se preguntó dónde diantre se habría metido Adekunle, aunque se alegró de que lo hubiera convocado en un lugar tan discreto.

Oyó que alguien lo llamaba desde la ventana. Salió y distinguió el bulto de Adekunle en el otro extremo: la punta de su cigarrillo rojeaba en la oscuridad.

—Hombre, *Mr. Leafy* —dijo de nuevo, mientras acudía a su encuentro con los brazos abiertos—. Me parece que vamos a tener lluvia esta noche.

Morgan le dio la mano y asintió nerviosamente.

Adekunle era un hombre corpulento con carrillos rechonchos y una papada abundante. Su cara bigotuda era popularmente conocida: se hallaba reproducida hasta la saciedad en todas las vallas publicitarias de la región centro-occidental. Esta noche

parecía aún más imponente que de costumbre, vestido como venía con el traje tradicional: una ancha túnica bordada, color crema, que le llegaba a las rodillas, con mangas prodigiosamente amplias recogidas en la espalda; haciendo juego, unos pantalones-pijama también color crema, ajustados a los tobillos, y un fez de terciopelo negro tejido en oro, encasquetado al sesgo, según la moda local. La riqueza y el esplendor de su atuendo, unidos a su imponente estatura, le daban un aire de potentado, de un Enrique VIII africano.

—Perdone mi vestimenta ostentosa —dijo. Su voz era profunda, educada, con un acento inglés casi perfecto, modulado por un deje americano adquirido durante su permanencia en la Harvard Business School—. Pero es que tengo que asistir ahora a un mitin del partido.

—No le esperaba de vuelta tan pronto —arriesgó Morgan con una voz algo tomada y por lo menos dos registros más alta de lo que era normal en él—. ¿Ha hecho un buen viaje?

Adekunle esbozó una sonrisa amplia.

—Un viaje estupendo. Gracias. Sumamente fructífero. He encontrado Londres abarrotado de gente y con unas temperaturas muy bajas.

Hizo una pausa; al reanudar la conversación, Morgan notó que la cordialidad había desaparecido de su voz.

—Necesitaba verle..., urgentemente. Se puede imaginar la alegría que me ha dado al verle ahí fuera. Siento tener que comunicarle malas noticias —lanzó una bocanada de humo en la noche—. Como me temía, tenemos un problema. Un problema con el doctor Murray.

—Me satisface... —Morgan carraspeó—. Quiero decir, me satisface el que haya actuado usted con tanta discreción. Mis colegas están ahí.

—Se comprende —dijo Adekunle con tono más afable—. Me hago perfectamente cargo de su situación.

—Perdone un momento —interrumpió Morgan con voz ronca—. ¿No le importa que llene de nuevo el vaso? —hizo una pausa, inseguro de lo que iba a decir después—. Antes de escuchar su problema.

Entró en el bar y despertó al barman, que le sirvió otro *whisky*. Bebió un buen trago y volvió a reunirse con Adekunle en la veranda. Este encendió otro pitillo y le preguntó con voz sonora, inalterada:

—A propósito de Murray, ¿qué, progresa la amistad entre ustedes dos? ¿Está marchando todo como se había planeado?

Morgan tragó saliva. Sintió un ligero alivio al pensar que por lo menos tenía alguna noticia buena que comunicarle.

—No va mal —dijo con voz débil—. Como usted me sugirió, he estado intentando trabar amistad con él; lo cual no es nada fácil, pues se trata de una persona muy poco sociable. De todos modos, vamos a jugar juntos al golf al final de esta semana.

—Al golf —Adekunle reflexionó un momento—. Excelente. ¿Los dos solos, usted, y Murray?

—Así es. Al menos, eso he creído entender.

—Muy bien. No deje de asistir.

—Espero que no le importe si le hago una pregunta —dijo Morgan con voz atemorizada—. Pero ¿puedo saber para qué sirve todo esto? La verdad es que no entiendo ni jota. ¿Por qué es tan importante que yo trabaje amistad con Murray? ¿Qué espera usted exactamente de mí?

Adekunle le miró de manera socarrona.

—Supongo que ya se lo puedo decir —dijo—. Sí, tiene razón en querer saberlo —hizo una pausa y a continuación dijo rápidamente, con la mayor naturalidad del mundo—: Quiero que conozca a Murray porque pretendo que lo soborne.

Morgan no estaba seguro de haber entendido bien.

—¿Cómo? —exclamó vacilante—. ¿Sobornar a Murray? Supongo que está usted bromeando.

—En absoluto, mi querido amigo —sentenció Adekunle en un tono que despejó toda duda de la mente de Morgan.

Este sintió náuseas de repente. En su aturdido cerebro empezó a tomar forma una visión fantasmagórica del futuro. Acontecimientos inconexos del pasado encajaban ahora en este marco horrible. Numerosas observaciones y actitudes ambiguas aparecían de pronto ominosamente explicables. Le costó trabajo reanudar la conversación.

—Así que quiere que soborne a Murray —dijo en voz baja—. ¿Y con qué finalidad?

Adekunle lo cogió por el brazo y lo condujo al final de la veranda. Las luces del bar proyectaban una claridad tenue sobre sus personas. Más allá, en la oscuridad, las calles del golf se perdían en la selva.

—Déjeme que le explique —dijo Adekunle con voz persuasiva—. Existe un proyecto de edificación en nuestra Universidad, aquí en Nkongsamba, por el que estoy personalmente interesadísimo. Y no solo por razones de mi actividad, como diría... docente, sino también por otros motivos. Mire —prosiguió—, la Universidad está en plena expansión, y quieren construir un nuevo complejo residencial con quinientas habitaciones y comedor. Los terrenos en los que quieren edificar dicho complejo son propiedad mía. Hace meses que deseo vender esos terrenos, pero han surgido dificultades —levantó la mano para imponer silencio a Morgan—. Existe también un comité de Universidad llamado Comité de Obras y Edificaciones. Su función consiste en estudiar y examinar la viabilidad de todos los nuevos proyectos de edificación desde el punto de vista de la higiene y de otras consideraciones sociales y medio-ambientales, y presentar sus conclusiones al Consejo de Universidad. Es un comité muy importante; de hecho, tiene poderes para vetar todos los proyectos de edificación, y su presidente...

—No es otro que el doctor Alex Murray —se apresuró Morgan en concluir.

—Así es —le felicitó Adekunle—. Veo que empieza a coger el hilo, como se suele decir —se detuvo un momento, durante el cual estuvo hurgando el bordado de su túnica—. Tomé conciencia del problema hace algún tiempo gracias a algunos de mis contactos. Pero ayer, al volver de Londres, dichas fuentes confirmaron mis peores temores. El doctor Murray —hubo una mueca de disgusto en el rostro de Adekunle al pronunciar este nombre, lo cual comprendió Morgan perfectamente—, el doctor Murray va a presentar, al parecer, un informe negativo sobre el emplazamiento propuesto. Si lo hace, los terrenos no se podrán vender —Adekunle esbozó una sonrisa siniestra—. Ya me lo temía. Pero hay que impedirlo como sea. Esa es la razón por la que decidí, cómo decirlo, acudir a su ayuda en este delicado asunto de persuasión.

—O sea, que quiere que yo...

—Quiero que convenza al doctor Murray para que cambie de opinión.

—Oh, Dios mío —dijo Morgan casi imperceptiblemente, presa de un ataque de clarividencia aguda—. La verdad es que no estoy seguro...

—Vamos... —dijo Adekunle con voz suave, sujetando a Morgan por el brazo—. Descartemos toda idea de derrota.

—Pero ¿dónde reside el problema? —preguntó Morgan—. ¿Por qué se opone a ello?

Adekunle lanzó de un capirotazo la colilla a las tinieblas exteriores.

—Algunas objeciones eran de esperar: la cercanía del poblado Ondo, el curso del río...; pero son obstáculos fácilmente superables. Siempre se puede convencer a los moradores de una aldea para que cambien de residencia; y el curso de un río también se puede desviar —suspiró exasperado—. Pero, por desgracia para todos nosotros, el doctor Murray es un hombre demasiado estricto y meticuloso —sacó un paquete de tabaco del bolsillo de la túnica—. Tal vez esté usted enterado —prosiguió mientras encendía un pitillo— de que los miembros de mi familia somos jefes tribales en esta parte del mundo. En efecto, la mayoría de los terrenos que circundan a Nkongsamba son propiedad nuestra. Pero, ay, los gastos de la vida política son considerables, por lo que hace dos años me vi obligado a vender parte de mis tierras. Unos terrenos que limitan actualmente con el emplazamiento propuesto para el nuevo complejo residencial —Adekunle sonrió vagamente—. Yo era entonces presidente de la Cámara de Comercio de Nkongsamba; así que me resultó bastante fácil, por así decir, vender el terreno al Ayuntamiento de Nkongsamba, que es el actual propietario.

Morgan frunció el ceño. Se preguntó si, dada su congénita candidez, no se le estaría escapando algún punto importante del problema. Todavía no había logrado unir todos los cabos. Tal vez los ponderados eufemismos de Adekunle eran un código que él debía haber descifrado sobre la marcha.

—¿Sabe Murray que es usted el propietario de los terrenos? —preguntó.

—No —dijo Adekunle—. No, no; de eso estoy seguro. Ninguna de las

transacciones se ha hecho con mi nombre —dijo condescendentemente, como si quisiera reprimir la frustración que le producía la lentitud de Morgan—. No creo —prosiguió— que la Universidad de Nkongsamba estuviese dispuesta a gastar cientos de miles de libras si supiera que esa cantidad iba a parar a los bolsillos de un profesor suyo de Economía y Gestión de Negocios. No —continuó—, el problema reside en el Consejo Municipal. Los terrenos que le vendí hace dos años se han convertido hoy en día en el nuevo vertedero municipal.

—Ah —exclamó Morgan, viendo todo claro de repente—. Ya veo.

—Empezaron a utilizarlo como vertedero hará aproximadamente medio año. La cantidad de vertidos es todavía poco importante y están a bastante distancia del emplazamiento propuesto. Pero, dentro de un año, no habrá manera de ocultarlo; con toda seguridad, si siguen al ritmo actual, la basura habrá llegado para entonces junto a los muros mismos del nuevo complejo previsto. Claro que, si antes de esa fecha —dijo con falsa tristeza— ya se han iniciado las obras, será demasiado tarde para buscar un nuevo emplazamiento.

Joder, vaya interés que muestra este tío por sus estudiantes, comentó para sí Morgan.

—Nadie —dijo enfáticamente Adekunle—, nadie puede enterarse de esto ahora. A no ser que consulte los registros del catastro.

—Cosa que ya ha hecho Murray...

—Así es, mi querido amigo. Ya le he dicho que era un hombre muy concienzudo.

—Pero ¿tan difícil es conseguir que echen la basura en otra parte, o alguna medida por el estilo? —preguntó Morgan con voz impaciente.

Adekunle soltó una carcajada desdeñosa ante la inviabilidad de esta sugerencia.

—Y, ¿dónde van a depositar miles de toneladas de materia en descomposición? Además —añadió—, desde que me dedico preferentemente a la política, no he tenido más remedio que renunciar a mi situación influyente en el Ayuntamiento en aras de una mayor, cómo diría, probidad —esta palabra pareció dejarle un amargo sabor en la boca—. Lo siento, mi querido amigo; pero no hay otra alternativa. Y, en cualquier caso, es de todo punto necesario que ponga manos a la obra desde este mismo momento. No puedo esperar —extendió las manos—. Los gastos de la campaña electoral. Y una vez que haya...; es decir, si gano las elecciones, necesitaré para empezar una enorme cantidad de dinero. No, no. Es preciso que Murray cambie su informe. Sin Murray no habría habido problema alguno. Los terrenos ya se habrían vendido —miró a Morgan inquisitivamente—. Usted es un hombre blanco y, además, representante del servicio diplomático de su Majestad la Reina; por otra parte, es amigo suyo. Así que cuento con usted para hacerle cambiar de parecer.

Morgan dirigió al cielo una mirada desolada. Sintió sobre él el peso y la amenaza de unos invisibles nubarrones, como la venganza personal de un dios amargado y despechado. La imposibilidad de la tarea que le había encomendado Adekunle le dio ganas de echarse a reír históricamente; la audacia de tal sugerencia le dio ganas

igualmente de ponerse a llorar de desesperación. ¿Qué sabía Adekunle sobre Murray?, se preguntó. ¿No era capaz de ver bajo estos rasgos severos la rectitud moral de un John Knox redivivo?

Morgan empezó a explicarse extremando la prudencia.

—Si usted conociera al doctor Murray como yo lo conozco, se daría cuenta de la imposibilidad de...

Adekunle le interrumpió:

—Por favor, que conozco muy bien al doctor Murray. Y le puedo asegurar, *Mr. Leafy*, que es un ser humano exactamente como usted y como yo. No es ningún dios, ni tampoco esa especie de figura heroica que usted se ha creído que es —dirigió hacia él un dedo amonestador—. Procure no olvidar esto —le intimó— en todos nuestros eventuales tratos, y sea cual sea el interlocutor. El doctor Murray no es más que un hombre sobrecargado de trabajo, y con tres hijos. Y ya sabe lo caros que están los colegios en Inglaterra —sonrió—. No creería usted que yo iba a contar exclusivamente con sus cualidades retóricas. Puede ofrecerle diez mil libras esterlinas —concluyó—. En el banco que quiera: Suiza, Jersey, Guatemala; donde sea.

Morgan no dijo nada. Estaba pensando en las diez mil libras esterlinas.

—Cada cual tiene su precio, como suele decirse. Creo que diez mil libras esterlinas bastarán a un hombre pobre como el doctor Murray.

Morgan había quedado turulado ante la munificencia del soborno. Incluso Murray... En su mente empezaron a agitarse todo tipo de perversas posibilidades y decorados corruptos cual moscardas alrededor de un trozo de carne podrida. Le pasmaba sobre todo la exquisita ironía de seducir a ese hombre tan recto y tan severo. Veamos lo que pasa, pensó. Tal vez no sea tan difícil verle caer preso en las redes de la corrupción. Los labios gordos de Adekunle se abrieron en una ligera sonrisa al ver a Morgan tan caviloso.

—Puede que lleve usted razón —admitió Morgan—. Puede que al final tenga razón.

—No disponemos de mucho tiempo —volvió a advertirle Adekunle—. Este asunto tiene que quedar solucionado antes de las elecciones; en cualquier caso, antes de que se reúna el Comité de Obras y Edificaciones, que será en los primeros días del nuevo año —miró su reloj—. En fin —dijo—, tengo que irme ya. Lo haré por la parte trasera —cruzó la veranda y subió los escalones que conducían al terreno de golf. Se detuvo en lo alto para hablar por última vez a Morgan.

—Huelga recordarle la obligación, por así decir, que ha contraído conmigo, *Mr. Leafy* —dijo—. Como tampoco creo tener que recordarle las eventuales consecuencias desagradables para usted que sobrevendrían en caso de incumplimiento de lo pactado. Por supuesto, puede contar, cuando haya terminado todo esto, con mi absoluta discreción, así como —concluyó, sonriendo mientras preparaba su circunlocución final— con mi apoyo más decidido a su carrera profesional mientras permanezca en mi país. ¿Verdad?

Dio media vuelta y se perdió en la oscuridad.

Capítulo 5

Cuando regresó Morgan a casa ya habían empezado a caer sobre el parabrisas los primeros gotazos de lluvia. Metió el Peugeot en el garaje y salió. La tierra polvorienta y grisácea del camino de entrada se fue tornando ante su vista en un negro barrizal a medida que los nubarrones iban soltando su carga. Vio cómo la lluvia rebotaba con fuerza metálica sobre la chapa ondulada del tejado del garaje y ahogaba el sonido del vendaval que azotaba los matorrales y árboles del jardín.

La luz de la puerta de entrada estaba encendida; pero la casa no daba ningún otro signo de vida. ¿Dónde diablos se habrán metido Friday y Moses?, se preguntó rabioso. No había más que treinta metros entre el garaje y la puerta de entrada, pero, con esta lluvia torrencial, se calaría hasta los huesos en menos de dos segundos.

—¡EL PARAGUAS! —gritó en dirección de la casa, esperando que su voz rugiría con más fuerza que el diluvio. Vio el brillante fogonazo de un relámpago, sarcástica contestación a su grito inútil. Morgan se contuvo para no amenazar al cielo oscuro con el puño mientras corría hacia la casa poniéndose como una sopa, dando

constantes saltos para no meter los pies hasta las rodillas en los charcos enormes que ya se habían formado. Por fin, jadeando violentamente, alcanzó la veranda.

Su casa era un *bungalow* largo y bajo, situado en medio de un hermoso jardín poblado de numerosos almendros y aguacates, y presidido por altísimas casuarinas. Solo la mitad de la casa —los dos dormitorios y su despacho— estaba protegida contra los mosquitos. La otra mitad —un espacioso cuarto de estar, el comedor, la cocina y el office— daba a la tradicional veranda, que era precisamente donde se hallaba cobijado en ese momento. La tromba de agua rebotaba contra el tejado y caía desde los aleros a modo de cortina, transformando los canales de grava que rodeaban la casa en tumultuosos torrentes que anegaban el césped e iban a parar a la parte baja del jardín, junto al aligustre de poinsettia, formando una charca cada vez más extensa. A cada nuevo relámpago, Morgan distinguía claramente la superficie de este minilago, tenazmente claveteado por los pelletazos de agua.

Poco a poco fue recuperando el resuello, algo alarmado porque un *sprint* de veinticinco metros le hubiera dejado K. O. de esta manera; se liberó de sus zapatos empapados y pasó a la cocina en busca de sus criados. Junto a la mesa de madera blanca, situada en el centro de la cocina, encontró durmiendo a Friday, con la cabeza apoyada en el brazo. Dejó la luz apagada y, pasando sin hacer ruido detrás de él, se dirigió a la otra puerta, que daba al jardín. Cerca de la escalera que bajaba de la cocina había una mesa vieja y, tal y como se había imaginado, halló sentado sobre ella al viejo cocinero Moses, completamente resguardado de la lluvia gracias a los aleros, que proyectaban el agua a una distancia de por lo menos dos metros. Con sus largas piernas replegadas, Moses contemplaba absorto la caída del agua. Daba pequeñas caladas a su pipa nauseabunda, junto a una cantimplora sucia y un vaso lleno de vino de palma, color verde nuboso.

Se oyó una nueva salva de truenos; el paisaje se animó con un resplandor irreal.

El diluvio había transformado la superficie del jardín en una marea lenta y espesa como un jarabe: el agua desbordaba, se detenía, volvía a avanzar; se formaban charcos que se deshacían en seguida; hojas y yerbas eran arrastradas hasta desaparecer. Y seguía lloviendo a cántaros. Vaya con el agüita, pensó Morgan.

Moses eructó suavemente y, al volverse para llenar su vaso, vio a Morgan, plantado ante él con las manos en las caderas. Tiró al suelo la pipa y se puso en pie de un salto.

—Ah, la lluvia, señor. No haberle oído ni pizca, señor —dijo mientras subía con la cabeza gacha las escaleras, pasaba por delante de Morgan, encendía la luz de la cocina y zarandeaba a Friday, el cual empezó a explicar la causa de su cansancio en medio de la más completa confusión.

—Cierra el pico, Friday —ordenó Morgan—. Moses, una tortilla de queso, por favor. Y tú, Friday, pon en marcha el aire acondicionado y tráeme una botella de cerveza.

Entró en el salón y encendió las luces y el ventilador del techo, contento de haber

cogido in flagranti a sus criados.

Había bebido ya media cerveza cuando Friday le trajo la tortilla y la colocó encima de la mesita a la que estaba sentado.

—¿*Ça va*, amo? —preguntó alegremente.

—No, en absoluto —exclamó Morgan—. Pero coño, ¿no ves que me falta una *fourchette* y un *couteau*, o es que estás ciego? —gritó a Friday, el cual volvió rápidamente a la cocina—. ¡Y sal y pimienta, también!

Friday era un tipo de baja estatura, muy recio, de unos veintitantos años de edad, que había abandonado su colonia francesa en busca de trabajo. Morgan se había sentido imaginativo y cosmopolita al contratarlo a su servicio —lo más cercano a una criada francesa que había podido encontrar, suficiente para darse postín en Kinyanya —; pero este hombrecillo era desesperantemente inepto, el inglés le sonaba tan raro como el chino y era cordialmente detestado por Moses, el cocinero de Morgan. En contraste, Moses era larguirucho y bastante entrado en años. Nadie —ni él mismo— conocía su edad exacta; sin embargo, las numerosas arrugas de su rostro y las no menos abundantes canas de sus cabellos hacían suponer que tenía más de sesenta años. Era un vejete astuto que sabía robar limpiamente, y que se negaba por sistema a que las obligaciones del trabajo anularan o menoscabaran el aspecto placentero de la vida. Sabía hacer tortillas, empanadas de pescado, algo parecido a un estofado, pollo al *curry*, revuelto de ruibarbo y bizcocho borracho con jerez; y nada más. Todos los días llamaba a la puerta de la cocina el vendedor de vino de palma, y Moses compraba casi siempre un litro y medio aproximadamente de este fuerte brebaje. Picaba su propio tabaco, que compraba en pastillas húmedas como cortezas de tocino ennegrecidas, y que sacaba del bolsillo siempre que se sentaba a beberse un vaso de vino de palma. Sin embargo, cocinaba bien las pocas cosas que sabía preparar, y Morgan tuvo que reconocer que se cansaba de sus comidas menos frecuentemente de lo que había imaginado; a lo que contribuían también las numerosas invitaciones a cenar con que era agasajado. Cuando le venía en gana, o cuando le hacía poca gracia la perspectiva de una empanada de pescado, solía cenar en un club —en la ciudad o en la Universidad—, o en alguno de los restaurantes libaneses o sirios, cuyos menús se suponía que observaban las normas de comestibilidad más elementales.

Una vez que hubo terminado su tortilla, Morgan salió a la veranda a ver cómo seguía el tiempo. Parecía que la lluvia había amainado, y que los rayos y los truenos se habían desplazado hacia el este. Oyó que las ranas y los sapos le saludaban desde la oscuridad.

Decidió ir a la cama. Sabía lo que ocurría después de llover. Todos los insectos dotados de alas se lanzaban al aire como locos. Mandó a Friday y a Moses que cerraran bien todo y se marcharan a casa. Echó el pestillo de la puerta del corredor, oyó el chirrido de las puertas de cristal del salón, que estaban siendo cerradas, y se dirigió directamente a su dormitorio.

Se dio una ducha rápida y se secó. Permaneció un rato sentado al borde de la

bañera pensando en Murray. ¿Cómo abordaría a este hombre? ¿Cómo hacerle aceptar el soborno? ¿Cuál sería su reacción? De repente se sintió horrorizado ante el hecho de que él, un funcionario del servicio diplomático del gobierno de su Majestad, se hubiera metido en una conspiración tan deshonrosa y delictiva, y de que su maldita suerte lo hubiera enfrentado a una situación tan vil y desgraciada. Para consolarse un poco, se puso a pensar en el polvo que había echado con Hazel esa misma tarde. Durante un par de minutos tuvo la mente distraída, pero, paulatina e inevitablemente, empezó a apoderarse de él un sentimiento de melancolía, no enteramente desagradable, como solía ocurrirle en tales ocasiones. La casa estaba silenciosa, aparte del reconfortante zumbido del aire acondicionado, y la lluvia parecía haber cesado por completo, si bien seguía oyéndose el ruido que producía el agua al caer de los aleros en las regueras de gravilla. Creyó oír el crí-crí de los grillos del jardín anunciando al mundo el frío que estaban sintiendo.

Sus pensamientos se dirigieron —como convenía a un expatriado melancólico— hacia su familia en Inglaterra. Pensó en su madre, que estaría en ese momento en su casa de Feltham; una viuda algo alegre, que —así se lo había dado a entender en su última carta— podría estar a punto de casarse, por fin, con Reg, su pretendiente de muchos años. Reg era vendedor de periódicos; un tipo estupendo. Morgan lo había conocido desde su más tierna infancia. Estaba completamente calvo; pero era una de esas personas que creen que, si se bisecciona con un mechón la bola de billar de oreja a oreja, la gente te va a mirar de otra manera. Reg estaba muy bien, pensó Morgan con cariño: era un hombre amable, nunca decía no a una jarra de cerveza y se llevaba bien con su madre. Lo mismo cabía decir de Jill y Tony —su hermana y su cuñado—. Sí, le gustaba estar con ellos. Siempre que había ido de permiso, lo habían pasado todos estupendamente.

Pero, de repente, sintió un profundo disgusto: eran todos tan ordinarios, sentenció inmisericorde; tan poco interesantes, tan insípidos... Pensó en su padre —una figura enigmática para él, ahora—, que había muerto cuando él tenía quince años. Fulminado por un ataque cardíaco mientras se hallaba de servicio en la cafetería de Heathrow, instalando un nuevo sistema para lavar los platos. Morgan se quedaba a menudo embobado mirando los rostros sonrientes de sus padres en el álbum familiar y se preguntaba cómo era posible que él hubiera salido tan egoísta, tan gordo y tan misántropo.

Se incorporó apesadumbrado, con el trasero escocido por la dureza del borde de la bañera. Paso a su dormitorio y se dejó caer sobre la cama. Todo estaba saliendo mal. Cerró los ojos y repasó el día que estaba a punto de terminar: un verdadero desastre. Primero, el anuncio de la boda de Priscilla; luego, su aceptación de hacer de payaso —de Papá Noel— en la velada navideña; y, finalmente, las «malas noticias» de Adekunle. Y, ahora, para colmo, tenía que sobornar a Murray. ¡Pues qué bien! Se volvió del otro lado bruscamente y enterró la cabeza debajo de la almohada. Dios mío, pensó, qué mundo tan absurdo; qué asco todo, incluido Murray. No sabía bien

por qué, pero el caso era que todo acababa siempre convergiendo en Murray. Este hombre se había introducido en su vida con el mismo sigilo que un ejército invasor. Tres meses atrás, apenas había oído hablar de él; y ahora tenía que sobornarle para ayudar a un político corrupto a costearse su campaña electoral. Durante unos segundos estuvo a punto de derramar amargas lágrimas de despecho; pero, de repente, se sentó en la cama, compuso a base de puñetazos la almohada deforme y abrió la primera novela que le vino a la mano. Miró el título: ¡*Mañana, infierno!*!, clamaba la cubierta con gruesas letras rojas. Aburrido y asqueado de antemano, la estrelló contra la pared.

Apagó la luz de la mesilla y adoptó la postura supina, tratando de conciliar el sueño. El nerviosismo le empujó a hacer nuevamente el inventario del día transcurrido: ¿Había hecho algo de lo que se pudiera sentir remotamente orgulloso?, ¿algo bueno, sensato, altruista, desinteresado? ¿Había habido algún acontecimiento que no tuviera como única finalidad el promover el bienestar material, físico y moral de *Mr. Morgan Leafy*? Ni uno, no tuvo más remedio que admitir. Tornando la vista atrás, tenía que reconocer que había sido antipático, engreído, fascista, etcétera, etcétera. Igual que los demás días, por cierto. Pero...; sí, había un «pero»: ¿acaso los demás procedían de forma diferente en este asqueroso país, en este jodido mundo? La respuesta fue un no rotundo, dictado por su varia experiencia personal. «No» era la única respuesta honrada. Como de costumbre, este análisis brutal no le reportó ningún consuelo especial. Turbado y desdichado, se dio media vuelta, entornó los ojos y cayó dormido.

Capítulo 6

Sonó el teléfono. Su pitido le desgarró los oídos a estas horas de la noche. Mientras alargaba el brazo para cogerlo miró hacia el despertador. Las doce y veinte. No podía, pues, llevar dormido más de diez minutos.

—Dígame. Leafy al habla —rezongó.

—¿Morgan? Lamento molestarle a estas horas. Aquí Arthur Fanshawe al aparato —la voz de Fanshawe era tensa, pero solícita.

—Arthur —dijo Morgan—. ¿Ha ocurrido algo?

—Sí —contestó Fanshawe categóricamente—. Un verdadero follón. ¿Puede pasarse por aquí?

—¿Qué? ¿Ahora? —exclamó Morgan con un tono de voz deliberadamente más atrevido de lo aconsejable.

—Si no le importa —replicó al instante Fanshawe, ofendido.

Morgan se sentó encorvado sobre el borde de la cama. Se restregó los ojos con la mano.

—Pero... ¿no puede decirme de qué se trata? Quiero decir... ¿está seguro de que yo...? —el elocuente silencio al otro lado del hilo no le dejó duda alguna—. Estaré ahí dentro de quince minutos aproximadamente. Hasta ahora —viejo asqueroso, pensó airado. Qué cojones habrá pasado. Que él recordara, no le tocaba esa noche servicio de guardia. Le tocaba a Dalmire. ¿Por qué no habían interrumpido el sueño del bello durmiente Dickie?

Gruñendo por esta causa, Morgan se puso de nuevo la ropa del día anterior y se roció la cara con agua. Había dejado de llover, y la humedad oscura se había llenado de ruidos y susurros. Los sapos eructaban, los grillos trinaban y los murciélagos daban chillidos y planeaban a ras del suelo. Al salir a la veranda vio verdaderos escuadrones de mariposas y hormigas aladas estrellándose contra la luz del porche. Sus zapatos aplastaron un montón crepitante de insectos agotados, que habían desplegado nuevas alas con el inicio de la lluvia y se habían lanzado a los aires en un vuelo jubiloso, atraídos por la claridad de la bombilla caliente. Al bajar al jardín en dirección del garaje, Morgan tuvo que esforzarse al máximo para no dejarse los pies empantanados. El cielo se había despejado por completo y en el firmamento lucían los astros de siempre. Sin embargo, él tenía la impresión de ver más estrellas en África que en Europa.

El camino hacia el Consulado resultó tranquilo: unos cuantos taxis que devolvían a sus casas a jueguistas noctívagos y un enorme camión articulado, cargado de sacos de cacahuete, que pasó embalado en dirección sur. Al entrar en el *parking* del Consulado constató con desagrado que estaba vacío. Resultaba claro que no habían molestado a Dalmire. Si el problema era tan terriblemente importante, razonó, ¿dónde se habían metido los otros miembros de la plantilla? El edificio del Consulado estaba igualmente desierto; no se veía ninguna luz encendida.

Morgan aparcó el coche y atravesó a paso ligero el oscuro jardín en dirección de la residencia de los Fanshawe, la cual, según constató al acercarse, tenía las luces de ambos pisos encendidas, al igual que un transatlántico. Supuso que el problema era de índole doméstico y alzó los ojos hacia el cielo. Tampoco vio coche alguno aparcado en la entrada. Morgan subió los escalones y dio unos golpecitos en la puerta de cristal del salón. A través de los cristales divisó a Mrs. Fanshawe y a Priscilla, sentadas en uno de los sofás. Esta tenía un brazo echado por encima de los anchos hombros de su madre. Al oír llamar, ambas se miraron alarmadas; Priscilla se incorporó de un salto y se dirigió rápidamente a abrir la puerta.

—Oh, Morgan —exclamó con un tono de alivio en la voz—. Cuánto me alegro de que hayas venido.

La sinceridad de su expresión lo cogió tan de improviso que casi estuvo a punto de no apreciar su esbelta belleza, su pelo desgreñado y la erótica bata japonesa que llevaba puesta, cuyo borde inferior le llegaba por la mitad de los muslos.

—Hola, Morgan.

Era Mrs. Fanshawe. Morgan notó que tenía los ojos colorados. ¿Habrá estado

llorando?, se preguntó igualmente asombrado. No recordaba haber visto nunca en su rostro la mínima huella de una emoción tierna.

—Es tan horrible —gimoteó desde el sofá, apretando un pañuelo con la mano; su enorme cuerpo estaba cubierto por una gran bata de algodón azul cielo.

—¿Te apetece algo de beber? —preguntó Priscilla.

—Pues... —Morgan dio media vuelta para echar un vistazo al brillante mueblebar de caoba, mientras se frotaba las manos como si intentara ahuyentar el frío.

—El café estará listo en seguida —gimió Mrs. Fanshawe sin reparar en la mirada de Morgan.

—Eso es; una tacita de café vendrá estupendamente —dijo, sin lograr disimular su mueca de desencanto—. Con leche y tres terrones de azúcar, por favor —lanzó una mirada apreciativa a las piernas de Priscilla, mientras esta salía en dirección a la cocina—. ¿Dónde está Arthur? —preguntó, consciente de la ausencia de su superior—. Supongo que no le habrá sucedido nada —añadió, dándose cuenta demasiado tarde de la desenvoltura de su voz.

—Claro que no —le espetó Mrs. Fanshawe con tono airado. Esto ya es más típico de ella, observó Morgan para sí; era demasiada amabilidad para esta tipa—. No, ha salido a ver si podía hacer algo —prosiguió Mrs. Fanshawe, señalando con la mano el oscuro exterior.

Tanto misterio estaba empezando a ponerle nervioso. ¿Con qué puñetero fin lo habían sacado a esas horas de la cama?

—Mmm..., ¿qué es lo que ha ocurrido exactamente? —inquirió con tono educado.

—Es Innocence —dijo Mrs. Fanshawe con tristeza.

—¿Innocence? —Morgan estaba realmente hecho un lío. ¿Era esto una especie de mofa por no haber logrado adivinar el meollo del asunto?

—Mi criada —explicó malhumorada—. Mi criada Innocence. Está muerta.

—Oh —¿Esto era todo?, bramó para sus adentros. Qué carajo me importa a mí eso... Estaba a punto de formular en voz alta estos airados pensamientos cuando, de repente, vio a Fanshawe subiendo los escalones de la entrada.

—Morgan —dijo con voz fatigada—. Me alegro de que esté aquí.

Qué aspecto más raro, pensó Morgan. Llevaba puesta una bata china verde, estampada con grandes flores de loto color naranja. Por debajo sobresalían los dos tubos de su pijama a rayas de felpilla, produciendo un contraste ridículo. Fanshawe tenía la cara pálida, y su pelo gris, normalmente liso y lustroso, se había subdividido en varios mechones desordenados.

—Menudo problema nos ha caído —reconoció, sacudiendo la cabeza de desesperación—. Pensé que era usted la persona idónea para solucionarlo —Morgan se le había quedado mirando, pasmado—. Por más que me esfuerzo no logro entender a estos africanos —prosiguió con tono resignado, como un criminal que confiesa su delito—. No cojo ni papa; imposible adivinar cómo funciona la mente kinyanyesa.

Un verdadero enigma. Ah, si estuviéramos en Oriente... —se interrumpió, dejando la frase en suspenso.

Morgan se preguntó por qué pensaba Fanshawe que era él la persona «idónea» para descifrar estos misterios insondables. Entre tanto, Mrs. Fanshawe se había puesto de pie y se estaba ajustando el cinturón de la bata, con lo que sus voluminosos contornos corporales saltaban aún más a la vista. Morgan reparó en los dos globos prodigiosos de su delantera, los cuales, curiosamente, se bamboleaban de manera transversal al andar.

—Vamos, Arthur —dijo, acercándose a su marido—. Deja el asunto en manos de Morgan. El conoce a esta gente mejor que nosotros.

—¡Un momento! —intervino Morgan, antes de que Fanshawe fuera arrastrado por su mujer hacia la alcoba—. Lamento comunicarles que no logro adivinar de qué están hablando... Innocence está muerta. Muy bien. Pero no veo qué vengo a hacer yo en este asunto.

—Oh, disculpe —contestó Fanshawe con expresión ausente mientras se llevaba la mano a la frente—. Perdone que no le haya explicado, pero es que nos ha cogido tan de sopetón... Innocence está ahí, en el patio de los criados. Ha sido alcanzada por un rayo durante la tormenta, y ha muerto en el acto, según creo haber oído. He llamado a la policía, y un agente me ha dicho que, al parecer, se trata de un problema relacionado con los espíritus. ¿Cómo se llama? El grisgris, o algo así. Un pasapasa mágico, ¿sabe? No pude distinguir bien lo que me contaron al respecto. Pensé que era usted el hombre indicado para enfrentarse a este tipo de problemas —hizo una pausa—. Siento no poder decirle nada más. A ver si usted logra aclararse un poco mejor que yo. Procure solucionar el problema esta noche misma —los Fanshawe se dirigieron hacia las escaleras—. Me parece —agregó Fanshawe con voz cansada— que es algo relacionado con la imposibilidad de mover el cuerpo. No sé bien. De todos modos, haga todo lo que pueda, Morgan. Nos veremos por la mañana.

Morgan les deseó «buenas noches», y los Fanshawe se retiraron a sus aposentos. Morgan sintió tanta necesidad de una copa en ese momento que empezó a dirigir sus pasos hacia el lugar donde se hallaba el mueble-bar; pero se contuvo al ver que Priscilla había vuelto de la cocina con una taza de café para él. Al ir a cogerla, los dedos de ambos se rozaron. Se preguntó qué ropa llevaría ella puesta debajo de su somera bata. Entonces, para su gran sorpresa, notó que Priscilla le hundía un dedo en la barriga.

—Sí, hombre, no lo había olvidado —dijo ella—. Tres terrones de azúcar, naturalmente. Debe de ser lo mismo que beber jarabe.

No parecía demasiado afectada por la muerte de Innocence, observó; en efecto, hablaba con la mayor familiaridad. ¿Era un buen signo?

—Por cierto —cambió de tema Priscilla—. ¿Conseguiste dar con el poeta despistado?

—¿Con el poeta? —durante unos instantes Morgan tuvo la mente en blanco;

luego recordó la coartada de que se había servido antes, por la tarde—. Ah, claro, el poeta...

—¿Van a venir otros poetas además de él?

—No, no. Ah... y a ese tipo no logramos encontrarlo —de repente se dio cuenta de que estaban solos y decidió aprovecharse de la circunstancia—. Priscilla, mira: yo...

—No te preocupes —le interrumpió alegremente—. Ya aparecerá.

—¿Qué? Ah, sí, claro. Mira, es que yo quería... —pero ella ya había empezado a subir las escaleras.

—Probablemente no te veré por la mañana —dijo—. Qué horror esto que le ha ocurrido a la pobre Innocence. Buenas noches.

En un santiamén, las piernas bronceadas de Priscilla desaparecieron escaleras arriba. Esta familia, pensó Morgan malhumoradamente, me está tratando bastante mal. Me toman por el pito del sereno. Primero, que qué bien haría de Papá Noel; ahora, que nadie mejor que yo para solucionar un problema de pompas fúnebres. Echó un buen lingotazo de *brandy* en el café, lo removió y bebió todo de un trago. En fin, se dijo: vamos a ver qué es lo que pasa.

Las dependencias de los criados consistían en dos bloques gemelos de adobe, separados por una superficie de arcilla rojiza, por medio de la cual corría un canalillo sanitario de cemento. Todo ello formaba una amplia extensión cuadrada; en un extremo se hallaba un caño de agua y un lavadero: una enorme pila de cemento bajo un techo de chapa ondulada, apoyado en unos palos bastante gruesos. Al lado había una ceiba muy grande. Junto a los bloques se habían multiplicado los anejos, los tenderetes, los refugios hechos de palos, cajas de madera y frondas de palma. Entre la carretera principal y el bloque más alejado se había formado con el paso de los años un vertedero considerable, sobre el que se habían amontonado dos chasis de coches sin ruedas y que constituía la principal fuente de alimento para un sinnúmero de cabras, perros y pollos que se paseaban por allí con total libertad.

Al acercarse, Morgan percibió los ruidos de una sorda agitación: conversaciones excitadas y una melopea de mujeres llorosas. Empezó a ponerse un poco nervioso, al reparar por primera vez en lo que le esperaba. En realidad, iba al encuentro de una persona muerta; algo sin precedentes en su vida. Había muerto Innocence. El improbable símbolo no le produjo la más leve sonrisa. Al torcer la esquina del bloque más próximo divisó a un grupo de unas treinta personas, reunidas en la otra extremidad, al pie de la ceiba. Atravesó el recinto, saltando con cuidado por encima del canalillo. Sintió una ligera aprensión. Algunas madres, cargadas con sus jóvenes hijos, estaban sentadas alrededor de faroles, en las pequeñas galerías que corrían a lo largo de los bloques. Al aproximarse al grupo, notó que alguien venía en dirección suya. Era, pudo ver en seguida, el policía, vestido con su uniforme caqui almidonado,

camisa, pantalones cortos y calcetines largos. A la luz de las estrellas Morgan distinguió el brillo de sus botas negras. Portaba una linterna, y de su cinto colgaba una porra bastante larga.

—Buenas noches, agente —dijo Morgan, intentando poner voz de persona importante—. Soy Mr. Leafy, del Consulado. Vengo a enterarme de lo que ha pasado realmente aquí.

—Ah, pues... una mujer muerta, señor. El rayo matarla de golpe.

Se volvió y encendió la linterna. La gente no se había apelotonado alrededor del cadáver, contrariamente a lo que había imaginado Morgan, sino que permanecía de pie, silenciosa, a unos diez metros de distancia. El haz luminoso se posó en la masa negra del cuerpo de Innocence, lo que provocó exclamaciones ahogadas entre los curiosos espectadores. Innocence había quedado fulminada en el tramo entre uno de los bloques y el piso de cemento del lavadero.

—Supongo que es mejor ver de cerca el estado en que ha quedado el cuerpo —dijo Morgan tragando saliva. No sabía muy bien por qué había dicho esto; sin duda porque era lo único que se le ocurría en ese momento—. ¿Me permite? —empuñó la linterna del agente y se acercó al cadáver. Se produjo un murmullo general entre los asistentes. Morgan reparó, con cierta alarma, en que el cadáver de Innocence era el primero que iba a ver en su vida, y no sabía muy bien qué aspecto tendría ni cómo iba a reaccionar.

Pero, antes de que se aproximara más, salió corriendo de entre la gente una persona que lo agarró por la manga. Era Isaac, constató Morgan al volverse; uno de los conserjes del Consulado que hacía todo tipo de recados. Un hombre de aspecto grave, con un bigotillo a lo Hitler.

—Mr. Leafy, señor —exclamó—, vengo a rogarle, señor, que no la toque. Por su bien no la toque, señor —el tono de la voz era completamente serio. Morgan le miró sorprendido.

—No te preocupes, Isaac —dijo—. No tengo la mínima intención de tocarla.

—Mucho cuidado, señor, por favor —Isaac había abierto los ojos como platos para que su advertencia resultara más efectiva—. Esto ser cosa de Shango. No poder tocar el cuerpo.

—¿Cómo dices? —exclamó Morgan, apartando cuidadosamente el rayo de luz del bulto inerte que era el cuerpo de Innocence—. ¿Que ha sido cosa de Shango? Y ¿quién diablos es Shango, si puede saberse?

Isaac señaló con el dedo hacia el cielo. Morgan miró en dirección de las estrellas.

—Shango ser Dios —dijo Isaac con voz piadosa—. Shango ser Dios del rayo —acompañó estas palabras con un movimiento zigzagueante del brazo—. Shango haber matado esta mujer. Usted no poder tocarla. Nadie poder tocarla.

Ahora me explico, pensó Morgan amargamente, por qué ese hijo puta de Fanshawe se ha quitado este muerto de encima. Me cago en la hossa...

—De acuerdo, Isaac —dijo resignadamente—. No la voy a tocar; pero tengo que

echar un vistazo al cadáver.

Se acercó al cuerpo exánime de Innocence y, a un metro de distancia aproximadamente, se agachó para verlo mejor. Apretó los dientes y enfocó la linterna al rostro de la muerta. Se acordaba de ella perfectamente: una mujer gorda y jovial, que siempre venía a ayudar a los Fanshawe cuando había alguna recepción. Ahora yacía sin vida sobre uno de los costados, con el busto torcido de tal manera que su cara parecía contemplar fijamente el cielo, de donde había caído el rayo fatídico. Cerca se hallaban un cubo de acero galvanizado y varios bultos de ropa escurrida. Morgan imaginó lo que debía de haber pasado. La tormenta la sorprendió sin duda mientras estaba lavando ropa. Innocence la metió toda en el cubo. Se lo echó a la cabeza o a los hombros y se apresuró a alcanzar, en medio del barro producido por la lluvia torrencial, la veranda más próxima al lavadero. Pero no consiguió salvar esta distancia. Morgan se preguntó si los rayos hacían un ruido siseante; si producían más bien una detonación, y si luego salía humo del sitio donde caían...

Al enfocar la cara de Innocence, Morgan no sintió ninguna emoción especial: notó tan solo un ligero embotamiento muscular. Innocence tenía la boca y los ojos exageradamente abiertos, como si hubieran quedado paralizados en medio de un descomunal alarido. En el hombro derecho, y en la parte baja del carrillo del mismo lado, se podía apreciar una curiosa quemadura, un verdugón rezumante color púrpura que resaltaba de manera especial sobre el conjunto de su piel achocolatada. El resto de su cuerpo parecía completamente indemne y sólido en su desgarrado reposo. La ropa estaba mojada —una blusa de nylon de manga corta de poco valor y una faldabata de paño indígena—, empapada a causa del chaparrón. Su brazo derecho yacía extendido sobre el suelo, todavía húmedo: la pálida palma hacia arriba, y los dedos ligeramente crispados.

Pobre Innocence, pensó. Vaya manera de dejar este mundo...

Se incorporó y se dirigió de nuevo hacia Isaac, que estaba en ese momento en compañía del agente. Morgan devolvió la linterna a este último.

—Escucha, Isaac, es preciso retirar el cadáver de aquí —dijo, sintiendo que las piernas le fallaban un poco—. No se la puede dejar ahí tirada de esa manera. ¿Dónde está su casa?

Isaac señaló con el dedo una puerta hacia la mitad del bloque.

—¿Tiene algún familiar? —preguntó.

—Sí, una hija: María —respondió Isaac.

Morgan hizo memoria y se acordó también de ella: una adolescente, de unos catorce o quince años, más bien delgada, que trabajaba igualmente al servicio de los Fanshawe. Morgan exhaló un suspiro.

—Muy bien. Oye, Isaac, ¿por qué no me ayudáis tú y Ezekiel —dijo refiriéndose al portero del Consulado— a transportar el cadáver a la casa hasta que llegue un empleado de pompas fúnebres? ¡Ezekiel! —gritó en dirección de la multitud. Ezekiel, un hombre grueso con las piernas arqueadas y una barriga considerable, se hizo

primero el remolón y luego se unió al grupo de los tres.

—¡Agente! —exclamó Morgan con tono imperativo—, usted me ayuda a cogerla por los brazos, mientras que tú, Isaac, y tú, Ezekiel, la cogéis por las piernas. ¿De acuerdo? Manos a la obra, pues.

Nadie se movió. Luego siguió un apasionado intercambio de frases en idioma indígena. Finalmente, Isaac habló:

—Señor, nosotros no poder tocarla. Por favor, señor, yo rogarle otra vez. Si alguien tocarla, ese meterse en gran lío, traer a todos el wahallah, y morir también mal —concluyó solemnemente.

Ezekiel asintió con la expresión triste:

—Mucho wahallah, señor, para todo el mundo.

El agente se llevó a Morgan un momento aparte:

—Perdone, señor. Esta gente creer en Shango. Creen que si ellos mudar el cadáver, morir también igual —sonrió condescendentemente—. Creen que Shango estar enfadado con ellos. Tener que hacer un gran grisgris aquí. Mandar antes a por un hechicero.

Wahallah, grisgris, hechicero, dios del rayo... Morgan permaneció inmóvil en medio del oscuro recinto, oliendo la noche cálida y húmeda, escuchando atentamente todos los ruidos que pululaban a su alrededor, con la mirada fija en el cadáver de esta mujer, y preguntándose obstinadamente si no estaría soñando. Se masajeó las sienes con ambas manos.

—Agente —le chistó en tono conspirador—, ¿me ayuda a retirar el cadáver? Vamos por lo menos a quitarlo de aquí en medio. Nos apañaremos los dos solos.

—Ah —exclamó el agente extendiendo las manos—. Imposible. Si muevo el cadáver antes de hacerse el grisgris, ellos pensarán que yo provocar la ira de Shango —se encogió de hombros a modo de disculpa—. Tengo que irme. Voy a hacer el informe —saludó, se dio media vuelta y salió del recinto.

Morgan se sintió embargado por una ola de pánico. Se puso a reflexionar qué opción le quedaba. La gente no daba muestras de querer dispersarse: permanecía en paciente espera agrupada cabe el algodonero, como si fuera a llegar de un momento a otro algún personaje importante, y amedrentada por la manifestación de ira por parte de Shango. Morgan volvió a llamar a Isaac.

—Isaac —dijo con tono suave—; la ley prohíbe que se deje un cadáver así, al aire libre. Voy a llamar a los empleados de la funeraria. ¿Les vais a dejar que se lleven el cadáver?

—No lo harán —dijo tranquilamente Isaac.

—¿Cómo dices?

—Cuando vean que Shango haber matado a esta mujer, negarse seguro a tocarla.

Morgan sonrió:

—Bueno —dijo—; no habrá más remedio que arriesgarse.

Una hora después, Morgan estaba sentado, sin saber qué hacer, sobre el bordillo de cemento del lavadero. Innocence seguía en el suelo a dos metros de él. Había telefonado a la policía, pero esta le había contestado que, al no tratarse de ningún acto delictivo, se inhibía por completo del caso. Entonces recurrió a los de la funeraria, que le prometieron llegar antes de una hora.

Hacía un momento que se habían marchado. Isaac y Ezekiel les habían hablado aparte, y los dos empleados de las pompas fúnebres, igual de lúgubrementemente vestidos que sus colegas europeos, se habían negado de plano a mover el cadáver antes de que se hubiera procedido a la ceremonia fetichista. Incluso llegaron a enfadarse con Morgan, acusándole de haber querido engañarles y de haberles incitado a ofender a Shango.

Por el este, la cima de los árboles se recortaba sobre una ráfaga amarilla limón. Eran las cuatro menos diez de la mañana. Innocence debe de estar empezando a ponerse tiesa, se dijo Morgan, desabrido: tenía la boca y los ojos abiertos para la eternidad, y el cuerpo retorcido para siempre. En vano había apelado al cristianismo de los criados —eran todos cristianos, no era este ningún reducto del paganismo—; pero sus sosegadas y corteses referencias al protocolo tribal —el recurso obligatorio al hechicero, la obligada ceremonia, el sacrificio indispensable de una cabra— no habían hecho más que confirmar lo que Morgan había sospechado siempre: que se podían deshacer en cualquier momento de su cristianismo como de un par de alpargatas. Se levantó y fue a examinar a Innocence. Su muerte ya no le producía ninguna impresión. El hecho de estar solo ante un cadáver, ante una persona que había conocido en vida, no le provocó el mínimo efecto. Bueno, en realidad no se trataba de una persona, sino de un objeto, de una cosa, efectivamente deificada por virtud del rayo: una cosa que, por cierto, estaba convirtiéndose en un angustioso quebradero de cabeza.

Morgan se sentía terriblemente cansado; se acarició la mandíbula y notó que le raspaban los pelillos. Todavía estaba oscuro, pero, a través de las copas de los árboles, percibió el ángulo de la casa de los Fanshawe. Se imaginó a la familia: al padre, a la madre y a la hija durmiendo a pierna suelta en sus camitas, mientras que él recorría este patio siniestro como un demonio que reclama un cadáver que le es debido. Sintió un gran asco y un gran odio hacia estos jodíos por culo, con su hedionda afectación burguesa, sus cacharritos chinos de pacotilla, su mentalidad raquíptica... Notó que el rostro le ardía de rabia. En fin, se dijo, no vale la pena enfurecerse ahora contra los Fanshawe; tranquilo, muchacho. Avanzó hacia el algodonero. Ya no quedaban más que unas quince personas en vela, sentadas sobre las altas raíces enmarañadas que brotaban del tronco como varices monstruosas.

—¿Isaac? —exclamó Morgan, esperanzado.

De la oscuridad surgió una silueta larga.

—Yo ser Joseph, señor. Joseph el barrendero. Isaac irse a dormir.

Caramba, el muy cuco, pensó Morgan.

—Muy bien, Joseph —dijo con tono enérgico (tenía la impresión de estar dirigiéndose a una panda de profetas del Antiguo Testamento)—; supongo que tú conocer el fetiche.

Joseph hizo signo afirmativo con la cabeza. Era muy negro, con la cabeza pelada, de aspecto casi nubiense. Con la incipiente claridad del alba parecía una figura de dos dimensiones, como una imagen recortada sobre el paisaje.

—Sí, señor —dijo—. Yo conocer.

—Bien —dijo Morgan con tono igual de categórico—, muy bien. Va, pues, a buscar al tipo de los grisgrises y se hará la ceremonia.

—Por favor, señor, yo no poder —dijo simplemente Joseph—. La familia de la muerta tener la obligación de esto.

Leche jodida, juró Morgan, desesperado; siempre sacan a relucir una nueva pijadita.

—Bueno, ve a buscar a María —ordenó.

Tal vez, después de todo, había una manera de salir de este embrollo siniestro. María vino en seguida, con los ojos rojos de llorar y sostenida por dos mujeres. Tenía entre las manos un rosario, que sujetaba con fuerza. Esto podría haber sido terriblemente divertido de no ser por la persona muerta, pensó.

—María —empezó a hablarle con voz suave, consciente de su extrema fatiga, sus nervios en punta y su inmensa frustración—. María, tú sabes que, antes de poder transportar... a tu madre, es preciso llamar a un hechicero.

Ella hizo una señal de asentimiento.

—Pues bien, parece que tú eres la única persona que puede hacerlo. Tienes que ir a llamarlo.

María exhaló un grito de desesperación y se desplomó en los brazos de las dos mujeres. Morgan retrocedió, alarmado.

—Joseph —exclamó—. Ve a ver qué le pasa.

Joseph vino en seguida con la información necesaria.

—Señor, ella decir que no tener dinero, y por eso llorar.

—¿Dinero? —se asombró Morgan—. ¿Y para qué quiere dinero?

—Para pagar al hechicero —dijo Joseph.

—Pero, hombre, yo puedo prestarle algunas monedas, carajo —se ofreció Morgan, registrándose los bolsillos con impaciencia—. ¿Cuánto necesita?

Joseph se sumió unos momentos en cálculos mentales.

—Necesita cuarenta libras. Ah, no, qué digo. Luego tiene que comprar una cabra y cerveza —se encogió de hombros—. Creo que unas cincuenta libras. Claro, eso sin contar los funerales. Para un muerto de Shango necesitarse funerales especiales. Lloro porque solo tener unas quince libras.

Enfrentado a este postrer contratiempo, Morgan creyó que se le iba a parar el corazón. Según el patrón vigente en Kinyanya, quince libras representaban un salario mensual normal. Se dio media vuelta y empezó a pasear por el patio como un loco

empeñado en extraer una solución de su cerebro agotado. El aire se estaba cargando ahora de un gris pálido auroral. Le quedaba muy poco tiempo. Fanshawe esperaba resultados concretos después de toda una noche de gestiones, y la verdad es que las cosas no habían avanzado ni un milímetro: para lo que había hecho, más le habría valido negarse terminantemente a colaborar. Además, no le inquietaba solamente lo que diría Fanshawe; estaba también el grave problema de los efectos que tendría el sol africano sobre el cadáver de Innocence... Sintió ganas de tirarse del pelo. Lo que necesitaba realmente era una organización que no estuviera plagada de maricas adoradores de Shango, sino compuesta de gente normal, corriente, capaz de hacer con eficacia un trabajo muy sencillo: coger el cadáver de Innocence y llevarlo al depósito mientras se hacían los preparativos del entierro. Estaba hasta la coronilla de las sensibilidades paganas, decidió; había llegado el momento de tomar alguna medida enérgica.

Mientras pensaba en las opciones que le quedaban, le vino a la mente la respuesta que esperaba, paulatina pero ineluctablemente, como el aire de una canción en otro tiempo familiar. Una organización eficaz, indiferente al culto de Shango... Solo había una en Nkongsamba y sus alrededores que respondiera a esta descripción y conviniera a un cometido tan delicado. Solo una. Murray. Murray y su Servicio sanitario de la Universidad. Murray con su plantilla leal y competente, y con su flamante ambulancia blanca. Ellos se encargarían de recoger el cadáver y llevárselo de allí antes de que la gente tuviera tiempo para reaccionar.

La evidencia de esta opción no disipó, sin embargo, todas sus dudas, ni la ironía de una situación que le obligaba a pedir ayuda para salir de un berenjenal precisamente al hombre que se proponía sobornar. Mientras se dirigía a grandes zancadas a través de la hierba impregnada de rocío hacia la residencia de los Fanshawe, se esforzó por convencerse de que esta era la última baza que le quedaba, y por reducir al silencio el timbre de alarma que no dejaba de sonar en su cabeza. Si no se podía llamar a un médico a causa de una muerte, argumentó, entonces, ¿cuáles eran las causas justificadas? Además, Murray no era un médico más; era *su* médico particular. Y, por añadidura, blanco. Y ya se sabe que los blancos tienen la obligación moral de ayudar a los otros blancos que viven en África cuando se tiene algún problema gordo. Y, por fin, qué carajo, ¿no era ya Murray casi un amigo suyo, con el que tenía concertada una partida de golf para el jueves próximo? De repente, sintió un cálido impulso de amistad hacia el doctor, impulso que se esforzó en alimentar. Murray era un hombre firme y rígido, de acuerdo; pero tenía una virtud: con él sabía uno a qué atenerse. Sí, a pesar de sus actitudes obstinadas, era un hombre honrado. Morgan ahuyentó de su mente cualquier idea relacionada con el soborno mientras, embargado por un sentimiento de camaradería y simpatía, y convencido de que este horrible estado de cosas iba a terminar muy pronto, subía de dos en dos los escalones de la entrada y penetraba sin hacer ruido en el salón de los Fanshawe. Buscó rápidamente en la guía el número de teléfono de la centralita de la Universidad, que

marcó con la misma rapidez.

—¿Oiga? —dijo—. Por favor, la casa del doctor Murray.

Oyó el ruido de las clavijas de conexión. Sonaba y sonaba y sonaba; pero nada. Estaba a punto de pedir a la operadora que verificara el número cuando oyó de repente que descolgaban.

—¡Sí!

La voz venenosa y agria de Murray inquietó a Morgan.

—Eh..., ¿el doctor Murray? —preguntó tímidamente Morgan.

—Sí.

—Oiga, mire. Aquí Morgan... Morgan Leafy. Del Consulado. Resulta que tengo un problema aquí y...

—¿De tipo médico?

El severo acento escocés no había perdido ni pizca de hostilidad pese a que Morgan se había identificado. Se quedó un poco parado ante las dudas que acababan de apoderarse de él. Demasiado tarde; había que seguir adelante...

—Pues sí, claro. ¿Cree que le habría llamado si...?

—¿Se ha puesto en contacto con la clínica de la Universidad?

Había como un cansancio resignado en la voz de Murray mientras lo interrumpía por segunda vez. Morgan se sintió un poco cretino.

—Pues no. Pero se trata de una urgencia.

—La clínica está perfectamente equipada para hacer frente a las urgencias —dijo pacientemente Murray—. Mi plantilla toma entonces la decisión de llamarme o no. Lo cual me permite disfrutar de vez en cuando de una noche entera de sueño. Pida el número a la centralita. Buenas noches.

—Un momento —dijo Morgan, que empezaba a enfadarse a su vez; pero bueno, ¿acaso no era un médico?—. Si me deja que le explique... Mire, es que tengo a una muerta entre mis brazos y... necesito que me ayude.

Morgan creyó oír a Murray soltar un par de tacos desde el otro extremo del hilo.

—¿Ha dicho una muerta?

—Sí.

—Supongo no se trata de la señora ni de la señorita Fanshawe.

—Cielo santo, claro que no —dijo Morgan, sorprendido—. Se trata, en realidad, de una criada del Consulado. Pero ¿por qué lo pregunta?

—Porque *Mrs.* Fanshawe y su hija son las únicas mujeres del Consulado autorizadas a utilizar el Servicio sanitario de la Universidad. Nos está prohibido tratar a personas que no sean miembros del personal acreditado. Nos está terminantemente prohibido operar fuera de los límites de la Universidad, salvo si se trata de los miembros británicos del Consulado. La enfermera de guardia de la clínica le habría informado de estos extremos, *Mr.* Leafy. Y ahora tal vez me deje usted descansar un poco.

Su acento escocés impregnó estas últimas palabras de una verdadera brutalidad.

Morgan sintió que le salían chispas por todos los poros del cuerpo.

—Pero ¡leche! —exclamó Morgan—, a mí me importa un pito su reglamento. Lo único que le estoy pidiendo es que me ayude a salir de este berenjenal. Esta mujer ha sido alcanzada por un rayo, está completamente fiambre, pero nadie se atreve a tocarla a causa de un patatín-patatán sobre un llamado dios Shango.

Morgan tomó aire. La perspectiva de un nuevo contratiempo era demasiado dura de digerir. Veía derrumbarse su última opción a causa de la ridícula intransigencia de Murray. La desesperación estaba invadiendo todo su cuerpo.

—Es un problema terrible —prosiguió—. Necesito de su ayuda para levantar el cadáver. Ninguna otra persona lo hará.

—A ver si se entera de una vez —le espetó Murray—: a) son las cinco de la mañana; b) como ya le he dicho, me es completamente imposible hacer nada por alguien que no sea miembro de la Universidad, y c) no dirijo mi clínica a base de favores personales. Usted me está pidiendo que viole los estatutos de la Universidad de Nkongsamba y traicione la confianza de los Servicios sanitarios de la ciudad de Nkongsamba so pretexto de una supuesta amistad entre nosotros. No, *Mr. Leafy*; esto es un problema exclusivamente *suyo*. Inútil intentar endosármelo a mí. Póngase en contacto con las autoridades competentes; para eso están. Y ahora tenga la bondad de dejarme en paz.

Durante este parlamento, Morgan había sido invadido por un temblor creciente. La enorme tensión acumulada durante las últimas veinticuatro horas no pudo resistir más, y, sin reflexionar un segundo en las consecuencias, explotó:

—¿Y para qué sirve, entonces, vuestro jodido juramento de Hipócrates? Usted no es más que un doctorcito de mierda y un escocés hipocritón y cabronazo...

Murray colgó al punto. Morgan siguió mascullando imprecaciones racistas, hasta que por fin se calló. El estrecho, el cabeza cuadrada, el gilipollas... Echó la cabeza hacia atrás, descubriendo sus dientes apretados en un grito ahogado de rabia, de frustración y de odio hacia todo el universo.

Se acercó titubeando al mueble-bar y se llenó hasta la mitad un vaso de ginebra; salió a la veranda y bebió un trago. Tiritó; los ojos se le llenaron de lágrimas. Nimbado por la claridad rosa de la mañana, el paisaje de las barriadas sur de Nkongsamba temblaba y se borraba. Morgan rozó con el vaso el parapeto de cemento al ir a ponerlo encima. Sacudió furiosamente la cabeza: una cólera loca, demencial, se agitaba en su pecho con la violencia de un torbellino. El muy cerdo —exhalaba al alba su rencor bilioso—, el sapo asqueroso hinchado de pus... Siguió así un rato, dejando libre vuelo a su imaginación. Por lo menos esto lo calmaba un poco. Notó luego cómo sus sistemas sobrecargados iban respondiendo poco a poco a las suaves manipulaciones del control. Se sentía como un hábil piloto preparando un avión averiado a un aterrizaje forzoso. Pero, mientras su furor se apaciguaba y su razón se imponía a la pasión, fue viendo con creciente espanto las terribles consecuencias de su desahogo. ¡Oh, no!, se dijo con la respiración cortada: ¡el golf! Todo el montaje se

había ido al garete. Finito, irrecuperable. Se imaginó la cólera de Adekunle y se estremeció. ¿Qué iba a hacer ahora para sobornar a Murray? Ah, y también estaba Fanshawe. ¿Qué haría su superior dentro de unos momentos al ver el cadáver de Innocence tostándose al sol?

Arrojó el resto de la ginebra en un arriate. Se sentía enfermo, agotado, sucio: le parecía que un espíritu maligno se estaba distraendo abriéndole los ojos con fuerza para meter después en ellos pequeños frascos de arena fina. Todo le había salido mal: no había sabido reflexionar, calcular. Y eso en todos y cada uno de los hoyos del recorrido. Tú no cambies de método, que es malo, se dijo con cinismo. Estaba convencido: esta vez se había metido bien en la balsa de mierda; hasta el cuello. Imposible ver el mínimo rayo de luz a través de tan espesa melaza. Tinieblas, nada más que tinieblas.

El día nuevo y fresco estalló sobre Nkongsamba con su habitual demostración de sobrecogedora belleza. En el horizonte azulado, unos hilillos de humo se elevaban, casi inmóviles, de miles de braseros. El verde de los árboles jugaba con el oro del amable sol del alba como una novia que descubre su ajuar. Unas franjas de bruma se negaban celosamente a abandonar el lecho de los arroyos y se adherían a las colinas más altas. África en toda su gloriosa seducción.

Pero Morgan sabía que a unos doscientos metros de distancia yacía el cuerpo sin vida de Innocence. Con las pupilas secas y opacas, la lengua rosa y vuelta, la boca abierta de par en par, el cuerpo patrullado por mariposas e insectos en busca de humedad, la sangre inmóvil, los músculos y los miembros rígidos.

Contemplaba, sin ver, el progreso del día recién nacido, indiferente a sus esplendores. Murray *podía* haberle ayudado, de haber querido; de haber tenido nada más que una pizca de altruismo, de simpatía. Pero le importaba un cojón; de eso no cabía la menor duda. Le importaba mucho más cumplir el reglamento y observar la ley al pie de la letra. Morgan entornó los ojos y entrevió cómo se borraban y desaparecían los contornos del paisaje. Estaba solo, como siempre. En ese momento supo que lo que más deseaba en el mundo era corromper a Murray, empañar su imagen brillante, ensuciar su reputación impecable. Más aún que librarse de Innocence, que casarse con Priscilla, que acostarse con las mujeres más bellas. Un deseo cuya violencia le hizo jadear. Tenía que acabar con la idea que se había formado este hombre de sí mismo. Ya era hora, y él, Morgan Leafy, se iba a encargar de esa misión, sobre todo ahora, después del golpetazo que le había pegado el Murray ese. Un golpe casi tan brutal como el que había dejado tumbado para la eternidad a la pobre Innocence.

La culpa era de Murray, se dijo sosegado y resuelto. Todo por culpa de Murray.

SEGUNDA PARTE

Capítulo 1

Morgan recordaba perfectamente su primer encuentro con el doctor Murray, a quien solo conocía entonces de vista. Murray no venía nunca a los cócteles del Consulado, pese a que su nombre era mencionado a menudo, ya que la mayoría de los británicos de la Universidad —o sus hijos— habían estado enfermos alguna que otra vez y, por ende, habían requerido sus servicios. Morgan solo había oído hablar de él cosas buenas: los tres dispensarios de la Universidad funcionaban más eficazmente que nunca, y los perros rabiosos habían desaparecido del campus gracias a los programas de matriculación y vacunación por él introducidos; todo el mundo estaba contento. A pesar de su aspecto un tanto engolado, Murray era tenido como un médico de diagnósticos invariablemente atinados y de recetas eficaces. Morgan no había prestado mucha atención a estos comentarios mundanos. No estaba interesado ni por el doctor ni por sus dispensarios; gozaba de bastante buena salud desde que aterrizara en Kinyanya —aparte del clásico cólico o de las inevitables picaduras de mosquitos —, y nunca había tenido que utilizar el Servicio sanitario de la Universidad, del que

dependían oficialmente los miembros de raza blanca del Consulado.

Una mañana, poco después de iniciarse su relación con Hazel, Morgan se hallaba charlando con Lee Wan en el bar del club universitario acerca del espinoso problema de una eficaz contracepción en África. Lee Wan estaba sentado en un taburete, mostrando generosamente la barriga, bronceada como un pergamino viejo, a través de la escotadura de su camisa verde oliva, demasiado estrecha.

—Mira, tío —dijo mientras daba vueltas con su dedo moreno a los cubitos de hielo de su *pink gin*—, es preciso que tu muñeca se ponga a régimen de píldora sea como sea. Olvídate de las gomas y condones, a no ser, claro está, que tus amiguetes te puedan mandar de Inglaterra.

Lee Wan, nacionalizado británico, salpimentaba su conversación con una mezcla de argot pasado de moda y lo que él consideraba expresiones inglesas de la mejor ley. Se esforzaba aplicadamente por desterrar de su lenguaje toda huella de acento malayo.

—Por amor de Dios, no utilices las porquerías locales —prosiguió, bajando la voz en honor a las dos damas que estaban sentadas cerca de la barra—. Es como echar un polvete con un guante agujereado.

Su comparación le hizo relinchar de risa, y se puso a dar palmaditas en el brazo de Morgan.

—¡Con un guante guarro de piel de borrego!

Se ahogaba y se enjugó los ojos.

—Dios mío —jadeó, con risita nerviosa—, dulce Jesús... ¡Simeón! —voceó al barman—, ¡otras dos ginebras para acá!

Morgan le había reído la gracia, pero no demasiado. El rechoncho malayo le parecía a veces el personaje más vil y repugnante con que se había topado en su vida, y experimentaba un cierto remordimiento por frecuentar su compañía. Como no gustaba demasiado del sesgo que había tomado la conversación, desvió la mirada hacia la piscina luminosa, que producía un fuerte contraste con la sombra fresca del bar. Una moderna fuente cuboide escupía agua, y dos minúsculos bambinos jugaban a chillido pelado en el patio de cemento. La madre, cerca de ellos, aprovechaba una aparición del sol para completar su bronceado.

Era mediados de septiembre. La mayoría de los expatriados de Nkongsamba habían pasado sus vacaciones en Europa y uno tras otro se iban incorporando al trabajo tras el paréntesis estival, que, por cierto, correspondía en Kinyanya a la estación de las lluvias. Morgan tomó su último permiso en marzo, y había estado trabajando solo los dos últimos meses, mientras Fanshawe y Jones se encontraban en Inglaterra. El tiempo se le había hecho largo: poco trabajo, los chaparrones de vapor cotidianos y los clubs semivacíos. Le había venido muy bien reanudar su amistad con Lee Wan, y muy pronto se vio embarcado en rondas nocturnas por los antros de Nkongsamba, en terribles sesiones alcohólicas en el *bungalow* que tenía su amigo en el campus y, los domingos, en almuerzos al curry explotabarrigas. Un período de

desenfreno, poco propicio para la meditación, durante el cual había sentido remordimientos más de una vez. Pero, en fin, se había dicho, esto le había permitido sobrevivir durante la temporada de las lluvias, la peor de Kinyanya, y conocer a Hazel.

Morgan consultó su reloj. Procedentes de la capital, los Fanshawe llegarían al pequeño aeropuerto de Nkongsamba hacia mediodía, y él debía ir a buscarlos con el coche oficial del Consulado. Una carta de Fanshawe le había enterado de la venida de su hija, que se quedaría a vivir una temporadita con ellos. Morgan se preguntó vagamente a qué se parecería la hija de Chloe y Arthur Fanshawe. Jones había vuelto hacía una semana de sus vacaciones en Swansea o Aberystwyth o algún otro puerto de mar galés. Las lluvias habían cesado y, pensó, tal vez la vida iba a animarse de nuevo y mostrarse más tolerable.

Morgan tomó un tercer vaso de ginebra de manos de Simeón y añadió un poco de tónica. Decidió que sería este el último vaso: no convenía llegar al aeropuerto apestando a alcohol. Se apoyó sobre la barra para disfrutar a placer del reflejo del sol sobre la piscina y del reconfortante y relajante chisporroteo del agua. No era una vida demasiado desagradable, pensó mientras sorbía su bebida fresca. Hacía buen tiempo, gozaba de un cierto *status* social, cobraba una paga razonable y tenía una amiguita negra con dos tetas fabulosas. Esto le trajo de nuevo al tema de la conversación.

—Esto está muy bien para ti —observó a Lee Wan—, pero a mí me resulta prácticamente imposible pedir una caja de «Dúrex peso pluma» por valija diplomática.

Lee Wan se ahogó en su ginebra y se golpeó los muslos de alegría. Morgan sonrió. No es tan mal tipo este Lee, se dijo revisando sus poco caritativos pensamientos de unos minutos atrás; un verdadero carácter colonial, un barbián que vale su peso en oro, un amiguito a frecuentar.

—Y a ver, dime —siguió Morgan—, ¿qué hay que hacer para procurarse esas píldoras?

—Mándala a un médico —aconsejó Lee Wan.

—Mmm..., y ¿por cuánto puede salirme la broma? —objetó—. ¿No se pueden conseguir en una farmacia?

Lee Wan halló también hilarante esta reacción.

—Dios bendito, habrase visto un putero más tacaño... —dijo mirando a Morgan con admiración—. Follas como un cosaco y no quieres gastarte ni cinco. Exageras un poco, ¿no?

Reflexionó unos instantes y luego le sugirió:

—Podrías probar con Murray. A lo mejor te da unas cuantas. Todas las chavalas blancas que andan por aquí funcionan con píldora y librium. Ja, ja, eso es África para vosotros, ¿eh? La jodienda sin problemas y los tranquilizantes. ¿Cómo lo llaman? El paraíso de las píldoras o algo así. Te digo una cosa: en mi vida he visto gente tan neurótica y tan triste.

—¿Crees de veras que Murray me podría procurar las píldoras? Quiero decir, ¿lo conoces bien?, ¿es el tipo de médico dispuesto a echarte una mano?

—Ah, desde luego —dijo Lee Wan con efusión—. ¡Mi viejo amigo Alex Murray! Dile que eres amiguete mío.

—Tal vez vaya a verle —dijo Morgan—. Me pasaré por su consulta camino del aeropuerto. Venga, apura. Aún queda tiempo para otro vaso antes de comer. ¡Simeón, dos ginebras ahora mismo!

Morgan llegó a la clínica de Murray, en pleno campus universitario, siguiendo las indicaciones de Lee Wan. La Universidad Federal de Nkongsamba, la más importante del país, se hallaba situada en un vasto terreno bien urbanizado, totalmente autónomo; en su recinto se hallaban las casas para los cuadros superiores y las dependencias para los empleados y los criados. Vivía allí un total de más de veinte mil personas. Morgan llegó sin dificultad al centro administrativo a través de las lindas avenidas bordeadas de árboles. A cada lado se veían jardines florecientes y amplios *bungalows*. El sol de mediodía parecía aplastar los tejados de amianto claro, hundiendo poco a poco los muros en el duro suelo. Morgan había almorzado en el restaurante del club: un pollo asado algo apelmazado y media botella de vino, que, ingerida después de la media botella de ginebra, le produjo un vago pero punzante dolor de cabeza.

Pasó por delante de la nueva y soberbia librería de la Universidad. Un obrero acababa de pintar en la pared con grandes letras: VOTE PNK. Ah, claro, se dijo Morgan con una sonrisa: las elecciones. Va a ser divertido. Más allá de la librería se alzaban los edificios administrativos, la gran residencia, el paraninfo, la sala del Consejo y una amplia plazoleta dominada por una torre con reloj. Entre este conjunto y la entrada principal, a un kilómetro de allí, se extendía una ancha carretera con cuatro carriles: una impresionante demostración de arquitectura paisajística, bautizada con el nombre de Champs-Elysées por el personal expatriado. Morgan giró y enfiló una avenida estrecha que llevaba a la clínica, dos *bungalows* reunidos en un solo edificio. Detrás, la enfermería de dos plantas, que constaba de dos secciones y tenía doce camas en total. Los casos graves eran expedidos a la capital, donde existía un gran hospital financiado por los americanos.

El *parking* estaba atestado de coches. Sentadas a la sombra de la veranda se hallaban tres africanas, con sus niños enfermos. Morgan pasó deprisa por delante de las caritas deformadas por el dolor y entró en la sala de espera principal. En la pared había una nota en la que se especificaban los distintos horarios de consulta: para los estudiantes, de siete a diez; para los asistentes, de diez a doce, y para los cuadros superiores, de doce a dos de la tarde. Morgan verificó su reloj: las dos menos cinco. Llegaba justo por los pelos, pero no podía entretenerse demasiado: el avión de los Fanshawe tenía su llegada oficial a las tres menos cuarto. Las distintas filas de sillas

de plástico estaban ocupadas por diversos miembros de la oficialidad, y Morgan sonrió a dos caras conocidas. El lugar era aseado y funcional, y el ambiente estaba impregnado por el habitual olor a desinfectante. En la pared del fondo había una ventanilla, encima de la cual se leía: RECEPCIÓN. Detrás del cristal estaba sentado un empleado muy remilgado. Morgan se acercó: tenía la sensación de hallarse en una estación o en un banco.

—Buenos días, señor —dijo el empleado con acento local.

Morgan se apoyó en el estrecho mostrador.

—Desearía ver al doctor Murray, por favor —dijo—, lo antes posible.

Echó una rápida ojeada a su reloj para indicar que andaba apurado de tiempo.

—Hoy reciben los doctores Obayemi y Rathmanatathan. Tome asiento, por favor, y espere que le llamen.

Morgan no estaba acostumbrado a esta especie de tratamiento igualitario, pero tampoco era la primera vez que se topaba con la inflexible maquinaria burocrática y sabía cómo proceder.

—¿De verdad que no está el doctor Murray? —inquirió cortésmente.

—Sí, señor; sí está —dijo el empleado—; pero hoy no tiene consulta.

Morgan esgrimió una sonrisa glacial:

—Haga el favor de decirle que está aquí Mr. Leafy, del Consulado. Eso es; vaya, por favor.

Morgan se metió las manos en los bolsillos de los pantalones. Hay que saber tratar a estos tipejos, se dijo.

El empleado regresó dos minutos después.

—El doctor Murray va a venir —dijo con tono desabrido—. Tome asiento, por favor.

Morgan se permitió una mueca triunfal y luego fue a sentarse. En la sala de espera había varias puertas y un pasillo. El piso era de terrazo, y en las paredes no había ni cuadros ni carteles: solamente un reloj, y ni una sola revista. Con el calor posmeridiano, la habitación resultaba irrespirable y olía a cerrado.

Cinco minutos después apareció Murray por el pasillo. Morgan se levantó, pero el doctor no le hizo signo de ir con él, como se había esperado. Antes bien, entró él mismo en la sala. Morgan le hizo una rápida revisión: unos cincuenta años, alto, delgado, con un pantalón de franela gris, camisa blanca y corbata azul; el pelo castaño tirando a gris, corto y ondulado, y numerosas pecas en un rostro curtido por el viento. Le alargó la mano. Morgan la estrechó. Fresca, seca y limpia. Morgan se percató de su mano sudorosa y de sus uñas demasiado largas.

Murray se presentó:

—Soy Alex Murray —dijo; tenía una mirada directa e inquisidora—. Me parece que no nos hemos visto antes.

—Morgan Leafy —dijo Morgan—. Soy el cónsul adjunto.

—¿Qué puedo hacer por usted, Mr. Leafy?

Murray tenía un notorio acento escocés, imposible de localizar. Morgan dio un paso hacia él.

—En realidad, quería hablarle de un asuntillo —dijo con expresión algo desangelada por tener que explicarse en plena sala de espera. Notó cómo la atención general se había vuelto hacia él.

—Oh —dijo Murray—. Un problema de salud. Creí que se trataría de un problema relacionado con el Consulado, según la manera como le ha anunciado a mi secretario.

—No —admitió Morgan—. Se trata de un asunto personal.

Murray miró el reloj, que marcaba las dos de la tarde pasadas. Morgan interpretó esta ojeada y dijo:

—Llegué antes de las dos.

—¿Puedo saber qué tiene usted en contra de mis colegas de profesión?

—¿Cómo ha dicho?

—Debo concluir que tiene usted alguna objeción a que le atienda alguno de los dos médicos que están de turno hoy. Por mi parte, yo no lo estoy —observó insistentemente.

Estaba pasándose un poco, opinó Morgan, el cual había empezado a hartarse de este interrogatorio. ¿Quién creía Murray que tenía delante? ¿Un estudiante lanzador de adoquines? Era preciso poner las cosas un poco en su sitio.

—Llevo en el Consulado desde hace más de dos años —dijo con aplomo a la vez que esbozaba una sonrisa—. Como no habíamos tenido todavía el placer de conocernos, y esta era la primera visita que hacía a su clínica, pensé que podíamos tal vez... tener un intercambio de opiniones; no sé si ve lo que quiero decir.

Marcó un tiempo de espera para dejar que calara mejor en su interlocutor su tono suavemente autoritario.

—No tengo absolutamente ninguna objeción contra el doctor Obayemi ni contra el doctor Rathna... math..., en fin, no recuerdo bien cómo se llamaba.

—*La doctora Rathmanatathan.*

—Eso quería decir. Pero ocurre que no son médicos británicos, y usted sí lo es. Y, como no he tenido aún el gusto de encontrarle en nuestras pequeñas recepciones en el Consulado, he pensado que sería más cortés, ¿entiende?...

Esto le bastará, dijo para sí, ofendido de tener que inventar un pretexto en público. Pero Murray distó mucho de disculparse.

—Pase por aquí —se limitó a decir, mientras precedía a Morgan por el pasillo en dirección de la sala de consulta: una habitación grande y desprovista de adornos, con una mesa de despacho, dos sillas, una camilla de reconocimiento y un biombo. La parte baja de las ventanas estaba pintada de blanco. Por la parte alta Morgan percibió la rama de un árbol y el ángulo de la enfermería. En la pared había empotrado un climatizador: el frescor era delicioso. Los dos se sentaron.

—Máquinas maravillosas —dijo Morgan con tono amigable—. Han salvado a los

Europeos que viven en África, ja, ja.

Después de su anterior conversación formal y algo glacial, y considerando la razón que le había traído aquí, Morgan creyó oportuno establecer un clima más ameno entre los dos.

Pero Murray no tenía visiblemente ninguna intención de alargar los preliminares, y fue derecho al grano:

—¿Cuál es exactamente el problema? —preguntó de sopetón.

Morgan no supo qué contestar.

—Pues verá —empezó algo cohibido—; ha sido en realidad Lee Wan quien me ha sugerido venir a verle. Con relación a mis pequeñas dificultades...

Esbozó una de esas sonrisas que indican al interlocutor que se está a punto de hacer una confidencia algo tonta, pero fácil de comprender entre hombres de mundo.

—¿Sí? —dijo Murray con tono seco—. Continúe.

—Ah, claro. Pues, el caso es que... tengo una amiga, ¿comprende?

—¿Está embarazada?

Me está saliendo fatal, se dijo Morgan. Debería haber abordado el tema de otra manera. Murray había entornado ligeramente los ojos como si le molestara un poco la claridad del mediodía.

—Por Dios, no es eso.

Morgan intentó nuevamente una sonrisa, que le pareció falsa, casi viciosa.

—No, no. Eso es precisamente lo que se trata de evitar. Resulta que... esperaba que usted pudiera recetarle la píldora... anticonceptiva. Lee Wan me sugirió que usted..., que tal vez fuera posible...

Morgan sintió con consternación que le estaban ardiendo las orejas. Murray se inclinó hacia adelante. Su mirada era fría.

—Mr. Leafy, antes de seguir adelante quiero aclararle dos cosas —dijo simplemente—. Primera, Mr. Lee Wan no dirige la clínica y, por tanto, no conviene fiarse de lo que cuenta sobre los servicios que se prestan aquí.

—Por favor —protestó Morgan—, no era mi intención sugerir...

—Segunda —prosiguió Murray, impertérrito—: si su amiga es miembro de la Universidad, que pase por aquí durante las horas de consulta indicadas y ya se verá lo que se puede hacer. En caso contrario, lo siento mucho, pero debe acudir a otro sitio.

—Pues... no —dijo Morgan con tono de disculpa—; es una joven..., una chica que he conocido en la ciudad... Creí simplemente que...

Se sintió como un perfecto idiota.

Murray se arrellanó en el sillón y apuntó a Morgan con un bolígrafo.

—Mr. Leafy —dijo con un tono más razonable—, no esperará usted que suministre anticonceptivos orales a todas las amiguitas de mis pacientes —sonrió—. Todas las putas de Nkongsamba estarían ahora mismo haciendo cola ahí fuera en la puerta.

Morgan se levantó. La entrevista había concluido. Empujó la silla hacia atrás

mientras Murray rodeaba la mesa.

—Llévela a un médico de la ciudad. No le costará demasiado.

Morgan agarró el picaporte de la puerta.

—¿Me permite un consejo, Mr. Leafy? —dijo—. Yo llevo ya viviendo en África más de veinte años, y he visto a muchos jóvenes como usted disfrutando de ciertas libertades que ofrece la vida aquí... —hizo una pausa, como si no estuviera seguro de continuar—. Le hablaré con franqueza. Si mantiene relaciones sexuales regulares con una chica de la ciudad, sería una idea muy buena utilizar un envoltorio. Es una especie de barrera contra las infecciones y puede evitar numerosos engorros y problemas.

Morgan se sintió ultrajado. Era como si el maestro de escuela le hubiera sermoneado acerca de los peligros de la masturbación. Intentó imprimir a su voz un tono glacial.

—No creo que sea necesario. Esta joven no vive en ningún burdel, ¿sabe? Es una persona perfectamente respetable.

—Estupendo —dijo Murray, completamente indiferente—. Es simplemente una observación que suelo hacer en estos casos. Un pequeño consejo, ya me entiende.

Vamos, anda —pensó Morgan con enfado—, métete el consejito por tu estrecho culo de escocés. No salía de su asombro. Los británicos no solían hablar así al personal del Consulado. Se mostraban más respetuosos y deferentes. Nunca en su vida se había sentido tan humillado, tan vilipendiado, tan...

Metió la primera y pisó a fondo el acelerador, levantando una gran polvareda con las ruedas traseras. Increíble, se dijo mientras franqueaba a todo gas la verja de la entrada; Murray se ha creído que estoy liado con una puta, negra para más señas y, para colmo, sifilítica. El hecho de que llevara razón en dos puntos por lo menos no le hizo deponer su enfado. Esbozó una sonrisa cínica: este Lee Wan no tiene ni zorra idea.

Al llegar al aeropuerto de Nkongsamba todavía seguía echando pestes. Allí estaba esperando Peter, el chófer del Consulado, delante del resplandeciente Austin Princess negro. Morgan aparcó su coche y se acercó a él. El calor era intenso, y Morgan sintió que el sol le penetraba en el cráneo a través de sus cabellos ralos. La bruma que se elevaba del área de estacionamiento delante del aeropuerto producía la ilusión de que el alquitrán había prendido fuego y estaba a punto de explotar. La luz se hacía añicos flamígeros sobre el cromo de los parachoques y sobre los parabrisas de los coches aparcados, obstaculizando la visión. Junto a la torre de control, la bandera kinyanyesa pendía flácida de su asta. Morgan se sacó del bolsillo las gafas de sol y se las encasquetó. Todo se calmó: los colores le parecieron menos deslavados y los parabrisas se impregnaron de escamas plateadas.

—¿Llegará a su hora el avión, Peter? —preguntó al chófer.

Peter le hizo un saludo.

—Diez minutos de retraso, señor —dijo abriendo la boca en una descomunal sonrisa y dejando al descubierto los vacíos de su dentadura.

—¡Me cago en la leche! —dijo Morgan, furioso.

Miró hacia el coche, cuyas alas pulidas reflejaban su cuerpo, ora aplastándolo, ora estirándolo, como un acordeón. Se pasó un dedo por el interior de su camisa empapada y se ajustó la corbata.

Cruzó el *parking* y penetró en la terminal, una estructura moderna, prefabricada. Pero apenas notó menos calor en su interior. Una familia africana se hallaba sentada a una mesa, delante de una pequeña barra de refrescos... Junto a la puerta de las llegadas había un soldado descabezando un sueño. Fuera, sobre la pista de despegue, se hallaba estacionado un viejo Dakota pintado con los colones de la Kinyanya Airways, con una de las barquillas atada con cordeles. A la sombra del fuselaje, dos mecánicos dormían sobre unas esteras.

Morgan hizo votos porque el personal de la torre de control no estuviera durmiendo igualmente. Dirigió los pasos hacia la barra, junto a la cual se hallaba un estante giratorio con revistas manoseadas. Cogió un *Life* de hacía dos meses y se puso a hojearlo. Unos G. I. cubiertos de barro y con cara de espanto en el Vietnam, unas fotos alucinantes de la Tierra tomadas desde un cohete espacial, un gran reportaje sobre el «Chateau-Bel-Air» de una estrella de cine. La vida.

La familia sentada junto a la mesa iba vestida con sus mejores galas. El marido llevaba un ropaje amarillo y púrpura; la joven esposa, con el rostro espolvoreado de blanco, gastaba un encaje plateado y, anudado en espiral, un enorme pañuelo en la cabeza; los dos pequeños llevaban sendos pijamas escarlata. Probablemente estaban esperando a algún pariente importante. Los niños sorbían regocijadamente sus bebidas refrescantes. Esto pareció una buena idea a Morgan, seducido además por un letrero colocado encima de la barra, que prometía: «Coca-Cola helada».

Morgan se detuvo a mirar la parte del mostrador: sobre un barril de cerveza se hallaba sentada una joven de aspecto malhumorado y con un vestido viejo muy ajustado.

—Un Coke, por favor —dijo Morgan.

La joven se incorporó y se dirigió hacia la nevera. Aquí no hay quien respire, observó Morgan para sí mientras se retiraba de las cejas una gota de sudor. Sabía que la camisa azul cielo, que se había puesto limpia por la mañana, tendría ahora dos buenos lamparones azul marino a la altura de las axilas, y posiblemente también un reguero de sudor espina dorsal abajo. Mejor haberse puesto una blanca: habría saludado tranquilamente a la hija de los Fanshawe con la soltura del que anuncia por la tele un desodorante. Pero, tal como iba, no le quedaba otro remedio que adoptar todo el tiempo la postura de «firme» absoluto.

La chica del mostrador seguía buscando la bebida en la nevera, sin mostrar la mínima intención de apresurarse. Tenía un trasero bastante musculoso, que hacía que

su ajustado vestido se le subiera hasta las caderas. Cogió una de las botellas y la puso sobre el mostrador, con la mirada pálida de hastío y aburrimiento. Estaba a punto de destapar la botella cuando Morgan reparó en que se trataba de una Fanta naranja.

—¡Eh, alto ahí! ¡Le he pedido una Coca-Cola! —exclamó, adoptando de manera espontánea el acento local: espeso y fuertemente nasalizado.

—No quedar Coca-Colas —contestó la joven mientras lanzaba la chapa por los aires, cogía un carrizo y lo introducía en la botella.

—Un chelín —exigió.

Morgan palpó la botella: tibia.

—¿Por qué no estar fría? —inquirió.

—Motor no funcionar —le dio por respuesta mientras volvía a sentarse, con su chelín, arrastrando los pies.

—Muy bien —dijo él—; en ese caso yo preferir Seven-Up.

Una tónica tibia sería un poquito más soportable que una Fanta dulzona.

La joven lo miró como diciendo: no sé para qué te empeñas tanto, chato.

—Solo quedar Fanta —sentenció con parsimonia.

Natural. Me lo podía haber esperado; qué tonto soy, masculló Morgan mientras bebía de mala gana un trago del botellín calentujo y empalagoso. Su dolor de cabeza seguía en aumento.

El avión de los Fanshawe —un «Fokker Friendship»— apareció por fin con tres cuartos de hora de retraso. Morgan lo vio ladearse y sobrevolar la ciudad de Nkongsamba, reflejando violentamente el sol posmeridiano. Finalmente, el aparato se enderezó para entrar en la pista de aterrizaje. Morgan mandó a Peter al *hall* de «llegadas» para hacerse cargo del equipaje. El avión tocó tierra y fue reduciendo velocidad hasta que se detuvo junto al viejo Dakota. Los mecánicos que seстеaban a su sombra no se inmutaron. De improviso convergieron hacia el aparato una ruidosa vagoneta portaequipajes y unas escaleras rodadas. Los primeros en salir fueron precisamente los Fanshawe. La madre, con un vestido rosa arrugado y un turbante del mismo color; el padre, con pinta de asarse vivo dentro de su traje marrón. Pero fue sobre todo la hija quien acaparó la atención de Morgan. Era mucho más atractiva de lo que hubiera podido imaginarse conociendo a sus progenitores. Unos veinticinco años, calculó Morgan. Traía un corto vestido blanco estampado de dados rojos y un sombrero de paja blanco que le protegía el rostro del sol, con una ala muy ancha y flexible. Morgan informó al militar somnoliento de que estaba haciendo su entrada el cónsul general, y aquel se cuadró al punto e hizo el saludo reglamentario.

—¡Morgan! —exclamó Fanshawe—. Me alegra verle. ¿Lleva esperándonos mucho tiempo?

—No; qué va —mintió Morgan, deseoso de mostrarse agradable—. ¿Qué, han pasado buenas vacaciones? —preguntó a *Mrs.* Fanshawe, que traía aspecto cansado y sudoroso. Morgan notó que cojeaba un poco: sus pies, hinchados por el vuelo, se ahogaban en los zapatos de tacones. Logró esbozar una leve sonrisa de asentimiento:

—Priscilla, cariño —llamó a su hija, que se hallaba en ese momento retirando un neceser rojo del montón de bultos depositados en el *hall*—. Ven que te presente a *Mr. Leafy*.

Ella se acercó y se quitó su ridículo sombrero. Morgan se fijó primero en sus piernas firmes, sus pantorrillas tal vez algo musculosas, su cuerpo delgado y sus pechos increíblemente puntiagudos —efecto quizá del sujetador—, bien firmes debajo del tejido de algodón. Luego pasó a contemplar su rostro: cejas depiladas, arrogantes, y ojos indolentes, de niña mimada. También reparó en su desventurada nariz en forma de trampolín de esquí. Pero este último rasgo se lo perdonó. Entusiasmado, pensaba: esta chica es para mí; es más de lo que había imaginado, supera mis sueños más descabellados. Es la mujer de mi vida.

—Jolín..., vaya calorcito.

Su manera de hablar le pareció claramente *snob*. Morgan se preguntó si no había sido esto una indirecta por las manchas de sudor que se habían formado en su camisa. También se preguntó aterrorizado —sin atreverse a bajar la vista— si no se le habrían extendido las manchas bajo su corbata, formando un grande y único lamparón.

—Priscilla —dijo la madre, poniendo fin a esta serie de especulaciones—, aquí te presento a *Mr. Leafy*, nuestro primer secretario.

—Encantada de conocerle, *Mr. Leafy* —dijo estrechándole la mano.

—Morgan, por favor —concedió él lanzándole una mirada coqueta.

Las damas se introdujeron acto seguido en el horno en que se había convertido el coche. Se oyeron unos gañidos de incomodidad cuando los muslos y las posaderas de entrambas entraron en contacto con el cuero ardiente de los asientos.

—Caray con el calor —exclamó Fanshawe mientras supervisaba, en compañía de Morgan, el cargamento de los equipajes—. Durante la última semana de vacaciones no hemos tenido más que heladas y nieblas.

—Ah, qué sublime —comentó Morgan, movido por la envidia.

Fanshawe se frotó las manos, examinando con mirada meditabunda el *parking* del aeropuerto.

—Morgan, nos esperan unos meses muy interesantes, realmente. Tenemos muchísimas cosas de que hablar —dijo entusiasmado.

—¿De veras? —preguntó Morgan. No tenía la mínima idea de a qué se estaba refiriendo su jefe.

—Las elecciones —prosiguió con expresión transportada—. Las próximas Navidades. Vaya que sí; cosas muy muy interesantes —hizo una pausa—. He recibido instrucciones al respecto, naturalmente. De manera officiosa pero clara. Es una oportunidad de oro —apostilló con excitación.

Morgan, que no salía de su asombro, volvió a inquirir:

—¿Está seguro de lo que dice?

—Y tan seguro... Un verdadero golpe de suerte. Para nosotros, se entiende —esbozó una sonrisa ensoñadora—. Incluso nos van a mandar un refuerzo, para que se

ocupe del papeleo y tengamos, así, las manos más libres. Llegará dentro de un par de semanas, a lo sumo.

—¿Ha dicho las manos libres?

Antes de que Fanshawe pudiera explicitar su misterioso fervor, su mujer sacó una cara sudorosa y escarlata por la ventanilla de atrás y gritó con furia:

—¡Arthur, por Dios, que nos estamos asando aquí dentro!

Fanshawe subió al coche y dijo con tono conspirador:

—Nos veremos mañana. También esperamos una visita real. Bueno, semirreal. Para las Navidades. Todo ocurrirá en las Navidades...

En el momento de arrancar el coche, Morgan creyó que la chica le había hecho un ligero signo con la mano. Por si tal había sido el caso, él le devolvió el saludo.

Capítulo 2

Al día siguiente, Fanshawe llamó a Morgan a su despacho y le explicó todo con detalle. Al parecer, algunas de las personas que había visto en el Foreign Office durante sus vacaciones habían mostrado un interés especial por las próximas elecciones de Kinyanya. No cabía duda de que los pozos petrolíferos recién descubiertos eran mucho más importantes de lo que se había pensado en un primer momento; en consecuencia, el saber quién iba a ganar las próximas elecciones había adquirido gran trascendencia en el marco inestable de la política del África occidental. Ya se había procedido a ciertos sondeos preliminares entre los principales partidos del país, y uno de ellos había resultado más probritánico que los otros. Este partido tenía igualmente bastantes posibilidades de derrocar a la formación en el poder, carente de apoyo popular, por lo que el Foreign Office había dado instrucciones a los cuatro para que estudiaran cautelosamente las bases regionales de dicho partido, descubrieran sus verdaderos motivos y alianzas y evaluaran su capacidad de convertirse en un firme aliado de Gran Bretaña; es decir, en un partido

que garantizara, defendiera e incluso fomentara los intereses de la metrópoli. Fanshawe refirió todo esto rápidamente como si se hubiera tratado del evangelio oficial. Pero, luego, su agitación se hizo claramente más visible.

—El partido en cuestión —dijo—, como ya lo habrá adivinado probablemente, es el Partido Nacional de Kinyanya, el PNK.

Morgan no había adivinado absolutamente nada: había hecho lo posible por no calentarse la cabeza con las próximas elecciones. Sin embargo, creyó más prudente asentir con aires de conocedor.

—En fin —prosiguió Fanshawe—, el caso es que su presidente honorario es una especie de viejo emir del norte, una personalidad religiosa y tribal, muy respetada y que cuenta con bastantes seguidores. Pero lo que más nos interesa a nosotros en concreto son sus dos jóvenes turcos, por así decir.

Morgan se esforzó por parecer interesado, y para ello frunció el ceño todo lo que pudo y se mordió el labio superior.

—Pues bien —siguió hablando Fanshawe—, uno de ellos es abogado —un tal Gunlayo o algo por el estilo—, asentado en la capital y experto en temas jurídicos y constitucionales; y el otro, el que se encarga de la política exterior y de los asuntos internacionales, es... ¿no adivina quién es?

Morgan no tenía la más remota idea. Exhaló unos cuantos «ehm» y «pues» mientras se rascaba la cabeza, para finalmente admitir que se daba por vencido.

—Pues bien —exclamó Fanshawe triunfalmente—. Agárrese fuerte. Es ni más ni menos que... Sam Adekunle, nuestro querido profesor de Economía política y Gestión en la Universidad de Nkongsamba.

Morgan se preguntó qué podía tener esto de importante, pero esperó a que Fanshawe le ilustrara algo más al respecto.

—Maravilloso golpe de suerte —insistió Fanshawe—. Henos aquí perdidos en una población del interior del país y, sin embargo, resulta que tenemos entre nosotros a uno de los peces más gordos de la política palpitante.

—¡Vaya que sí! —confirmó Morgan lentamente—. Una suertaza extraordinaria.

Se arrellanó en su asiento, se rascó la barbilla con aire pensativo, asintió unas cuantas veces y repitió la frase «vaya que sí».

—Sabrá lo que ello significa —insistió Fanshawe, el cual había abandonado la mesa de su despacho para acercarse a la ventana. Con las manos cogidas por detrás, se balanceaba sobre la punta de los pies.

—Nuestros análisis y nuestras apreciaciones van a tener una importancia capital —sentenció, girándose bruscamente y mirando a Morgan de frente. Alarmado por este movimiento inesperado, Morgan se sobresaltó.

—Estamos excelentemente situados para descubrir de qué pie cojea el PNK, cuáles son sus pensamientos, sus ambiciones. Lo que refiramos al Foreign Office va a tener mucho peso; pero que mucho peso —repitió—. La posición de Adekunle en el partido hace de él, desde el punto de vista del Reino Unido, el hombre más

interesante del PNK. Y, como le he dicho antes —su voz rezumaba beatitud—, este hombre se encuentra muy cerca de nosotros, como quien dice a la vuelta de la esquina.

El cerebro de Morgan funcionaba con lentitud esa mañana; costaba mucho trabajo concentrarse.

—Es una noticia estupenda para usted, Arthur —dijo de manera distraída—. ¿Qué piensa hacer exactamente?

—¿Yo? Nada —contestó Fanshawe.

Morgan esbozó una sonrisa de complicidad.

—¿Está seguro? —preguntó con tono de broma.

—No soy yo, sino usted quien se va a mover.

—¿Quéee...? —Morgan se despertó de repente.

—Lo que ha oído. No pretenderá que yo me ponga a investigar o a alentar a un determinado partido político de Kinyanya; vamos, digo yo.

Morgan se preguntó qué habrá querido decir con eso de «alentar».

—Naturalmente que no —dijo Morgan con voz temblorosa—. Pero no veo exactamente qué podría hacer yo...; quiero decir, que en este momento tengo un montón de trabajo por hacer y...

—Y, ¿para qué cree que van a mandar una ayuda? —le interrumpió Fanshawe—. Pues precisamente para aliviarle del trabajo de oficina, para dejarle las manos más libres, para que pueda dedicarse así a este trabajo —se quedó mirando a Morgan embobado—. De eso es de lo que se trata, Morgan. Esto es trabajo de verdad. Auténtica diplomacia. Y no el papeleo burocrático, que acaba convirtiéndole a uno en un autómatas. Sí señor. Usted puede hacer aquí algo realmente positivo, creador. Por su país.

Presas de una profunda y dolorosa confusión a lo largo de este parlamento, Morgan había bajado la cabeza, y se apretaba las sienes con los puños. ¿En nombre de qué demonios le había soltado ese rollazo el cascarrabias de su jefe? En nombre de su país. Hacer por él algo positivo y creador. Prefería cualquier jolgorio a todo ese cacareo.

—Perdone, Arthur —dijo—; pero ¿qué ha querido decir con eso de «alentar»?

—Bien; hablemos de eso ahora —dijo Fanshawe—. Tal y como yo lo veo, su *misión* —le tembló la voz al pronunciar esta palabra— consiste en intentar conocer lo mejor posible a Adekunle, entrar en el círculo de sus amistades, investigar todo lo que pueda sobre su persona, No la consabida hojarasca con la que se suelen llenar sus manifiestos, sino más bien la... ¿cómo la llaman?, la «realpolitik». Ya sabe a lo que me refiero —la expresión de su rostro denotaba una creciente frustración ante la falta de entusiasmo por parte de Morgan—. Realidades, hechos desnudos que podamos comunicar a las instancias superiores. Quiero que haga constar todo eso en un informe, todo lo que pueda recabar acerca de Adekunle y el PNK. A partir de ahí es asunto mío. Yo me mantendré en contacto con el embajador en la capital y transmitiré

lo esencial a las autoridades de Whitehall en Londres.

No me diga..., pensó Morgan. Qué poco me gusta todo esto. Fanshawe pareció leer su pensamiento y se apresuró a contestar:

—Por supuesto, le puedo decir, aquí entre nosotros, Morgan, que un trabajo bien hecho en ese sentido no vendría nada mal a nuestro historial... profesional. Hablemos con franqueza. Me parece que ambos coincidimos en que Nkongsamba no es un destino lo que se dice muy glorioso; en cualquier caso, no es la meta de nuestras ambiciones. No creo exagerar si afirmo que a ninguno de los dos nos importaría ser enviados a otro puesto algo más elevado. Cuando sabemos que existen destinos como Washington, París, Tokio, Caracas, etcétera, Nkongsamba no..., bueno, ya sabe lo que quiero decir.

Se ajustó el nudo de la corbata, se acarició los pelillos de su aseado bigote y frunció el ceño. Morgan estaba perplejo: nunca había oído hablar a Fanshawe de manera tan abierta y confidencial.

—Hace ya bastante tiempo que nos conocemos —prosiguió—, y no creo revelarle ningún secreto de familia si le digo que Chloe y yo siempre hemos esperado que el último destino de nuestra carrera diplomática sea un sitio..., bueno, no precisamente Nkongsamba. Y lo mismo cabe decir de usted, estoy seguro. Usted es joven todavía..., tiene talento y... debe preocuparse por su porvenir.

Estos sutiles halagos sonaron muy agradablemente a los oídos de Morgan, y por unos instantes sintió lástima de Fanshawe, una persona ya mayor con sus sueños no realizados; pero luego recordó que era a él a quien había tocado la parte más pesada del trabajo.

—¿Qué es exactamente lo que espera que yo haga? —preguntó dubitativo, deseoso de desviar la conversación de estas confianzas delicadas y molestas.

—Que trate de conocer a Adekunle, para empezar. Es un tipo bastante civilizado, con gustos modernos, casado con una inglesa; sus hijos estudian en un buen colegio en el Reino Unido; en fin, todo dentro de esta tónica. No creo que le cueste mucho introducirse en su círculo social de la Universidad. Ya conoce allí a algunas personas, ¿verdad? Estoy seguro de que no le costará trabajo alguno. Y, una vez conseguido esto, hágale saber discretamente que estamos de su parte.

—Yo no estoy muy seguro... —dijo Morgan—. He oído hablar algo de él y me parece que no es de los que se dejan ver mucho en sociedad. Parece dar mucha importancia a su círculo privado de amigos, por así decir.

Pero, para su gran sorpresa, notó que se le estaba despertando el interés por el caso a medida que consideraba las soluciones posibles.

—Tengo una idea —exclamó, dejándose arrebatado por el entusiasmo—. La próxima fiesta que se organice, ¿por qué no invitamos a todo el personal político nativo? De esa manera resultaría más fácil la operación previa de abordaje.

—Muy bien pensado —le felicitó Fanshawe, obviamente encantado—. Vamos a ver qué pretexto encontramos para organizar algo. El cumpleaños del duque de York,

por ejemplo —se rio entre dientes, complacido de su carácter ocurrente—. Bien, téngame, pues, al corriente de todo, hasta del mínimo movimiento. ¿De acuerdo?

—Por supuesto —dijo Morgan.

—Excelente —rubricó Fanshawe—. Morgan, vamos a organizar todo esto juntos. A ver si conseguimos pronto algún resultado tangible, que vean que no nos dormimos.

Morgan tuvo de repente otra idea.

—Respecto a la visita real de que me habló ayer, ¿sabe si vendrá pronto? Podría ser una buena excusa.

—No —dijo Fanshawe con desaliento en la voz—. Vendrá las próximas Navidades. Además, tampoco se trata propiamente de un miembro de la familia real: es la duquesa de Ripon, prima tercera o cuarta de la Reina, o algo bastante lejano, en cualquier caso. Vendrá en representación de su Majestad para las celebraciones de la Independencia. El último de año se celebra el décimo aniversario, ya sabe. Hará una gira rápida por todo el país. Pasará con nosotros un par de días antes de marchar a la capital para las grandes celebraciones.

—Y para las elecciones —añadió Morgan.

—Exacto —Fanshawe permaneció un momento pensativo—. Escuche lo que le digo. Voy a pedir a Chloe que organice algún festejo. A ella le encanta este tipo de cosas. Priscilla podrá echarle una mano —Fanshawe se atusó, meditabundo, su pequeño bigote—. A propósito —dijo—, no sé si querrá hacerme un favor con relación a mi hija.

—Diga lo que sea —dijo Morgan en tono amigable; estaba dispuestísimo a hacer cualquier favor relacionado con Priscilla Fanshawe.

—Chloe me mataría si se enterara de que le hablo de ello —dijo con voz triste—, pero creo que es mejor ponerle en precedentes —hizo una pausa—. Conviene que sepa que Priscilla acaba de pasar un trago bastante malo. Resulta que llevaba bastante tiempo saliendo con un joven del ejército, fusilero de marina, al que había conocido cuando estuvimos viviendo en Kuala Lumpur. Pues bien: a este joven le dio este verano por volverse de repente a Malasia, romper su compromiso con mi hija, presentar su dimisión y casarse con una joven china. Y allá está viviendo ahora, trabajando para su suegro —los rasgos de Fanshawe reflejaron una trágica incredulidad—. No logro entenderlo. Qué pena de muchacho... Además, había estudiado una carrera y era de buena familia. Inexplicable...

Morgan no dijo nada. Desde que se acostaba regularmente con Hazel el cruce de razas se había convertido para él en un tema delicado.

—Me estaba preguntando —prosiguió Fanshawe aclarándose la voz— si no le importaría pasarse por casa de cuando en cuando. Enseñarle la ciudad, ¿por qué no? Animarla como pueda, considerando que la pobre está hecha polvo desde que todo se vino abajo. No sabe cómo se lo agradeceré.

—No tendrá nada que agradecerme —dijo Morgan—. Será un verdadero placer

para mí.

era un edificio moderno de seis plantas, con un restaurante que se pretendía internacional, una piscina y un casino. La comida del restaurante era abominable, el servicio vergonzosamente inepto y la piscina albergaba a toda una colección de algas verdes (y ello pese a tener tanto oro que se podían ver aflorar a la superficie las emanaciones de gas). En cambio, su casino era el único sitio de Nkonesamba en el que la pegajosa mediocridad no era la palabra clave y en el que se podía notar un cierto aire de elegancia. Su propietario era un sujeto sirio que había importado de Beirut a dos chicas gorditas para que hicieran de «croupiers» y prácticamente solo contaba entre su clientela con personas originarias también del Oriente Próximo. Morgan y Priscilla acababan de pasar, en su interior sombrío y suntuoso, una hora mareante jugando a la ruleta y al baccarat. Morgan llevaba ya pérdidas veintitrés libras, cuando la prudencia le persuadió de que Priscilla no se dejaría impresionar probablemente por su infalible capacidad para apostar a los números sin premio.

La velada —la segunda que pasaba en compañía de Priscilla— le estaba resultando bastante dispendiosa. Empezaron por el restaurante del club de la Universidad, en el que Morgan pidió el vino más caro, un Piesporter dulce muy oloroso, y de allí se dirigieron al bar Embajada del Ambassador, donde bromearon a expensas de la pertinaz presencia allí del tema «embajadístico». Priscilla le había confesado que nunca había puesto los pies en un casino, y él se ofreció a llevarla al único que había en la ciudad.

Él había esperado que la velada terminase así: buscó la mano de ella cuando, al salir del casino, ambos se dirigían tranquilamente hacia el coche. Ella no opuso resistencia. Los dedos se entrecruzaron. Sin decir palabra, se miraron el uno al otro como de común acuerdo y se sonrieron. Se sentaron en el coche y estuvieron un buen rato contemplando en silencio las luces centelleantes de Nkongsamba antes de comentar, entre susurros, la magnificencia del espectáculo. No tardó en crearse una «atmósfera sentimental», una conciencia incisiva de sus cuerpos jadeantes, alejados de toda mirada indiscreta. Priscilla se acarició el pelo con ambas manos, y sus pechos puntiagudos se enderezaron al punto bajo su blusa de satén crema.

—Ha sido una velada maravillosa —dijo al aspirar. Morgan, con el brazo izquierdo apoyado en el respaldo del asiento, se inclinó hacia ella y susurró:

—Priscilla...

Esta volvió la cabeza, y los labios de ambos se tocaron, exactamente como habían supuesto que ocurriría.

Y en ello andaban todavía.

Morgan acercó nuevamente su boca a la de Priscilla de manera suave, tierna, delicada —tenía unos labios muy golosos—. Luego empezó a respirar aceleradamente por la nariz —inhalar, exhalar, inhalar, exhalar— con simulada pasión, sacudiendo la cabeza enérgicamente como si se le hubieran quedado los labios pegados y tratara en vano de retirarlos. Priscilla respondió de manera parecida, aunque más sosegada, entornando los ojos y levantando los hombros

alternativamente. Alentado de esta suerte, Morgan deslizó la mano desde el hombro hasta el pecho izquierdo. Ella abrió los ojos inmediatamente y se incorporó agarrándose al salpicadero.

—Por favor, Morgan —exclamó en tono de semirreproche.

Él estuvo a punto de soltar una carcajada ante tamaña demostración de mojigatería. Resulta que estaba viviendo con una negra supersexy en un hotel de la ciudad, y helo aquí ahora participando en una ridícula carrera de obstáculos. En fin, paciencia, pensó, y dijo, ateniéndose galanamente a la fórmula al uso:

—Lo siento, Priscilla... No debería haber..., pero, en fin, la verdad es que eres tú quien tiene la culpa —y, como para recalcar su belleza provocativa, le tocó la cara, con una sonrisa de impotencia. Ella le devolvió la sonrisa y miró hacia abajo. Morgan puso en marcha el motor.

—Creo que es mejor que te acompañe a casa —dijo.

Durante el trayecto silencioso Morgan se preguntó por qué tenía tanto interés en aquel romance, y, a pesar de las numerosas razones que se esforzó en aportar — aburrimiento, reto a su condición de macho, pura libido, etcétera—, supo instintivamente que era porque siempre había deseado en el fondo —le costó encontrar las palabras apropiadas—, salir, ligarse, asociarse, enamorarse e incluso casarse con una chica como Priscilla Fanshawe. Nunca había salido con una chica como ella; por eso, un casto y cansino beso de diez minutos, y el contacto, durante una milésima de segundo, con un pecho increíblemente firme representaban un triunfo enorme en su currículum vital un tanto miserable, un decidido paso hacia adelante en su mundo empobrecido. Y, aunque le dio un poco de vergüenza el reconocerlo, tuvo la certeza de que, si conseguía que las cosas siguieran funcionando como hasta la presente, y se esforzaba por mejorarlas gradualmente, resultarían de ello inmensas ganancias para su amor propio y su prestigio personal. Daría, en suma, un salto considerable, en la escala social, dejando atrás su infame pasado.

La violencia de su pasión por Priscilla —y lo que ella representaba para él—, lo dejó un tanto sorprendido, si se tenía en cuenta que, juzgando con imparcialidad, algunos aspectos de su físico y su carácter no eran muy atractivos. Su voz, su nariz, y las actitudes que estas parecían encarnar: una radical falta de curiosidad por todo lo que no estuviera directamente relacionado con su pequeño mundo, un no sé qué de amable y superficial en todas sus relaciones personales. Siempre agradable y encantadora, como si por su cabeza más bien vacía no pasara nunca ningún pensamiento perverso y malvado, o, de ser tal el caso, aguándolo sistemáticamente con una alusión susurrada o afectada. De manera paradójica —pues eran unas actitudes supuestamente odiosas y abyectas para él—, descubrió que transigía con este comportamiento con la facilidad de un traidor. Todo era extraordinario o abominable; los matices no tenían cabida alguna; la gente era «amable», «amabilísima» o «terriblemente amable», siempre y cuando no conspirara abiertamente contra ella. Se daba por barato que la honradez y el sentido del deber

eran patrimonio exclusivo de la gente «bien», y que con valentía, tesón y sentido de la amistad no había problema alguno que se resistiera.

En consonancia con todo ello, Morgan trasladó su lugar de nacimiento a Kingston, más próximo al Támesis; se autoadjudicó una beca para un reputado colegio privado, elevó a su padre al rango de jefe de plantilla, convirtió a su madre en rentista y, para su gran sorpresa, acabó él también diciendo «me encanta» en vez de «me gusta».

Al pasar por la serrería, Morgan lanzó una mirada a Priscilla.

—Ya estamos llegando —dijo. Pero, al aproximarse a las puertas del Consulado, Priscilla gritó de pronto: «¡Frena!», y él se paró obedientemente en el arcén.

—No me apetece entrar en casa todavía —dijo Priscilla volviéndose hacia él—. Es pronto. ¿Por qué no vamos a alguna otra parte?

Morgan tardó muy poco en presentarle su sugerencia.

—Podríamos ir a mi casa..., a tomar una taza de café. No queda lejos, y desde allí te podré acompañar fácilmente a casa antes de que sea muy tarde —su voz sonó con un tono de amable desinterés. Parecía tan noble, tan recto... Tan hipócrita.

Priscilla le cogió la mano, que tenía apoyada sobre el volante.

—Me gusta la idea —dijo.

Morgan y Priscilla se hallaban sentados codo a codo en el sofá. Estaban viendo en la tele una película en la que un hombre, con una maleta vieja y un pitillo alojado en la comisura de la boca, resolvía problemas que no conseguían descifrar la CIA y el MI5 juntos. Al final, el héroe escupía el pitillo para besar a la guapísima hija de un diplomático americano. Morgan, de excelente humor en ese momento, interpretó este final como un signo favorable. Priscilla se había quitado sus zapatos con tirilla trasera y había recogido los pies. Tenía la cabeza apoyada en el ángulo formado por el cuello y el hombro de Morgan.

—¿Más café? —preguntó él—. ¿Otro *brandy*?

Moses y Friday estaban de permiso esa noche.

—Ay, no, por favor —protestó ella riéndose tontamente—. No quiero pasar toda la noche haciendo pipí.

Morgan interpretó esta pequeña tontería como un signo de confianza e inclinó la cabeza para besarla. Ella se había relajado lo suficiente durante la última media hora como para explorarla suavemente con la lengua y someter uno de sus senos a una intermitente fricción. Morgan le besó el cuello; estaba húmedo y sabía ligeramente a sal. Se dio cuenta con agrado de que su minifalda negra se le había subido hasta las caderas.

—Morgan —dijo con voz apagada—, ¿sabes por qué he venido aquí? ¿Quiero decir a Nkongsamba?

—No tengo la más mínima idea —mintió él mientras le propinaba un mordisquito

en la oreja y le desabrochaba un botón de la blusa. Fue deslizando la mano por debajo del satén hasta encontrarse con la abrupta elevación de su pecho y la armadura de encaje del sujetador. Por mucho que lo intentó —no pudo servirse de la otra mano como palanca—, no consiguió introducir los dedos por debajo.

—Ah, quiero darte las gracias —dijo ella.

Morgan retiró la mano y la miró un tanto sorprendido.

—¿A cuenta de qué? —preguntó.

Ella le dio un besito en la mejilla.

—Por no haberte enfadado cuando no me encontraba... relajada.

—Vamos, no digas bobadas —la sermoneó.

—Es simplemente que no estoy muy segura de mí misma. Tengo un enorme cacao en la cabeza, como se dice ahora.

Cogió la mano derecha de Morgan y la examinó detenidamente como si de algún misterioso y raro artefacto se tratara.

—Esa es la razón por la que he venido aquí.

—Ah —dijo Morgan con un tono buscadamente neutro.

—Sabes, llegué casi a ser la novia oficial de un chico llamado Charles. Pero resulta que hemos tenido una bronca terrible. La cosa iba bastante en serio. Llevaba incluso una temporada viviendo en su piso.

Morgan almacenó mentalmente esta información.

—Pero luego me di cuenta de repente que no era persona adecuada para mí. Un buen día, sin ninguna razón especial, me percaté de que aquello no podía continuar, de que estábamos en un verdadero callejón sin salida —hizo una pausa—. Charles era encantador, no lo niego. Pero no para mí. Ya sabes lo que quiero decir —lo miró en busca de un gesto de aprobación—. No se puede, no se debe prolongar una situación así. Es mejor romper.

—Ah, desde luego. Llevas toda la razón —asintió Morgan—. Desde luego que sí, qué caramba —la expresión de Morgan era seria, intensamente comprensiva.

Ella se acurrucó contra él.

—Ha sido horroroso. Gritos y lágrimas a mansalva. A él le sentó como un tiro. Pero era preciso romper.

Morgan le acarició los cabellos.

—Por eso estoy un poquito rígida y en guardia. Sentimentalmente magullada, como dice mamá. En fin, ya me comprendes.

Morgan asintió.

—Como dice el refrán: Gato escaldado...

—Ni más ni menos —dijo ella, apretándole la mano en signo de gratitud. Morgan depositó un beso en la punta de su nariz respingona.

—Creo que es mejor que te acompañe ahora a casa —dijo.

El último —y más apasionado— beso de la velada se lo dieron en el oscuro camino de entrada a la mansión de los Fanshawe. De vuelta a casa, Morgan no cesaba

de felicitarse, y atribuyó el punzante dolor que sentía en la ingle a su erección reprimida durante toda la noche. Después, tendido sobre la cama, visualizó retozonamente la película de las piernas firmes y lisas de Priscilla e intentó imaginarse cómo serían sus pechos, para acabar desahogando su frustración en un trozo de papel higiénico. Pero al placer que recorrió todo su cuerpo, desde la cabeza hasta los pies, le sucedió una ligera pero incómoda comezón en la punta del pene. El examen posterior confirmó que se trataba de una pequeña irritación, aliviada momentáneamente con la aplicación de un poco de Nivea. La supuso consecuencia del roce de su pene erecto con la cremallera de los pantalones o con la costura de su slip, un precio nada elevado, recapacitó, por una velada de seducción bien planeada y ejecutada.

Antes de caer dormido estuvo pensando en la mentira de Priscilla. Ironizó un poco sobre las ilusiones que se crea la gente, aferrándose a ellas desesperadamente, antes de percatarse de que no era él precisamente la persona más apropiada para reírse de esta clase de conducta. Según la versión de Priscilla, era ella la que había tomado la iniciativa de la ruptura con Charles; aparecía además como una persona madura y sensata, que exigía ante todo una relación mutuamente enriquecedora, dándole a entender al mismo tiempo que no era virgen. Morgan esbozó una sonrisita: un don con el que le había agraciado la naturaleza, pensó, era su capacidad para leer en el interior de las personas, para estimar el justo valor de las mismas y ver lo que se escondía realmente bajo sus caretas convencionales. Un talento inestimable.

Al filo de la misma reflexión, se le ocurrió que tal vez este regalo que representaba Priscilla —joven, sin compromiso, no ignara de sus encantos— significaba que la suerte había llamado por fin a su puerta. Los años siniestros como funcionario de segunda fila en las oficinas excesivamente iluminadas y caldeadas del sur de Inglaterra; las entrevistas desastrosas y los suspensos repetidos en los exámenes para entrar en el Foreign Office antes de lograr el aprobado por los pelos; el humillante período de prueba; el esnobismo; la actitud distante de sus compañeros; la espera interminable en un aparcadero de Whitehall; el destino poco glorioso a Nkongsamba, donde ya llevaba ejerciendo dieciocho meses más de lo debido... Quizá, quizá todo ello había sido predispuesto por alguna fuerza misteriosa para poder encontrarse con Priscilla. El Fatum, el Destino con «D» mayúscula... Morgan elevó una plegaria de agradecimiento por si acaso —¿quién sabe?—. Por primera y única vez en su vida era el hombre adecuado en el lugar y tiempo adecuados. Notó que su corazón se hinchaba de felicidad, mientras su cuerpo era invadido por una gran languidez. Sintió que sus músculos se tendían y se distendían. Dejó los brazos sueltos a lo ancho de la cama, con los dedos bien separados. Sabía lo que le pasaba: estaba satisfecho de sí mismo y, mejor todavía, tenía la seguridad de haberse enamorado de Priscilla.

Capítulo 4

Estratégicamente colocados en las ventanas del primer piso, varios proyectores de gran potencia bañaban con una claridad amarilla el césped del Consulado. Alrededor de cien personas, entre blancos y negros, se hallaban congregadas en torno a las mesas llenas de entremeses y a los dos bares improvisados. A la izquierda había una gran pantalla de cine y, frente a ella, varias filas de asientos. Invisible detrás de los focos, Morgan estaba mirando a la multitud desde una de las ventanas. Incapaz de divisar a Adekunle entre la gente, había subido al primer piso para gozar de una mejor panorámica. Vio muchos rostros conocidos de la crema de Nkongsamba, que habían acudido a la fiesta atraídos por la perspectiva de comer y beber gratis, y resignados, a cambio de esto, a tragarse la proyección privada de un nuevo documental sobre la Familia Real. Esto, Morgan no tuvo más remedio que reconocerlo, había sido un verdadero acierto por parte de Fanshawe. El documental en cuestión, anunciado como un «retrato íntimo», había sido enviado recientemente a todos los Consulados generales y Embajadas británicos del mundo como parte

integrante de una amplia campaña publicitaria. En principio, su llegada a Nkongsamba estaba prevista para varios meses después, pero la hábil insistencia de Fanshawe había posibilitado que lo mandaran antes de tiempo desde la capital. Rápidamente se buscó una fecha idónea, y se expidieron sin tardanza las oportunas invitaciones oficiales. Serviría de pretexto para una explosión de patriotería británica; las habituales imágenes de castillos espléndidos, artefactos históricos, Altezas reales y los interminables e impecables desfiles recordarían de modo sutil, pero eficaz, a todos los presentes no británicos qué era precisamente lo que ellos no poseían y, en consecuencia, por qué no eran personas tan privilegiadas. Por lo general, este tipo de celebraciones producían en Morgan el mismo efecto que las bodas: las encontraba artificiales, hipócritas y empalagosas, hasta el punto de hacerle siempre sudar de bochorno.

Sin embargo, esta noche era distinto. Para su sorpresa, descubrió que incluso la había esperado con impaciencia y ahora, al mirar a las variopintas cabezas que se extendían ante sus ojos —rubias, morenas, calvas, sal y pimienta, lanosas y con turbantes gigantescos—, sintió una innegable excitación. Se trataba de un montaje, recordó. Él estaba actuando como agente secreto de su gobierno. De acuerdo que era un trabajo modesto: recabar información sobre un partido político de un país extranjero no muy importante. Pero tales trabajos, se dijo, constituían la base del espionaje, los firmes cimientos de acciones diplomáticas globales, el contexto ignorado de espectaculares iniciativas ministeriales.

Morgan no pudo por menos de reconocer que el entusiasmo de Fanshawe por el proyecto había sido contagioso. Este se había portado como un escolar que juega a espías; y había destinado para el asunto todo un cajón de la mesa del despacho, del que solo él y Morgan tenían la llave. Había llegado incluso a bautizar la operación con un nombre propio; a saber, «el proyecto Kingpin», combinando las iniciales del partido de Adekunle, el PNK. «Convendría reunirse a propósito del Kingpin», le había dicho confidencialmente alguna que otra vez al cruzarse con él por el pasillo; o también: «Qué, ¿algún progreso con relación a Kingpin?». Al principio, a Morgan todo esto le había parecido un tanto deprimente; pero luego decidió seguir alegremente el juego ya que, por otra parte, le resultaba bastante ventajosa esta nueva alianza con el padre de Priscilla:

—¿Sabes una cosa? —le había dicho ella durante una de las últimas veces que habían salido juntos—. Papá está últimamente muy impresionado por lo que haces. Se pasa todo el día cantando tus alabanzas. ¿Se puede saber qué se traen entre manos ustedes dos?

—Nada realmente importante —había contestado él con modestia—. Asuntos de puro trámite, nada más.

Unos momentos antes, esa misma tarde de la proyección, Morgan se hallaba ponderando la excelencia del ponche ante la gorda esposa de un empresario de obras públicas cuando, de repente, se le acercó Fanshawe y le susurró al oído: «Kingpin ha

llegado», tras lo cual ahuecó el ala ceremoniosamente, cual cortesano que acaba de informar al príncipe de un complot contra su persona.

Ahora, al mirar al rebaño de leales súbditos, Morgan distinguió a Adekunle, de pie junto a la barra, en compañía de una mujer blanca que él supuso era la mujer del político. Adekunle iba vestido a la usanza indígena y llevaba un cayado de ébano labrado. Su mujer, pensó Morgan, tenía un aspecto infeliz e incongruente dentro de su holgada blusa con escote cuadrado ligeramente pronunciado, su falda envolvente y su pañuelo espeso anudado a la cabeza a modo de turbante. Morgan observó cómo la gente se acercaba a saludar a Adekunle, como si fuera él el verdadero anfitrión de la fiesta. También reconoció a otros dos líderes políticos, que se mantenían lo más alejados posible el uno del otro: Femi Robinson, un marxista exaltado, más bien bajito, representante local del Partido del Pueblo de Kinyanya, y Jefe Mabegun, gobernador de la provincia centro oeste y presidente de la rama centro-occidental del Partido Unificado del Pueblo Kinyanyés, a la sazón en el poder. Las elecciones habían sido adelantadas precisamente ante el descontento popular reinante por la vidorra que se pegaban los miembros de ese partido mientras la generalidad del país pasaba verdaderas estrecheces económicas. Mabegun daba la impresión, pensó Morgan, de que se iba a presentar en la lista «corrupción y sobornos». Era un hombre muy gordo, cuya plácida obesidad parecía proclamar que el poder le había sentado muy bien y que, el que le votara, probablemente podría gozar de los mismos beneficios.

Pero tanto Robinson como Mabegun eran, no se le escapó a Morgan, poca cosa delante de Adekunle. Los principales dirigentes del PPK y del PUPK se hallaban en la capital; los representantes centro-occidentales eran personajillos de segunda fila, con muy poca, o nula, influencia fuera de su pequeña provincia. Adekunle pertenecía a otra categoría. Era un profesor respetado que había intervenido en la última reunión de la Organización para la Unidad Africana. Según la información que había recogido Morgan, Adekunle pasaba más tiempo en los aires para asistir a conferencias del tercer mundo o a comités especiales de las Naciones Unidas que impartiendo sus clases o administrando la Facultad, de la que era decano. También corrían rumores, según había podido saber Morgan, de que, con toda seguridad, sería elegido próximamente vicerrector de la Universidad.

Mientras miraba a la multitud, Morgan vio cómo Fanshawe y su mujer se acercaban a charlar con Adekunle, el cual les agasajó con una amplia y cordial sonrisa. Fanshawe, en respuesta a alguna observación por parte de Adekunle, empezó a reír de manera nerviosa y lanzó por encima del hombro una rápida mirada en dirección de las ventanas del primer piso. Morgan se ocultó rápidamente detrás de la pared, aunque estaba casi seguro de que no le podían ver. Típico de Fanshawe, bramó en su fuero interno: un hombre que revelaba tan irreflexivamente el escondite de sus colegas no valía claramente para misiones secretas. Bueno, ya era hora, decidió, de bajar y arreglar un poco todo aquello.

Cuando bajaba lentamente por las escaleras, notó que se le aceleraba el pulso y que se le había puesto un nudo en la garganta. Salió por la puerta trasera y se acercó a la multitud que cubría el césped.

Conforme iba sorteando los grupos de gente en dirección de Adekunle, notó que se le empapaban de sudor las manos y se le secaba la boca. Adekunle era un hombre imponente. Denotaba una clara tendencia a engordar, como ocurría con la generalidad de los kinyanyeses bien «situados» —era sin duda un elemento concomitante del poder y la estima—, y su persona desprendía un aura de confianza en sí tan inquebrantable como un campo magnético. Estaba hablando severamente, y en voz baja, a su mujer, la cual tenía un aspecto algo tristón bajo su turbante y estaba fumando un cigarrillo nerviosamente, con los ojos clavados en el césped pisoteado. Al acercarse Morgan, ambos levantaron la cabeza y esbozaron rápidamente una sonrisa, fruto de una larga práctica de insinceridad.

—Profesor Adekunle —dijo Morgan—, ¿qué tal está usted? Yo soy Morgan Leafy, el cónsul adjunto. Me parece que ya nos hemos visto antes.

No era cierto; simplemente habían coincidido en un mismo local. Era esta una manera de presentarse muy del gusto de Morgan, que sumía frecuentemente a la gente en la más completa confusión al no recordar cuándo se habían visto exactamente. Pero el truco no funcionó con Adekunle, el cual soltó una risita bajo su ancho bigote.

—¿De veras? Lo siento, pero no le recuerdo; en fin, de todos modos, encantado de conocerle —estrechó la mano de Morgan—. Le presento a mi mujer, Celia.

—Hola, qué tal... —dijo Celia Adekunle con un tono reservado.

Celia no quitaba los ojos de Morgan. Como ya le había ocurrido en anteriores situaciones parecidas, se sintió bastante desconcertado ante esta mirada tan directa. Le daba la impresión de que removían en él mares profundos de culpabilidad. Volvió la vista hacia Adekunle.

—Muy amable de su parte el habernos invitado —dijo Adekunle antes de que Morgan abriera la boca—. Observo que también han sido invitados mis distinguidos rivales —apuntilló con un tono de sarcasmo apenas velado.

Morgan sonrió.

—Todo sea en aras del equilibrio —dijo echándose a reír—. Y hablando de equilibrios...

—Para ver una película sobre la maravillosa Familia Real inglesa —prosiguió Adekunle, imperturbable—. Un detalle realmente edificante.

—Bueno —dijo Morgan en tono familiar—, aquí, entre nosotros, cualquier pretexto es bueno para una pequeña fiesta. Usted ya me entiende.

—Uhm, segundas intenciones, ya veo. Ustedes los diplomáticos son personas de mente retorcida.

Adekunle hizo una señal a un camarero que pasaba en ese momento con una bandeja de bebidas y se sirvió un zumo de naranja. Morgan se sintió afligido por la

nota de hostilidad y sarcasmo que se encerraba en las palabras de Adekunle. Decidió ir al grano.

—¿Que, qué tal marcha la campaña? —preguntó de la manera más inocente que pudo—. Espero que bien.

Adekunle, por su parte, fingió una gran sorpresa.

—¿Se refiere a mi campaña? Y, ¿por qué demonios iba a interesar mi campaña a los británicos? ¿Por qué no se lo pregunta a mis oponentes, *Mr. Leafy*? Estoy seguro de que ellos están en mejores condiciones que yo para juzgar sus efectos.

—Vamos, profesor, no me sea *naïf* —repuso Morgan con voz de entendido en la materia—. Todo el mundo sabe de sobra que el gobierno británico está especialmente interesado por el eventual resultado de las elecciones.

—¿Ha dicho «especialmente»?

Morgan miró a su alrededor y se percató nuevamente de la intensa mirada de Celia Adekunle.

—Pues sí, creo que podemos decir eso.

—Y, ¿hasta dónde llega ese interés?

—Un momento, profesor —cortó Morgan, consciente de que la conversación estaba tomando un giro distinto y más rápido, de lo que él había previsto—. Supongo que no es este el lugar apropiado para hablar de tales asuntos —añadió lanzándole una sonrisa forzada.

—No veo por qué no puede serlo —insistió Adekunle con obstinación—. Si han invitado a representantes de los tres partidos más importantes a una celebración de este tipo, es de esperar que el tema político salga a relucir. ¿No estás de acuerdo, Celia?

Morgan no supo en ese momento si Adekunle estaba hablando en broma o en serio.

—La política sale a relucir por todas partes —dijo Celia Adekunle secamente—. ¿Por qué iba a ser esta una excepción?

Morgan advirtió, alarmado, que Femi Robinson estaba dirigiendo sus pasos hacia ellos.

—El señor cónsul general me ha dado muestras también de estar bastante interesado por mi campaña —siguió insistiendo Adekunle.

—¡No me diga! —dijo Morgan esforzándose por mostrar la mayor indiferencia posible y diciéndose para sus adentros que Fanshawe era un viejo entrometido y gilipollas; probablemente había sido él quien había puesto a Adekunle de malas pulgas—. Acaba de volver de vacaciones —añadió a modo de explicación—. Seguro que está intentando ponerse al corriente.

—¿Y cómo no le ha puesto usted mismo al corriente? —preguntó Adekunle.

Morgan notó que la pajarita le estaba apretando demasiado. La entrevista no discurría del modo previsto. Adekunle se estaba mostrando sumamente agresivo.

—Creo que deberíamos cambiar de conversación —dijo mirando a Celia en busca

de apoyo y afectando una amplia sonrisa.

—Me parece que va a empezar la película —dijo ella.

Morgan se volvió y descubrió con estupefacción que Fanshawe estaba dando palmas y acomodando a la gente en las distintas filas de asientos. Qué viejo más idiota, juró para su interior. Pero ¿no habían quedado en que él le haría una señal? ¿No veía que estaba hablando todavía con Adekunle?

Entre tanto, Adekunle había colocado su naranjada, intacta, sobre la barra más próxima.

—¡Por fin! —exclamó frotándose las manos—. Aquí viene la guinda que faltaba al pastel, como suele decirse. Encantado de haberle conocido, *Mr. Leafy*.

Y, sin más, se dirigió hacia su asiento en compañía de su mujer. Morgan estaba a punto de decirle algo cuando sintió que alguien le tiraba de la manga; se volvió y vio a Femi Robinson, el marxista, cuya cara, sembrada de pelillos pubianos en guisa de barba, le llegaba a la altura de los hombros.

—¿*Mr. Leafy*? —dijo—. ¿Puedo hablar un momento con usted?

—¿Qué? —Morgan se preguntó cómo se había enterado ese tipo de su nombre. Miró hacia atrás y vio que Adekunle iba a sentarse.

—¡No! —le soltó con más violencia de lo que había sido su intención, al tiempo que se deshacía de él para ir a unirse de nuevo con Adekunle.

—¡Profesor! —gritó a la desesperada.

—¡Ah, *Mr. Leafy*, usted todavía! Veo que no quiere dejarme respirar.

—Creo que... sería una buena idea charlar un rato —dijo Morgan en voz baja.

—¿Ah, sí? —replicó Adekunle con tono escéptico. Y, volviéndose hacia su mujer, dijo:

—Aquí estaremos bien, Celia.

Acomodada su mujer, volvió a dirigirse a Morgan:

—¿Ha dicho charlar un rato, *Mr. Leafy*? ¿Y de qué podríamos charlar usted y yo?

Adekunle se sentó al lado de su mujer. Su asiento se hallaba en el extremo de una fila, junto al pasillo central. Morgan se dio cuenta de que casi toda la gente se hallaba ya sentada. Se inclinó hacia adelante, entrando de nuevo en el implacable ángulo de visión de Celia.

—Pues... —dijo—, podríamos charlar sobre... intereses, equilibrios...; en fin, ese tipo de cosas.

Adekunle sonrió. Sus pómulos salientes levantaron sus patillas en forma de chuleta de cordero.

—No, *Mr. Leafy* —dijo finalmente—, no me parecen temas lo suficientemente atrayentes. Por cierto, no sé si se ha dado cuenta de que está usted tapando la pantalla.

Morgan se volvió. Jones, que se encargaba de la proyección, le hizo impacientemente señas para que se apartara. Fanshawe lo llamó y le indicó con el dedo un asiento vacío en primera fila, entre *Mrs. Fanshawe* y Jefe Mabegun. Priscilla estaba tres asientos más allá, con los hijos de Jones. Oyó de repente un fuerte

zumbido, y una luz intensa se estrelló contra su perfil, proyectando sobre la pantalla la silueta de su cabeza redonda y de su pelo escaso. Se oyeron unos pitidos alegres y varios gritos instándole a que se sentara. Morgan se agachó y, en esta postura, avanzó por el pasillo en dirección del proyector. No estaba dispuesto, por nada en el mundo, a pasar una hora y diez minutos sentado al lado de *Mrs. Fanshawe*. Se sentía furioso y frustrado por la manera tan insatisfactoria como había transcurrido su conversación con Adekunle; y su humor no mejoró precisamente con el reproche que le lanzó Jones, al pasar junto a él:

—Vamos, Morgan, deja ya de ir de un lado a otro como un tonto.

Cierra el hocico, galés de mierda, le insultó Morgan en tono imperceptible sin dignarse a mirarlo. Permaneció un momento de pie detrás de la última fila de sillas, viendo cómo se sucedía en la pantalla la ficha técnica sobre un imponente escudo real de fondo. Vaya desastre la conversación con Adekunle, pensó. Y qué hijo de puta, también; con qué cinismo se ha reído de mí... Morgan sintió vergüenza ante su propia ineptitud e incapacidad para concertar otra entrevista con él. En ese momento no habría sabido decir si había pecado de excesiva sutileza o más bien de lo contrario. Sacudió la cabeza, presa de desesperación. Vaya manera de tratar en secreto un asunto, pensó con acritud. Todo el mundo ha debido verme correr detrás de Adekunle, como un comerciante importuno empeñado en vender a toda costa su producto. Apretó los dientes de vergüenza y zozobra.

Poco a poco fue distinguiendo en la oscuridad las formas que se hallaban en derredor suyo. Los numerosos criados del Consulado contemplaban la película completamente embobados, con el rostro fantasmagóricamente iluminado por los reflejos del proyector. Morgan se volvió hacia la pantalla. La Familia Real estaba disfrutando de un pícnic, en medio de un decorado escocés estereotipado. Sus miembros iban vestidos con *kilts*, *tweeds* o gordos jerseys de lana. En segundo plano se divisaba un pequeño lago y, más lejos, colinas verde claro y varios pinares de rojos. El cielo estaba casi totalmente nublado, con pequeños claros de un azul intenso entre las nubes, azotadas por un fuerte viento que hinchaba las faldas y despeinaba los regios cabellos de sus Altezas. Los jóvenes príncipes correteaban infantilmente confiados, pero los mayores se mostraban terriblemente conscientes de la presencia de los *cameramen* y hablaban en voz baja de temas insípidos. De cuando en cuando condimentaban su conversación con algún comentario vagamente humorístico — ¡Tres salchichas! ¡Vaya hambrón que estás hecho!—, provocando infaliblemente en el auditorio una explosión de risa.

Morgan dejó vagar la mirada. En el cielo brillaban las estrellas; los grillos cantaban a coro; el aire era caliente y pegajoso, y los vestidos de gala de los invitados parecían pesados e incómodos. Miles de insectos alados se agitaban en torno al rayo luminoso del proyector, plasmando sus minúsculas sombras sobre el paisaje escocés. De vez en cuando un murciélago se lanzaba en picado sobre este festival, de insectos, sólida masa que ensombrecía a los reales excursionistas. La escena en general era tan

incongruente, extraña y surrealista —unos africanos tropicales mirando boquiabiertos a la Familia Real inglesa en un remoto paisaje nórdico—, que Morgan se preguntó si no encerraba algún mensaje especial para él; pero no logró ver más allá de la susodicha incongruencia. Además, halló estas yuxtaposiciones personalmente molestas: llegó casi a sentir en su piel el frescor del aire escocés, su brisa pura y vivificante; y esta visión de la Inglaterra ideal lo dejó bastante deprimido, al recordarle dolorosamente el lugar donde él se encontraba en ese momento.

Cuando cambió la escena al castillo de Windsor, Morgan dio media vuelta y se alejó, al recordar que Feltham, su patria chica, se hallaba justo al lado. Abrumado por un sentimiento de frustración y fracaso, se dirigió con pies de plomo hacia el edificio de la Legación. Al pasar por el bar se sirvió un *whisky* doble antes de proseguir su camino. Subió al primer piso. En el entresuelo había un pequeño cuarto de baño equipado con bañera, lavabo y W. C., pues allí, junto a los despachos más importantes, se habían acondicionado unas habitaciones para los huéspedes de calidad. Tras orinar, Morgan se sentó, moroso, sobre el borde de la bañera. Cerró con fuerza el grifo de una vieja ducha de teléfono, pegada a la pared, que estaba goteando. Con la mente en otra parte, corrió la cortina de plástico de la ducha, decorada con angelotes, burbujas y algas. Una cortina con los mismos motivos colgaba de la ventana del cuarto de baño. Morgan la descorrió y miró hacia abajo, en dirección del césped. La pantalla de cine refulgía como un brillante en esta noche espléndida. La muchedumbre fascinada de criados había aumentado con otros familiares llegados silenciosamente de los habitáculos vecinos. Morgan divisó la imagen roja y negra de un desfile y oyó el lejano acompañamiento metálico de la música militar. Apuró el vaso y lo dejó a un lado. Sin saber por qué, la contemplación de esta escena le dio ganas de llorar.

Se lavó la cara con las manos y se ajustó la corbata. Se detuvo un momento en el rellano, preguntándose qué iba a contar después a Fanshawe, y siguió bajando despacio.

Al llegar al primer escalón oyó la voz de una mujer: «¡Ah!, ¡hola!».

Morgan, que había estado convencido de hallarse completamente solo, se sobresaltó al oír este saludo. Miró a su alrededor y vio a *Mrs. Adekunle*, de pie, en la sombra del amplio *hall* de entrada; se había quitado el turbante de la cabeza y lo tenía colgando de la mano.

—¡Hola! —contestó él—. Qué, tampoco aguanta la película, ¿verdad?

—Me produce nostalgia —dijo saliendo a la luz.

Morgan reparó ahora en su pelo tirando a rubio, poco espeso y algo lacio, así como en su bronceado bastante intenso.

—Se me estaba deshaciendo —dijo mostrándole el turbante—. Y, además, necesitaba ir al váter —Celia abrió su bolso de mano, visiblemente costoso, y sacó un paquete de cigarrillos.

—¿Un pitillo? —ofreció a Morgan.

—No, gracias, me he quitado del tabaco —dijo.

—Mmm —exclamó Celia en tono admirativo mientras encendía su cigarrillo—. ¿Dónde está?

—¿Cómo dice?

—El váter.

—¡Ah! El oficial está allí, al fondo del pasillo. Pero ¿por qué no sube al no oficial? Parece algo más aseado; está en el entresuelo, segunda puerta a la izquierda.

—¡Oh, qué honor! Muchas gracias —y se dirigió hacia las escaleras.

—Es mejor que le advierta —dijo Morgan—. No sé por qué razón, pero solo se cierra por fuera; así que, si no quiere ser molestada, le aconsejo que carraspee fuerte o canturree alguna tonadilla cada cinco segundos.

—Gracias —dijo ella riendo—. Pero me parece que todo el mundo está completamente embobado ahí fuera.

—Todavía veinte minutos —dijo Morgan mirando su reloj—. Creo que voy a renunciar al resto de la película.

—No me parece esa una postura muy patriótica.

—Ni tampoco la suya, ya que se pone a censurar.

—¡Ah! Pero yo ya no soy británica —repuso sonriendo con aire algo sombrío—. Ahora soy kinyanyesa.

—¡Oh! Entonces perdone —dijo Morgan—. Yo soy la única persona criticable en este asunto.

—¿Cuál es exactamente su trabajo aquí, en el Consulado? —preguntó ella. Morgan creyó descubrir en su voz un acento de verdadero interés. Por eso decidió explicárselo:

—En un puesto como este el trabajo no puede ser más que mera rutina. Se trata simplemente de estar presentes por si surge algún problema importante. Yo, en concreto, me ocupo sobre todo del asunto de la inmigración: examinar las solicitudes de visados, tramitarlos, llevar al día los expedientes, etcétera. Es increíble la cantidad de gente que desea ir al Reino Unido, incluso desde un lugar tan apartado como Nkongsamba. No se puede imaginar la cantidad de papeles y documentos que pasan por nuestras manos. Una vida más bien aburrida, amenizada solamente por actos como este —las últimas palabras las pronunció señalando la zona del césped, pero ella pasó por alto la ironía.

—Ya veo —asintió ella—. Así que es usted el que decide quién va y quién no.

—Pues..., prácticamente, eso es.

—Muy bien —dijo ella con voz entonada—. Voy a ver qué tal se me da el cante. ¿Ha dicho la segunda puerta a la izquierda? —preguntó mientras subía las escaleras.

—Exactamente —gritó Morgan—. Si quiere, me quedaré aquí abajo montando guardia.

—¡Oh, qué privilegio! —contestó ella riendo.

Morgan la oyó avanzar por el entresuelo y abrir y cerrar la puerta. Parece una

persona simpática, observó para sus adentros, al tiempo que se preguntaba qué se sentiría al estar casada con un personaje como Adekunle. Se puso a pasear por el *hall*, intentando no imaginársela haciendo pipí, pero, para su propio desconsuelo, descubrió que no podía impedirlo. Se alegró al oír el ruido de la cadena.

Inmediatamente después, Celia bajó las escaleras mientras se ajustaba un pliegue de su turbante recompuesto.

—Le sienta muy bien —dijo Morgan—. La vestimenta —en realidad Morgan la encontraba ridícula, vestida a la africana.

—Muy amable de su parte —dijo ella, secamente, haciéndole ver con su tono que no lo creía en absoluto—. Desde que Sam empezó a interesarse seriamente por la política, ha venido insistiendo en que me vista a la africana para este tipo de actos oficiales. Pero, personalmente, creo que para ello se necesita tener la piel negra. La verdad es que me siento como un puerro con camión, y lo que es peor, como una impostora.

—Pues yo sigo creyendo que le sienta bien —insistió Morgan con el mismo tono poco convincente.

—No sabe cuánto aprecio su cortesía —repuso ella con una modulación de voz parecida a la de su marido. En ese momento se oyeron unos aplausos fuertes y prolongados provenientes del jardín.

—Me huele que se ha perdido usted el final —dijo Morgan.

—Sí. Creo que voy a volver con Sam —parecía haber perdido algo de su aplomo—. Mire —dijo de repente—. ¿Desea realmente hablar con él?

Morgan no supo qué responder en ese momento.

—Pues... Bueno, en realidad... Sí, desde luego que sí. Pero, ya sabe, de manera oficiosa —esbozó una sonrisa tímida—. No le he encontrado muy entusiasmado.

—No se hallaba en su propio terreno. Ya sabe, en estos casos siempre resulta más difícil. Por eso creo que debería usted venir a su fiesta de cumpleaños.

—¿Su cumpleaños?

—Exactamente. La semana que viene. El viernes por la noche en el Hotel de Executive —Celia pronunció este nombre muy despacio, consciente de su pretenciosidad—. ¿Lo conoce?

Morgan asintió con la cabeza.

—Pilla de paso según se va a la ciudad desde aquí.

—Bien —dijo ella—. Le mandaré una tarjeta. Será usted un invitado mío.

—¿Está usted segura de que no le importará? —preguntó Morgan—. Quiero decir, ¿no voy a dar un poco la impresión de un intruso, o algo semejante? ¿Conviene que lleve un regalo?

Celia soltó una sonora carcajada.

—No, no —dijo—. Van a asistir unas trescientas personas. No se preocupe. Además, pienso decirle que le he invitado. Bueno, ahora tengo que irme.

Morgan sintió a la vez un gran alivio y un profundo agradecimiento.

—Es un gesto increíblemente amable de su parte, *Mrs. Adekunle*. Le estoy muy agradecido. De veras.

—No tiene importancia —dijo ella— Hasta el viernes que viene.

tipo nada fácil —dijo con tono enfadado—. Sorprendentemente..., ¿cómo diría?, sofisticado. Una persona muy segura de sí —hizo una pausa—. En fin, ¿qué ha pasado?

Morgan se miró las uñas de las manos.

—Bueno, pues... no demasiado mal —dijo con falsa modestia, tratando de sacar el máximo partido de su golpe de suerte—. Me ha invitado a una fiesta que va a dar el viernes próximo. En realidad, se trata de su fiesta de cumpleaños.

El rostro de Fanshawe se iluminó, agradablemente sorprendido.

—Pero eso es realmente estupendo, Morgan. ¡Qué gran progreso! ¿Dónde será la fiesta?

—Hotel de Executive, en la ciudad.

—Fabuloso. En la mismísima boca del lobo, como se suele decir. ¿Qué tal ha reaccionado a sus sondeos?

—Es un tipo desconfiado —dijo Morgan evasivamente—. Me he limitado precisamente a eso, a sondearlo. En fin, de todos modos se le puede abordar.

—Muy bien, la cosa marcha —dijo Fanshawe—. Ha hecho un buen trabajo, Morgan. Ha valido la pena organizar todo este tinglado —miró a su alrededor—. ¿Conoce a los Wagner? —preguntó refiriéndose a la pareja que Morgan no conocía—. El trabaja en el Consulado americano en la capital. Vamos, que se los voy a presentar. Luego iremos todos a mi casa a beber algo.

—¡Ay!, si no les importa me van a excusar. Ha sido una jornada tan ajetreada —dijo Morgan.

—Bueno, haga como guste —se unieron al grupo congregado alrededor de la puerta de entrada, y Morgan fue presentado a los Wagner —la «w» se pronunció como «u»—. Estaba clarísimo que la película había encantado a Errol y Nancy Wagner. *Mrs.* Fanshawe se volvió hacia Morgan, en el momento preciso en que este se disponía a hablar con Priscilla, y le lanzó una sonrisa, esbozada solamente con los labios; su mirada, inquisidora, expresaba desconfianza.

—Qué, Morgan, ¿viene con nosotros a beber algo? —le preguntó sin ninguna convicción.

—No, siento mucho no poder...

—Que lástima... En fin, otra vez será —se volvió hacia los demás—. Venga, vamos todo el mundo. ¿Vamos, Geraldine? ¿Están bien los niños?

El grupo se alejó, dejando solos a Morgan y a Priscilla. Esta tenía ya un principio de bronceado, realzado por su vestido recto sin mangas, blanco y verde, y por sus zapatos blancos. Morgan empezó a disculparse, suponiendo que estaría un poco resentida por la poca atención que le había prestado durante toda la velada.

—Lo siento de verdad, Priscilla —dijo él—. Se trataba en el fondo de hacer la corte de manera oficiosa a un dignatario local.

—Vaya, pues ha resultado muy poco divertido para mí.

Miró rápidamente al resto del grupo, ya prácticamente invisible en la oscuridad, y

dio a Priscilla un beso fraternal en la mejilla.

—No irás a creerte que yo me he divertido esta noche —dijo Morgan con tono de reproche—. Habría preferido estar contigo.

Morgan encontraba a Priscilla bastante deseable esa noche. ¡Ah, si consiguiera deshacerse de esa expresión de niña a la vez mimada y frustrada!, pensó.

—Pero ¿por qué no vienes ahora con todos? Por favor, Morgie, sabes que no hemos estado juntos ni un minuto en todo el día...

Morgan sintió contraerse todos los músculos y tendones de su cuerpo bajo el efecto del repelente diminutivo con que lo asaeteaba últimamente. ¿Acaso tenía él aspecto de un «Morgie»? se preguntó asqueado. ¿De dónde diablos había sacado ese nombrecito? Nunca, que él supiera, le habían llamado de esa manera, nunca. Tras un gran esfuerzo, logró controlarse y procuró encontrar una disculpa razonable. Reflexionó un momento.

—Escucha una cosa. ¿Qué te parece si vamos a pescar la semana que viene? Todo el día. Nos llevaremos la comida y los accesorios —dijo precipitadamente, agradeciendo en silencio a la Familia Real que le hubiera dado la idea.

—¿Ir a pescar?

—Sí. Se pasa estupendamente. Yo lo he hecho un par de veces. En un sitio a unos cien kilómetros de aquí, llamado Olokomeji.

—Pues... por qué no —permaneció un momento pensativa—. Parece una buena idea.

—Estupendo —exclamó Morgan, visiblemente aliviado—. No te preocupes, yo me encargaré de los preparativos —le puso las manos sobre los hombros—. Hasta mañana, probablemente. De verdad que estoy hecho polvo. Perdóname —volvió a disculparse.

Le dio un beso en la boca; pero no insistió mucho, consciente de que no iba a conseguir una respuesta apasionada por parte de su amiga. No se le hurtaba el hecho de que, según las reglas del juego que estaban jugando, su conducta de esta noche había sido muy poco satisfactoria —aun cuando la perspectiva de un día de pesca la había ablandado ligeramente—, y que debía, en consecuencia, encarar el castigo como un hombre.

Capítulo 6

La carretera de Olokomeji, a través de una espesa jungla tropical, era tranquila. Habían salido temprano, hacia las siete, ya que el río se encontraba a unas dos horas y media de coche desde Nkongsamba. De vez en cuando pasaban por delante del puñado de chozas de adobe y de tenderetes situados en el borde de la carretera que marcaban la existencia de una aldea. Las miradas de fascinación que provocaban a su paso eran buena prueba de la curiosidad que despertaban todavía los blancos en cuanto abandonaban las carreteras y las poblaciones principales. Morgan había ordenado a Moses que preparara un pícnic a base de pollo frío y bocadillos. Él había llenado también de cervezas una nevera portátil. Al pasar por uno de los poblados más importantes se detuvieron a comprar fruta: una piña, naranjas y plátanos. Priscilla dijo que le encantaba el marco primitivo que les rodeaba; pero su falta de entusiasmo parecía contradecirla mientras miraba sin reaccionar a los niños desnudos, a las jóvenes que machacaban la mandioca en escudillas de madera y a las madres adultas, de pechos flácidos, que trabajaban hábilmente la caña de azúcar. Priscilla

llevaba un vestido con lunares rojos, cerrado por delante, con grandes botones también rojos. Cuando se quitaba las gafas de sol se le veían las ojeras.

Al acercarse al gran puente sobre el río, que servía de punto de orientación para el lugar de la pesca, Morgan redobló la atención para que no se le pasara la desviación que les conduciría hasta el fondo de la garganta. Sin embargo, no la vio hasta el último momento, por lo que tuvo que echar marcha atrás. Era un camino de arcilla rojiza que iba bajando por una suave pendiente en medio de árboles frondosos hasta acabar en un claro pequeño. Morgan paró el motor y salió del coche. Se hallaban rodeados de árboles altísimos, de tronco claro, con copas que ocultaban el cielo; los pájaros y los insectos producían un bullicio sorprendente. Por un sendero bien trazado se llegaba hasta el lugar de la pesca.

—¡Aaaah, uaaaah-uaaaaah-uaaaaah! —se puso a gritar Morgan dándose golpes en el pecho y añadiendo luego con voz ronca:

—¡Soy yo, Jane! —soltó el grito tarzanero en dirección de cada uno de los cuatro puntos cardinales.

No tenía demasiada gracia, pero, como había previsto, la chiquillada hizo reír a Priscilla.

—Qué bobo eres —dijo.

Eso ya estaba mejor, pensó él; necesitaba animarse un poco —hacía probablemente muchos años que no la habían obligado a levantarse tan pronto.

Sacaron del coche la comida y el material de pesca y se dirigieron hacia el río. A la derecha, a unos doscientos metros río arriba y prácticamente ocultos por un recodo del río, se hallaban los arcos elevados del puente. El río tenía unos cincuenta metros de ancho y un color café con leche. A unos diez o quince metros del lugar donde se hallaban, afloraban varias rocas, tras las cuales se ocultaban, en un lugar profundo, las percas del Níger. En la margen opuesta se elevaba una especie de acantilado bastante escarpado, cuyas cavernas albergaban a una colonia de babuinos. Reinaba una gran calma. El cielo estaba completamente raso, y el agua daba la impresión de no moverse apenas.

—¿Qué te parece el espectáculo, eh? —comentó Morgan con orgullo, como si todo aquello fuera propiedad suya—. Parece que estamos *En el corazón de las tinieblas*, ¿verdad?

—¿Cómo dices?

—Que parece como si estuviésemos en *El corazón...* No, nada, no tiene importancia.

—¿Estás seguro de que puede uno bañarse en este sitio? —preguntó Priscilla—. Parece agua estancada.

—Pues claro que se puede —respondió Morgan, agarrándole por los hombros y dándole un beso en la cara—. Venga, ayúdame a extender la toalla.

Entre los dos, extendieron la toalla de baño sobre la franja estrecha de arena grisácea de la orilla. Morgan abrió una botella de cerveza, se la llevó a la boca y

bebió un trago largo.

—Muy bien —exclamó—. Y ahora, los bañadores.

Recalcó estas últimas palabras como si resumieran lo que iban a hacer el resto del día e indicaran al mismo tiempo lo mucho que había progresado su intimidad con Priscilla. En el transcurso de su anterior estancia en este mismo lugar —con la bigotuda y rubenesca esposa de un representante de la Fiat—, el carácter primitivo y salvaje del decorado les había incitado a permanecer en carnestolendas durante todo el tiempo, y ambos habían chapoteado, pescado y follado como dos supervivientes gordos de un holocausto nuclear. Pero, a pesar de su espontáneo y noble salvajismo, él había tenido la sensación de que sus cuerpos mantecosos, sus epidermis irritables, sus tónicas schweppes y sus vasos de plástico los convertían en un palpitante y escandaloso anacronismo en medio de este paisaje agreste. Él no esperaba una tal transformación por parte de Priscilla, si bien supuso que, por lo menos, se saltaría a la torera las normas de la tradicional decencia a la hora de cambiarse de ropa. Sin embargo, Morgan se llevó un buen chasco cuando Priscilla se desabotonó el vestido y le reveló el traje de baño que llevaba puesto debajo: un conjunto azul marino que le llegaba hasta el cuello, y, transparentándose bajo el nylon alrededor del busto, una complicada armadura de ballenas de plástico. Un bañador tipo campeona de natación de colegio de señoritas.

Un poco desconcertado, y sin el fervor naturista de unos segundos antes, se envolvió la cintura con una toalla y, con cierta dificultad, se quitó los calzoncillos y se puso el bañador: un modelo boxeador de diseño psicodélico importado de Estados Unidos y comprado en los grandes almacenes Kingsway de Kinyanya. Tapaba por completo sus recios muslos, toda vez que, así esperaba, sus colores explosivos desviarían la atención de su protuberante barriga.

—¡Cielo santo! —fue la reacción de Priscilla cuando él, con gesto teatral, se quitó la toalla. Ella no parecía tener mucha gana de divertirse; así que él se dedicó a montar primero y luego a guarnecer las cañas de pescar con gusanos gordísimos, cogidos por Friday en el estercolero del jardín esa misma mañana. Sus dedos quedaron cubiertos por una magma púrpura y un coágulo de materia purulenta al anudar y enganchar los gusanos a los anchos anzuelos. Al ver esto, Priscilla volvió la cabeza; le producía náuseas, dijo. Realmente está hoy en baja forma, decidió Morgan. Juntos se dirigieron chapoteando hasta la barrera rocosa. El agua estaba casi a la temperatura de baño; pero el río vomitaba fango de su fondo. Priscilla extendió la toalla sobre un pedazo de roca plana, mientras Morgan volvió a por otra cerveza. Luego lanzó la caña de Priscilla al agua y la aseguró con dos piedras junto a la cabeza de ella.

—¿Sabía usted que ha venido aquí a pescar? —le reprochó en tono burlón—. En el club se puede tomar el sol todo el tiempo que se quiera.

—¡Anda, no seas pelma, por favor! —dijo ella desde su postura yacente, los ojos cerrados y los brazos pegados al cuerpo con las palmas de las manos hacia abajo—. Así se está divinamente.

Morgan ensayó unos cuantos pasos de danza furiosa desde su roca adyacente y le puso los cuernos con los dedos al mismo tiempo que formulaba imprecaciones silenciosas: se estaba portando muy mal con él. En fin, todavía queda mucho tiempo por delante, recapacitó. Estaban solamente a mitad de la mañana. Olokomeji siempre le producía un efecto relajante. El sol pegaba fuerte; un coche pasó embalado por el puente; el flotador de su caña de pescar divagaba perezosamente por la superficie del agua. Se propinó un largo trago de cerveza; sintió deslizarse garganta abajo el refrescante y amargo líquido y, al mismo tiempo que el alcohol, se infiltró en sus venas una gran sensación de bienestar.

Dos horas después, el río y las orillas aparecían envueltos a los ojos de Morgan por una agradable neblina etílica. Se había tocado con un viejo sombrero de broza y se había echado por los hombros una camisa para protegerlos contra el calor, que se había intensificado a medida que el sol avanzaba hacia su cénit. Morgan había lanzado la caña al agua varias veces; no obstante, todavía seguía pegado al anzuelo el primer cebo. Estaba a punto de sugerir la idea de comer y echar luego una siesta cuando, de repente, exclamó Priscilla sin levantar la mirada:

—¿Qué es ese ratatá, Morgan? ¿Eres tú?

Morgan se inclinó y vio que la caña de Priscilla saltaba y temblaba con movimientos espasmódicos; la fibra de cristal se retorció como si hubiera recibido vida de repente. Morgan se precipitó.

—¡Ahivalahostia! ¡Has cogido un pez! —gritó, sujetando bien la caña, que se encabritó y resistió mientras él sudaba la tinta gorda para subir el sedal. Priscilla, a su lado, miraba fascinada.

—Carajo, es... un pececito... de cuidado —gruñó presa de pasmo. Morgan nunca había pescado un pez en Olokomeji.

La pieza fue arrastrada en seguida hacia la superficie alrededor de las rocas. Morgan dejó precipitadamente la caña en manos de Priscilla y se echó al agua. Con el sedal enrollado en la mano consiguió sacar del agua al pez aleteante: una perca del Níger que debía sobrepasar los tres kilos; una masa gris sólida y espesa con una cabeza cuadrada. Morgan la elevó hasta la superficie plana de la roca, donde se puso a brincar y a coletear frenéticamente. Su único ojo visible les lanzaba una mirada hostil.

—¿No deberías matarlo? —sugirió Priscilla—. No puedes dejarlo tostarse y morir de esta manera.

Morgan convino con ella. El problema era que nunca había pescado en su vida un pez tan grande —70 cm de largo y muy pesado—, ni había tenido que ingeniarse la manera de abreviar el martirio. Por un momento se preguntó si los pescadores hábiles se servían en estos casos de pistolas o de dispositivos eléctricos.

Aplicó la palma de una mano al objeto escurridizo y, con la otra, le arrancó el anzuelo de la boca. Este nuevo sufrimiento hizo que el pez renovara sus esfuerzos y empezara a debatirse en todos los sentidos sobre la roca.

—¡No dejes que se caiga al agua! —chilló Priscilla.

Morgan agarró la perca con ambas manos; pero la corpulencia del animal era tal que los dedos no pudieron encontrarse. Era como sujetar un pedazo de carne arrancado de un muslo, todavía palpitante de vida. Los peces que había pescado en otras ocasiones no le habían presentado problemas: la cabeza cogida entre el índice y el pulgar, y ¡zas!, contra la piedra más próxima. Decidió, pues, intentar una variación de este método, y, sujetando bien su exhausta presa, se arrodilló junto a un saliente de la roca.

—¡Deprisa! —gritó Priscilla—. Acaba de una vez con la agonía de este pobre animal.

Se dice muy pronto; por qué no lo haces tú, niña imbécil, maldijo Morgan para sus adentros mientras se concentraba en aplastar la cabeza contra la roca. En su espasmo supremo, el pez se retorció, se escapó de las manos de Morgan describiendo un salto mortal y fue a parar a un banco de arena que había entre dos formaciones rocosas.

Profiriendo maldiciones, Morgan se lanzó a su vez en persecución del pez agonizante y lo agarró por última vez.

—Muy bien, hijo de puta, chúpate esta —se ensañó con los dientes apretados mientras estrujaba contra la pared de la roca la parte superior de su presa. Una, dos, tres veces. Trozos de carne, salpicados de sangre, cubrieron sus antebrazos, y poco después el animal quedó reducido a una cosa inerte y blanda.

—No lo has estropeado, ¿verdad? —preguntó Priscilla con voz temblorosa.

Morgan alzó la mirada: estaba de pie, en el borde de la roca, por encima de él. Volvió el pez del otro lado: de su cabeza hecha pulpa colgaba un ojo de muñeca; sus escamas plateadas centelleaban en la roca.

—No —dijo él—. Qué va.

Se incorporó, las piernas manchadas de arena húmeda y los dedos cubiertos de la sangre del animal, que le bajaba por los brazos en forma de finos hilachos. De un salto —lo más ágilmente que pudo—, se colocó de nuevo sobre la superficie plana de la roca.

—¡Aquí tienes tu pescado! —dijo con voz ronca y con el pecho palpitando por el esfuerzo realizado.

Morgan y Priscilla almorzaron en medio de un silencio embarazoso. Ella parecía embobada mientras él devoraba, con apetito pantagruélico, un muslo de pollo. Carajo, se dijo, ni el mismísimo D. H. Lawrence podía haber preparado mejor el decorado: la violencia, la sangre, la agresión masculina, la admiración femenina —hasta el mismo aire cargado de pura animalidad—. Así que, razonó, por poco acertado que estuviera D. H. L., Priscilla debería caer como fruta madura.

Ella se tendió sobre su toalla.

—¡Aaaay! —gritó casi inmediatamente.

Se incorporó y torció el cuello para mirar debajo. Morgan vio una enorme hormiga negra titubear, atontada, a través de la toalla.

—Ahí está la responsable —dijo, y se quedó mirando cómo Priscilla aplastaba al insecto con el tacón de su zapato. Mejor, pensó él; así ya hemos cometido un crimen los dos.

—Jolines, qué picotazo me ha pegado —se quejó enseñándole la espalda. Morgan vio el picotazo, una mancha roja del tamaño de una moneda, en la parte alta del lado izquierdo de la columna vertebral. Posó los labios sobre la hinchazón y permaneció un rato chupando tiernamente.

—Así está mejor —dijo cogiéndola en brazos. Se besaron y la volvió a colocar sobre la toalla. Se apoyó sobre el codo para contemplarla. Amorosamente, le apartó el pelo con la mano y la besó nuevamente, con claro alarde de abandono apasionado.

Este juego duró todavía dos minutos, y luego Morgan volvió a su anterior postura contemplativa. Por último, se decidió a bajarle el tirante derecho del bañador.

—Sabes que me estoy apegando a ti peligrosamente... —dijo él con tono parecido al que se emplea cuando se regaña a un niño.

Priscilla estaba tumbada boca arriba, con la boca ligeramente entreabierta. Sin duda había bebido demasiada cerveza, razonó Morgan; de ahí su pasividad. Ella le pasó los dedos por el cabello; él habría preferido que no lo hubiera hecho.

—¿Por qué «peligrosamente»? —preguntó ella, comprometedora.

Morgan bajó por completo el otro tirante y se inclinó para besarle el omoplato.

—Porque —dijo mirándola seriamente y armándose de valor— me parece que me estoy enamorando de ti.

—Oh, Morgie —suspiró ella echándole los brazos alrededor del cuello para que pudiera besarla mejor. Él aprovechó para agarrar la parte trasera del bañador y tirar hacia abajo. Sintió el roce de uno de sus fríos senos contra su pecho. La volvió a recostar sobre la toalla. Un pezón rosa pálido se desgajó del nylon azul marino. Le liberó el otro seno con cuidado y le sacó los brazos por debajo de los tirantes como si estuviera desnudando a un niño. Sus pechos cónicos eran increíblemente firmes, jóvenes; parecían desafiar las leyes de la gravedad. Morgan los besó con reverencia; estaban fríos y salpicados de granitos de arena. Priscilla permanecía inmóvil, con una expresión de incertidumbre en el rostro y con los hombros encogidos como preguntándose por qué se hallaba en realidad en aquella posición.

Morgan se arrodilló junto a ella.

—Eres guapísima —dijo con el tono de asombro apropiado.

Se desanudó los cordones del bañador, se puso de pie e introdujo ambos pulgares en la cintura.

—Guapísima —repitió, y empezó a bajarse la prenda, reparando al mismo tiempo en que Priscilla no se había movido. Iba por la mitad del trasero cuando, de repente, la oyó exclamar:

—Morgan, por el amor de Dios, ¿qué estás haciendo?

Se subió rápidamente el traje de baño y se acurrucó de nuevo junto a ella. La besó en la cara y el cuello. Qué tonto soy, pensó; me he equivocado de secuencia.

—Perdóname, mi amor —dijo deslizando la mano dentro del bañador de ella, que estaba ahora hecho un lío alrededor de su cintura. Priscilla dobló rápidamente las piernas a modo de protección.

—No, Morgan, no, por favor.

—Pero ¿por qué no, querida? Yo te quiero, ya te lo he dicho —protestó intentando no parecer demasiado llorón. Priscilla se sentó sobre la toalla y se ajustó la parte delantera del bañador. Morgan la miraba sin salir de su asombro. Ella lo miró a su vez con una sonrisa teñida de tristeza y apoyó la frente en la de él. Le besó la nariz.

—Ya sé que me quieres, Morgie —dijo con un tono de seguridad que a él no le gustó nada—. Pero no puedo; hoy no puedo. Cómo no te lo has oído, so tonto. Tengo la regla.

Emprendieron camino de regreso a Nkongsamba a primeras horas de la tarde, bastante antes de lo planeado. Ella le pidió que se parara en el borde de la carretera antes de llegar al Consulado. Le cogió la mano derecha de Morgan y la guardó entre las suyas.

—Ha sido un día precioso —dijo—. Te has portado tan delicadamente conmigo... Discúlpame...

—No, soy yo quien tiene que pedir disculpas —dijo, convencido de sus palabras—. Qué imbécil soy. Es increíble.

Dejaron ahí el tema y permanecieron callados durante un rato. Morgan tenía ligeras ganas de devolver; como si se hubiera hartado a merengue o a chocolate.

—¿Mor? —dijo ella con voz suave.

¿Me ha llamado «amor»? se preguntó, hasta que se dio cuenta, con un redoblado ataque de náuseas, de que era una nueva, y más abreviada, manera de llamarlo.

—¿Sí?

—¿Lo has dicho realmente en serio?

—¿Qué cosa?

—Con relación a... los sentimientos que te inspiro.

Morgan se inclinó hacia ella y la besó.

—Pues claro que sí —dijo rápidamente.

Ella permaneció durante unos segundos fuertemente abrazada a él.

—Oh, te voy a echar de menos —dijo ella fervientemente.

—¿Echar de menos? ¿Se puede saber a dónde di...? Quiero decir, ¿es que piensas marcharte?

—Pero ¿no te lo he dicho? Ah, perdona; se me habrá olvidado. Mamá y yo hemos

pensado ir a visitar a los Wagner y quedarnos con ellos unos cuantos días —le apretó el brazo—. Pero me apresuraré en volver —le besó en la mejilla y abrió la puerta del coche—. No es necesario que me acompañes hasta la casa —bajó y cerró la puerta—. Hasta dentro de unos días —se despidió lanzándole un beso aéreo.

Morgan se volvió hacia atrás y cogió un bulto envuelto en papel de periódico mojado.

—Toma —dijo, esforzándose por desterrar toda amargura de su voz—. Te olvidabas del pez.

Morgan dio media vuelta al volante y se dirigió directamente a la ciudad, al hotel donde paraba habitualmente Hazel. Estuvo sonado el claxon durante cinco minutos aproximadamente, hasta que salió el propietario a protestar por aquel jaleo.

—¿Hazel? —preguntó Morgan—. Estoy esperando a Hazel.

—Lo siento, señor —dijo el hotelero con tono amistoso y con los brazos extendidos—. Ella no está. No viene anoche.

Fue entonces cuando Morgan decidió instalar a Hazel en un apartamento.

—He estado conferenciando por teléfono con la capital esta mañana —le enteró Fanshawe—. Están contentos con la manera como marcha la cosa; realmente contentos. Parece cada vez más claro que el PNK es el partido favorito de las próximas elecciones, y quieren que nos adelantemos a los acontecimientos. Les gustaría que enviáramos a Adekunle a Londres.

—¡A Londres!

—Sí, antes de que se celebren las elecciones. Pero solo cuando estemos bien seguros de cómo respira.

—No sé si nosotros... —empezó Morgan dubitativamente.

—No diga bobadas —le cortó Fanshawe ahuyentando todas sus reservas—. Mire, ya está: ofrézcale, por ejemplo, una especie de recompensa; ya sabe a lo que me refiero, billetes de avión de clase preferente, un par de noches en Claridge's, en fin, ese tipo de cosas; con esto nos lo meteremos en el saco, se lo aseguro —dijo Fanshawe lleno de confianza.

Morgan se preguntó si estaban hablando del mismo Adekunle. El plan estratégico de Fanshawe parecía sacado de épocas pasadas, solo que él ofrecía billetes de avión y reservas de hotel en vez de perlas de pacotilla y mantas.

Morgan, sentado, parecía un pensador escéptico.

—Animo, hombre —exclamó Fanshawe—. Estamos prácticamente otorgando nuestro reconocimiento oficial al PNK antes de que se depositen los votos en las urnas. No puede rehusar este ofrecimiento. Vamos, hombre, si debería venir corriendo a darnos las gracias...

En eso habían quedado, pues. Como gesto de buena voluntad —una vez que hubiera puesto de manifiesto su postura probritánica—, Adekunle viajaría a Londres en avión con gastos a cargo del erario real. A Morgan no le convencía esta maniobra. Se daban demasiadas cosas por descontadas. Cuando, esa noche, se dirigió hacia la ciudad, se hallaba en un estado de claro nerviosismo. Fanshawe esperaba grandes resultados de él, cuando, en realidad, Adekunle podría muy bien mandarlo a la calle por intruso.

El Hotel de Executive era un bloque de cemento de cuatro plantas en forma de L, construido detrás de un muro muy alto a poca distancia de la carretera.

Los arcones colindantes estaban abarrotados de coches, por lo que Morgan tuvo que avanzar varios cientos de metros para poder aparcar el suyo. Le extrañó encontrar el parque del hotel prácticamente desierto. No vio más que a unos cuantos jóvenes charlando indolentemente alrededor de dos o tres mesas de hierro; sin embargo, oyó los sonos de la música y el rumor de las conversaciones que parecían provenir de la parte trasera del edificio. En la entrada, enseñó su invitación a una joven sentada a una mesa, que le orientó hacia un pasillo oscuro. Morgan siguió sus indicaciones y, al final, se halló en medio de un amplio patio cuadrangular, rodeado de una especie de galería cubierta. Se hallaba en el ángulo de la L: a su izquierda había una orquesta y, frente a ella, una pista de baile de cemento. Alrededor, se habían colocado varias

mesas con sillas y, en el lado opuesto a la orquesta, en la galería cubierta, se había instalado un puesto de bebidas, con un mostrador larguísimo de bambú. Además de los focos de los muros del hotel, iluminaban el recinto varias guirlandas de bombillas multicolores.

El patio estaba atestado de invitados. Morgan distinguió algunos rostros pálidos, pero la mayoría de los presentes eran de color e iban vestidos con los alegres trajes kinyanyeses. Dirigió tímidamente sus pasos hacia la barra. Encima de la orquesta se habían colocado dos grandes pancartas. En la de más arriba se leía: «¡FELIZ CUMPLEAÑOS, SAM!», y en la de más abajo: «¡VOTE CON TINO, VOTE PNK, VOTE SAM ADEKUNLE!». Por más que buscó, Morgan no halló rastro alguno del hombre en cuestión, ni tampoco de su esposa. El calor era intenso, agudizado por el tumulto de gente y el exceso de iluminación, y el ruido rozaba los límites de lo tolerable. La orquesta estaba interpretando un tema musical conocido a un volumen que le quitaba a uno las ganas de entablar cualquier tipo de conversación; sin embargo, los asistentes porfiaban, a cual con más fuerza, por hacerse oír por sus respectivos interlocutores. Morgan pidió una cerveza y, al ir a pagar, le fue rechazado el dinero. Qué barbaridad, bebida gratis para tanta gente, pensó impresionado; hay que reconocer que Adekunle se ha portado. Tomó un trago de cerveza y dejó vagar la vista sobre la muchedumbre. Distinguió algunas caras conocidas: en primer lugar, al alcalde de Nkongsamba, luego a Ola Dunyodi, el dramaturgo más famoso de Kinyanya, así como a varios catedráticos compañeros de Adekunle. Todo aquel montaje le hizo pensar en una fiesta electoral americana, con putas incluidas: alrededor de la barra merodeaban varias chicas chillonamente vestidas a la última moda europea, con enormes pelucas lacadas y joyas de evidente valor. Seguramente las han mandado venir de la capital, pensó Morgan, demasiado puestas para ser de aquí.

Alguien le tocó en el codo. Era Georg Muller, el dueño de la serrería y encargado de negocios germano-occidental. Aparentaba más de cincuenta años, a juzgar por su rostro surcado de arrugas y de aspecto cansado. A veces también parecía enfermo, pero esta noche, solo fatigado. Tenía la dentadura amarillenta, y los pelos ásperos de su barbilla recordaban poderosamente a Morgan las raíces fibrosas de los puerros. Llevaba una camisa blanca sin planchar y unos pantalones color mostaza que hacían juego con su sonrisa.

—Me gusta su traje, Morgan —dijo. Tenía un acento teutónico, ronco y arrastrado, como si acabara de pasar una laringitis—. Traje de negocios, ¿sí?

—No —dijo Morgan, algo molesto por aparecer demasiado elegante en comparación con la indumentaria informal de Muller—. Voy a otro sitio. He venido de paso.

—No sabía que era amigo de Sam —dijo Muller.

—He hablado con él solo un par de veces. Me ha invitado Celia.

—¡Ah! La encantadora Celia... —dijo Muller dirigiendo su vaso hacia la

muchedumbre—. Bonita fiesta, ¿verdad? ¿Que, se ha fijado en las putas? Dicen que Adekunle las ha hecho venir de Lagos y Abiyán. Va a impresionar a mucha gente esta noche. En fin, de todos modos, le deseo buena suerte.

—¿Es ese el sentir político de la República Federal? —inquirió Morgan.

Muller soltó una carcajada.

—No creo que suponga mucha diferencia para nosotros el que gane uno u otro estas elecciones. No, yo me refería a Sam en cuanto hombre de negocios; a mí me compra bastante madera y, bueno, ya sabe cómo funcionan estas cosas; si gana, supongo que mis negocios saldrán ganando.

Morgan se mostró intrigado.

—¿Para qué puede necesitar madera un profesor de Economía?

—Pero ¿cómo? ¿No está enterado? —repuso Muller—. Es el propietario de la empresa constructora más importante de todo el Centro-Oeste: la Ussman Danda Ltd. Pero ¿en qué país ha vivido todos estos años, Morgan?

Morgan enrojeció. Este extremo no figuraba en la carpeta Kingpin. Él había oído hablar de esta firma. La había visto incluso anunciada en la tele.

—¿Es esto de dominio público? —preguntó.

Muller se encogió de hombros y se acarició su perilla de chivo.

—Pues... bastante gente está enterada —dijo—. No es precisamente un secreto. Creí que habría oído usted hablar de ello en alguna parte.

Morgan cambió de conversación.

—Y las putas, ¿son también gratuitas, como la cerveza?

—¿Por qué no lo comprueba usted personalmente?

—No, gracias.

Sobre la pista se hallaban bailando algunas parejas, moviéndose al ritmo formal de la «gran música», que la orquesta estaba interpretando a pleno pulmón. Morgan miró a Muller con el rabillo del ojo. Hacía tiempo que había muerto su mujer, y se rumoreaba que él se acostaba con la hija de su cocinero, que no tenía más que trece años. Pero Muller no soltaba prenda al respecto, y Morgan sospechaba que este rumor —como la mayor parte de los chismes envenenados que circulaban por Nkongsamba— se había cocido en el transcurso de alguna mala borrachera a altas horas de la noche. Morgan encontraba a Muller demasiado ascético para el sexo, un viejo opiómano de picha floja. Luego se avergonzó de especular sobre el estado de los órganos genitales de Muller y decidió cambiar nuevamente de conversación.

Unos minutos después se produjo un pequeño revuelo cerca de la puerta, anunciador de la llegada de Adekunle: este apareció flanqueado por un guardia del presidium, que iba blandiendo un bastoncillo por encima de la cabeza. La orquesta dejó de sonar, y la totalidad de los congregados irrumpió en vítores y aplausos.

—«¡PNK, PNK, PNK!» —oyó Morgan cantar al unísono.

Esta noche Adekunle parecía más que nunca un Enrique VIII africano. Su corpulencia, ya de por sí considerable, se veía aumentada por los pliegues

abullonados de su vestimenta indígena blanca, adornada con trencillas y bordada con hilos de oro. Avanzó abriéndose paso lentamente entre sus huéspedes, sin dejar de saludar con la mano y de reír generosamente. Había quien se inclinaba, quien se arrodillaba y quien, finalmente, se daba de bruces en el suelo.

—Claro —susurró Morgan a Muller—; no hay que olvidar que es un jefe.

—Y uno de los más gordos —repuso Muller—. Su padre fue prácticamente dueño de toda Nkongsamba antes de que vinieran los ingleses y lo desposeyeran.

—¿Lo desposeyeran? —preguntó Morgan, asombrado.

—Sí, señor. Venta forzada, unos años antes de la guerra. Me parece que le dieron por todo unas doscientas libras —hizo una pausa para saborear el efecto enorme que había producido su información en el ánimo de su interlocutor—. Mire —dijo después—. Ahí está Celia.

Morgan miró y vio a Celia Adekunle entre los demás miembros del séquito. Llevaba un rico traje rojo y azul, y su rostro parecía más delgado de lo habitual debajo de los voluminosos pliegues del turbante. Afectaba una sonrisa imperturbable, mientras recibía y devolvía saludos a los afiliados al partido. Morgan sintió en ese momento una gran pena por ella.

Adekunle pasó finalmente al centro de la pista de baile, donde se había instalado un pequeño estrado. Subió y levantó la mano para que cesaran los aplausos.

—Queridos amigos —su voz resonaba con potencia—, gracias, gracias, amigos. Solo unas palabras esta noche, a tenor del proverbio, que dice: «No aburras a la gente que bebe alegremente».

Esta nota de humor popular hizo las delicias del público, que estalló en risotadas y taconazos. Morgan y Muller aprovecharon para alejarse en dirección del bar, adonde, por encima de las cabezas del público apetonado, siguieron llegándoles fragmentos dispersos del discurso. Abundaba la retórica vana y las calumnias avinagradas. En un momento determinado, Morgan pudo ver la silueta de Adekunle, bastón en ristre, el rostro distorsionado por el énfasis y con los hombros exageradamente encogidos, mientras vilipendiaba la política de un adversario. Morgan se dijo que, en aras del proyecto Kingpin, habría sido conveniente prestar más atención a sus palabras; pero la demagogia del discurso era tal que sintió fundirse todas las luces de su cerebro. En medio de la euforia creciente de los partidarios de Adekunle, Morgan dijo a Muller al oído:

—Sobre un estrado parece otro hombre, ¿verdad?

—Eso es lo que quiere la gente —dijo Muller—. Cree que si su líder no es capaz de hacerse oír en medio de la multitud, es que sus argumentos son también flojos.

Morgan se dio cuenta de repente de su poquísima experiencia en esas lides.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo aquí, Georg? —preguntó.

—¿En Kinyanya? Desde 1948. Pero antes estuve viviendo en el Camerún.

—¿Cree que va a ganar Adekunle? —preguntó esforzándose por no parecer demasiado interesado.

—Ganará aquí, en la zona centro-occidental. Y es muy probable que el PNK gane también en el resto del país. Si el ejército lo permite, por supuesto.

Morgan hizo un gesto de inteligencia cómplice. ¿Qué diablos tenía que ver el ejército con todo esto?, se preguntó perplejo.

—No he visto esta noche un solo militar, ¿y usted? —preguntó por decir algo, intentando ganar tiempo.

Muller echó una rápida ojeada a los congregados.

—Lleva razón —dijo—. Una observación muy pertinente. Ni siquiera de paisano. Claro que ya se sabe la poca popularidad de que gozan actualmente los políticos entre los militares.

Morgan se sintió vagamente excitado, por su atinada observación, si bien algo perplejo a la vez por las implicaciones de la misma. En fin, en cualquier caso podía sentirse satisfecho por las informaciones de que había hecho acopio esta noche. Ahora podía, si quería, soltar a Fanshawe: «¿Sabe que no acudió ni un solo militar a la fiesta de Adekunle? Bastante interesante, en mi opinión»; a lo que su jefe no sabría qué responder. Aprovechando su buena racha, Morgan sacó a colación el titular que había leído en un periódico local a propósito de recientes nombramientos en el seno del ejército.

—Interesante los relevos que se están produciendo en los cuarteles, ¿no le parece? —observó sin despegar apenas los labios. Muller asintió.

—Orimi-Peters es musulmán, ya sabe.

—Sí —dijo Morgan—. Interesante.

Vio ante él, ilimitada, opaca, la extensa nube de su ignorancia. Así que decidió no seguir por ese camino, para no ser cogido en renuncio por Muller. Sintió de repente vergüenza de sí mismo. Kinyanya era un misterio total para él; desconocía prácticamente todo sobre la manera de pensar de sus habitantes, las relaciones entre las superestructuras institucionales colonialmente impuestas y las bases y tradiciones tribales, o las presiones raciales y religiosas que subrepticamente determinaban ciertos acontecimientos. Le entraron de pronto ganas de largarse, presa de un absurdo resentimiento hacia Muller, sin duda a causa de sus mayores conocimientos y de su sabia experiencia. Claro que ello lo debía el alemán probablemente al hecho de acostarse con la hija de su criado, observó crudamente, e inmediatamente después se avergonzó de su mezquindad espiritual. En ese momento preciso una salva de aplausos señaló el final del discurso de Adekunle.

—¿Otra bebida? —preguntó Morgan a Muller, esperando purgar de ese modo la ruindad de sus pensamientos.

—No, gracias —contestó Muller—. Una solo por noche. Órdenes del médico.

—No del doctor Murray, espero —dijo Morgan con tono despectivo.

—¿Alex Murray? —preguntó Muller—. Ojalá, pero hay que trabajar en la Universidad para poder ser atendido por él.

—Al menos es un hombre de ideas fijas —bromeó Morgan.

—Ah, sí, eso; un hombre de ideas fijas —asintió Muller, sin comprender.

Muller marchó poco después, y Morgan estuvo un rato charlando con algunas personas de la Universidad que conocía, preguntándose al mismo tiempo si conseguiría por fin acercarse a Adekunle y presentarle las nuevas propuestas. Se esforzó también por recobrar la confianza en sí mismo, la cual había disminuido de manera alarmante desde que pusiera los pies en el Hotel de Executive. Se sintió como el siervo medieval que intenta ganarse la voluntad de un señor feudal o de un obispo obeso, o como uno de esos personajes secundarios de las obras romanas de Shakespeare que importunan a los protagonistas con sus absurdas maquinaciones a propósito de algún testamento o codicilo. La persona de Adekunle le acoquinaba ahora más que nunca como consecuencia de la adulación sin reservas de que estaba siendo objeto por parte de los dignatarios allí congregados. Sintió a la vez la falta de realismo, la estupidez y la inutilidad de la «misión» que le había encomendado su jefe. Fanshawe y él eran como dos niños empeñados solo en jugar, y completamente ajenos a la vida real que discurre ante sus narices.

—Alegre esa cara, hombre —dijo Celia acercándose a él—. No se olvide de que esto es una fiesta y no un funeral.

—Perdóneme —dijo apesadumbrado—. Demasiadas preocupaciones.

—¿De veras? —preguntó ella—. ¿Puedo ayudarle en algo?

Morgan soltó una carcajada más desabrida de lo que había sido su intención.

—Mucho me temo que no —dijo. Y luego—: Perdóneme. Gracias por interesarse, pero no tiene importancia. Tengo que decirle que lleva usted un atuendo muy... espléndido, realmente.

La tela era pesada, y los colores muy vivos; lucía grandes cantidades de oro alrededor del cuello y de las muñecas.

—Gracias —dijo sin mucho entusiasmo—. No voy vestida así siempre, ¿sabe? No quiero que piense que me he convertido en una indígena.

El acento especial que puso en las últimas palabras sumió a los dos en un molesto silencio. Morgan miró hacia otra parte.

—Un gran gentío —dijo—. ¿Cree que tengo alguna probabilidad de hablar con su marido? ¿O es mejor renunciar a ello?

—Se ve que está usted, realmente interesado por conversar con Sam —dijo ella con actitud pensativa—. Le he advertido de su presencia. Desea hablar con usted.

—Oh —dijo Morgan con tono agradecido—. Es usted muy buena conmigo.

—No tiene importancia —dijo Celia Adekunle, mirándolo fijamente a través de una nube de humo—. Espere a que acabe la recepción oficial.

—Estupendo —dijo Morgan—. Permítame entre tanto que le sirva algo de beber.

Le volvió a llenar el vaso y estuvo charlando un rato con ella. Le preguntó dónde había conocido a Adekunle.

—En Sheffield, mire por dónde —contestó ella—. Sam hizo allí sus estudios universitarios. Yo era la secretaria de un profesor suyo. Durante un período, Sam tuvo

problemas con su beca y vino asiduamente al despacho donde yo trabajaba a rellenar formularios y escribir cartas —hizo una pausa—. Era tan distinto a los demás estudiantes... Mucho mayor, por supuesto, muy ambicioso y bastante experimentado, si bien al principio parecía un poco despistado. No era nada fácil ser estudiante negro entre una mayoría de blancos en aquellos tiempos. Salimos juntos unas cuantas veces... ante las miradas extrañadas de mucha gente.

—¿Cuándo se casaron? —siguió preguntando Morgan, interesado.

—Sam marchó a Harvard para hacer el doctorado. Al año siguiente volvió de repente y me pidió que nos casáramos. Yo dije que sí —se encogió de hombros—. Pasamos dos años en Estados Unidos. Allí nació mi primer chico. Luego nos vinimos para acá.

Morgan esbozó una sonrisa forzada. Le había relatado la historia en un tono curiosamente inexpresivo. No sabía cómo continuar la conversación.

—Así que es usted secretaria de profesión —dijo a la buena fortuna.

—No, empecé trabajando de enfermera. Pero era superior a mis fuerzas. Mi madre había sido comadrona, y yo fui prácticamente obligada a entrar en ese mundillo. Pero no es un trabajo que pueda hacer cualquiera. Hay que tener madera para ello. No era ese mi caso. A mí se me caía el alma a los pies. Gente enferma constantemente; y muchos que morían —dejó escapar una risotada cristalina—. Debería haber sido comadrona. Ayudar a la gente a salir a correr, en vez de encontrarla al final de la carrera.

—Y entonces decidió usted ser secretaria.

Morgan era plenamente consciente de la total falta de inspiración de sus preguntas; sin embargo, a ella parecía gustarle el tema.

—Pasé un tiempo sin decidirme del todo. Luego me pareció un buen trabajo para matar el tiempo y, por último, acabó gustándome realmente. Claro que se trataba de ser secretaria en una universidad, rodeada de gente inteligente, y todo eso. Además, mi jefe era muy simpático.

—El profesor de Sam —Morgan sospechó que había habido también algo entre ellos.

—Sí. Era un hombre muy amable. Era... En fin, luego —hizo un gesto falsamente dramático— entró en mi vida Sam Adekunle, un buen día en que necesitaba una firma para su solicitud de beca.

Morgan vio todo con gran claridad: por un lado, la secretaria aburrida y frustrada; y, por el otro, Adekunle, negro, seguro de sí mismo y, además, hijo de un jefe. Sin duda debió hablarle de grandes riquezas y de ilimitados dominios tribales. La sensación de fracaso que acaba empujando a la rebelión: salir con un negro, mostrar que se es libre, que le importan a uno un pito las convenciones al uso...

—Sé lo que está pensando —dijo ella—. Pero le aseguro que se equivoca.

Morgan protestó vehementemente.

—De acuerdo —cortó ella—. Sé lo que se piensa aquí sobre las esposas blancas

de los kinyanyeses; probablemente con razón. Pero lo nuestro no fue así. Él era en aquella época una persona completamente distinta.

Morgan se dio cuenta de que se había puesto colorado.

—Oiga, de verdad —insistió—; le aseguro que no estaba pensando nada de nada.

—Le creo —dijo ella sonriendo—. Tranquilícese. Lo que ocurre es que... hacía tanto tiempo que no hablaba de Sam y de mí... Como supondrá, estoy perfectamente enterada de los chismes que circulan sobre mi matrimonio entre la población blanca.

—Por favor, no me considere como al típico europeo que viene a vivir a África. Se equivocaría por completo.

—Perdone —se disculpó—, pero estoy acostumbrada a leer los pensamientos de la gente con solo mirarla a los ojos; y por un momento he creído ver en los suyos un ramalazo de esa mentalidad —prosiguió, apuntándole jocosamente a los ojos con dos dedos. Luego volvió la cabeza y dijo—: Muy bien; me parece que ya puede ir a hablar con Sam.

Adekunle llevó a Morgan a un rincón del patio. Dijo algo al oído a uno de sus acompañantes.

—No se preocupe —tranquilizó a Morgan—. Nadie nos molestará.

—¿Por qué no vamos a un sitio menos... a la vista? —sugirió Morgan mirando a su alrededor.

Adekunle soltó una sonora carcajada.

—Pero, hombre, ¿no se da cuenta de que sería mucho más sospechoso si me vieran desaparecer de la escena en compañía suya el día de mi cumpleaños?

Morgan reconoció que llevaba razón.

—Su discurso me ha parecido muy interesante —afirmó.

—¿De veras? —dijo Adekunle con tono escéptico—. Me gustaría saber cuántas probabilidades de ganar las elecciones tiene el PNK según el Consulado británico en Kinyanya.

—Bastantes —dijo Morgan deletreando bien, como si su escueta contestación hubiera sido el resultado de una larga reflexión—. Si el Ejército lo permite —matizó.

Adekunle lo miró con interés. Morgan no ocultaba su satisfacción por haber dado esta vez en el blanco.

—¿Qué quiere decir con ello? —preguntó Adekunle con tono apremiante.

—No creo que sea necesario entrar en más detalles, ¿no le parece?

—Como usted guste —dijo Adekunle—. Sazón quieren las cosas, como dice el refrán. En fin, me parece, Mr. Leafy, que quería usted hablar conmigo.

Morgan respiró profundamente.

—He venido aquí para participarle de manera oficiosa... ¿cómo diría?, la índole, no menos oficiosa, del gran interés que tiene el Reino Unido por los destinos del PNK.

Adekunle reflexionó un momento.

—Muy bien —dijo finalmente—. Pero yo no soy la persona más indicada. Yo no soy más que un *fonctionnaire*, como dicen nuestros amigos los franceses.

—De acuerdo, pero un funcionario muy importante. Sobre todo en el terreno de los asuntos exteriores.

—Eso es una simple suposición suya, Mr. Leafy. Ni tan siquiera sé todavía si seré miembro de la Asamblea Nacional.

Morgan sonrió pacientemente.

—Muy bien; eso no se lo niego tampoco. Pero, como usted sabe, la diplomacia se basa las más de las veces en simples suposiciones. Y... basándonos precisamente en esta suposición, nos gustaría proceder a unas consultas previas con el... eh... putativo ministro de Asuntos Exteriores.

Morgan estaba manifiestamente contento de la manera como había redondeado su frase, y con las ambigüedades en ella contenidas.

—¿Consultas, ha dicho? —inquirió Adekunle.

—En Londres —completó.

—Ah. En Londres, ¿eh?

—Sí —reiteró Morgan, ocultando mal su impaciencia. Tanto rodeo estaba empezando a ponerlo nervioso—. Tendremos mucho gusto en ocuparnos de su viaje —primera clase, por supuesto— y estancia.

—En Claridge's, supongo —dijo Adekunle con una amplia sonrisa.

—Bueno, pues... sí, ya que lo dice —contestó Morgan, manifiestamente sorprendido.

Adekunle soltó una solemne carcajada.

—Dios mío —exclamó—, qué gente más curiosa son ustedes, los británicos... Todavía siguen pensando que lo único que se necesita para ganarse a un político negro es ofrecerle un billete en avión de primera clase y alojamiento con desayuno incluido en Claridge's.

Volvió a carcajearse sonoramente. Algunos de los invitados más próximos se echaron también a reír.

—Gracias —dijo por fin Adekunle—. Gracias por su ofrecimiento. Intentaré hacer un hueco en mi itinerario.

—¿Itinerario? —repitió Morgan, con mirada atónita—. ¿Quiere usted decir que...?

—Sí, mi querido emisario del Consulado británico. Llega usted un poco tarde a la tarta, como suele decirse. Una vez que haya concluido mi gira por Washington, París, Bonn y Roma, procuraré pasarme por Londres. Gracias de nuevo, Mr. Leafy —repitió sin perder la sonrisa—. Perdone que le diga, pero no me extraña en absoluto que hayan perdido ustedes el Imperio.

Dicho lo cual, se volvió con sus invitados, sin dejar a Morgan posibilidad de contestarle.

Morgan pidió al barman un *whisky* con soda. Los colores habían desaparecido ya de su rostro, si bien todavía le ardían las orejas. Todo por culpa del viejo idiota Fanshawe, bufó para sus adentros. Este desgraciado intento de negociación secreta no había tenido como resultado más que una buena dosis de vergüenza, desgracia y humillación pública, y todo ello asociado exclusivamente a su persona. Oyó de nuevo las risotadas de Adekunle imponiéndose al ruidoso parloteo de los asistentes, y lo imaginó enterando divertidamente a sus interlocutores de los particulares de su reciente conversación.

El barman le sirvió la bebida.

—¿Y el hielo? —preguntó Morgan agriamente.

—Hielo no quedar más —le contestó el barman con el mismo tono desagradable mientras se daba media vuelta. Cabronazo de negro maleducado, bramó Morgan para sí; este jodío país ha decidido...

—Qué tal va eso —preguntó una voz a sus espaldas. Era Celia Adekunle.

—Ah, hola, no va mal —dijo Morgan secamente—. A propósito: ¿no podría decir a este insolente me-reservo-el-calificativo que se digne echarme un cubito en el *whisky*?

Morgan se hallaba acostado boca arriba en la habitación del hotel de Hazel. Estaba oyendo el pitido amenazador de un mosquito, pero le daba igual. Apartó la sábana de su cuerpo empapado: el sudor rezumaba por todos los poros y pliegues de su piel. Las luces de neón de la fachada cochambrosa del hotel penetraban, filtradas, a través de las persianas. La música machacona del bar competía con los claxons y los motores de los coches. Enarcó las cejas para ver la esfera luminosa de su reloj: las doce y veinte. Hazel yacía dormida a su lado sobre el lecho agusanado. Sintió de repente pinchazos por todo el cuerpo. Tenía muchas ganas de orinar y de darse un baño. Decididamente, se encontraba fatal: había bebido demasiado; estaba sudando a chorros, y la violencia de su coito con Hazel le había producido en el pene un dolor punzante. En su mente se amontonaban sin orden todos los sucesos de la velada. Exhaló un suspiro de pesar: su comportamiento con Celia Adekunle había sido de un grosero imperdonable. Al informarle esta de que se había agotado el hielo como consecuencia de la excesiva demanda, él se puso a proclamar a gritos que era eso precisamente lo que se podía esperar de Kinyanya, como una pequeña pero perfecta ilustración de todos los males que la aquejaban. Luego le deseó secamente buenas noches y abandonó el lugar con un gesto de desdén. Aún recordaba la expresión de tristeza y sorpresa reflejada en el rostro de Celia al pasar por delante de ella en dirección de la puerta. Cerró los puños con fuerza bajo las sábanas y gruñó para sus adentros. Qué culpa tenía ella de que él se hubiera portado como un imbécil... Al contrario: con él se había mostrado amable y solícita. Se hundió los nudillos en los

ojos, roído por un inútil remordimiento.

Inmediatamente después se dirigió al hotel de Hazel. Para su gran sorpresa, la encontró allí. Le echó un rapapolvo por el estado de suciedad en que se encontraba su habitación y la mandó al bar por una botella de *whisky*, de la cual ya solo quedaba la mitad. Se levantó de la cama sin hacer ruido y se despezó. En la habitación se respiraba un ambiente calentujo y fétido. Sirviéndose de las manos como de soplillo, se aventó los órganos genitales. Sentía un gran escozor en el pene tras los dos asaltos sexuales que había dado a Hazel. Su decisión de volcar sobre ella su frustración no le había servido para nada, como de costumbre. Hazel había reaccionado a su brutalidad sin queja ni resentimiento, con ánimo paciente, y por lo que él pudo distinguir, sin la mínima muestra de rencor, cayendo en un sueño profundo, y aparentemente sereno, en cuanto él hubo apagado la luz.

Morgan se puso los pantalones y la camisa. Había decidido ir al cuarto de baño, que se encontraba fuera, en el pasillo. Asomó la cabeza por la puerta con sumo cuidado: no vio a nadie. Avanzó de puntillas hasta el cuarto de baño. Asfixiado por el mal olor, encendió la luz. Dos salamanquesas volvieron a toda velocidad a sus escondites del techo, y una enorme mariposa rozó la taza del váter y cayó al suelo en medio de un estrepitoso aleteo.

Levantó la tapa de la cisterna y, como había sospechado, la halló sin agua. Agitó el flotador con el índice y el pulgar, pero nada: ni rastro de agua. Maldiciendo su suerte, se bajó la cremallera y apuntó hacia la taza fangosa. ¡Bah, qué asco!, se quejó. ¿Por qué tenía él que soportar estas privaciones y este lugar asqueroso? Era preciso instalar a Hazel en un piso. No podía seguir viviendo de esta manera: tenía que tomar una medida revolucionaria y drástica. En ese momento pensó con ternura en Priscilla, emblema de un mañana prometedor, al igual que un mártir invoca a la Virgen en el momento en que su cuerpo empieza a ser pasto de las llamas. Ahí, ahí está la solución, se dijo mientras daba libre curso a su uretra largo tiempo comprimida.

La comezón sulfurosa le hizo gritar y dar un salto de sorpresa y agonía: la orina se paseó libremente por la tapa del váter y sus inmediaciones. El pinchazo inicial perdió fuerza con relativa rapidez, momento que aprovechó Morgan para, todavía muy débil, apoyarse en la pared. Tras mirarse detenidamente no descubrió otra cosa que una inflamación postcoital y un color rojo bastante vivo. Durante unos instantes pensó si no habría sido picado por algún insecto vengativo que se había sentido molesto con su presencia; pero luego, al subirse la cremallera, decidió que todo ello se debía a los efectos combinados de la goma, del calor y de la fricción prolongada sufrida por un órgano —cómo negarlo— particularmente sensible.

veranda, se levantó y se dirigió al dormitorio. Friday había colocado sobre la cama una camisa planchada, unos pantalones y unos calcetines. Morgan observó que había olvidado sacarle una muda limpia. Miró en el cajón de la cómoda, pero solo encontró unos calzoncillos que había desechado por carecer de goma elástica en la cintura y que, a lo sumo, solo podían servir a individuos con una barriga descomunal. Frunció el ceño, incapaz, con la resaca que tenía, de comprender el quid de la cuestión. Que él recordara, poseía por lo menos tres calzoncillos en buen estado. Friday los lavaba todos los días. Ayer se había mudado dos veces de ropa, de acuerdo; pero todavía tenían que quedar unos calzoncillos limpios.

En un rincón de su habitación se hallaba una cesta de mimbre, la que depositaba la ropa sucia. Levantó la tapa: en el fondo yacían tres calzoncillos sucios hechos una bola, como una camada de roedores salvajemente despellejados por un hurón.

—¡Friday! —gritó Morgan a través de la veranda.

Friday se presentó al punto, jadeante, propulsado por la violencia del grito.

—¡Los calzoncillos! —lanzó Morgan, acusador, a su diminuto y tembloroso criado—. ¿Qué cojones has hecho con los calzoncillos? ¿Por qué no estar limpios?

Friday bajó la cabeza.

—*Je ne peux pas le faire* —dijo con voz tímida—. No gustarme lavar esos.

Morgan cogió unos calzoncillos y se los enseñó a Friday. Este retrocedió, visiblemente asustado.

—¡Esto no tiene ninguna gracia! —soltó Morgan a voz en grito—. Mi criado se ha vuelto delicadito, y yo tengo que ir a trabajar con calzoncillos sucios. Muy gracioso, ¿eh? Y sin embargo, los has estado lavando sin problemas durante dos años. A ver, ¿se puede saber por qué ahora no quieres seguir haciéndolo?

—*C'est dégueulasse*. No gustarme esa cosa ahí dentro. Yo no dispuesto a lavar eso.

Morgan no salía de su asombro. ¿De qué estaba hablando? ¿De manchas de alquitrán, o de sudor? Cogió el infame slip y lo estiró con ambas manos por la cintura. A ver, ¿de qué se queja el mariconazo de mi criado?, se preguntó Morgan mientras miraba de cerca la muda en cuestión.

Morgan se hallaba sentado en su coche en el *parking* de la clínica universitaria esforzándose por guardar la calma. Oía las fuertes palpitations de su corazón. Respiró a fondo. Había sido un golpe muy duro para él —esa asquerosa sustancia—. Con el rostro horrorizado, y temblándole las manos, había dejado caer al suelo los calzoncillos manchados. Ahora llevaba otros sin goma elástica en la cintura, sujetos mediante un imperdible. Se miró las manos: todavía le temblaban ligeramente, pero ya podía presentarse en público. Bajó del coche y se dirigió hacia la clínica, visiblemente nervioso. Se sorprendió al ver una cola de estudiantes bastante larga delante de la sala de espera. En el interior no había ni un asiento libre. Dirigió sus

pasos directamente hacia la ventanilla de la recepción. Detrás del cristal se hallaba sentado el mismo empleado bajito. Morgan se apoyó en la pared.

—¿Doctor Murray, aquí? —preguntó con voz cansina, como quien no ha pegado el ojo en toda la noche. Se acordó de su solemne promesa de no volver a visitar a Murray nunca jamás. Esas impetuosas proclamas están muy bien cuando gozas de salud, reflexionó, pero se vienen abajo cuando tu cuerpo segrega horribles sustancias.

—Sí, señor —dijo el empleado—. Perdone, señor, pero ¿es usted cuadro superior?

—¿Eh? ¿Cómo? Pues... sí, supongo que sí. Diga al doctor Murray que está aquí Mr. Leafy. Y que necesito verlo urgentemente.

—Lo siento, señor. El servicio médico para los cuadros superiores no empieza hasta las doce de la mañana. Si no le molesta, vuelva...

—¡Santo cielo! —exclamó Morgan, furioso y desesperado—. Pero ¿qué servicio sanitario es este? ¿Acaso creen que soy un coche o algo parecido? Yo no puedo caer enfermo en el momento preciso en que ustedes dispongan. Escúcheme bien —dijo haciendo con la mano un gesto imperativo—: Vaya ahora mismo y diga al doctor Murray que se trata de una urgencia. Yo soy Mr. Leafy, del Consulado. ¿Se ha enterado? Bien, y ahora vaya a avisarle.

—El doctor le dirá que vuelva usted después —protestó el empleado.

—Eso es mi problema —dijo Morgan con voz silbante—. Usted límitese a hacer lo que le digo.

El empleado abandonó su sitio de mala gana. Morgan empezó a pasear por la sala con una mirada de demente, las manos en los bolsillos e intentando hacer caso omiso de las miradas y comentarios hostiles por parte de los estudiantes, que le echaban en cara el no haber respetado la cola. Luego volvió el empleado y le dijo al oído que fuera al dispensario y esperara allí. Morgan salió, torció la esquina del inmueble y entró en un pequeño anexo con las paredes cubiertas de frascos donde un amable farmacéutico le indicó una fila de sillas de madera a lo largo de la veranda. Vio a dos negras sentadas; una estaba dando de mamar a su bebé. A regañadientes, tomó asiento a su lado, desviando púdicamente la mirada hacia otra parte. ¿A qué diablos estaba jugando Murray?, se preguntó mientras se quitaba el sudor de la frente. Sin duda lo tomaba por un pobre menesteroso; de lo contrario, no lo haría esperar de esa manera. Un chiquillo, vestido solamente con una camisa, surgió de detrás de la otra mujer, y se quedó mirando embobado al enorme hombre blanco que tenía ante él. Padecía un fuerte resfriado de nariz, y una banda de mocos le cubría el labio superior a modo de reluciente bigote. Por debajo del dobladillo de la camisa su vientre sobresalía por lo menos cinco centímetros. Morgan, visiblemente incomodado, miró en otra dirección. En ese momento, el lactante lanzó un eructo ensordecedor contra el pecho de su madre. El pene moreno y delgado del otro niño se había quedado apuntando a los brillantes zapatos de Morgan. La cruda y acuciante realidad africana no te deja en paz ni un segundo, pensó. Precisamente cuando más necesitado estás de un poco de

tranquilidad, ahí la tienes, atosigándote sin piedad.

Veinte sudorosos minutos después apareció Murray. Tenía un aspecto eficiente y fresco en su atuendo habitual, complementado esta vez por un estetoscopio alrededor del cuello. Morgan se levantó y atravesó media veranda a su encuentro.

—Hombre, doctor Murray —empezó—. Me alegro de...

—La consulta para los cuadros superiores no empieza hasta dentro de una hora, Mr. Leafy. —Su tono era firme y severo.

—Ya lo sé —dijo Morgan impacientemente—; pero se trata de algo importante —hizo una pausa y decidió que le traería más cuenta adoptar un tono agradable—. He venido porque creo que se trata de una urgencia.

—Le concederé solamente cinco minutos —dijo Murray—. Ahí fuera hay unos sesenta estudiantes esperando que tienen más derecho que usted a ser recibidos.

Morgan le siguió hasta la sala de consulta. Este hombre no está en sus cabales, pensó. Parece como si hiciera un gran favor a sus pacientes con solo recibirlos. No obstante, se confirmó en su resolución de guardarse para él su mal humor; el asunto que le había traído aquí era demasiado grave y delicado para mostrar a las claras la aversión que sentía por este médico. Recordó, con cierto remordimiento, la frialdad de la conversación que habían mantenido la vez anterior y decidió no permitir hoy que la entrevista degenerara de esa manera.

—Bien. ¿Qué le ocurre? —preguntó Murray mientras se sentaba junto a la mesa de su despacho.

Morgan hizo una pausa en busca de las palabras que transmitieran apropiadamente la naturaleza íntima de su problema.

—Pues bien; esta mañana —empezó—. Es decir, que he empezado a notar cierto malestar; bueno, en realidad se parecía más a una molestia persistente, a un escozor.

Tragó saliva; notó que se le había quedado la lengua más seca que la piedra pómez.

Murray seguía mirándolo fijamente, impasible. Morgan se preguntó en qué estaría pensando en ese momento.

—Pero ¿qué es lo que nota de anormal en concreto? —le preguntó brutalmente Murray.

—Supuración —soltó Morgan tímidamente como si se tratara de una palabra obscena—. Esta mañana he notado... en los calzoncillos...; en fin, lo que podría llamarse supuración, para ser francos.

—¿Eso es todo?

—¿Cómo? Ah, no. Pues... como iba diciéndole, también noto cierta molestia al orinar.

Morgan se sentía agotado, como si hubiera llegado a la meta después de una larga maratón. Se secó el sudor que le anegaba el labio superior.

—Bueno, no siempre —prosiguió con voz apagada—. Solo a veces.

—¿Cuánto tiempo hace que viene notando estos síntomas? —preguntó Murray.

Este hombre es increíble, pensó Morgan; ni una pizca de calor humano; otros médicos charlan antes unos minutos con sus pacientes para que se relajen un poco.

—Dos días, más o menos —confesó Morgan. Murray acercó su silla a la mesa del despacho.

—Bien —dijo con todo apremiante—. Vamos a echar un vistazo.

—¿Quiere decir que me... tengo que bajar...?

—Sí, tiene que dejar todo al descubierto.

Morgan creyó por un momento que se iba a desmayar. Con las manos temblorosas, se desabrochó los pantalones y los dejó caer hasta las rodillas. Se acordó, demasiado tarde, de sus calzoncillos sin goma, tan holgados. Notó cómo se le cubría el rostro de colorete mientras se desabrochaba el imperdible que sujetaba sus calzoncillos desechados.

—Permítame decirle que no son estos los calzoncillos que suelo... —arrancó precipitado—. Mi criado se ha negado a lavar... por eso he tenido que recurrir a estos...; tengo otros...

Dios mío, qué horror, gritó interiormente. Murray no parecía haberse inmutado. Morgan apenas podía respirar del esfuerzo realizado para guardar la calma; se sentía abrumado por una imperiosa necesidad de explicar. Con sumo cuidado colocó el imperdible sobre el borde de la mesa de Murray. De perdidos, al río; dejó caer los calzoncillos y clavó en el techo una mirada angustiada. Se sentía débil, mareado. Ningún cuerpo humano normal —por consiguiente, el suyo— podía tolerar los extremos de vergüenza y humillación a los que se había visto sometido últimamente. Probablemente esta horrible supuración era señal de que estaba empezando a ceder por las juntas y a resquebrajarse.

Alargó la mano y se agarró a la mesa del despacho para no caerse. Sintió que se le arrugaban los órganos genitales como consecuencia del aire fresco de la habitación. Habría jurado en este momento que su pene no medía más de una pulgada. Probablemente Murray era incapaz de verlo: habría necesitado para ello una lupa o un microscopio.

—¿Qué opina usted? —preguntó con voz entrecortada.

—Pues... no parece grave —dijo Murray sin comprometerse mientras registraba su cajón en busca de algo. Morgan aguzó la vista para ver: era una espátula de madera, parecida al palo de un chupa-chups. Murray se sirvió de ella para levantarle la colilla. Morgan sintió que le daba vueltas la cabeza.

—¿Ha notado la presencia de chancros? —preguntó Murray.

—¡Quéee! —exclamó Morgan horrorizado.

—Llagas, ladillas, piojos, urticaria...

—Ah, no, por favor.

—Muy bien. Ya puede subirse los pantalones.

Morgan se subió los calzoncillos con manos temblorosas y los volvió a sujetar con el imperdible. Sintió cómo la frustración y la desesperación se apoderaban de

todo su cuerpo, aplastándole los pulmones contra la caja torácica y dificultándole notablemente la respiración. Se subió la cremallera de los pantalones con dedos entumecidos e inertes, como si se hallaran sometidos a una temperatura bajo cero.

—¿De qué se trata? —preguntó con voz debilitada.

—No se puede decir todavía —respondió Murray con parsimonia, mientras se lavaba las manos en una pila pequeña—. Podría no tener ninguna importancia. A menudo ocurre que se supura sin ninguna razón especial, como simple mecanismo de defensa. Aunque también podría tratarse de una toxemia no gonococal.

—¡Bendito sea Dios!

—Suele ser corriente por estos pagos. Pero no se preocupe. No parece ser ese su caso, aunque es mejor hacer unos análisis. Vaya a ver a la enfermera al final del pasillo. Intente depositar un poco de sustancia en una placa. También haremos un análisis de orina.

—De acuerdo —musitó Morgan tragando saliva e intentando, así, desatascarse la garganta; sentía como si su nuez hubiera triplicado de volumen.

Murray lo acompañó hasta el final del pasillo.

—¿Qué cree que es, doctor? —le preguntó de nuevo—. ¿Es algo grave? ¿Estoy...?

—Lo dudo mucho —dijo Murray con tono tranquilizador—. Pero no sería muy serio por mi parte hacer el diagnóstico antes de ver los análisis, ¿no cree?

Se detuvieron delante de una puerta, en la que había escrito: «Enfermería».

—Vuelva mañana, Mr. Leafy —dijo Murray—. Pero procure venir a su debido tiempo.

Cinco minutos después, una amable enfermera algo regordeta, con uniforme blanquísimo y rígidamente almidonado, aceptaba encantada la plaquita de cristal embadurnada y el bocal desbordante que le ofrecía el todavía mudo y demacrado Morgan, consciente de que, si abría la boca para hablar, de ella no saldrían más que palabras entrecortadas e inconexas.

Se dirigió dando tumbos a su coche y permaneció inclinado sobre el volante por lo menos diez minutos, intentando ejercer algún control sobre las tumultuosas emociones que se agitaban en su pecho.

Una vez que se hubo calmado, puso el motor en marcha y se encaminó rumbo al Consulado; penetró silenciosamente en su despacho y se puso a trabajar con aplicación, esforzándose por no pensar y borrar esa mañana de su memoria.

Pero Fanshawe lo interrumpió y lo convocó a su despacho para que le informara de su encuentro con Adekunle; al enterarse de la ausencia de resultados inmediatos mostró una gran decepción. Morgan le dijo que había hecho la consabida propuesta a Adekunle y que este le había contestado que ya se lo pensaría. Era más prudente describir los desastrosos acontecimientos de la noche anterior de la manera menos sensacionalista posible.

—¿Pensarse un vuelo gratis a Londres y una estancia de gorra en Claridge's? —

preguntó Fanshawe retóricamente—. Pero, señores, ¿acaso es algo que se pueda pensar?

Morgan trató de adoptar un tono de cordura y mintió espontáneamente:

—Al parecer tiene que consultarlo con el Buró central, o con el emir, o con qué sé yo. Que no puede marcharse así, por las buenas, sin decírselo a nadie.

—En fin, yo qué sé... —dijo Fanshawe, manifiestamente desconcertado ante la idea de que alguien pudiera permitirse el lujo de desperdiciar una oportunidad semejante.

—No se trata ya solamente de comprar sus buenas intenciones —le advirtió Morgan, intentando poner en marcha el delicado proceso de enfrentar a Fanshawe con la verdadera realidad—. Son unos políticos muy sofisticados.

—¿Usted cree? —preguntó Fanshawe con voz indecisa, claramente sorprendido ante la novedad de esta idea—. Para serle franco le diré que a mí personalmente me parecen una pandilla de *cowboys*.

—Permítame disentir, Arthur —dijo Morgan—, pero me parece que no los valora usted debidamente; sobre todo a Adekunle.

Fanshawe soltó un bufido de incredulidad.

—En fin, siga insistiendo, Morgan. Y vuelva al ataque dentro de un día o dos. Por ahora no va mal la cosa, pero no podemos permitirnos el mínimo pinchazo en el proyecto Kingpin.

Morgan se levantó, con el alma acongojada porque el proyecto Kingpin se había ido prácticamente al garete la noche anterior. En otra ocasión le contaría a Fanshawe algún cuento sobre una eventual contrainfluencia francesa o americana; por el momento era mejor que creyera que todavía seguía la cosa en pie.

Morgan salió del despacho de Fanshawe y se dirigió al suyo visiblemente alicaído. En el trayecto se tropezó con Jones.

—Cómo va eso, Morgan —saludó alegremente el pequeño galés—. Pero hombre, no me pongas esa cara. Peores cosas pasaron en la guerra de Birmania.

—¿Cómo? —preguntó Morgan con tono irritado.

—Pero ¿no te has visto la cara?

—¿Qué le pasa a mi cara? —preguntó Morgan, repentinamente alarmado.

—Ahí, en la barbilla —bromeó Jones.

Morgan se llevó la mano a la mandíbula. A lo mejor le habían aflorado a la cara los dichosos chancros de Murray.

—¿La barbilla? —dijo, palpando sus contornos, embobado.

—Sí, se te ha bajado a la altura de las rodillas. Como siga así, te la vas a pisar de un momento a otro.

Esta broma no hizo ninguna gracia a Morgan.

Jones prosiguió, impertérrito:

—¿Qué ha pasado? ¿Fanshawe te ha echado alguna bronca?

Morgan hizo votos interiormente para que Jones desapareciera de su vista.

—No —cortó secamente—. Problemas personales.

—Pero, hombre. Eso es que necesitas un poco de distracción. Trabajas demasiado. ¿Por qué no vienes esta noche al baile conmigo y con Geraldine?

—¿Al baile?

—Al baile del club. El que se organiza todos los meses. Ven a cenar primero y luego iremos todos juntos.

Tanta solicitud dejó a Morgan un punto perplejo.

—No. Denizil, muchas gracias. Muy amable de tu parte; pero esta noche tengo un compromiso —pasar la velada con Jones y su mujer era precisamente lo que menos le apetecía en ese momento. Sin embargo, ¿a qué se debería tanta amabilidad?

—Como quieras; pero no trabajes tanto —le encareció Jones—. Deja que lo haga el nuevo. Estará aquí la semana que viene.

Morgan estaba sentado en la mesa de su despacho contemplando el panorama familiar de Nkongsamba. El sol se filtraba a través de una niebla polvorienta, y las colinas lejanas se veían difuminadas en el horizonte como una aguatina. Había visitado el inodoro dos veces, sin notar efecto secundario alguno o recrudecimiento de los síntomas, y algunos de sus temores estaban empezando a ceder terreno. Tal vez las suposiciones de Murray eran fundadas: se trataba simplemente de una horrible coincidencia, el clima, su vida sexual, una malfunción pasajera de su metabolismo. Solo Dios sabía. De todos modos, era algo relativamente corriente en este lugar. Decidió cuidarse un poco más a partir de ese momento. Esa noche la pasaría tranquilamente en casa, reposando: empezaría una novela y pediría a Moses que le preparara una de sus especialidades. Como se sentía un poco mejor, se permitió una sonrisa irónica al pensar en lo cortado que había estado en la consulta de Murray. Era un hombre increíble, pensó: imposible descubrir en él el mínimo rastro de calor humano; dirigía la clínica como si se tratara de una fábrica o un cuartel.

Sonó el teléfono de la mesa de su despacho. Descolgó.

—Leafy —dijo.

—Morgie —exclamó una voz conocida. Era Priscilla, naturalmente—. Estoy de vuelta —le informó.

—Maravilloso. ¿Cuándo has llegado? —sintió un ramalazo de alegría pasajera. Esto era lo que necesitaba después de tanto susto a lo largo de la jomada.

—Anoche, bastante tarde. Lo hemos pasado muy bien.

—Estupendo —para su gran sorpresa y fastidio notó que no sabía qué decirle en ese momento.

—Te habría telefoneado antes, pero he estado en el club con mamá. Hemos almorzado allí.

—Vaya, vaya —observó Morgan. Su alarma no hacía más que crecer por momentos. Es absurdo no saber qué decir a la chica que se ama, pensó.

—Morgie, esta noche organizan un baile allí.

A Morgan le disgustó que siguiera llamándolo así.

—Ah, sí, ya sé.

—Pero... ¿es que te pasa hoy algo? —dijo ella con tono inquieto—. Anda, ánimo. Será divertido.

—¿Qué? Ah, sí, claro, si te hace ilusión. Por supuesto.

Hizo una pausa. Pero ¿qué le pasaba hoy en realidad?

—No me hagas mucho caso, Priscilla. Estoy algo distraído. Sin duda el exceso de trabajo.

—Pasas a buscarme hacia las ocho. ¿O. K.?

—Pues claro. En punto. Ah, estoy deseando verte —añadió con un formalismo rayano en lo grotesco.

—Yo también. ¿Me echaste de menos?

—¿Cómo?

—Que si me has echado de menos, so bobote.

—Oh, terriblemente.

—Bueno, eso está mejor. Hasta la noche.

Morgan colgó. Se sintió presa de una enorme sensación de cansancio, y se dio cuenta de que, en realidad, no le apetecía salir esta noche. Y, lo que era todavía más inquietante, no le apetecía en concreto pasar la velada con Priscilla.

Capítulo 9

Priscilla llevaba un vestido nuevo o, al menos, uno que Morgan no le había visto nunca puesto. Un corpiño blanco con tirantes finos anudados en los hombros, cinturón de plástico rojo y falda azul marino. Su bronceado había aumentado considerablemente como resultado de los días pasados en la costa, y todo su cuerpo rebosaba salud y energía como el de una vendedora de feria internacional o una azafata de líneas aéreas. El lápiz de labios que gastaba esta noche era también rosanaranja y la sombra de ojos, azul cielo. Tenía la frente y las mejillas todavía rojas del sol de la playa y la nariz se le estaba pelando ligeramente.

—Tienes un aspecto estupendo —dijo Morgan, con un jerez en la mano.

—¿Verdad que sí? —canturreó ella, volviéndose hacia Mrs. Fanshawe en busca de confirmación.

—Siempre le ha gustado ir bien vestida, incluso cuando era muy pequeña —declaró Mrs. Fanshawe con orgullo—. Recuerdo una vez en que iba en su cochecito...

—Oh, mamá —la interrumpió Priscilla, riendo—, por favor: no cuentes de nuevo esa anécdota. Estoy segura de que no le interesa a Morgie en absoluto.

Hubo una explosión general de risitas tontas y entrecortadas. «Morgie» bebió un trago de jerez y colocó el vaso encima de la mesa que había junto a su butaca mientras Mrs. Fanshawe refería con pelos y señales el resto de la historieta. Por primera vez sintió que los padres de Priscilla lo miraban como a un pretendiente potencial, sensación que vino acompañada de su carga respectiva de emociones contradictorias. Se quedó mirando a Mrs. Fanshawe: los dientes clavados en la boquilla negra, de la que salía un remolino de humo; la cara ancha y pálida bajo el pelo azabache; la inmensa proa que formaba su pecho. Intentó imaginarla charlando con su madre y con Reg el día de la boda y se le revolvieron las tripas. Chloe Fanshawe sería su suegra... De repente decidió interrumpir esta serie de pensamientos.

—Qué, ¿nos vamos ya? —preguntó con sonrisa nerviosa.

Priscilla subió a su cuarto a coger el bolso, y Morgan se quedó solo en el centro de la habitación, como un esclavo en venta, consciente de nuevo de la mirada crítica de los Fanshawe.

—Priscilla lo pasó muy bien el día en que fue de pesca —dijo Fanshawe—. Parece un sitio fabuloso. A ver si me lleva a mí también algún día, Morgan.

Oh, no, pensó Morgan.

—Con mucho gusto —dijo.

Notó cómo la telaraña familiar lo iba envolviendo de manera lenta, pero inexorable. Esto no debería disgustarme, pensó; y decidió sentirse contento. En esto llegó Priscilla, y los Fanshawe salieron a despedirlos a la escalinata.

—¡A divertirse, pareja! —les cacareó Mrs. Fanshawe en el momento en que se disponían a subir al coche.

Llegados al club, Morgan y Priscilla se besaron con moderación durante unos instantes en el *parking*. Luego ella le echó los brazos al cuello y lo estrechó contra sí.

—Te he echado mucho de menos —dijo—. Mamá y yo hemos hablado mucho de ti durante nuestra estancia en casa de los Wagner.

—¿Ah, sí? —contestó Morgan, sin saber qué decir.

—¿Sabes? Los dos te estiman bastante.

—¿Los Wagner? Pero... ¡Si no los he visto más que una vez!

—No, hombre —exclamó ella golpeándole en el costado—; papá y mamá, so bobo.

—¿De veras? —dijo Morgan lleno de asombro, que intentó ocultar inmediatamente con un «Naturalmente, yo también los estimo muchísimo», maravillándose a la vez de su gran habilidad para meter bolas sin tartamudear... Las cosas están avanzando con extraordinaria facilidad, observó para sus adentros. Tal vez esta noche lo pasaría bien, después de todo. Besó otra vez a Priscilla a fin de recordar la razón por la que estaba haciendo estas falsas protestas de afecto. Posó la

mano en su rodilla y la fue deslizando en sentido ascendente hasta tropezar con sus bragas de algodón. Para su gran extrañeza, no se produjo el habitual manotazo de censura; antes bien, ella le puso a su vez la mano en la rabadilla. Se desenlazarón; los ojos de ella brillaban de gustillo. Morgan sintió en su pecho la habitual sensación de sofoco; era como si le metieran a uno en los pulmones una libra de guata. Esta velada estaba tomando un cariz increíblemente amable y fácil. Esta noche podría perfectamente ser la noche.

Penetraron cogidos del brazo en el club, donde ya había gente bailando. Era el día del baile mensual. Se organizaba con la finalidad de atraer a más gente, imprimir un poco de animación a la vida social de Nkongsamba, por lo general algo aburrida, y hacer que funcionara a pleno rendimiento el bar y el restaurante. A veces se contrataba una orquesta, pero esta noche Morgan constató que se bailaba a base de discos exclusivamente. Se había despejado la zona del gran *hall*: las sillas estaban colocadas junto a la pared, y las lámparas del techo, apagadas. Se habían dispuesto las butacas por grupos reducidos alrededor de mesas pequeñas, sobre las que ardían velas embocadas en viejas botellas de Chianti. Un hombre joven —director del Barklay's Bank de Nkongsamba y secretario del club— se hallaba sentado detrás de la mesa del tocadiscos, flanqueado por dos grandes altavoces; parecía muy atareado, buscando un disco en concreto. En ese momento estaba sonando un tema indeterminado de *jazz*, con predominio del clarinete. Morgan halló la música un tanto melancólica. En los sillones estaban sentadas algunas personas, y sobre la pista de madera bailaban tres parejas, produciendo un ligero traqueteo parecido al de unas lejanas castañuelas. La zona de la barra parecía más animada, frecuentada por gente un poquito mejor vestida que de ordinario —una corbata acá, un toque de maquillaje allá, un collar de perlas acullá—; pero el ambiente general no difería demasiado del habitual. Esto no sorprendió particularmente a Morgan; el baile del mes, a pesar de sus pretensiones, nunca había interesado gran cosa a la crema de Nkongsamba. Por su parte, Priscilla parecía muy decepcionada.

—Pensé que habría orquesta —dijo con tono apagado.

—Bueno, a veces sí la hay —contestó Morgan a modo de disculpa.

—Pero si no han hecho nada por animar el ambiente —siguió protestando—. Mejor que esto, cualquier fiesta en una casa particular.

Morgan no tuvo más remedio que convenir con ella. Según él, la culpa la tenía sobre todo el poco imaginativo secretario, el cual, como para confirmar este adverso comentario, cambió el *jazz* que estaba sonando por un chachachá, con lo que consiguió dejar vacía la pista.

—Habrás más ambiente cuando se acerquen las Navidades —dijo Morgan a modo de consolación—. Te lo prometo. En fin, vamos a tomar algo.

Morgan y Priscilla estaban bailando. Se movían despacio, bien agarrados, al compás

de las notas de *Yesterday, love was such an easy game to play*. Morgan tenía la cabeza inclinada sobre la de Priscilla. Podía oler perfectamente la limpieza de su cabello, liso, brillante, fino. Le pareció —sin duda exageraba un poco— el símbolo de todo lo que la vida le iba a deparar en breve. Aplicó su erección contra el vientre de Priscilla y bajó la cabeza para besarle uno de los hombros. Ella le echó los brazos al cuello y lo estrechó con renovada fuerza. Su imagen de estrecha se estaba haciendo añicos por momentos, constató Morgan: sin duda echaba desesperadamente de menos a su ligue del lejano Oriente. Se había metido en el cuerpo dos *whiskies* dobles y había flirteado bastante, de lo que él había sacado buen partido. Morgan miró de reojo su reloj: las diez menos veinte; llevaban aquí algo más de una hora.

Poco después de llegar, Jones y su mujer los habían abordado en la barra. El galés se había extrañado bastante de encontrarle allí después de rechazar su invitación, y aceptó las disculpas con muy mala cara. Será imbécil..., masculló Morgan mientras se balanceaba suavemente con Priscilla en los brazos. No sé cómo sigue extrañándose de que la gente se niegue sistemáticamente a ir a cenar a su casa: la corta mental de su mujer, sus folloneras hijitas que se despiertan siempre, lo rematadamente mal que se come... Pobre Jones, pensó; pobre gilipollas de Jones. El inepto pinchadiscos volvió a demostrar su nulo olfato poniendo de repente un *rock and roll* ensordecedor, con lo que la pista se quedó nuevamente vacía. Morgan y Priscilla permanecieron un momento indecisos entre la pista y la barra. Priscilla parecía haberse despertado hacia poco.

—¿Bebemos algo? —sugirió Morgan.

—¿Por qué no vamos a... otra parte? —contra sugirió ella—. ¿Te importa esperar un minuto? Voy al servicio.

Morgan dijo que no le importaba en absoluto. La miró detenidamente mientras se alejaba: sus firmes pantorrillas, su palpitante trasero aprisionado por la falda azul. Notó que el corazón le latía más deprisa. Su casa estaba lista: había suficiente comida y bebida, en caso de necesidad; afortunadamente, las sábanas habían sido cambiadas el día anterior. Todo estaba en orden; salvo... su persona propiamente tal, recapacitó, presa de un inoportuno remordimiento al acordarse de su visita matinal a la clínica de Murray y de la horrible enfermedad que este había mencionado: una cosa llamada no gonococal. Pero no, no podía ser, intentó persuadirse. ¿No había suspendido su veredicto el propio Murray? Además, habían cesado los dolores agudos y no había vuelto a supurar esa asquerosa sustancia. No debería haber problemas mayores; la cosa no había pasado de una espantosa coincidencia. Sin embargo, para quedarse más tranquilo, decidió ir a mirarse una última vez. Tarareando el tema del *rock and roll*, que seguía manteniendo la pista limpia de gente, esquivó el pelotón arremolinado en torno a la barra y se dirigió con paso desenvuelto a los aseos.

Llegado al urinario, hizo pis sin notar el mínimo escozor. Esbozó una sonrisa de satisfacción. Había cumplido con su deber hasta el último momento; así que no podía ser acusado por ningún tipo de instancia moral. Había hecho todo lo que se podía

exigir —razonablemente— a un hombre que va a acostarse con la mujer que ama. Se subió la cremallera y se lavó las manos. Permaneció unos instantes delante del espejo contemplando su imagen; se enderezó la corbata y se pasó, con precaución, la mano por el pelo. Pensó, fugazmente, en dejarse bigote; uno de esos mostachos que estaban de moda: probablemente le sentaría bien. «Coqueto», recriminó con regodeo a su doble del espejo, y se dio media vuelta.

Salió al oscuro pasillo y se tropezó con alguien. Hubo un mutuo intercambio de disculpas. Morgan reconoció el acento de Murray antes de distinguir sus rasgos. No perdió, sin embargo, el buen humor: en su benevolencia de esta noche no cabía la acepción de personas; así pues, le dijo en tono amable:

—Hola, buenas noches, doctor. Qué, a bailar un poquito, ¿eh?

Murray no contestó en seguida.

—No —dijo finalmente, pensativo, como si estuviera intentando recordar algo—. A la biblioteca.

—Bueno, a decir verdad, nunca le creí demasiado bailarín, doctor —observó jocosamente, como celebrando lo que él interpretó como los primeros signos de confusión en el rostro de Murray—. En fin, le deseo muy buenas noches —concluyó alegremente a modo de despedida.

—Mr. Leafy —le llamó Murray—. Supongo que es mejor que le hable ahora de ello. Ya hemos obtenido los resultados de los análisis en cuestión. Siento tener que decir que me equivoqué en mis primeras apreciaciones —miró furtivamente hacia atrás para asegurarse de que nadie los oía—. Acerca de la toxemia no gonococal.

—Ah, ah —entonó Morgan triunfalmente—. Es lo que yo sospeché también. Por cierto, he dejado de notar esos síntomas. Todo va sobre ruedas; nunca me he sentido tan bien. Pero no se preocupe, doctor —apostilló con cierto descaro—. Todo nos podemos equivocar.

—Pues... como le estaba diciendo —prosiguió Murray—, siento comunicarle que no es no gonococal.

—¿Cómo? No entiendo... —dijo Morgan con voz entrecortada, sobrecogido de golpe por un punzante sentimiento de incertidumbre—. ¿Qué quiere decir exactamente?

—Que es gonococal. Lo lamento mucho, pero tiene usted gonorrea, Mr. Leafy. No hay por qué alarmarse, pero se trata efectivamente de gonorrea.

Al bajar Priscilla del aseo de señoras, notó el aspecto congestionado de Morgan y le preguntó si se sentía bien.

—Hace un poco de calor —contestó, presa todavía del pasmo. En efecto, creía que le iba a estallar la cabeza de un momento a otro, dinamitada por la fatal noticia que acababa de oír. Ante la histeria que sus palabras habían desencadenado en Morgan, Murray intentó calmarle repitiéndole que no había motivos para alarmarse y

que fuera a verle a la clínica al día siguiente, tal y como estaba planeado.

—En su lugar, yo no bebería más esta noche, *Mr. Leafy* —añadió—. Que la abstinencia sea su guía durante una temporada.

Morgan se sentía desgarrado interiormente, como un Salomón incapaz de dirimir un juicio inextricable, pero sin la asistencia sobrenatural del rey judío. Por una parte, estaba el diagnóstico abominable y, por la otra, la papeleta que le quedaba por resolver con Priscilla. Los instantes que pasó, inmovilizado, esperando que reapareciera estuvo preguntándose de manera insistente: «¿Y qué voy a hacer ahora?». Consiguió mantener viva la conversación de alguna manera mientras se dirigían al coche; una vez dentro, Priscilla se le abalanzó y buscó con avidez su boca, propinándole unos mordiscos un tanto dolorosos. Él procuró responder a su efusividad de la mejor manera que pudo, angustiosamente consciente de su completa detumescencia. Dios mío, gritó para sus adentros, si me habré vuelto impotente... Pensó en las legiones de bacilos que en ese momento estarían enseñoreándose de su cuerpo, en busca de los vivaques más confortables. Además, se preguntó desconsoladamente, ¿qué es exactamente lo que ocurre cuando se tiene gonorrea? ¿Se te cae a trozos la nariz? ¿O te vuelves loco? ¿O se te hinchan los cojones como calabazas? Por un momento creyó que sus pupilas iban a ceder a un aluvión de lágrimas de frustración y amargura.

—Morgie, no me estás escuchando —se quejó Priscilla con tonillo petulante.

—¿Cómo? Eh... perdona, querida —dijo él con una sonrisa de demente—. ¿Qué me decías?

—Que qué hacemos ahora.

—¿Te acompaño a casa? —dijo él con la mente en blanco.

—¡Morgie! —exclamó ella—. Eso no tiene ninguna gracia.

—Ay, es verdad, perdóname —volvió a excusarse—. Estaba en babia. No sé qué mosca me ha picado.

La besó distraídamente. Pasara lo que pasara, ella no debía enterarse.

—Por qué no vamos a mi casa... —le sugirió, convencido de que era eso lo que ella quería. Así gana tiempo, pensó; a ver si logro calmarme y encuentro alguna salida a este horrible dilema.

Salieron del *parking* del club y atravesaron a toda pastilla los barrios sórdidos de Nkongsamba, las luminosas fogatas, las calles animadas de gente. Los faros de los coches le deslumbraban los ojos, y los bocinazos y las autorradios le ensordecían los oídos. África infernal. Imaginó a una horda de diablos del Bosco, armados de largas pinzas y de puntiagudos tridentes, afanada en arrancarle los genitales.

Priscilla abrió la ventanilla y apoyó la cabeza sobre el respaldo. Con la mayor naturalidad posó una mano sobre el muslo de Morgan.

—Qué barbaridad —rio ahogadamente—. He bebido demasiado. Cuando cierro los ojos tengo la sensación de estar en una montaña rusa.

Morgan no hizo ningún comentario. A medida que iba recuperando las facultades

de discernimiento, resonaba con más fuerza en su interior una martilleante pregunta. Pero, si lo que tengo es de verdad gonorrea, ¿dónde la he cogido, cielo santo? Solo había una respuesta —él lo sabía perfectamente—, que se podía escribir con gigantescas letras de neón visibles a diez kilómetros de distancia: HAZEL. ¡Hazel! ¡La furcia, la zorra, la muy puta! Era ella —junto con sus amigos macarras— quien se lo había contagiado.

Durante el acelerado trayecto en dirección norte, Morgan estuvo rumiando las torturas inconfesables que infligiría personalmente, con regodeo sádico, al cuerpo corrupto de Hazel, pero, al notar que se acercaban a la casa, volvieron a asaltarle las preocupaciones más inmediatas. Mientras enfilaba el camino de entrada y aparcaba el coche en el garaje, se le presentaron tres opciones, que acabó sucesivamente descartando. La primera: serle franco, confiarle la verdad, o al menos aquellos particulares que fueran realmente necesarios. Pero no, es imposible, recapacitó inmediatamente después. ¿Qué ocurriría si llegara la noticia a oídos de Mrs. Fanshawe? Pues que se esfumaría al instante toda esperanza de matrimonio: en el universo mental de esta mujer no tenían cabida las enfermedades venéreas.

La segunda: obviar el problema y seguir adelante como si nada hubiera ocurrido. Casi se mareó al ponderar las posibles consecuencias de esta segunda alternativa. Transmitiría la enfermedad a Priscilla, es decir, a su futura esposa, y luego... Prefirió no seguir abundando en esta línea.

La tercera: mentir (su viejo amigo el embuste, con sus dos bastardos, la evasiva y el disimulo, por poco plausibles que pudieran parecer). Se dio cuenta ahora de que su única esperanza consistía en evitar ir a la cama con Priscilla... De repente, víctima de una especie de delirio mental, pensó en la oportunidad de autoinfligirse una herida: hacerse un tajo en la mano mientras preparaba unos sándwiches, o tropezar al volver a casa y abrirse la cabeza contra el escalón de la puerta. Pero no; sabía que le faltaban agallas para llevarlo a cabo. Tal vez podría simular otras indisposiciones más simpáticas, como la epilepsia, la hidropesía o la enfermedad del sueño...

—Venga, hombre, espabila, que estás alelao —exclamó Priscilla con voz un tanto pastosa—. Supongo que no nos vamos a quedar aquí toda la noche.

Morgan bajó del coche y avanzó hacia la casa con el brazo echado sobre el hombro de Priscilla. Ella se acurrucó contra él, y en esta posición incómoda llegaron hasta la puerta.

Quince minutos después, Morgan consiguió liberarse del abrazo de Priscilla y, con paso torpe, se dirigió hacia el mueble-bar de ruedas, del que se sirvió, saltándose a la torera las recomendaciones de Murray, un buen lingotazo de *whisky*. Esperaba que el alcohol le inspiraría un poco y daría verosimilitud al cuento que iba a inventarse. Barajó la posibilidad de emborracharse hasta perder el conocimiento; pero luego se dio cuenta de que esto no haría más que atrasar inútilmente el *momentum veritatis*. Al día siguiente el problema seguiría en pie; además, el comportamiento de Priscilla mostraba a las claras que tenía ganas de acostarse con él y, si no lo conseguía

aquella noche a causa de la borrachera intencionada, era evidente que volvería a la carga en la primera ocasión que se le presentara. Después de todo, no se trataba de un ligue pasajero, y nadie sabía cuántas veces tendría que seguir absteniéndose. «Que la abstinencia sea su guía y consejera», le había dicho Murray con el tono particular que le caracterizaba, como una sibila de mal agüero o una vieja profetisa en una tragedia de contenido moral. Al recordar estas palabras visualizó los rasgos de Murray: los ojos azules austeros, acento severo. Morgan se sintió delirar de odio hacia su persona: Todo es culpa suya, lo maldijo obstinadamente; su intervención lo había colocado en esta situación abominable, de una ironía desgarradora. Había deseado pasarse por la piedra a Priscilla desde que la viera bajar del avión, y ahora que ella lo alentaba en este sentido, él se echaba atrás.

—¿Qué estás haciendo, Morgie? —la oyó impacientarse. Morgan detestaba el efecto que producía en ella el alcohol: le daba un aspecto de zalamera, de mosquita muerta lúbrica, de aprendiz de puta.

—Nada, querida —posó el vaso y se dio media vuelta. Ella se había levantado del sofá: tenía la boca escoriada de tanto besuqueo y el vestido arrugado. Extendió los brazos hacia él. De mala gana, Morgan cobijó sus manos entre las suyas. Ella tiró de él en dirección del dormitorio.

—Vamos, Morgie.

Él respondió con un suave freno a su presión. Quería que pasara más tiempo a ver si el alcohol empapaba por completo su ser.

—Querida —empezó, procurando modular la voz con una sabia combinación de pesar, prudencia y continencia moral—. Creo que... En fin... Que deberíamos quedarnos en esta...

Simultáneamente se esforzó por transmitir con los rasgos de la cara una amalgama complementaria de amor, respeto y sinceridad. Pero en determinado punto su concepción de las expresiones faciales y orales se negó a coincidir con la de Priscilla, en cuyo rostro se enseñoreó una mirada traviesa y divertida. Morgan contempló esta metamorfosis con el horror de un científico que observa los primeros signos de vida en un monstruo creado por accidente.

—¿Quedarnos en esta... habitación? ¿Aquí, por el suelo? ¡Oh, Morgie!

Ante los ojos incrédulos de Morgan, Priscilla volvió al sofá, y con bríos de vándalo, arrojó los almohadones al suelo y luego los fue amontonando a modo de harén improvisado. Apagó rápidamente todas las luces, menos una, sin oír —tal era su excitación— las repetidas súplicas de Morgan:

—Priscilla, espera... Por favor, no. Quise decir...

Se quitó los zapatos de un par de patadas y se dejó caer sobre la pila de cojines; se despezó sensualmente como una estrella de cine y balbució con risa entrecortada:

—Vamos, Morgan. No hagas esperar a una señorita.

Morgan sintió que no podía seguir aguantando por más tiempo. Pero ¿qué mosca le había picado? Siempre la había creído en el fondo un si es no es liviana —ella

misma lo había dejado entender—; pero solo la bebida podía haberla convertido en semejante parodia de una vamp hollywoodiense. Por supuesto, pensó, acordándose de Olokomeji, no le faltaban motivos para creerlo fácilmente entusiasmable por este tipo de juegucitos eróticos. Ahogó un gemido, al tiempo que miraba con ojos desorbitados las reproducciones de la galería Médicis que había en la pared como si esperara encontrar en ellas una clave para salir del atolladero. Perplejo, volvió a posar los ojos sobre Priscilla y estuvo a punto de soltar un grito al descubrir su decidida intención de quitarse las bragas: se las fue bajando con parsimonia, sacó los pies por arriba y se las arrojó alegremente a la cara.

Se le quedó mirando fijamente con ojos vidriosos y risueños. Luego se levantó y desató los nudos de su vestido. Cayó la parte delantera, revelando un sujetador de encaje sin tirantes que sostenía—inútilmente— sus pequeños pechos. Morgan permaneció boquiabierto mientras ella, redondeando los omoplatos y mordisqueándose el labio inferior con exagerada concentración, se afanaba por desabrocharse la hebilla trasera. El sujetador cayó al suelo, y Morgan pudo ver por unos instantes los pezones sonrosados de Priscilla antes de llevar a cabo, con frenética espontaneidad, lo único que se le ocurrió en ese momento: lanzarse a sus pies y colocar nuevamente el sujetador en su sitio, como un reformador puritano en una comedia burlesca.

—¡No! —exclamó jadeando—. Por lo que más quieras, no sigas, Priscilla, por favor.

Por un momento los ojos de Priscilla se llenaron de extrañeza, pero inmediatamente después volvió a sus risitas de beoda, completamente entusiasmada por el juego. Morgan, consternado, vio cómo ella lograba liberarse de él y luego, con uno de los pechos bamboleándose fuera de la cazoleta, le metía mano por la entrepierna.

—¡No! —volvió a gritar Morgan intentando alejarla de sí con una mano y, con la otra, colocarle de nuevo el sujetador en cualquier parte por encima de la cintura. Como consecuencia de la trifulca, el vestido de Priscilla se le había levantado por encima de las caderas; Morgan obtuvo una visión-relámpago de su triángulo negro, antes de volver al ataque y, con la mano que le quedaba libre, intentar bajarle la falda y cubrir su desnudez. No hallando ahora ningún obstáculo, los dedos de Priscilla se apoderaron de la bragueta de Morgan, y, antes de que este se diera cuenta, le bajó la cremallera e introdujo la mano derecha en sus partes íntimas. Morgan sintió primero cómo le arañaba la parte superior del muslo y le introducía luego los dedos en los calzoncillos y le agarraba el órgano infectado.

—¡No lo toques! —exclamó a voz en grito, como quien se dirige a un niño que está a punto de acariciar a una víbora. Se puso en pie de un salto y fue retrocediendo hacia la pared, a la que quedó pegado unos instantes mientras buscaba a tientas la llave de la luz. Encendió y, jadeando como un galgo, permaneció inmóvil junto a la puerta de la veranda.

Los ojos de Priscilla quedaron momentáneamente deslumbrados por el chorro de luz que proyectaban las dos lámparas del techo; estuvo un buen rato mirando aturdidamente a su alrededor hasta que, paulatinamente, empezó a hacerse cargo de su situación: en su cerebro empapado de alcohol se abrió paso, por fin —el convencimiento— de que en realidad no había habido juego alguno; de que, después de todo, en ningún momento había habido motivos para reírse.

Morgan la contemplaba con la expresión horrorizada de quien tiene ante sus ojos a un cadáver sanguinolento: el vestido hecho una pelota sobre el vientre, el sujetador cogido entre dos almohadones, sus pequeños pechos sonrosados palpitando todavía del esfuerzo realizado. Vio cómo se restregaba lentamente los ojos con el revés de la mano, como si estuviera despertando de un sueño profundo. Con un gesto torpe, humilde casi, se bajó la falda hasta las rodillas y se cubrió los pechos con los brazos.

—Hijo de puta —le dijo con voz suave, y luego, de repente, recogió rápidamente el sujetador y los zapatos, pasó encorvada por delante de él, enfiló el corredor y se dirigió a toda velocidad hacia el cuarto de baño. Morgan bajó la cabeza, avergonzado y descorazonado. Sentía en carne propia la humillación de Priscilla: su abandono voluptuoso en el suelo, su turbación retrospectiva, el brutal y abominable chorro de luz, él mirándola de pie con cara de espanto. Pero también presintió, de manera instintiva y con la fatal certidumbre que presta la experiencia, que, al menos de cara a la galería, esa situación duraría poquísimos tiempo. Los mecanismos de autodefensa de la psique humana no tardarían nada en ponerse en marcha, velando la verdad, redistribuyendo la vergüenza, adjudicando nuevas culpabilidades y cargando toda la deshonra sobre las espaldas de él, lo que —Morgan no tuvo más remedio que reconocer— era justo que así fuera.

De manera maquinal volvió a colocar en el sofá los cojines desperdigados. Sintió ganas de ponerse a gimotear como un niño, de gritar su frustración al mundo entero; pero se limitó a beber más *whisky* y a esperar sentado la reaparición de Priscilla.

Poco después oyó cómo sus zapatos de tacón aporreaban el piso de cemento del pasillo; como había sospechado, la persona de Priscilla había sufrido durante esos instantes una transformación más importante que la del simple maquillaje. Con gran pesadumbre e inquietud, notó en su rostro un esbozo de sonrisa glacial.

—¿Me puedes llevar a casa, por favor? —le dijo como quien se dirige a un taxista.

Salieron hacia el garaje sin intercambiar palabra. Morgan no sabía qué decirle para evitar que el daño fuera irreparable. Priscilla entró en el coche y se sentó con actitud digna.

—Priscilla —empezó Morgan—, puedo explicártelo todo. Verás; he creído que sería mejor el no...

—Quie-ro-ir-a-ca-sa.

No se percibía ningún rastro de abatimiento en su voz; tan solo frialdad, odio calculado. Arrancó el coche y lo sacó del garaje. Durante todo el trayecto reinó entre

los dos el más absoluto silencio.

Según iban pasando los kilómetros, Morgan veía cómo se desmoronaba su futuro, como una embarcación fatal e irremisiblemente alcanzada por un torpedo. En ese momento, tan solo las arrugas en el vestido de Priscilla, cual un ligero chapoteo en el agua, indicaban que había existido intimidad entre los dos. Pero esas arrugas también se habrían planchado al día siguiente, y sería como si nada hubiera ocurrido. A Morgan le costaba trabajo pensar que un futuro tan prometedor —tan a la mano— pudiera venirse abajo con esa rapidez; que todas las insinuaciones y palabras de amor —los momentos de pasión, sus sueños tan perfectamente realizables— pudieran borrarse de una manera tan abrupta y definitiva. Pero el ambiente ártico que reinaba en el coche no dejaba lugar a dudas.

Paró frente a la casa de los Fanshawe.

—Priscilla —le dijo inmediatamente con tono de súplica—, créeme, querida, de verdad que te puedo explicar todo. Por favor, no vayas a creer que porque no he...

Ella se volvió hacia él y le miró a la cara.

—Los hombres como tú me dan pena —dijo con voz a la vez sosegada y emponzoñada—. No entiendo cómo no me di cuenta de ello al principio. Es tan evidente. No sois más que unos pobres tipejos, con vuestras frases rimbombantes y vuestro machismo a flor de piel. Dais una impresión realmente lamentable. No te guardo rencor, Morgan; simplemente me das lástima.

Al escuchar estas palabras, Morgan se dio cuenta de que sus últimas esperanzas habían ahuecado el ala y caído en picado en un clamoroso vacío. Le acongojaba sobre todo la manera como ella había interpretado su conducta: creía que él se había rajado, que no tenía lo que tienen los hombres, y esto era lo último en el mundo que él estaba dispuesto a soportar. Tal vez haya pensado ella, había supuesto él, que soy demasiado romántico para permitir que su amor se mancillara con un acto de fornicación; pero ahora se daba cuenta de lo fútil de tal suposición. Los achuchones que había infligido a Priscilla a orillas del Olokomeji descalificaban de antemano cualquier intento de asociar su persona a posibles ideales de caballeridad y amor platónico. Presa de una repentina sensación de náusea vio con claridad cuán pertinente era la interpretación que había hecho Priscilla de su conducta. También vio con claridad meridiana que, a pesar de lo que ella le había asegurado, no era lástima lo que sentía hacia él sino odio puro.

Se le encogió el ombligo al ver que Fanshawe había salido a la veranda y les estaba haciendo señas para que entraran.

—Adiós —dijo Priscilla rápidamente, mientras bajaba del coche. Subió la escalinata apresuradamente al encuentro de su padre.

Morgan hizo un saludo formal con la mano y arrancó en seguida para no verlos hablando. Procuró no pensar en lo que le estaría contando Priscilla, en la explicación que le daría sobre su temprano regreso y en su negativa a acompañarla hasta dentro de la casa. Incluyó la cabeza hacia la ventanilla para dejar que la brisa le acariciara la

cara. De todas sus experiencias pasadas no recordaba una noche tan fatídica como la que acababa de vivir; y pensar que, a pesar de todo, había estado a punto de ser una noche perfecta, la base sobre la que se iba a levantar el futuro que se había trazado...

En un arrebato de esperanza, pensó que tal vez era todavía posible salvar algo del naufragio general: acaso a fuerza de lamentos y promesas de amor lograra convencerla de la pureza de sus sentimientos y de que no había querido comprometer su futuro de amor con un acto sexual prematuro. Llegó incluso a improvisar en su fuero interno un conato de alegato; pero le pareció poco sólido y no siguió adelante. También vio, con la amarga claridad de la medianoche, que las cosas habían ido demasiado lejos; que, después de lo que había hecho Priscilla —desnudarse ante él en actitud suplicante—, había muy pocas probabilidades de que revisara su versión de los acontecimientos de aquella noche. Morgan se vio condenado a personificar eternamente el papel de matón, víctima de su propia insensatez y fanfarronería: las fraudulentas hazañas del semental local proclamadas a son de trompeta, las inanes y acomplejadas pretensiones de un chulo impotente. Notó que le subían los colores a la cara al visualizar los detalles de este retrato. Ah, si ella supiera de qué era él realmente capaz...; pero su amargura se tornó en vergüenza al verse acogotado por el estereotipo. Qué importa lo que dice la gente. Son las mujeres las que tienen la última palabra. Y él no podía hacer nada para impedirlo.

Al llegar a casa se fue directamente a la cama. Cual Napoleón tras la batalla de Waterloo, solo se detuvo unos instantes a contemplar el escenario de su derrota, y allí, en un rincón de la habitación, descubrió las bragas que le lanzara Priscilla por los aires con ademán provocador. El que hubiera regresado sentada en el coche junto a él, sin bragas, le pareció el colmo de la ironía. Las recogió del suelo, y resistió a la tentación de ponerse a olerías; eran de color blanco con bordillo de encaje azul. Ahora reposaban en el cajón de su mesilla de noche, triste trofeo de lo que podía haber sido. Mientras repasaba masoquistamente la película de aquella noche se le ocurrió que, de no haber encontrado a Murray en el club, de haber decidido no examinarse el pene hasta llegar a casa, no se habría producido la tragedia; al contrario, en ese preciso momento estaría refocilando en la cama con ella. Pero no: las casualidades y circunstancias de su jornada y la de Murray estaban predestinadas, como el *Titanic* y el iceberg, a converger en la puerta del aseo de caballeros en aquel momento fatal con la precisión de un cronómetro. Y qué curioso, siguió pensando con malevolencia, que hubiera ido a toparse precisamente con Murray en persona... Le pareció que este hombre estaba desempeñando en su vida un papel diabólico, fatídico. Su inoportuna aparición lo había despertado bruscamente de ese país de las maravillas en el que había vivido felizmente hasta unos segundos antes; Morgan se preguntó seriamente si podría perdonarle esto alguna vez en la vida. Una parte de su ser admitió a regañadientes que Murray no podía ni sospechar siquiera las consecuencias de su diagnóstico extemporáneo; pero esto no compensaba su detestable aptitud para hacer de convidado de piedra, de odioso catalizador que había

logrado hacer funcionar de nuevo en él su oxidado sistema de valores morales. Pues una cosa era bien cierta: había sido su inclinación a portarse «decentemente» con Priscilla lo que había desencadenado la catástrofe —pero esta certidumbre no le aportó ningún consuelo ni la mínima pizca de satisfacción personal—. Su delicadeza moral, razonó fríamente, le había costado el amor de Priscilla y todas las risueñas ventajas en él incluidas. En un repentino arrebató de inspiración, vio con total claridad la verdadera razón por la que había tanto mal en el mundo: el precio que se pagaba por ser bueno era sencillamente desproporcionado, absurdamente elevado. Y, en su calidad de principal consumidor del producto bondad, el ser humano había decidido no seguir pagando, por su parte, las tarifas en vigor. Se dio media vuelta y arremetió a puñetazos contra la almohada, mientras sus ojos se inundaban de lágrimas de frustración ante su propia debilidad. Sí, concluyó: nadie quiere seguir pagando, a excepción de unos cuantos panolis y gilipollas como yo.

Capítulo 10

Morgan cerró el libro y creyó oír el ruido de su sangre abandonándole el rostro. Se apoyó en la pared y sintió cómo un miedo ciego zarandeaba todo su cuerpo. Con manos temblorosas volvió a colocar en su estante, en la sección medicina, un grueso volumen titulado «Enfermedades sexualmente transmisibles».

Había decidido no ir a trabajar hasta después de su cita con Murray. La dolorosa y agotadora sesión de orinar por la mañana temprano le había recordado su triste situación; además, no tenía ninguna prisa por encontrarse con Fanshawe. Imposible saber qué habría contado Priscilla a sus padres sobre la noche anterior. En consecuencia, y para matar el tiempo, había tomado un largo y moroso desayuno, durante el cual decidió ser brutalmente honrado consigo mismo y mirar la realidad en toda su desnudez. Con este propósito se había dirigido a la biblioteca de la Universidad para ver si lograba hacer luz sobre los particulares del mal que le aquejaba. Estuvo un buen rato merodeando por los estantes de la sección medicina hasta que por fin, y tras asegurarse bien de que nadie le veía, se puso a hojear el libro,

lleno de ilustraciones a todo color, previamente fichado.

Ahora estaba contemplando, con la mirada perdida, la plazoleta inundada de sol del bloque administrativo, visible desde esta parte de la biblioteca. Su cabeza era en ese momento un catálogo vivo, plagado de imágenes espantosas; un almacén repleto de cebollas podridas, tomates reventados, coles rancias, lechugas infestadas de gusanos. Narices ulcerosas, paladares perforados, miembros grotescamente hinchados bailaban delante de sus ojos, como un carnaval organizado para enfermos desahuciados. En sus oídos resonaban algunos de los términos más inmundos y evocadores con que se había topado en su vida: «enjambre de treponemas», «meatus purulentus», «máculas», «pústulas», «trichonomas vaginilus», «granuloma igitinale», «begel», «verrugas venéreas», «candida albicans» —la tétrica y contundente terminología de la medicina.

Maquinalmente, se palpó un punto negro en la nariz, recorrió con la lengua la cavidad de la boca, verificó la flexibilidad de las rótulas. Había encontrado un capítulo entero dedicado a las enfermedades venéreas tropicales. Sus ojos se detuvieron ante palabras como «chancros», «herpes gigante», «lesiones fagedénicas». Se había topado asimismo con unos males extraños llamados «pinta», «yemas de cangrejo», y bastante apropiadamente, «ascos». Mientras leía, presa de una angustia pasmosa, estos epígrafes odiosos, la vista se le había ido nublando y el ojo derecho había contraído un tic pertinaz. ¿Cómo podían existir tales cosas?, se preguntó. ¿Qué circunstancias atroces habían sometido al microscopio del investigador todas estas mutaciones imposibles? ¿Cómo, además, se habían podido transportar de un lugar a otro estos cuerpos friables, supurantes y abotargados? Intentó tragar saliva, con el fin de poner nuevamente en marcha el proceso de sus glándulas desecadas. Echó una rápida ojeada a la generalidad de su cuerpo rechoncho, a la vez que le enviaba mensajes prudentes y accionaba los músculos de pies y manos. Notó cómo pasaba una corriente eléctrica por todas sus neuronas, cómo los vasos capilares irrigaban fielmente sus tejidos contraídos y cómo los tendones y cartílagos cumplían su misión de sostener la armadura de su cuerpo. No me dejes ahora tirado, suplicó en silencio; aguanta un poco más, no te resquebrajes todavía. Prometió a su cuerpo mantenerlo en forma, comer alimentos sanos, tratarlo bien, proteger y mimar cada una de sus partes. Se convertiría en un atleta, se haría adepto de Vega, juró; cualquier cosa con tal de no ser uno de los casos descritos en los libros de medicina. *Cualquier cosa.*

Abatido y atemorizado, entró media hora después en el despacho de Murray. Este levantó los ojos de la mesa y le dio los buenos días. Estaba escribiendo algo en una cuartilla.

—En seguida le atiendo —dijo.

Morgan se preguntó cómo le iba a comunicar la cosa Murray: si lo haría con tacto, de manera progresiva, hasta revelar finalmente el siniestro diagnóstico, o más

bien de sopetón, sin contemplación alguna.

—Hemos realizado un cultivo sobre la muestra que nos dejó —comenzó Murray mientras estampaba su firma en la parte inferior de una cuartilla—. Muchas infecciones urino-genitales resultan ser no gonococales; pero, como le dije ayer, no ha sido ese su caso.

—¿Usted cree...? —Morgan carraspeó para rebajar unos cuantos tonos su voz de falsete—. ¿Cree que es muy grave? Quiero decir, ¿se dispone aquí del material médico apropiado para tratar este tipo de casos? Ya comprende... Es importante para mí saber si tengo que regresar a Inglaterra —tragó saliva—. Y... ¿qué repercusiones tendrá en mi cara y en el resto del cuerpo?

Murray escudriñó los jeroglíficos borrosos de su papel secante. Oh, Jesús bendito, suspiró Morgan para sus adentros, ni siquiera se atreve a mirarme a los ojos...

—Ha estado usted consultando libros de medicina, ¿verdad? —preguntó Murray con tono de resignación.

—¿Consultando qué? ¿Libros? Pues... sí, me parece que he echado un vistazo...

—Deje en mis manos la entera responsabilidad del diagnóstico, Mr. Leafy. Ello le ahorrará bastantes quebraderos de cabeza.

A Morgan le disgustó particularmente el tono paternalista que estaba adoptando Murray.

—Naturalmente se está ansioso... por saber —prosiguió el doctor—. Lo peor, quiero decir.

Luego, mirándole fijamente a la cara, dictaminó:

—Unos cuantos centímetros cúbicos de penicilina, Mr. Leafy, y tres semanas de cuarentena.

—¿Cuarentena? ¿Quiere decir... aislamiento total?

—No. Quiero decir nada de relaciones. Abstinencia completa.

—¿Eso es todo? —inquirió Morgan, sintiendo un alivio repentino, a la vez que la oscura sospecha de estar siendo engañado de alguna manera—. ¿Una inyección y... tres semanas nada más?

Murray alzó las cejas, visiblemente divertido.

—Dos inyecciones más bien, para mayor seguridad. Qué, ¿acaso se esperaba una castración o tener que someterse a baños de azufre?

Morgan se sintió ridículo, sentimiento que iba asociando cada vez más con la persona de Murray.

—En fin —dijo con voz quejumbrosa—, qué sé yo... Uno no está enterado...

—A esto quería llegar —dijo Murray con cierta brusquedad—. Tenemos un promedio diario de tres o cuatro casos de enfermedades venéreas no definidas. Y no todas ellas se dan entre estudiantes y obreros. Inyectamos bastante penicilina a cuadros superiores.

La voz de Murray parecía estudiadamente neutral; pero Morgan tuvo la impresión de estar siendo tratado como un retrasado mental. Ahora que se había alejado el

fantasma de una muerte inminente y a fuego lento, empezó de nuevo a encontrar a Murray particularmente cargante.

—Necesito algunos datos —dijo Murray pluma en ristre—: en primer lugar, el nombre de las personas con las que ha tenido relaciones sexuales estos dos últimos meses.

—¿Es absolutamente necesario?

—Lo exige la ley.

—Ah, entiendo. Pues... solo ha habido una —pronunció el nombre de Hazel con evidente despecho, consciente de lo cerca que había estado de poder sumar un segundo nombre a la lista. Murray preguntó su edad y dirección.

—Y dígame ahora —siguió acosándolo—. ¿Se han entregado usted y su... compañera a prácticas orales o anales?

—¡Santo cielo! —exclamó Morgan, enrojeciendo—. Esto es absurdo. ¿Es que me ha cogido como conejo de Indias? ¿Para qué necesita saber esto?

Los rasgos de Murray se ensombrecieron.

—A ella podrían producirse úlceras orales o anales, Mr. Leafy, si no se la somete a tratamiento.

Morgan tragó saliva y musitó «orales» con un hilillo de voz. Nunca se le había pasado por la cabeza la otra alternativa.

—Muy bien —prosiguió Murray—. Tengo que enviar sus nombres y esta información a la clínica Ademola, en la ciudad. Sería mejor que usted se encargara personalmente de que ella reciba el tratamiento debido; también es preciso dar con sus otros *partenaires* —Murray esbozó al pronunciar estas palabras una risita un punto siniestra.

—No existen tales *partenaires* —exclamó Morgan en tono de protesta, pero sin demasiada convicción. Permaneció pensativo unos instantes.

—Escuche, doctor Murray —dijo finalmente—. ¿Es... indispensable todo esto último a que ha aludido? Quiero decir: ir a la clínica, dar mi nombre... Hay que tener en cuenta el cargo que ostento... Este asunto podría resultar embarazoso. ¿No podríamos por una vez saltarnos la letra pequeña?

—Lo siento, Mr. Leafy —le interrumpió Murray con tono seco—. Para bailar el tango hacen falta dos, como suele decirse; además de que no tiene mucho sentido, en mi opinión, preocuparse por cuestiones de amor propio en las presentes circunstancias. ¿Por qué acepta usted el tratamiento y se lo niega a...?

—De acuerdo, de acuerdo —le cortó Morgan con voz de amargado—. Acepto su razonamiento. Pero concédame, al menos, el que también se la trate a ella aquí. No se preocupe. Yo pagaré lo que haga falta. No me importa en absoluto pagar por ella tarifa de paciente privado.

—No —zanjó Murray—. De ninguna de las maneras —garabateó unas palabras en una cuartilla—. Entregue esto a la hermana de la enfermería. Le pondrá la primera inyección. Vuelva dentro de seis días para la siguiente —avanzó en dirección de la

puerta y la abrió para que saliera Morgan—. Recuerde lo que le he dicho, Mr. Leafy. Nada de relaciones sexuales ni de bebidas alcohólicas durante cuatro semanas.

—¿Cuatro? Creí que había dicho tres —objetó Morgan.

—Creo que en su caso es mejor cuatro.

Una hora después, Morgan se hallaba sentado tranquilamente a la mesa de su despacho; ya serenado, decidió que probablemente era Murray la persona que más había odiado en su vida, y eso que no faltaban pretendientes para ocupar ese puesto. Sin embargo, no logró entender cómo le permitía meterse en él de esa manera. En el fondo no era más que un empleado; un señor temporalmente responsable de su salud y al que en ese momento había acudido a consultar. En el transcurso de la vida ordinaria se topaba uno con un montón de gente odiosa perteneciente a esa categoría —funcionarios, banqueros, guardias urbanos, asistentes de dentista, etcétera—; pero ninguno de esta gente le inspiraba tanta aversión y tanto odio agotador. ¿Qué había en Murray, se preguntó, para desear con tanta fuerza machacarle la cabeza, atropellarlo con el coche, hacerlo picadillo? No era simplemente su persistente falta de amabilidad para con un compatriota, ni su renuencia a reconocer su condición de diplomático, ni finalmente el cínico regusto que parecía experimentar ante su ruina personal; es decir, de Morgan. No. Pensándolo mejor, era más bien su manía en erigirse en juez de los demás —una versión moderna del Catón romano y del Jeremías bíblico—. Era como si estuviera constantemente proclamando a los cuatro vientos: mirad lo miserables, necios y pretenciosos que sois. Esta era sin duda alguna la principal impresión que sacaba de él después de cada entrevista. Pero no había que olvidar otros rasgos importantes: su pelo corto, la sabiduría de su rostro arrugado y bronceado, su manera de vestir impecable, sus aires de diagnosticador infalible y de curador irremplazable. Eso era, pensó Morgan: cuando uno se encontraba con Murray todas las viles cobardías morales que entretejen la vida, todos los rincones oscuros de la conducta, el triste compendio de los actos egoístas, todo ello se alineaba ante la vista de uno como para ser examinado. Pero lo peor, lo realmente irritante era que, una vez provocado este efecto, dejaba ya de preocuparse, se quedaba indiferente ante la magnitud del desastre. Todos encontramos de vez en cuando personas que hacen que nos sintamos como una mierda pinchada en un palo, reconoció Morgan; pero Murray era distinto. Era como el inspector de Sanidad que denuncia la porquería, la mugre y las cagarrutas en la cocina condenada y luego se larga sin explicar la manera de liberarse de todo ello y sin importarle lo más mínimo que se limpie el lugar o no.

Morgan se acercó a la ventana y se quedó un rato contemplando cómo Nkongsamba se tostaba bajo los rayos del sol postmeridiano. Esta vista estaba empezando a cansarle; no le producía ningún alivio, ninguna sensación agradable; no conseguía introducirle en la vida de las cosas, a pesar del tiempo que pasaba mirando.

Le preocupaba el que sus pensamientos giraran exclusivamente en torno a Murray. Tenía pendientes otros muchos problemas importantes que exigían igualmente su atención; a saber, cómo iba a reparar el daño terrible que había sufrido su relación con Priscilla, qué haría respecto a Adekunle y qué tipo de castigo iba a infligir a Hazel.

En cuanto a este último punto Morgan se contentó, tres horas después, con una sonora bofetada; pero, cuando Hazel se desplomó en la cama hecha una Magdalena, sintió remordimiento y le pidió perdón, consolándola luego y cubriéndola de besos. Sin embargo, al reconocer ella que tenía otros tres amantes a tiempo parcial, Morgan sintió nuevamente ganas de golpearla. Durante cinco minutos estuvo paseando sin parar de una parte a otra de la habitación, infestando el aire con palabrotas y amenazas. Luego la llevó en el coche a la clínica Ademola, un edificio feo y maloliente en una calle lateral cerca de la Audiencia territorial. Permanecieron un buen rato sentados en una sala de espera mugrienta, con las paredes cubiertas de grasientas huellas digitales y abarrotada de niños llorando y madres agotadas, hasta que por fin los llamaron a un cuarto pequeño, en el que un médico agobiado de trabajo le hizo una ficha. Hazel dio su nombre y el de sus tres otros amantes con voz tranquila y sin despegar los ojos de sus manos, que se agitaban nerviosamente en su regazo.

—Me parece que usted ya está siendo tratado en la clínica universitaria —dijo el médico levantando la vista hacia Morgan; cosa que este reconoció, a la vez que recapacitaba en lo poco que había tardado Murray en hacer uso del teléfono.

—¿Puedo saber su nombre? —le preguntó el médico. Para sorpresa de Morgan, estaba claro que Murray no le había chivado todo.

—¿Eh? Pues... Jones —dijo Morgan tras unos instantes de rápida reflexión, y mientras propinaba a Hazel un codazo de complicidad—. Denzil Jones. D-e-n-z-i-l. Y mi dirección es...

hacía muy poca gracia. Se había mostrado muy discreto con la familia Fanshawe desde su desastrosa noche con Priscilla, entregándose de lleno a su trabajo, y no las tenía todas consigo en cuanto a la manera como irían a reaccionar en público madre e hija. En cuanto a Fanshawe, se había desplazado a la capital un par de días para preparar la fase final del proyecto Kingpin, con el que todavía seguía ilusionado, y poner al corriente al embajador de la situación de la zona centro-occidental de cara a las próximas elecciones. Por su parte, Morgan había estado muy ocupado elaborando el informe, basado enteramente en una cuidadosa selección de los artículos de periódico del mes anterior y en los chismes cazados al vuelo en el bar del club. Era un informe bastante subjetivo y de difícil verificación, pero lo había salpimentado con una jerga de resonancia oficial, y no se podía negar que parecía un trabajo serio y realizado por un profesional. Le preocupaba un poco su falta de objetividad, pero cada vez creía menos en esta gran palabra, además de que era poco probable que hubiera alguien en la capital que supiera más que él sobre la cuestión.

Reconoció en seguida a Dalmire entre los demás pasajeros y se extrañó de que fuera tan joven. Llevaba un traje de color claro y una camisa azul cielo; pero lo que más le llamó la atención fue su sombrero panamá. No daba muestras en absoluto de acusar el calor, y Morgan pensó que se parecía a un «azafato» de crucero de lujo, muy seguro de sí e investido del don de la ciencia infusa.

—Qué tal —dijo Morgan, yendo hacia él—. Eres Dalmire, ¿verdad? Yo soy Morgan Leafy, el cónsul adjunto.

Dalmire lo miró con una amplia sonrisa y le estrechó la mano con energía.

—Hola, qué tal —contestó—. Me alegra estar aquí. Por cierto, me puedes llamar Dickie.

Su voz era de tenor; su acento, perfecto.

Morgan sintió una curiosa renuencia a llamar a Dalmire con ese nombre familiar; no sabía por qué, pero era como arrojar la toalla antes de iniciarse el combate.

—Vamos a recoger el equipaje —se limitó a decir.

De camino hacia la residencia de la Universidad, Dalmire le participó lo mucho que le agradecía el haber ido a esperarle al aeropuerto en persona, el gusto que sentía por haberle conocido y la ilusión que le hacía el haber sido destinado a un sitio tan apasionante como Nkongsamba.

—Quiero decir, basta con mirar alrededor —dijo señalando unas cuantas chozas endebles y un pequeño rebaño de cabras estacionado junto a un paso a nivel—. Es algo que no se encuentra en ninguna otra parte del mundo. África... El calor... La vida... Todo es tan distinto... Nosotros nunca podremos cambiar nada de esto. En profundidad, claro está.

Morgan miró hacia otra parte para que no se le notara la risa que había aflorado a su rostro. Santo cielo, pensó; ¿de dónde sacan estos ejemplares? Él había divagado también sobre África, lo reconoció; pero solo en Gran Bretaña, antes de emprender el viaje. Sus imágenes coloristas y su curiosidad ilusionada no duraron más de cinco

minutos, derretidas por los rayos inclementes del sol tropical en el breve trayecto entre la escalerilla del avión y las casetas cochambrosas del aeropuerto internacional. Todas sus veleidades literarias tipo «Jock-de-la-sabana», Rider Haggard, «Corazón-del-Problema», o Livingstone-supongo se vinieron abajo con las gotas de sudor de su frente. La ingenuidad de Dalmire era de un material más firme, más resistente: le daba unos quince días.

Morgan acompañó a Dalmire a registrar su nombre en la residencia universitaria y, tras dejar el equipaje y descansar unos minutos, emprendieron rumbo al Consulado. Dalmire no dejaba de hacer preguntas, como un alumno en el primer día de clase, y asentía invariablemente a todas las opiniones que emitía Morgan.

—Fanshawe conoce muy bien el Extremo Oriente, ¿verdad? —preguntó Dalmire.

—Sí —contestó Morgan—. Por eso lo han mandado a África.

—Sí, no deja de parecer un poco extraño —concedió Dalmire, todavía arrobado ante el paisaje que se desplegaba ante sus ojos—. ¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

—Va para tres años.

—Ah, claro; supongo que es por eso por lo que no habrán tenido inconveniente en mandar a Fanshawe aquí: tú conoces bien todos los entresijos.

Morgan volvió la cabeza bruscamente para ver si Dalmire bromeaba; pero no, estaba hablando en serio.

—Tal vez tengas razón —dijo mientras giraba para enfilar el camino de entrada del Consulado.

Media hora después, Morgan se hallaba de pie, con un refresco de naranja en la mano, mirando de reojo a Dalmire, que en ese momento conversaba con Priscilla. El encuentro no había resultado tan mal como había temido: Priscilla lo había saludado con bastante amabilidad —nadie podría haber adivinado lo ocurrido aquella noche—. Fanshawe se había mostrado directo y cordial, y lo había vuelto a presentar a Dalmire, haciendo una serie de comentarios condescendientes, pero halagadores, sobre su valía personal. Solo *Mrs.* Fanshawe se había mostrado claramente distante: al preguntarle si quería un jerez, como de costumbre, había fruncido ligeramente una ceja. Morgan se había esforzado al máximo por sonreír y le había dicho que no, que si no le importaba tomaría una bebida sin alcohol.

—Oh —dijo ella, manifiestamente sorprendida—. ¿No se encuentra bien?

—Oh, no es eso, ja, ja —contestó Morgan seguro de sí mismo—. Una simple molestia intestinal, sin mayor importancia.

La sonrisa glacial con que *Mrs.* Fanshawe le ofreció un refresco de naranja le hizo ver a las claras que no tenía ninguna gana de seguir oyéndolo hablar de sus problemas intestinales. Luego se llevó una gran sorpresa al oír la contestación que dio Dalmire al «¿Jerez para ti, Dickie?» modulado por *Mrs.* Fanshawe:

—Si no le molesta, prefiero un gintonic.

Esto indicaba claramente una cosa, se dijo Morgan con resignación; y era que él

no había sabido integrarse realmente. Durante mucho tiempo había estado tragando aquel jerez horrible por creer, erróneamente, que así les caería mejor. Nunca había pedido otra cosa —excepto hoy, precisamente—, convencido de que sería una falta de educación y de delicadeza; de manera que, en opinión de los Fanshawe, esta era su bebida favorita. Heme aquí víctima de mi propia imbecilidad, reflexionó con tristeza, mientras miraba con envidia los cubitos de hielo que tintineaban en la azulada ginebra de Dalmire. Se sintió deprimido de repente. Fanshawe le estaba soltando un rollo sobre el proyecto Kingpin y lo utilísimos que había sido su informe; pero Morgan no escuchaba. Dalmire estaba hablando ahora con *Mrs.* Fanshawe, haciéndole preguntas inteligentes sobre el mobiliario. Priscilla se les acercó con una bandeja de canapés, y los tres se pusieron a charlar con una naturalidad y una familiaridad que él —lo sintió instintivamente— nunca había conseguido.

Después, al salir a despedirles a la veranda, los Fanshawe decidieron enseñar rápidamente a Dalmire sus macetones de plantas, y Morgan se halló milagrosamente solo con Priscilla.

—Priscilla, respecto de la otra noche... —empezó a hablar con una torpeza de adolescente.

Ella lo cortó, sonriéndole de una manera tan seráfica que Morgan se preguntó si no se habría vuelto loca de repente.

—Morgan —dijo—. No hablemos de ello. Olvidémoslo por completo. Es cierto modo, también yo tengo algo de culpa; así que vamos a hacer como si nunca hubiera ocurrido. ¿O. K.? —hizo una pausa—. Parece simpático, este Dickie.

Morgan no le hizo caso. La esperanza estaba revoloteando en su corazón como una mariposa alrededor de una candela encendida.

—Priscilla, ¿podrías...? ¿Por qué no...? Sí, ¿por qué no nos vemos esta noche? Solo para beber algo y charlar tranquilamente...

La diáfana sonrisa se amparó nuevamente de su rostro.

—¿No has oído lo que te he dicho? —le preguntó con voz paciente—. No ha ocurrido nada, ni nada va a ocurrir. Dejémoslo así. Creo que es mejor. Todo ha sido un error espantoso. Creo que es mejor así.

Morgan bajó la cabeza.

—Sí, claro —dijo—. Por supuesto. Pero yo quería decirte...

Pero no pudo decirle nada más porque en ese momento apareció *Mrs.* Fanshawe, seguida de cerca por Dalmire y Fanshawe.

De regreso a la residencia de la Universidad, Dalmire comentó en tono pensativo:

—Parece una familia muy amable... Sí, muy amable.

—Mmm —fue lo único que contestó Morgan, a la vez que pensaba para sí: no te hagas ilusiones, chaval; no hay nada que rascar. Pero inmediatamente después volvió a ensimismarse en sus pensamientos; en concreto, en el nuevo naufragio de sus esperanzas respecto a Priscilla.

—... Priscilla también.

—¿Qué?

—Estaba diciendo que también me ha gustado su hija. Una chica nada mal — comentó Dalmire con tono de conecedor.

—Sí. Eh... yo he salido con ella unas cuantas veces desde que llegó.

—Oh, perdona... Espero que no hayas pensado... De veras. Yo solo...

—No tiene importancia —dijo Morgan riendo sin mucho convencimiento. Dalmire parecía confundido realmente.

—Es una chica atractiva —siguió Morgan con tono frívolo—. De lo mejor que se encuentra por aquí.

—Lo siento —continuó Dalmire—. Es que... Resulta que se ha ofrecido a enseñarme esta noche el club. Lo último que desearía en este mundo —concluyó caracoleando las manos— es que pensaras que pretendo... lo más mínimo.

Morgan se esforzó por sonreír.

—Me gustaría acompañaros —dijo untando su rostro de indiferencia—, si no fuera por el montón de trabajo que tengo en este momento.

Capítulo 12

Serían las diez y algo de la mañana. Por el cuadrante superior de la ventana se veía un cielo azul ligeramente desteñido. Morgan llevaba en su despacho desde las siete y media. Sonó el teléfono.

—Leafy al habla.

—Mr. Leafy, soy Sam Adekunle.

La sorpresa fue tal que el teléfono estuvo a punto de caérsele de la mano.

—¿Mr. Leafy? —repitió la voz.

—Sí, dígame —exhaló Morgan—. Me alegra tener noticias tuyas. ¿Puedo servirle en algo?

—Sí —admitió Adekunle. Su tono era suave y confidencial—. Se trata de nuestra última conversación. Creo que no estaría de más volver a hablar del tema. No sé si ha captado mi «punto», como dicen ustedes, los ingleses.

Morgan dijo que sí: que estaría encantado de reanudar su conversación.

—Estupendo. ¿Por qué no charlamos, entonces, en mi casa? —sugirió Adekunle

—. ¿Sabe en qué parte del campus universitario se encuentra? Pregunte en la entrada principal. ¿Qué le parece a las tres y media de la tarde?

Morgan dijo que le parecía bien. Colgó el teléfono y permaneció un buen rato meditabundo, devorado por los nervios. Por fin el golpe de suerte que tanto tiempo llevaba esperando. Bueno, calma, muchacho, no olvides que este asunto requiere mucha sangre fría, se aconsejó seguidamente. Fanshawe le había estado echando en cara últimamente la ausencia de resultados palpables en el proyecto Kingpin, y él había logrado contentarlo por el momento con la ingente información recogida sobre el partido de Adekunle. Creía sinceramente que le sobraban méritos para ser nombrado historiador oficial del PNK, tan profundo era su conocimiento sobre los orígenes, número de afiliados y esferas de influencia del mismo. Además, desde que Dalmire se hiciera cargo de la mayor parte del trabajo burocrático, Morgan había dispuesto de tiempo suficiente para ponerse al día en la materia, haciendo acopio incluso de datos irrelevantes. Una cosa estaba clara, sin embargo; y es que la diplomacia británica había acertado en su apuesta inicial por el PNK. Este partido tenía una base manifiestamente liberal-democrática y capitalista, y representaba a una amplia coalición de grupos tribales, en contraste con la limitada base regional del PUPK, el partido en el poder. Que fuera a ganar seguro, eso ya era harina de otro costal. El descontento popular que existía a causa de la corrupción y constantes desfalcos de los políticos había llegado a un punto crítico. Por absurdo que pareciera, Kinyanya se encontraba entre los diez primeros importadores de *champagne* a nivel mundial; la prensa de la oposición no cesaba de azuzar a la plebe empobrecida, ahogada de impuestos y trabas burocráticas, con escandalosos relatos de escapadas de fin de semana a París y Londres, de fiestas mastodónticas a las que se acudía en helicóptero, de aviones de las líneas aéreas nacionales requisados para fines privados, etcétera, etcétera. Morgan guardaba montones de recortes sobre estos abusos. Estaba clarísimo que el PUPK tenía que abandonar el poder; pero no estaba tan claro cuál de los partidos de la oposición lograría los votos suficientes para sustituirle. Estos problemas se dilucidaban en última instancia desde posiciones tribales y teológicas, había acabado concluyendo Morgan, toda vez que la mezcolanza étnica y religiosa vigente en Kinyanya no hacía prever, según sus propias estimaciones, ningún gobierno de mayoría en las urnas. En fin, pensó a modo de conclusión mientras cerraba su preciosa carpeta, puesto en el disparadero de tener que apostar por un partido en concreto, el PNK aparece como el menos malo.

La casa de Adekunle parecía un palacio, si se la comparaba con las demás residencias del campus universitario; sin duda la había construido Ussman Danda, Ltd., pensó Morgan. Era un imponente edificio cuadrado, de dos plantas; bordeando todo el primer piso se extendía una terraza apoyada sobre columnas. A un lado de la casa, un batiburrillo de viviendas funcionales para los criados y, al otro, un garaje con

capacidad para tres coches. Estaba rodeada de un jardín bien cuidado, todo él protegido por una alambrada de cierta altura. Parecía la residencia de un gobernador más que la casa de un profesor de economía política, y Morgan se preguntó cuál sería la opinión de los demás profesores ante tanta ostentación. Dos guardas con uniforme le abrieron la verja; Morgan enfiló el camino de entrada y aparcó junto a la puerta principal. Al enterarse de la llamada telefónica de Adekunle, Fanshawe había dado un salto de alegría, y Morgan se preguntó una vez más si su jefe le había revelado todo lo que se cocía realmente en el proyecto Kingpin. Los pasajes del avión estaban ya listos al parecer —solo pendientes de que se confirmara la fecha—, y al decir de Fanshawe, las camas ya hechas en el Claridge's.

Morgan pulsó el timbre, y un mayordomo vestido de blanco le introdujo en una sala de estar espaciosa, que, al igual que la mayoría de las residencias de Kinyanya, tenía dos aperturas al jardín y a la brisa exterior. El piso era de madera, y el mobiliario ligero, de estilo sueco. Las paredes estaban adornadas de numerosos motivos africanos: máscaras, paneles de bronce martillado, calabazas grabadas... Morgan se preguntó si no era esto obra de Celia, y decidió que sí.

Mrs. Adekunle entró en la habitación.

—Qué tal —dijo—. Sam me ha dicho que vendría usted a casa. Siento decirle que se ha retrasado un poco.

Llevaba un vestido de verano recto, verde claro, sin mangas y con escote en forma de V. Morgan se percató de que era esta la primera vez que la veía vestida a la europea. En medio de la penumbra de la habitación, y resaltado por el color del vestido, su bronceado parecía muy oscuro.

—Ah, ya veo —dijo Morgan—. ¿Puedo esperar aquí?

—Pues claro, cómo no —dijo ella—. ¿Le apetece una taza de té?

Tomaron el té y hablaron un poco de todo.

—Me gusta la casa —exclamó Morgan.

—¿De veras? —dijo ella sin entusiasmo—. En realidad, queremos mudarnos. No soporto las alambradas. Sam quería construir una casa más cerca de la ciudad, pero —se rio fugazmente— resulta demasiado caro: los gastos electorales son terribles. Lo malo es que, si gana, probablemente va a necesitar una cerca más alta todavía —esta perspectiva no parecía hacerla mucha gracia—, y un mayor número de guardias.

—¿No desea que gane? —preguntó Morgan.

Celia le lanzó una mirada crítica.

—Lo que yo desee tiene muy poca importancia —contestó de manera insípida. Se levantó y cogió un pitillo de una caja que había sobre la mesita baja enfrente de Morgan. Al agacharse, dejó a la vista el sujetador blanco que llevaba. Celia alzó los ojos y lo sorprendió mirándola.

—¿Un pitillo? —le preguntó, y añadió inmediatamente:

—Ah, no, me olvidaba. Ha dejado el tabaco, ¿verdad? —miró su reloj, y Morgan hizo lo propio: eran las cuatro pasadas—. ¿Desea beber algo más fuerte? Ya no es

hora de seguir bebiendo té —llamó al mayordomo—. ¿Qué quiere que le traiga? —volvió a preguntar.

—Eh... pues... —fingió reflexionar—. Sí, ya sé: una coca-cola, por favor.

—Una coca-cola y un vodka con tónica —ordenó al mayordomo. Y, mirando de nuevo a Morgan, le dijo, sonriente—: No fuma, no bebe. ¿Se puede afirmar de usted que es un hombre sin vicio alguno, Mr. Leafy?

—Morgan, por favor —le dijo con voz amable, y luego, encogiéndose de hombros—: Hombre, alguno que otro habrá.

Qué mujer más extraña, pensó. Hay algo en ella que me resulta curiosamente agresivo. La miró con detenimiento mientras ella se disponía a tomar nuevamente asiento: los cabellos, reseco, recogidos en cola de caballo; los ojos, medio entornados, con esa mirada cansina y triste que ya había notado anteriormente. Las piernas, que tenía cruzadas, eran muy morenas, al igual que los dedos de los pies que asomaban por la punta de las sandalias. Su piel hiperbronceada había llegado a ese punto en el que deja de ser lustrosa para tornarse mate y opaca. Se preguntó si todo su cuerpo estaría igual de moreno.

—¿Qué está mirando? —le preguntó de sopetón.

Morgan no supo qué responder.

—Ejem..., estaba admirando su bronceado —dijo por fin, rojo como un tomate.

—Lógico: no tengo otra cosa que hacer en todo el día —confesó Celia—. Puedo pasar el tiempo que quiera tomando el sol en la terraza. Aquí... no me ve nadie. Los chicos se hallan estudiando en un internado; no tengo nada en qué ocuparme —dijo señalando la casa con la mano—. Algunas mañanas voy al club de la ciudad solo por huir de la Universidad y de las esposas de los otros profesores. Todo el santo día cotilleando.

Aplastó el cigarrillo contra el cenicero.

—Me dejo caer a menudo por allí los días laborables entre las nueve y las once de la mañana —le notificó mirándolo a los ojos—. ¿Le gusta la natación, Morgan?

Bendito sea Dios, pensó, qué cosas me pregunta esta mujer.

—Sí —contestó—. Claro que me gusta.

Hubo una pausa de silencio, que Morgan se esforzó por acortar.

—Precisamente ahora tendré más tiempo para nadar —dijo esforzándose por parecer natural—. Desde que llegó el nuevo. Se ha encargado de todo el papeleo burocrático.

Celia se acercó por otro pitillo.

—¿Se refiere a todo lo relativo a la inmigración y a las solicitudes de visados? —preguntó, buscando por su parte la misma naturalidad.

—Eso es. Se lo he endilgado a Dalmire. De esa manera me puedo dedicar a otras cuestiones.

Se dio cuenta con disgusto de que tal vez Celia había interpretado sus palabras como una insinuación galante. Su libido no estaba precisamente para grandes proezas

en ese momento; además, todavía le faltaba una semana y media para concluir su cuarentena.

—Sin embargo —insistió ella mientras lanzaba una olímpica bocanada de humo—, usted sigue naturalmente teniendo el control de todos esos asuntos.

—Oh, claro, por supuesto —contestó Morgan, pagado de sí mismo—. El joven Dalmire se limita a cuestiones de puro trámite. Todavía no conoce los tejemanejes del oficio. Los asuntos delicados siguen pasando por mis manos.

—Mmm, ya veo —dijo bajando la cabeza; luego la levantó de repente—. Me parece haber oído a Sam entrar —se puso de pie—. Y ahora perdone que le deje, Morgan, pero conozco a Sam, y sé que no le gusta que le molesten.

Se dirigió hacia las escaleras. Morgan se puso de pie a su vez.

—Quizá nos veamos en el club alguno de estos días.

Desapareció rápidamente escaleras arriba, mientras Morgan oía los pasos de Adekunle. Se volvió y se dirigió a su encuentro.

—Mi querido amigo Mr. Leafy —exclamó Adekunle jovialmente, con su traje de tres piezas empapado en sudor. Arrojó sobre una butaca su maletín de ejecutivo y se precipitó a saludar a Morgan.

—¿Qué tal está usted? —Morgan reparó en el tono moreno claro de la palma de su mano—. ¿Le ha atendido bien Celia durante mi ausencia?

—¿Qué ha dicho que quiere? —bramó Fanshawe encolerizado, tirándose de los pelillos del bigote—. En mi vida he visto un tipo con más cara dura.

—Lo que ha oído. Dos semanas en Claridge's y un coche con chófer —repitió Morgan.

Fanshawe no salía de su asombro.

—Pero ¿qué carajo se creen que son estos tipejos?

—Ah, se me olvidaba —prosiguió Morgan—. Quiere también un billete de avión —dos para ser más exactos— sin precisar fecha, y que se le haga un recibimiento oficial en el aeropuerto.

—¿Oficial? —Fanshawe parecía realmente anonadado—. ¿Y qué ha contestado usted a todo esto?

Morgan marcó una pausa.

—Le he dicho que de acuerdo... —Fanshawe lo miró, visiblemente alarmado—. Pero que, lógicamente, tenía primero que dar parte. Así que no ha habido ninguna promesa firme.

—Menos mal... —Fanshawe se pasó la mano por la cabeza, alisándose aún más sus ya lisos cabellos—. Lo digo porque no estoy nada seguro de que se le pueda dar todo lo que pide. Nada seguro.

—Y, sin embargo, yo creo que valdría la pena darle satisfacción —sugirió Morgan—. Me ha hecho saber también que, si le concedemos todo esto,

probablemente decline las otras invitaciones.

—¿Qué otras invitaciones, si puede saberse? —Morgan nunca le había hablado de ello.

—A París, Washington, Roma.

—Oh, Dios misericordioso —exclamó Fanshawe con el rostro completamente empalidecido.

Morgan se preguntó qué le habría contado al embajador y qué garantías habría dado a los mandarines del Foreign Office. Se dio cuenta en ese momento de que Fanshawe se hallaba en una situación similar a la suya: el proyecto Kingpin era su único pasaporte seguro para salir de Nkongsamba. Vio cómo tamborileaba nerviosamente con la punta de los dedos la mesa de su despacho.

—Así que dice que declinará las otras invitaciones, ¿verdad?

—Eso me ha asegurado. Dice que por ahora no le interesa ir de puerta en puerta por todo el planeta vendiendo Kinyanya —prosiguió Morgan, tratando de infundirle confianza—. Personalmente, dejando aparte a Adekunle, opino que la propuesta en sí no carece de sentido. Kinyanya es una antigua colonia británica. Es, pues, natural, que Adekunle quiera empezar por nosotros. Lo que ocurre es que quiere echarse algún que otro farol. En realidad, no le interesa que los franceses sigan extendiendo su influencia en el África occidental; en cuanto a los americanos, están demasiado cogidos en la guerra del Vietnam.

Fanshawe se le quedó mirando.

—Sí —convino—. Pero es preciso que desista de ir a pasearse por esos otros países. Sobre todo si le damos lo que pide. Quiero decir que esa tiene que ser una de las condiciones del trato. Que se le quite de la cabeza. Sería a todas luces inoportuno. Además, si ni siquiera ha sido elegido todavía...

—No creo que pudiera aunque quisiera. Si piensa detenerse dos semanas en el Reino Unido, el poco tiempo que le quede tendrá que pasarlo aquí, haciendo campaña: el día de las elecciones está cada vez más cerca, y el partido necesita tener aquí a los peces gordos como él.

Fanshawe puso mejor cara al oír esto.

—Es verdad —dijo—. Lleva razón.

Morgan se sintió satisfecho de sí mismo: le producía regusto el hablar de los franceses y americanos de esa manera; le gustaban sus propios análisis tranquilizadores de la situación política. Estaba claro que Fanshawe confiaba en él.

—Voy a ver qué se puede hacer respecto a lo que pide —dijo Fanshawe frunciendo el ceño para concentrarse mejor—. Estas elecciones están resultando más importantes de lo que se creía. Se ha descubierto más petróleo en el delta del río. Hay muchísimo dinero invertido aquí en la actualidad. Se están construyendo nuevas refinerías —extendió las manos sobre la carpeta y dirigió a Morgan una leve sonrisa—. Sus informes han confirmado que Adekunle era nuestro hombre. El embajador ha quedado favorablemente impresionado con su trabajo; pero quedan todavía

pendientes asuntos de gran trascendencia, como supondrá. Mucho más importantes que reservar un par de semanas en Claridge's. Ah, sí; sobre todo en este momento.

Hizo una pausa; su frente seguía arrugada. Morgan empezó a notar una cierta inquietud en el ambiente, y en su propia carne. Se preguntó si su superior no estaría tratando de meterle miedo en el cuerpo; pero luego se dio cuenta de que no era demasiado buen actor para ello.

—Estoy seguro de que hemos hecho una buena elección, Arthur —dijo.

—Ah, sí, desde luego —convino Fanshawe agitando la mano como para dispersar el humo del cigarrillo—; estoy seguro de que *usted* ha hecho una buena elección.

Al salir del vestuario de caballeros y plantarse en plena luminaria matinal, Morgan se dio cuenta inmediatamente del color chillón de su bañador. Con gesto desenvuelto, se echó al cuello una toalla de baño, con las puntas colgando por su vasto pecho. En realidad, le hacían poca gracia las piscinas públicas. Le cohibían su bronceado insuficiente, el considerable volumen de su cuerpo y las miríadas de pecas de que estaba plagado. Al mirarse en el espejo del vestuario, antes de aventurarse a salir, se había alarmado al comprobar —colocado de perfil— la excesiva protuberancia de sus pechos, y se confirmó en su decidido propósito de hacer ejercicio y seguir un régimen.

Atravesó la terraza con paso atlético algo forzado, preocupado por el bamboleo de sus pechos bajo la toalla de baño. Las mesas y hamacas próximas a las piscinas se hallaban ocupadas por el contingente habitual de esposas ociosas, algunas de ellas acompañadas de niños demasiado pequeños para ir al parvulario. No se divisaba ningún hombre, aparte de un viejo de pelo blanco, que estaba chapoteando en la parte más profunda de la piscina, acodado sobre la canaladura de desagüe y agitando perezosamente los pies bajo la superficie. Morgan lo miró con detenimiento: ese estado de gozosa quietud siempre le había dado la «espina» de ser una manera subrepticia de mear a pierna suelta en presencia de todo el mundo; sin embargo, en esta ocasión le pareció que el pobre viejo no estaba haciendo sino disfrutar tranquilamente del sol. Encontró dos tumbonas libres y se quitó la toalla y el reloj. Celia Adekunle había dicho que estaría allí a las diez y media. Generalmente era puntual.

Morgan se dirigió a la parte menos profunda de la piscina y se introdujo en el agua, fresca y azul. Buceó unos instantes, sintiendo la agradable caricia del agua en toda su epidermis, salió a la superficie y se lanzó a nadar a todo lo largo de la piscina con un impulso tal que el viejo tuvo que renunciar a su apacible rincón. Uno de los brazos de Morgan fue a estrellarse contra una de sus piernas en fuga.

—Perdone —gritó Morgan complacido consigo mismo—, una vez que me he lanzado no puedo cambiar de rumbo.

—¡Aaarg! ¡Me cago en...! —soltó Morgan al sentir su espalda caliente salpicada por unas gotas de agua fría.

Se volvió y, con los ojos entornados a causa del sol, entrevió a Celia Adekunle, que, inclinada sobre él, estaba oreando sus cabellos mojados.

—Perdona el retraso —se excusó mientras se arrellanaba en la tumbona y extendía los brazos al sol—. ¡Wiu! —dijo jadeando—, el agua está buenísima.

—Caramba de la gamba —dijo Morgan secándose la espalda y sonriendo a su verdugo—. Un poco más y me muero de un ataque al corazón por tu culpa.

Era la tercera vez que se daban cita en la piscina. Tres días antes, al pasar por Nkongsamba camino del trabajo, Morgan había decidido de pronto pararse en el club, donde encontró a Celia, tal y como ella le había hecho saber. Al día siguiente se vieron de nuevo, y Morgan apareció esta vez luciendo su traje de baño. Estuvieron bañándose juntos, tomando el sol y charlando. Ella marchó poco después de las doce, pero no sin haber fijado esta tercera cita. Morgan había descubierto que estaba a gusto con ella. Como ya notara con ocasión de su primer encuentro, existía una familiaridad latente en sus relaciones, una intimidad tácita, como si cada cual conociera los pensamientos ocultos del otro, y adivinara las intenciones verdaderas que se escondían detrás de cada broma pero disfrutara al mismo tiempo de ese subterfugio. Él no habría sabido definir esta relación de manera más coherente —ni siquiera explicar cómo había podido iniciarse.

La observó tumbada al sol. Tenía los ojos cerrados; así que podía examinarla sin ningún reparo. Llevaba un bikini amarillo; su cuerpo era delgado y muy moreno. Pechos pequeños, piernas delgadas y rodillas huesudas. Por encima del slip, la marca sinuosa de una operación de apendicitis. La piel del estómago, fofa, casi apergaminada, como resultado sin duda del sol y de los dos hijos que había tenido. Al mirarla de esta manera desapasionada, no tuvo más remedio que reconocer que no se sentía realmente atraído por su físico, lo que le dejó un tanto perplejo.

Se recostó sobre la toalla y se protegió los ojos con el brazo. Si tal era el caso, siguió razonando, entonces, ¿para qué perder el tiempo con ella? Pues, se contestó rápidamente, porque puede resultar una valiosísima fuente de información sobre Adekunle y el PNK —esta era, por cierto, la explicación que tenía preparada para Fanshawe en caso de preguntarle por qué pasaba las mañanas en la piscina—. Por ejemplo, se había enterado por este conducto de que una parte considerable de la fortuna de Adekunle se había esfumado en regalos costosísimos a personalidades influyentes, y de que la Ussman Danda, Ltd., se estaba entrapando peligrosamente con la banca. Pero, por lo demás, había descubierto muy pocas cosas que no supiera ya. Al parecer, a Adekunle no le gustaba hablar de su vida política; de hecho, le aseguró Celia, a ella nunca le comentaba nada. Su alianza matrimonial, le comentó con especial hincapié, era una relación sin ningún contenido en ese momento. Esta información se la había facilitado el día anterior. Morgan la había acompañado al coche después del baño. Tras esta revelación se produjo una pausa.

—Ah, entiendo —se limitó a decir Morgan.

—¿Sabes? —le dijo ella de sopetón, mirándole directamente a los ojos con una familiaridad inquietante—. No hay ninguna razón para vernos siempre aquí. Podríamos ir a otro sitio.

—¿A otro sitio? —parafraseó él ingenuamente—. Perdona, pero no veo lo que quieres decir.

Celia hizo una pequeña mueca, como si hubiera sido esta la respuesta que había esperado. Se encogió de hombros.

—Alguna tarde —dijo con franqueza— podríamos ir a dar una vuelta por ahí en coche.

Morgan se sintió a la vez enternecido y halagado ante el candor de esta proposición, consciente del esfuerzo emocional que entrañaba. Se sentía halagado porque era la primera vez que una mujer le hablaba de esta manera —al menos a la luz del día y en condiciones de perfecta sobriedad—. Pensó en su período de cuarentena —todavía le quedaban varios días que purgar— y, afectando el máximo de respeto y caballerosidad, le dio una palmadita en el brazo y le dijo:

—No, Celia, creo que no deberíamos hacerlo; al menos por el momento.

Ella se echó a reír de una manera un poco nerviosa y sacudió la cabeza.

—No, tienes razón —dijo—. Qué tonta soy. No sé lo que me pasa últimamente —hizo una pausa—. Gracias, de todos modos —añadió con voz más seria mientras subía a su coche. Una vez dentro, bajó la ventanilla para despedirse—. Ello no obsta para que volvamos a vernos mañana, ¿verdad? ¿A la misma hora?

Recostado en su tumbona, se preguntó si se habría mostrado tan prudente y reticente de no haber sido por la guerra sin cuartel que tenía declarada en ese momento a los gonococos de su cuerpo. Sin embargo, no siguió insistiendo sobre ese punto, ni buscó una respuesta a toda costa: le bastaba saber que se había portado como un caballero, y que Celia no había sacado la impresión de haberse portado de manera poco honrosa. Con el rabillo del ojo vio cómo se desataba la pieza superior del bikini y exponía toda la espalda al sol. Pero al intentar sacar los brazos por los tirantes, uno de los pechos se le quedó colgando como una campana antes de volver a ser alojado en la cazoleta. En ese momento comprendió que se estaba engañando a sí mismo de la manera más flagrante: sus mañanas con Celia Adekunle no tenían nada que ver con el acopio de información.

Unos minutos después, tras un remojón y un poco de conversación, Morgan pidió unas bebidas y un bocadillo. El camarero apareció en seguida con la tintineante bandeja. Celia, que había pedido un vodka con tónica, vio a Morgan afanado en sorber su coca-cola y le dijo:

—No lo entiendo, Morgan. Debes de ser el único hombre en todo Nkongsamba que no bebe.

—He decidido hacer desaparecer mi buche —dijo palpándose la barriga.

Celia soltó una carcajada.

—Pues, entonces, tampoco bebas coca-cola.

La verdad es que lleva razón, pensó. Estaba a punto de decirle que también dejaría esa bebida cuando una súbita aparición le encogió el estómago de aprensión.

¡Oh, Jesús bendito, no!, exclamó para sus adentros.

Había visto a Priscilla y a su madre emergiendo del vestuario de señoras, en el extremo opuesto de la piscina, y avanzar en dirección de donde él se encontraba. Priscilla llevaba su bañador aballenado de Olokomeji, y su madre gastaba una vestidura corta atoallada color blanco que se abría por la mitad al andar y revelaba un inmenso bañador de dos piezas color marrón, del estilo de los que suelen llevar las mujeres embarazadas o las matronas americanas: un par de telones de teatro que garantizan la modestia así a vez que permiten la libertad de un dos piezas —a las embarazadas—, o dan la ilusión de ser aún suficientemente joven para llevar el modelito —a las más talludas—. A través de la apertura, Morgan entrevió una piel blanquísima y, por encima de la mitad superior, el surco fino del escote en medio de un mar gelatinoso de senos comprimidos. Dos sólidos muslos, recorridos en todas direcciones por venas azuladas, completaban esta visión de una Juno ya madura, de una Venus de Botticelli burguesa, algo atocinada y de cierta edad, que se dirige hacia el mar esgrimendo en la mano derecha un gorro de baño adornado con flores recauchutadas.

Al acercarse más, Morgan tuvo por cosa cierta que lo habían visto, pero que, de manera independiente o de mutuo acuerdo, habían preferido no reparar en él. Morgan decidió, por pura cabezonería, oponerse a que esto sucediera.

—¡Chloe, Priscilla! —las saludó cuando las tuvo más cerca, con un tono de voz jovial, que delataba a la vez su gran nerviosismo. No había visto a Priscilla desde el día en que se tropezara con ella y Dalmire en el club: este cordial y hablador, y ella ufana de su independencia. Interpelada de aquella manera, y obligada sin remedio a saludarlo, adoptó rápidamente la expresión de mujer-que-no-guarda-rencor.

—Hola —saludó deportivamente—. Ya me parecía a mí haber visto antes ese bañador.

Morgan miró hacia abajo y reparó de repente, visiblemente turbado, en el bulto de su ingle.

—Sí —tartamudeó—, es un bañador que no puede pasar desapercibido —se apresuró en presentar a Celia—. Me parece que ya conocen a Celia Adekunle. Chloe y Priscilla Fanshawe.

Madre e hija dijeron que sí, que ya la conocían. Morgan sintió la mirada implacable de *Mrs.* Fanshawe detrás de sus opacas gafas de sol, midiendo, evaluando, condenando.

—Qué ¿de descanso hoy? —preguntó con risita de conejo.

Morgan encajó tremendamente mal esta impertinencia.

—Unos azotitos en el culo del nene para que no vuelva a hacer novillos —dijo con voz glacial y mirándola fijamente a los ojos.

Se produjo un silencio embarazoso tras este intercambio de hostilidades.

—Bien, no les molestaremos más tiempo —dijo por fin *Mrs. Fanshawe*—. Adiós, *Mrs. Adekunle*..., Morgan.

Mientras se alejaban, Morgan lanzó una mirada de odio al culo gordo de la madre.

—Santo cielo —exclamó Celia—. Pero ¿qué le has hecho para que esté tan enfadada?

—Vaya usted a saber... —dijo Morgan, molesto—. El que no me haya muerto, probablemente.

Permaneció un momento callado, enfadado consigo mismo por haberse mostrado tan excitado.

—Morgan —dijo Celia—. ¿Puedo saber qué es lo que hay entre... —durante unos horribles instantes Morgan creyó que la iba a preguntar por Priscilla, pero la pausa solo se debió a que estaba encendiendo un pitillo—, entre Sam y tú? Quiero decir, ¿qué es en concreto lo que os traéis entre manos?

Exhaló un respiro de alivio.

—Nada demasiado importante —dijo con prudencia, aunque intuía que podía fiarse de ella—; se trata simplemente de una idea más bien tonta de Fanshawe. Como cree que el partido de Sam va a ganar las elecciones, ha decidido que nos mostremos particularmente amables con él.

Todavía seguía pensando en Priscilla; por eso añadió sin reflexionar:

—Esa es la razón por la que le pagamos el viaje.

—¿Viaje? ¿A dónde?

—A Londres. Dos semanas —se volvió—. Ah, caramba, pero... ¿no estaba enterada? Vaya, he metido la pata.

Celia esbozó una sonrisa sarcástica y dio, temblorosa, una larga chupada a su pitillo. Al echar el humo, sacudió la cabeza.

—No —contestó—. No estaba enterada. ¿A Londres?

—Sí —confirmó, un poco preocupado por haber revelado tal vez un secreto importante—. Pidió expresamente dos pasajes. Precisamente hoy se los he enviado. Creí que te llevaría con él. Quién sabe; a lo mejor te quiere dar una sorpresa —apostilló torpemente.

Celia soltó una carcajada seca.

—Sí, hombre. Estás loco —dijo—. Sam es terriblemente posesivo conmigo. No me permite abandonar este país. Hace ya tres años que no veo Inglaterra. Cree que si lo hago no me volverá a ver.

Morgan tragó saliva.

—¿Es cierto? Quiero decir: ¿de verdad quieres huir de él?

Celia parecía haber recobrado la calma.

—Vaya que si quiero —dijo.

los barrotes de una celda. Morgan notó cómo se deslizaban las gotas de sudor por los surcos de su cara. Los cabellos de Celia estaban húmedos y despeinados. Se los echó hacia atrás y los sujetó con ambas manos, lo que hizo que se tendieran al máximo sus pechos pequeños y planos, coronados de unos pezones desproporcionadamente grandes.

—Uff —exclamó Celia—. Hace demasiado calor para hacer el amor.

Morgan se inclinó por encima de su pene en erección y lamió el sudor que surcaba los pechos de Celia. Tuvo la sensación de hallarse en una sauna de hojalata: cada centímetro de su cuerpo estaba mojado, caliente y sudoroso.

—Qué va; te aseguro que no —dijo él.

—Muy impresionados, Morgan —dijo Fanshawe—. En la Embajada han quedado muy impresionados.

Le devolvió el informe sobre el proyecto Kingpin. Morgan lo guardó bajo el brazo. Fanshawe acababa de regresar de un encuentro importante en la capital. Se arrellanó en su sillón.

—Hemos actuado bien, Morgan —dijo—. Ni más ni menos los resultados que yo me esperaba de este pequeño... ejercicio. Le puedo asegurar que, como resultado de nuestro estudio del futuro político de Kinyanya, se va a producir un aumento sustancial de las inversiones británicas en este país. También van a aumentar las compras de petróleo.

Le alargó la mano por encima de la mesa.

—Creo que hay motivos para congratularse.

Morgan le estrechó la mano, embargado por una ligera sensación de ridículo.

—Sin embargo, aún queda mucho por andar —prosiguió Fanshawe, agitando un índice amonestador—. Esperemos que no pierdan las elecciones —se dejó ganar por la risa—. Ja, ja, ja, mua, mua, mua —estaba de buen humor.

Morgan se esforzó por sintonizar con él, pero notó que algo le impedía unirse al júbilo de su jefe. ¿Por qué no lo había llevado con él a estas conversaciones en la capital con la alta autoridad? En su situación actual no tenía ningún medio para saber de qué habían hablado realmente. Fanshawe continuaba perorando entusiasmado, y Morgan captó la palabra «ambición».

—Perdone, Arthur —dijo afectando suma concentración—, ¿a qué se está refiriendo exactamente?

Fanshawe frunció el ceño.

—Estaba diciendo que nos gustaría saber algo más sobre las ambiciones personales de Adekunle. Se tiene la sospecha de que, al parecer, apunta más alto aún que a ministro de Asuntos Exteriores. ¿Qué opina usted al respecto?

—Voy a ver lo que puedo averiguar —dijo Morgan con aires de detective.

Preguntaría a Celia. Había quedado con ella de nuevo a las seis en el bosque de

tecas. Adekunle estaría ausente de la ciudad durante un par de días. Se le ocurrió en ese momento que tal vez esto era abusar un poco de ella. Pero esa ocurrencia no hizo mella en él.

—Me he enterado de que dispone usted de una fuente muy próxima a nuestro Mr. Kingpin —dijo Fanshawe con mirada maliciosa.

Se lo ha debido soplar su mujer, pensó Morgan. Decidió poner cara de inocente.

—Oh, simplemente aprovecho cuantas ocasiones se presentan para hacer avanzar el proyecto. Normal, ¿no?

Fanshawe soltó una risita.

—Buen chico —dijo poniéndose de pie—. Bien, ahora tengo que irme a almorzar.

Morgan dejó el informe en la mesa de su despacho y bajó las escaleras en compañía de Fanshawe. Pasaron por delante del despacho de Dalmire, en la planta baja. Frente a la puerta, y sentadas en bancos de madera, esperaban ocho personas, esgrimiendo en la mano sendas solicitudes de visado.

Morgan y Fanshawe se detuvieron un momento a la sombra del pórtico, con la mirada perdida en el camino de entrada, como dos terratenientes que contemplan sus posesiones.

—Veo que Kingpin no se ha decidido todavía a emprender el viaje —comentó Fanshawe.

—No —dijo Morgan—. Le mandé los pasajes hace un par de días. Quería las fechas en blanco.

—Entiendo —dijo Fanshawe—. Es que no hacen más que preguntarme por el día exacto de su llegada. Problemas con el hotel, al parecer. ¿No podría usted sugerirle la conveniencia de que vaya haciendo ya las maletas?

—No es de ese tipo de personas —explicó Morgan—. Pero no debe de tardar ya, si se tiene en cuenta la proximidad de las elecciones.

—¡Me supera! —dijo Fanshawe—. Siempre creí que a estos individuos les faltaría tiempo para hacer las maletas en caso de ser invitados por el gobierno de su Majestad —hizo una pausa, como si quisiera desentrañar las razones de esta curiosa conducta por parte de los indígenas—. El joven Dalmire parece haberse adaptado bastante bien —dijo por fin, cambiando de tema.

—Eso parece —asintió Morgan.

En ese momento se sintió como un director de colegio evaluando los méritos del nuevo prefecto.

—Un chico simpático —agregó.

La importancia y el rango que le confería implícitamente esta conversación le halagaban sobremanera. Por unos instantes, mientras crujía la arenilla del paseo central bajo sus pies, tuvo una clara visión de cómo debieron ser las cosas en los viejos tiempos. El portero uniformado les lanzó un saludo, y los sudorosos jardineros, con sus pantalones cortos hechos jirones, dejaron de sachar y azadonar para complimentarles con una amplia y obsequiosa sonrisa.

—Ah, también tendremos pronto entre nosotros a una importante visita oficial — le recordó Fanshawe, clavando una mirada imperiosa en el césped moreno y polvoriento—. La duquesa de Ripon. Ya se ha confirmado que pasará el día de Navidad con nosotros. Una pequeña escala antes de emprender rumbo a la capital para la fiesta de la Independencia de Año Nuevo.

—Ah, claro, muy bien —asintió Morgan con voz engolada. Fanshawe ya le había hablado de ello antes, y se preguntó a qué venía el recordárselo de nuevo.

—He pensado que se la podríamos endilgar a Dickie.

—Disculpe, ¿a quién ha dicho?

—A Dalmire, a Dickie Dalmire, hombre.

—Ah, claro.

—Que se encargue él de todos los preparativos. Resulta que, curiosamente, su madre conoce bastante bien a la duquesa.

—Muy bien —se limitó a decir Morgan, sorprendido y un tanto celoso—. Así se sentirá más en familia. Eh..., no conocía la existencia de estos vínculos...

—Tampoco yo —dijo Fanshawe—. Nos habló de ello anoche en el transcurso de la cena.

Morgan visitó el apartamento en compañía de Hazel. Tenía pocos muebles, pero bastaba para ella. Además, estaba situado en una buena zona, al menos por lo que a él se refería: apartado de los barrios bajos y la proximidad de algunas tiendas, permitía explicar fácilmente su presencia allí en caso de ser visto por la calle; en cualquier caso, era un barrio poco frecuentado por europeos. Los vecinos eran el hermano del propietario de la casa, de origen libanés, y su gorda esposa monóglota, y un asistente de producción de la televisión local. Si él —o, más bien, Hazel— actuaba con discreción, no tenía por qué haber problemas. En cualquier caso, este sitio era mucho mejor que el sórdido hotel que le había venido pagando.

Mr. Selim, el propietario, se hallaba en su tienda de la planta baja, esperando que Morgan acabara de visitar el pisito. Este penetró en el dormitorio. Había una cama de hierro, con un fino colchón Dunlopillo de color rosa con unas manchas de origen dudoso. Hazel entró a su vez y se puso a dar saltos acrobáticos encima de la cama, produciendo una cacofonía de ruidos metálicos.

—Ji, ji, esta cama necesitar aceite —dijo exagerando su acento local.

Esta alusión al objeto principal de su instalación allí le pareció a Morgan un ejemplo más de su incorregible falta de tacto. Se desprendía una especie de recalcitrante inocencia primitiva debajo de su ropa y maquillaje, europeos; una especie de fatalismo feliz. Pillaba la gonorrea, le era infiel, lo convencía a base de cariñitos para que le alquilara un apartamento: para ella todo era una misma cosa. Puedes maldecirme todo lo que quieras, echar pestes, leerme la cartilla, pontificar, parecía decir, ya te calmarás, cariño; y, efectivamente, al poco rato Morgan se

encontraba en la cama con ella. Últimamente le fastidiaba de manera especial esta repugnancia suya a fingir, este recrearse con la verdad descarnada; y, sin embargo, le gustaba al mismo tiempo. Barruntaba que la vida podía ser mucho menos complicada de esta manera.

Hazel se le acercó y le echó los brazos alrededor del cuello. Llevaba un vestido corto naranja y gafas de sol con montura blanca.

—¿Qué te parece, Morgan? —le preguntó. Siempre que pronunciaba su nombre acentuaba la segunda sílaba—. Estaremos bien aquí, ¿no crees?

—Quítate esas malditas gafas —le ordenó con tono militar.

Ella obedeció mansamente. Morgan echó un vistazo general.

—Es un poco tugurio —dijo—, pero no está del todo mal.

Hazel dio un graznido de placer y le dio un beso. Morgan se lo devolvió. Ella le apesó entre sus dientes el labio inferior y le propinó un suave mordisco.

Morgan se apartó de Hazel. No había hecho el amor con ella desde antes de la cuarentena. Le retenía algo relacionado con la salud impúdica de su cuerpo, y también la oscura idea de que tenía que infligirle algún castigo y hacerle ver que todavía seguía enfadado por su conducta anterior. Se preguntó si ella apreciaría la sutileza de esta actitud vengativa. No, pensó: creará simplemente que soy un idiota. A modo de consolación recordó el cuerpo gastado y defectivo de Celia: sus pequeños pechos caídos, su piel mate e hiperbronceada, la cicatriz de la apendicitis, sus muslos acomodaticios. Había al menos una persona que, por absurdo que pudiera parecer, lo amaba por sí mismo.

Se quedó mirando el trasero de Hazel —apretujado por el tejido naranja de su vestido—, las piernas finas sobre los altos tacones, el lujo falso de su peluca. Sin embargo, reconoció que también necesitaba a Hazel. La última vez que había estado con Celia, esta le había recordado la inminente llegada de sus dos chicos con motivo de las vacaciones de Navidad; así pues, razonó, será difícil que nos veamos, por no decir imposible.

Se felicitó por lo bien que había planeado la solución de recambio; sintió la satisfacción de un tendero en época de carestía —qué previsor he sido, qué rico me voy a hacer—. Pero también sintió la desazón interior del egoísmo solitario y reconoció que no era él de las personas que cogen el dinero y se largan tranquilamente; siempre sentía la necesidad de detenerse a la puerta del banco a reflexionar un momento.

—Supongo que no habrás dicho quién soy a *Mr. Selim* —preguntó a Hazel en tono imperioso—. No sabe nada sobre mi persona, ¿verdad?

Hazel le aseguró que Selim no conocía de él más que lo imprescindible. Morgan hizo votos por que esto fuera cierto. Selim no tenía ni pizca de tonto y no tardaría en sospechar lo que se cocía allí arriba. En fin, mientras no me relacione con el Consulado, esperó Morgan. Un escándalo social de esas proporciones sería desastroso, y toda la buena fama que había cosechado por su contribución personal al

proyecto Kingpin se iría al garete en un abrir y cerrar de ojos.

Contó una mensualidad de alquiler y entregó el dinero a Hazel.

—Aquí tienes —dijo—. Pasaré mañana al atardecer, a ver cómo te has instalado.
Espérame hacia las siete.

Capítulo 14

Morgan se calzó los zapatos y se levantó. El sol estaba a punto de ponerse: su luz de jarabe de naranja barnizaba de oro las hojas planas en las copas de las tecas más altas. Se desperezó y permaneció unos instantes apoyado sobre la carrocería caliente del Peugeot. Estaba desnudo. Miró al interior del coche y vio a Celia secándose el sudor con un *kleenex*.

—Espera un poco, que voy a echar una meadita —dijo.

Avanzó unos metros en dirección de las tecas, haciendo crujir con sus zapatos la alfombra de hojas, y anegó con su orina a toda una columna de hormigas. Estas se dispersaron en medio de la más completa confusión, y Morgan se divirtió regando a las retrasadas mientras le duró la presión. Se preguntó qué representaría este pequeño episodio en el mundo hormiguero.

Dirigió sus pasos nuevamente hacia el coche, bajando la cabeza para no tropezar con las ramas y apartando con desenvoltura los arbustos que le molestaban. Notó una ligera brisa sobre su cuerpo desnudo, y se le puso la carne de gallina. Oyó el canto

cansino de los grillos y el bip-bip de un murciélago en vuelo.

—El hombre ante la Naturaleza —exclamó con énfasis cómico—, desnudo en plena selva tropical.

Permaneció inmóvil unos segundos, intentando imaginarse así: un ser de puro instinto. El decorado era perfecto: crepúsculo, calor, follaje, ruido animal, el misterioso crepitar en el monte bajo. Pero no: ¿qué pensaría alguien que lo estuviera viendo? Un blanco demasiado gordo y plagado de pecas meando sobre un grupo de hormigas. Se miró los pies. Y con zapatos de ante marrones.

Volvió hacia donde estaba el coche y arrancó una hoja de teca, con la que se cubrió los órganos genitales. Celia estaba sentada en el asiento trasero, con la cabeza recostada en el ángulo de la ventanilla. Su rostro tenía un aspecto soñador, sosegado. Al ver a Morgan se echó a reír.

—Y vieron que estaban desnudos —declamó él con voz sonora— y se avergonzaron. Vamos, Eva, hazte un vestido con hojas de teca.

Le arrojó la hoja en cuestión y se acomodó junto a ella. Hundió la cabeza en su regazo y notó la húmeda aspereza de su pubis en la nariz y las mejillas, así como el olor salado de su esperma.

Celia le pasó los dedos por el pelo. Él habría preferido que no lo hubiera hecho. Se volvió a sentar y se quedó mirándola. Contorneó con el índice uno de sus pezones, que poco a poco empezó a atirantarse y a engordar. Hundió el dedo en él como si se tratara del botón de un timbre.

—¿Qué tal? —preguntó Morgan.

Ella movió la cabeza en signo de aprobación.

—¿Nos encontramos mejor? —insistió él.

—Sí, gracias, mi querido Adán.

—No, Adán, no: Dios, si no te importa. Acabo de ahogar a varias centenas de hormigas.

—Y eso, ¿por qué, Dios cabroncete?

Morgan le contestó con un beso.

—Convendría que nos fuéramos ya.

—¿Por qué tanta prisa? —dijo ella, acariciándole la cara—. Ya te he dicho que Sam no vuelve hasta mañana.

—Estupendo. ¿Por qué no vamos, entonces, a tomar una copa por ahí?

Se vistieron, cada cual montó en su coche y subieron despacio por la pista forestal hasta salir a la carretera. Morgan miró por el retrovisor y vio los faros del Mini de Celia seguirle de cerca. Se sentía un poco abotargado, cansado y —cosa curiosa, a su juicio— feliz.

A unos tres kilómetros de Nkongsamba, Morgan se paró en el *parking* de un hotel bastante grande, situado junto a un cruce importante, llamado Motel de la Carretera de Nkongsamba. En Kinyanya, los nombres iban de las metáforas más extravagantes e imaginativas a los prosaísmos más descarados y ramplones. No había término

medio. Entraron al bar: estaba iluminado con neón verde y decorado con anuncios de refrescos y cervezas. Había una docena de mesas de hierro, rodeadas de sillas derrengadas y mal pintadas. En una de las paredes había pegado un póster grande de Sam Adekunle, en cuya parte inferior se leía: «PNK. Por una Kinyanya unida».

—No hay manera de escaparse de él, ¿verdad? —comentó Celia con una sonrisa forzada.

—¿Quieres que vayamos a otra parte? —preguntó Morgan, que, al ver el retrato de Adekunle, sintió el estómago encogerse de repente.

—No digas tonterías —dijo ella—. A mí me da igual, y no creo que haya aquí nadie que pueda reconocerme.

Se sentó para significar que daba por concluida esa discusión. Morgan pidió dos cervezas. A estas horas de la noche el bar estaba tranquilo. Había el inevitable par de jovencitos con gafas de sol apostados en la barra y cuatro soldados sentados en una mesa. Morgan y Celia eran objeto de frecuentes miradas de curiosidad, desprovistas no obstante de hostilidad: el Motel de la Carretera de Nkongsamba no parecía ser demasiado frecuentado por la minoría blanca.

Saborearon sus cervezas en silencio. Decididamente, Morgan no se encontraba a gusto ante la imagen de Adekunle, que no dejaba de mirarle por encima de los hombros de Celia.

—Tranquilo, hombre, tranquilo —dijo ella—. No es más que un póster.

—Es que te mira de una manera... —dijo Morgan, mitad en broma mitad en serio—. Es increíble cómo te sigue con la vista a dondequiera que te muevas —alzó la jarra de cerveza—. Brindemos a la salud de Adán y Eva. Chin-chin.

—Hace calor aquí, ¿verdad? ¿No puedes hacer nada para suavizar la temperatura, Dios todopoderoso?

Morgan sonrió: era su primera broma íntima, sacrosanta; como un código que nadie podía descifrar.

—Y es además un sitio muy incómodo —dijo—. Por cierto, voy a escribir una carta al equipo de diseñadores de la Peugeot. El asiento trasero está fatalmente concebido. Qué poco sentido previsor...

—Ah, lo que daría por una cama... —suspiró Celia.

—Brindemos por una cama —dijo Morgan, alzando nuevamente la jarra de cerveza.

—Escucha esto —dijo Celia, reduciendo su voz a un ronco susurro—. Estoy notando cómo me resbala tu esperma por donde tú sabes.

Morgan no supo qué contestar a esta confesión sencilla y candorosa.

—Lo siento —dijo simplemente.

Ella se le acercó y le puso la mano sobre el brazo.

—No digas eso, tonto; es maravilloso.

Apuraron la cerveza y se dirigieron al *parking*. Una fina raja de luna pendía sobre Nkongsamba.

—Morgan —sugirió Celia—, ¿por qué no vienes a casa esta noche?... aprovechando que Sam está fuera.

—¿Estás segura? —preguntó Morgan con tono serio—. ¿No es un poquito arriesgado?

—Por favor —le suplicó—. Los chicos llegarán dentro de una semana. Probablemente sea la única ocasión que tengamos.

Morgan dudó.

—En fin, si estás segura de que no es muy difícil... —hizo una pausa—. Esto suena a novela victoriana —prosiguió, ahogando una sonrisa—, pero ¿y los criados?

Menos inhibida que él, Celia soltó una risotada, aguda y sonora.

—No te preocupes —dijo finalmente—. De eso me encargo yo. Vamos.

Morgan estaba acostado en la cama de Celia, con la cabeza apoyada en varias almohadas y con un vaso de *whisky* en equilibrio sobre su pecho, que miraba, hipnotizado, subir y bajar al ritmo de su respiración.

—¿Te sientes de algún modo culpable? —le preguntó—. Me refiero... con relación a Sam.

Esta pregunta la hacía a todas las mujeres casadas con las que se acostaba. Celia dejó su vaso en la mesita de noche y se acurrucó contra él. Morgan sujetó su bebida para que no se derramara.

—No —dijo ella sin florituras, como solían decir todas. Se apoyó en la cabecera de la cama y dobló las rodillas—. ¿Por qué debería sentirme culpable? —prosiguió—. Él se ha pasado por la piedra a todas sus primas y sobrinas de por aquí. Y Dios sabe lo que hará cuando está fuera de casa.

—¿Es esta la primera vez que...? —Morgan dejó la pregunta suspendida en el aire.

Celia lo miró fijamente.

—No. Pero mejor que no hablemos de ello, ¿quieres?

—De acuerdo —consintió él—. Perdona.

Morgan no sabía cómo reaccionar ante tal declaración. Se había creído una especie de liberador —exclusivo—. Procuró pensar en otra cosa.

Celia entró primero sola en su casa; comunicó a los criados que podían ya marcharse y, una vez despejado el terreno, volvió con el coche a recoger a Morgan, que había aparcado su Peugeot a unos trescientos metros de la villa.

Libres de los condicionamientos impuestos por el asiento trasero del coche, su acto sexual tomó un nuevo cariz, que Morgan encontró algo extraño y desconcertante. La tónica general fue el apasionamiento, la emotividad y, sobre todo por parte de Celia, la franqueza y falta de humor. Ella lo acarició de manera casi maternal, susurrándole cariñitos y abrazándolo con fuerza. Él había estado a punto de decirle:

«Un momento, para un poco. Esto es sexo, placer maduro; no un idilio».

Pero no se atrevió y, para su gran consternación, y sin saber cómo, acabó haciendo como ella, entornando los ojos, jadeando románticamente y dándole tiernos besitos aquí y allá.

Al encender de nuevo la luz, la situación se calmó un poco y las emociones elevadas se fueron rebobinando como una cometa. Morgan permaneció un momento pensativo y meditabundo. No estaba seguro de que fuera esta la manera como había previsto sus relaciones con Celia.

—Anda, dime en qué estás pensando —dijo ella.

—¿Cómo? Eh... No, nada de importancia —sonrió él.

Ella volvió a acurrucarse contra Morgan, el cual posó su *whisky* en la mesilla. El aire acondicionado estaba funcionando, y el ventilador batía sus aspas por encima de la cama. La sábana que envolvía sus cuerpos estaba seca. Morgan celebró la ausencia de sudores.

—Ha sido un día maravilloso —dijo Morgan, solo medianamente convencido.

Ella lo besó en el pecho.

—¿Verdad que sí? —lo secundó, entusiasmada.

Morgan dijo adiós en voz baja a Celia, que había salido a despedirle a la puerta principal. Eran casi las cuatro de la mañana, y todavía estaba oscuro. Caminó con precaución por la ancha vereda de entrada, franqueó la verja desatendida y enfiló la carretera hacia el lugar donde había dejado el coche. Se sentía cansado, mental y físicamente. La idea de tener que trabajar cuatro horas más tarde le hacía poquísima gracia.

Se registró los bolsillos en busca de las llaves del coche.

—Buenos días, *Mr. Leafy* —sonó una voz debajo de sus espaldas.

El susto fue tal que le pareció que el corazón se le había salido del pecho y se había alojado en el cráneo. Se volvió bruscamente, con el rostro desfigurado por el pánico. Sentía dentro de la garganta el resonar de unos latidos mastodónticos. Era Adekunle.

—Oh, no, por favor —gimió Morgan, desesperado y aturdido. Se le cayeron las llaves de las manos y se estrellaron contra el asfalto. Adekunle se agachó para recogerlas y se las entregó. Morgan las aceptó con manos temblorosas.

—¿Ha pasado una agradable velada? —preguntó Adekunle con sorna, pero sin rastro alguno de ira en la voz—. ¿Ha follado a gusto con mi mujer?

Su tono educado hizo olvidar la vulgaridad de la expresión. Afectaba una serenidad inquietante.

—Escuche —empezó Morgan a defenderse, haciendo un esfuerzo supremo para no salir corriendo—, no quiero que piense...

—No me diga lo que tengo que pensar, *Mr. Leafy* —le interrumpió Adekunle,

con tono más agresivo—. No necesito su opinión sobre esa materia, ¿entendido? — hizo una pausa—. En caza y en amores, entras cuando quieres y sales cuando puedes, como dice el refrán. ¿Cree que debemos dejarle escapar, *Mr. Leafy*?

Al oír la primera persona del plural, Morgan miró a su alrededor y divisó dos bultos a unos metros de distancia. Adekunle le dejó que sacara las conclusiones oportunas y luego añadió:

—Me pregunto qué dirá su querido *Mr. Fanshawe* cuando le presente mis protestas por las... actividades nocturnas de sus subordinados. ¿Usted cuál cree que será su reacción, *Mr. Leafy*? —estas últimas palabras las pronunció hincándole el índice en el hombro.

Morgan se había quedado sin fuerzas para articular palabra. Su máxima preocupación en ese momento era conseguir no vomitar sobre los zapatos de Adekunle. Este volvió a la carga.

—*Mr. Leafy*, es usted un hombre con una gula increíble; un gran apetito. Mi mujer y su chavala negra de la ciudad...

Morgan creyó por un momento que no tenía piernas que lo sostuvieran. Buscó apoyo en la carrocería del coche.

—¿Cómo sabe usted todo esto? —preguntó con voz débil—. ¿Lo de Hazel y... lo de esta noche?

—Figura dentro de mis intereses estar al corriente de tales asuntos —la emoción que le embargaba en ese momento hizo que su acento no fuera todo lo europeo que él habría deseado—. Tengo algunos criados leales que trabajan para mí. No se les escapa ningún detalle.

Morgan se esforzó por distinguir los rasgos de Adekunle en medio de la oscuridad. Se sentía flojo, de miedo. ¿Sería capaz Adekunle de contar lo de esta noche a Fanshawe? Probablemente no: su reputación saldría también mermada. Pero ahí quedaba Hazel todavía. Tal vez habría sido mejor que Adekunle azuzara a sus gorilas contra él.

—Escuche —volvió desesperadamente Morgan a intentar defenderse—: no sé lo que piensa hacer, pero creo que usted...

—Un momento, *Mr. Leafy* —le cortó Adekunle con tono viperino—. Me parece que se equivoca. Se trata de lo que va a hacer usted, y no yo. Para mí.

Morgan se sintió zarandeado por un ataque de risa histérica.

—¿Yo? —parafraseó lentamente con ojos de demente—. ¿Para usted?

—Por primera vez ha dado en el clavo, como suele decirse —le felicitó Adekunle.

Morgan vio de repente con claridad meridiana lo desesperado de su situación. Si Adekunle daba parte a Fanshawe, todo se vendría abajo; no habría manera de volver a levantar cabeza. Sollozó silenciosamente. ¡Haberse acostado con la mujer de Kingpin! Fanshawe arrojaría espumarajos de ira. Sabía perfectamente que Adekunle plantearía la cuestión de manera que su jefe viera en ello el final de todos sus sueños expansionistas —adiós a la refinería de petróleo, a las inversiones, a su propio

ascenso— y lo enajenara como una afrenta personal. Y luego estaba lo de Hazel. Morgan notó que la sangre había abandonado su rostro. Si quería que su vida futura no se alejara demasiado del plan que se había trazado, no le quedaba otra alternativa que hacer todo lo que le pidiera Adekunle. De lo contrario, le esperaba un futuro desastroso y humillante. Adekunle lo tenía bien cogido.

—¿Qué piensa hacer? —dijo Morgan con voz quebrada. Estaba dispuesto a lo que fuera, con tal de salvar el pellejo, y el cargo.

—Como ya le he dicho, yo no voy a hacer nada, *Mr. Leafy*. Absolutamente nada. En pago de lo cual me va a hacer un favor, que no resultará nada difícil a un hombre como usted —hizo una pausa—. Usted y yo somos dos personas civilizadas, dos hombres de mundo. Opino que ambos podríamos beneficiarnos de este..., de esta indiscreción por su parte. Usted conserva su empleo, su *status* y su reputación. Y en cuanto a mí... —dejó la frase sin terminar.

—¿Qué quiere que haga? —preguntó Morgan con voz fatigada. No veía la manera de poder hacer algo de provecho para Adekunle: en pocas palabras, no era lo suficientemente poderoso para ello.

—Lo único que quiero es que trabé amistad con una persona —dijo Adekunle—. Nada más.

—¿Y quién es esa persona?

—El doctor Alex Murray. Probablemente ya le ha visto más de una vez.

—No es un cometido demasiado oneroso comparado con una acción tan lamentable —prosiguió—. Quiero que, a partir de mañana mismo, empiece a cultivar la amistad del doctor Murray y le permita conocer su vida, sus actividades diplomáticas. No creo que sea una tarea demasiado difícil.

Dios mío, pensó Morgan; si... supiera...

—Pero ¿por qué? —preguntó con voz lastimera—. ¿Por qué Murray? ¿Qué tiene que ver él con usted?

—Digamos por el momento que se trata simplemente de una medida de precaución —contestó Adekunle—. Ya se enterará más adelante —golpeó el capó del coche para dar mayor énfasis a sus palabras—: Ojos que no ven corazón que no siente, como dice el refrán. Créame, Mr. Leafy, no quiero que su corazón tenga que sufrir inútilmente.

Morgan esgrimió una sonrisa crispada. No le creía en absoluto. Casi tanto, o más, que tener que ocuparse de Murray le inquietó la total ausencia en Adekunle de la ira del marido engañado. Se le ocurrió en ese momento que él mismo había maquinado este asunto —con él y Celia como protagonistas ignaros— siguiendo un plan trazado de antemano. El comportamiento de Adekunle se parecía más al de un automovilista preocupado por conservar una plaza de aparcamiento que al de un marido airado, enfrentado al amante de su mujer. Este tono mesurado y razonable, esta ausencia de justificado enojo, parecieron a Morgan particularmente inquietantes. ¿Qué significaba todo aquello?, se preguntó mientras miraba fijamente los rasgos de Adekunle en busca de una clave posible. O no le importaban un pito los escarceos extramaritales de Celia o tal vez la posibilidad de hacer de Morgan un compinche en un negocio inconfesable importaba muchísimo más que el orgullo herido o la cólera a la que habría gustado dar rienda suelta. Ambas hipótesis eran perfectamente plausibles, pero Morgan se inclinó claramente por la segunda. Estaba seguro de que, si no hubiera podido serle útil de esta manera, su venganza habría sido inmediata e implacable. Sintió llenársele el pecho de una sustancia dura y sólida —como cemento que fragua rápidamente— al pensar en los días difíciles que sin duda le aguardaban.

Esto había ocurrido hacía diez días. Intimidado por la advertencia de Adekunle, había mandado una breve nota a Celia informándola de un aumento repentino de su volumen de trabajo. Dio órdenes a Koyo y a Friday para que interceptaran todas sus llamadas al despacho y a la casa respectivamente, pretextando compromisos de trascendental importancia, y Celia pronto dejó de llamarle. Se volvió también sumamente circunspecto en sus relaciones con Hazel, creyendo ver espías de Adekunle en cada esquina, y solamente la visitó dos veces. A Hazel no pareció molestarle mucho esta negligencia: había en ella una nueva desenvoltura y una nueva elegancia, debida sin duda —estaba seguro Morgan— al hecho de vivir en un piso para ella sola. Sospechó que iban a verla allí sus otros amantes —saltándose a la

torera su terminante prohibición en este sentido—; pero estaba demasiado preocupado en ese momento para adoptar medida alguna.

Con muy poco entusiasmo se puso a cumplir las instrucciones de Adekunle con respecto a Murray. Hizo algunas pesquisas —extremando la discreción— entre los amigos comunes y se afianzó en su sospecha de que el doctor era un hombre poco aficionado a las recepciones sociales y que solo raramente frecuentaba el club de la Universidad. Tenía algunos amigos íntimos, pero solía verlos en privado. A no ser que fuera expresamente a su consulta, que fuera a esperarlo a la salida del trabajo o que se presentara a comer en su casa sin ser invitado, Morgan veía muy pocas ocasiones de abordarlo personalmente. Pasaba horas y horas sentado en su despacho dándole vueltas al tema y viendo con impotencia que el tiempo se le echaba inexorablemente encima. Adekunle regresaría de Londres dentro de un par de días y, lógicamente, le exigiría algún resultado palpable en este terreno. Morgan no dejaba de preguntarse qué vinculación podía existir entre Adekunle y Murray. No recordaba haber encontrado en su vida a dos individuos más opuestos.

En la oficina se tornó en una figura solitaria y taciturna, consagrada enteramente a acumular mapas, gráficos y cuadros estadísticos relacionados con el proyecto Kingpin; las pocas conversaciones que mantenía con sus colegas se limitaban a asuntos de trabajo. La mayor parte de las veladas las pasaba tranquilamente en casa, leyendo la primera novela que tenía a mano, viendo la famosa TV kinyanyesa y pegando buenos tutes a las botellas de su mueble-bar. Esta melancolía atípica y esta nueva afición al ensimismamiento hicieron que Friday y Moses empezaran a mirarlo con especial preocupación. El primero llegó incluso una noche a acercársele y preguntarle qué le pasaba.

—El amo no estar bien —afirmó.

—No —reconoció Morgan.

—¿Cuál ser el problema? Amo decirlo a mí.

Morgan buscó una expresión con la que plasmar de alguna manera la naturaleza de su malestar.

—*C'est cafard* —dijo finalmente con un giro francés que resumía perfectamente su situación.

—*Ah bon* —dijo Friday—. *Maintenant je comprends.*

Como persistían los problemas y no veía manera alguna de ponerles solución, se entregó de lleno a la bebida, a ver si de este modo lograba por lo menos olvidarlos. Las tres últimas noches que siguieron a su confesión a Friday estuvo bebiendo como una cuba; sus criados lo vieron tirado en un rincón del cuarto de estar, arrastrándose de vez en cuando hasta el mueble-bar para prepararse unos cócteles explosivos, que ingería de un trago, con el placer de un sócrates apurando su cicuta. A veces le daban unos ataques de rabia tan violentos que parecía que le iban a estallar las venas. Con el rostro morado de ira, se ponía a lanzar insultos envenenados contra todos los que conjuraban para arruinar su vida y a hacer cabriolas endiabladas por toda la casa

durante un par de minutos, hasta que, de repente, se le pasaba el ataque con la rapidez de una tormenta tropical.

Con la lógica turbia de las mañanas de resaca, se esforzaba por darse a sí mismo sanos consejos —es preciso que te calmes y recuperes el control de tus facultades—, a la vez que se autoavisaba de la seria posibilidad de quedar hecho definitivamente un guiñapo.

De manera paulatina, esta terapia de la aversión empezó a surtir cierto efecto. Una de estas tardes confusas en que estaba sentado a la mesa de su despacho preguntándose si ya había tocado fondo y podía, por tanto, considerar la posibilidad de empezar a levantarse, y si no sería conveniente que Koyo le trajera otro Alka-Seltzer para ayudarle en esta tarea, oyó que alguien llamaba tímidamente a su puerta.

—Adelante —dijo.

Era Dalmire.

—¿Tienes un minuto, Morgan? —dijo—. Hay algo que... eh... me gustaría que supieras.

—Siéntate —dijo Morgan esforzándose por desterrar de su voz cualquier signo de laxitud. Se masajeó las sienes. Dalmire iba vestido al viejo estilo colonial, con pantalones cortos blancos y calcetines altos beige. Morgan lo encontró un poco acobardado.

—He querido que fueras tú el primero en enterarte —dijo, matizando en seguida—: En fin, de los primeros.

—¿Mmm? ¿Enterarme de qué? —dijo Morgan levantando las cejas cortésmente y preguntándose por qué le pesaría tanto la cabeza.

—Anoche —continuó Dalmire—. Sé que tú y ella... estuvisteis una época... —hizo una pausa—. Se trata simplemente de que quería decírtelo yo en persona; no me habría gustado que te enteraras por otro conducto.

De qué me estará hablando este, pensó Morgan.

—Lo siento, Richard, pero hoy no sé muy bien dónde tengo la cabeza y no logro seguirte del todo. ¿No podrías hablar un poco más claro y despacio? —se apuntó la sien con el índice—. Debe ser que todavía me dura la resaca.

—Oh, perdona —se excusó Dalmire con una prudente sonrisa—. He de confesar que a mí me pasa algo parecido —describió con las manos las expansiones y contracciones de una cabeza—. A causa del *champagne*. Pega más fuerte de lo que uno cree.

—¿Has dicho *champagne*?

—Sí. En honor de Priscilla y... de mí.

—Tú... y... Priscilla.

—Sí —admitió Dalmire con tímida sonrisa—. Hemos decidido casarnos. Lo anunciamos anoche.

Hubo una larga pausa. Un coche pasó pitando por la carretera de Nkongsamba.

Morgan se puso en pie, titubeando un poco. La cara se le había vaciado de sangre.

Había perdido la facultad de pensar. Su cuerpo funcionaba ahora automáticamente, con mando a distancia. Despegó los labios de su dentadura pastosa, a modo de sonrisa felicitadora, a la vez que alargaba el brazo sobre la mesa del despacho.

—Enhorabuena —dijo, mientras Dalmire se precipitaba a estrecharle la mano—. Ma, ma, maravillosa noticia —se volvió hacia su armario metálico—. ¿Qué te parece si bebemos algo?

Sacó la botella de ginebra que tenía guardada en el cajón superior de la mesa. Dalmire asintió, visiblemente entusiasmado. Morgan echó ginebra en dos vasos, añadiendo luego la tónica que quedaba en una botella. Alargó un vaso a Dalmire.

—Eres un buen chico —dijo Dalmire, aceptando gustoso la ginebra—. Sí, señor.

TERCERA PARTE

Morgan se dio media vuelta y fue a unirse a Fanshawe.

—¿Qué sugiere que hagamos? —preguntó este.

—¿Yo? —exclamó Morgan, extrañado de verse todavía tan directamente aludido.

—Sí, Morgan, usted —dijo Fanshawe con firmeza—. Dejo en sus manos la responsabilidad de solucionar este asunto desgraciado. Yo estoy ocupadísimo con la visita de la duquesa, y además —apostilló señalando con desdén en dirección del cadáver, de los espectadores y los grisgrises—, todo esto es un misterio para mí. Jamás habría ocurrido en el Extremo Oriente —sacudió la cabeza como para expresar la pena que le daban las costumbres africanas.

Morgan notó que le flaqueaban las piernas de cansancio. Lanzó una mirada fulminante a un niño desnudo que seguía con curiosidad la conversación que estaba manteniendo con su jefe. Este retrocedió, pero no se marchó, lógicamente interesado por saber qué harían ahora los dos hombres blancos. Morgan miró en derredor suyo. Había un constante ir y venir de gente: obreros que compraban comida en los puestos ambulantes, mujeres que caminaban con precaución para no derramar los cubos repletos de agua que portaban sobre sus cabezas, chiquillos que correteaban por la veranda. El bullicio era menor que en otras ocasiones —sin duda en atención a Innocence—; pero esta era la única concesión que se hacía, notó Morgan. En efecto, la tónica general era la indiferencia, la resignada imperturbabilidad, en contraste con la gran desazón de que daban muestra en ese momento él y Fanshawe.

—¡Caramba!... —exclamó Fanshawe de pronto—. Ahora que caigo: la duquesa va a venir dentro de nada y hay que impedir como sea que vea esta cosa muerta.

—No se preocupe, no la verá de todos modos; no verá a esta persona muerta —contestó Morgan, corrigiendo retadoramente a su superior.

—No —convino Fanshawe—. Pero no es ese el problema. Sería sumamente engorroso..., no sé si ve lo que quiero decir, que se enterara de que hay un cadáver sin enterrar en el recinto de la propiedad. No, no puede ser, lo siento. Es preciso que solucione el problema, Morgan. Eso es todo. Cuento con usted.

Morgan estuvo a punto de soltarle una fresca, pero se contuvo en el último momento. Se fijó en la cara delgada de Fanshawe, con su ridículo bigote, y juró para sus adentros que, de haber dispuesto en ese momento de un segundo rayo asesino, lo habría dirigido sin duda contra el cabezón que tenía delante.

—El problema está —intentó razonar Morgan— en que nadie va a retirar el cadáver hasta que no se hayan cumplido ciertos ritos. Al parecer, las muertes por fulminación son muy caras, porque son un signo del enojo de Shango. Creo haber oído decir que cuesta unas sesenta libras, sin contar con el funeral especial requerido.

—Entiendo —dijo Fanshawe—. ¿Y su familia?

—Solo está María.

—¿Es que no tiene dinero?

Morgan no se explicaba cómo podía tener un jefe tan sandio.

—María tiene quince libras solamente —contestó con sequedad.

—Oh —exclamó Fanshawe, como si ello se debiera a la excesiva dispendiosidad por parte de la joven.

Morgan se rascó la cabeza.

—Anoche llamé a Murray para que me echara una mano, y me dijo que no estaba dispuesto a mover un dedo —buscó una mirada de aprobación en el rostro de Fanshawe—. Un poco asqueroso por su parte.

—A Murray no se le puede culpar de nada —se apresuró Fanshawe en contestar.

—¿Y por qué no? —preguntó Fanshawe con tono beligerante.

—Pues sencillamente porque no le está permitido poner el pie fuera de los límites de la ciudad universitaria. Al parecer, tiene un montón de follones con las autoridades sanitarias de Nkongsamba. Existe una situación de guerra larvada entre el Municipio y Sanidad. Creo saber que se trata de un problema de celos respecto a la situación laboral y retributiva.

—Pues no me dijo nada de ello.

—Es de dominio público, querido Morgan. Creí que estaba usted al corriente.

Morgan suspiró. Esta información no arreglaba las cosas. Volvió a la carga:

—Bien; parece que en la clínica Ademola están dispuestos a hacerse cargo del cadáver a condición de que lo llevemos hasta allí.

Fanshawe consultó su reloj y lanzó una última mirada al cuerpo sin vida de Innocence.

—Bueno, Morgan, dejo todo esto en sus hábiles manos. Ahora tengo que salir pitando. Qué desgracia.

Morgan se preguntó si su última frase se refería a la terrible muerte de Innocence o a los enormes engorros que esta le estaba ocasionando.

—Por cierto, ese tipo, el poeta, ¿ha dado ya señales de vida?

—¡¿Qué?!

—Priscilla me comentó algo sobre la desaparición de un poeta.

Morgan recordó la disculpa que había inventado la noche anterior. Bramó para sus adentros, consciente al mismo tiempo de que la coartada no había carecido enteramente de fundamento. Había en efecto un poeta real, al que él había invitado personalmente al Consulado. Se preguntó cuándo diablos llegaría; no recordaba la fecha exacta. Lo que le faltaba: un poeta caído del cielo buscando alojamiento. Ya se encargaría de ese problema en otro momento.

—Ah, sí —dijo para salir del paso—. Un tipo del British Council. No se preocupe, Arthur, todo está perfectamente arreglado.

—Estupendo —aprobó Fanshawe, mirando por última vez a Innocence—. Téngame al corriente de la situación.

Se dio media vuelta y se dirigió hacia su casa con paso ligero.

Ese mismo día por la noche Morgan se acercó a echar un vistazo al cuerpo ensabanado de Innocence. Espantó a un perro que estaba husmeando e intentó representarse al bulto que yacía ante sus ojos bajo la forma de una mujer gorda y

simpática; pero su cerebro cansado no se lo permitió. Eran las nueve y media. Había vuelto a la residencia con la vana esperanza de que el cadáver de Innocence se hubiera volatizado como por ensalmo, pero la imperturbable materialidad de este dispersó rápidamente toda fantasía al respecto. Después de comer había telefoneado a otras dos empresas de pompas fúnebres, las cuales se habían mostrado en un primer momento dispuestas a retirar el cadáver, pero luego le habían participado sus reservas, sin duda atemorizadas por las nefastas consecuencias que se habrían seguido de tener en contra suya al terrible dios Shango.

Con posterioridad, y durante más de media hora, había permanecido pegado al teléfono, indeciso sobre si debía llamar a Adekunle e informarle del giro desastroso que había tomado su «amistad» con Murray. Pensó finalmente que era más sensato esperar pasivamente a ver qué pasaba. Se hallaba en ese momento tan desbordado por los acontecimientos que ni siquiera era capaz de prever lo que sucedería media hora después.

Hoy era martes. Estaba planeado que jugaría al golf con Murray el jueves, y Adekunle le había dicho que quería entrevistarse con él antes de dicho partido. Morgan se echó a temblar ante la maraña de problemas que le acechaban en corto plazo y maldijo una vez más su falta de decisión, sus tergiversaciones, los interminables debates interiores a que era tan aficionado. Comparado con él, Hamlet parecía un tipo lanzado y resuelto. Se alejó del lugar donde yacía muerta Innocence y, con el ánimo completamente deprimido, atravesó el patio camino del Consulado, seguido, como siempre, de una pandilla de chavalines curiosos. A su alrededor, en la oscuridad, las gallinas picoteaban y las cabras mascullaban; su olfato fue asaltado por fuertes olores a cocina procedentes de los braseros enrojecidos colocados sobre las verandas de ambos lados. La noche era bochornosa, y las constelaciones se recortaban nítidamente allá arriba, sobre el cielo negro.

—Buenas noches, señor —oyó una voz cerca de él.

Morgan se volvió. Distinguió a Isaac, Ezekiel y Joseph, sentados sobre sendas cajas de madera alrededor de un farolillo. Iban vestidos con faldones de paño sujetos a la cintura y con el torso desnudo, a excepción de Isaac, que llevaba una chaqueta harapienta. Estaban bebiendo un brebaje que, en opinión de Morgan, debía de ser vino de palmera.

—Qué hay —dijo Morgan, acercándose a la veranda.

Hubo una pausa, como si los otros estuvieran esperando que Morgan dijera algo más. Tras unos segundos de reflexión, este añadió torpemente:

—Aún sigue ahí.

—Así es —dijo Isaac—. No pierda el tiempo, señor. No haga venir a los de la funeraria. No se la llevarán. Esto ser cosa de Shango. Ellos no poder tocarla.

Hubo gruñidos de aprobación por parte de Ezekiel y Joseph. No se percibía animosidad alguna en la voz de Isaac; era como un maestro paciente que repetía la lección a un alumno atrasado.

—Pero es preciso intentarlo —protestó Morgan—. *Mr. Fanshawe* no está nada contento. La duquesa está al llegar.

Ellos le respondieron con interjecciones conmisericordias. Morgan se quedó un momento mirando a estos tres hombres felices, sentados a la puerta de sus casas con un vaso de vino de palmera en la mano y, repentinamente, se apoderó de él una fuerte sensación de extrañamiento.

—¿No os importa —les preguntó de sopetón— que el cuerpo de *Innocence* esté ahí, tirado por el suelo? —señaló en dirección del cadáver—. ¿Qué creéis que va a pasar ahora?

Los tres se miraron mutuamente como si no hubieran entendido bien la pregunta.

—No pasará nada —dijo por fin *Ezekiel*—. Mande llamar primero al hechicero, y luego ya podrá llevársela.

Los otros soltaron risitas de aprobación. Las cosas se desarrollarán del modo establecido por *Shango*, parecían significar.

Morgan les deseó buenas noches y se alejó en dirección de su coche.

Capítulo 2

A la mañana siguiente, Morgan acudió al trabajo antes de lo habitual y, para su gran sorpresa, se tropezó con una manifestación delante de las puertas —cerradas— del Consulado. Había unos treinta o cuarenta jóvenes, con aspecto de estudiantes, algunos de los cuales portaban pancartas expeditivamente confeccionadas. Morgan tocó el claxon, y los manifestantes despejaron la calzada, obsequiándole con una salva de pitos y consignas antibritánicas —¡Ingleses, fuera!, ¡Ingleses, fuera!—. Mientras se abría la verja, una persona se le acercó a la ventanilla del coche, y Morgan reconoció los rasgos serios y poco amenos de Femi Robinson, el representante en la zona centro-occidental del Partido del Pueblo de Kinyanya, de inspiración marxista-leninista.

—Mr. Leafy —exclamó—, queremos expresar nuestra más decidida repulsa.

Robinson tenía un aspecto de hombre preocupado, lo que le había dejado la frente marcada con varias arrugas en forma de V invertida; gustaba ese tipo de barba con pelillos pubianos y esa enorme permanente estilo afro, tan apreciadas entre los negros

radicales de Estados Unidos. Morgan se preguntó cómo se habría enterado de su nombre, a la vez que echaba una rápida ojeada a las consignas escritas en las endeables pancartas: NO A LA INJERENCIA BRITÁNICA EN LA POLÍTICA DE KINYANYA. ALTO AL IMPERIALISMO BRITÁNICO EN KINYANYA.

—Cielo santo, ¿qué diablos pasa? —preguntó Morgan, que no salía de su asombro.

—Estamos protestando contra... eh... la táctica desestabilizadora del gobierno británico respecto a la política interna de Kinyanya.

Morgan intentó esbozar una sonrisa seráfica, que diera a entender a Robinson que no tenía la mínima idea de lo que le estaba contando —si bien en su cerebro se habían encendido algunas lucecitas rojas como en el cuadro de mando de un avión en situación de emergencia—. Robinson le mostró un ejemplar del *Daily Graphic*. Morgan vio una foto grande de Adekunle al pie de la escalerilla de un avión estrechando la mano de un representante del Foreign Office, vestido de chaqué. En la parte superior estaba escrito con grandes titulares: ADEKUNLE VISITA EL REINO UNIDO. Morgan notó un nudo en la garganta.

—Paparruchas —exclamó de manera rápida y terminante—. Puro montaje propagandístico del PNK, naturalmente. Ahora, permítame, por favor, que tengo que ir a trabajar.

Metió la primera y franqueó la verja. A sus espaldas oyó que Robinson le gritaba: —¿Es la postura oficial?

Con la boca seca, subió disparado a su despacho y cogió de paso de la mesa de Koyo los tres periódicos que se editaban en Kinyanya, ante la mirada atónita de este. La misma noticia en primera página: Adekunle en visita oficial... Invitado a asistir... Saludado por el subsecretario de Estado... Consultas con el Foreign Office.

Morgan sintió que le daba vueltas la cabeza y se sentó en el sillón. Apenas faltaban dos semanas para las elecciones. La tónica dominante de los comentarios era que, en opinión del gobierno británico, la política más justa y conveniente para el pueblo kinyanyés en ese momento era la defendida por el PNK.

Morgan se esforzó por hacerse cargo de la nueva y terrible situación. Ponderó las eventuales ramificaciones de este abuso de confianza e intentó adivinar los motivos ocultos de Adekunle. Sin ningún género de dudas, con esto el PNK aparecía investido de un nuevo *status* y responsabilidad —se equiparaba con el PUPK, el partido en el poder—. Este espaldarazo oficial causaría gran impresión entre los votantes cultos aún indecisos; y, por supuesto, estaba clarísimo que también llegaría a oídos de las bases en breve plazo. En efecto, no se había emprendido ningún tipo de consultas con el resto de los partidos. Naturalmente, estos se sentirían ofendidos, sobre todo la minoría ruidosa de Femi Robinson y sus secuaces. Pero Morgan supuso que esto parecería a Adekunle un precio insignificante a pagar en comparación con las ventajas electorales que suponía.

Morgan experimentó una curiosa sensación de distanciamiento respecto a este

suceso, que lo mismo podría tener consecuencias catastróficas como resultar absolutamente inofensivo. El proyecto Kingpin quedaba completamente al descubierto; pero ¿qué le importaba ya, en el fondo? También se dio cuenta de que Adekunle les había estado tomando el pelo a él y a Fanshawe —los había manipulado y explotado con una facilidad asombrosa—. Esto no le sorprendió demasiado: el proyecto Kingpin había sido desde el principio una completa chapuza, un engendro de los sueños desmesurados y extravagantes de Fanshawe. En cierto modo le pareció justo que hubiera quedado desenmascarado de esta manera vergonzosa. Sin embargo, su desmoronamiento repentino sembró la desazón en el ánimo de Morgan. Se preguntó cuál sería la reacción de Fanshawe. Sus pensamientos se vieron interrumpidos por la aparición de Koyo en la puerta del despacho.

—Perdone, señor —dijo el secretario bajito—. El portero dice que hay un hombre en la puerta principal que solicita verle urgentemente.

—¡No, no y no! —gritó Morgan—. Dígale que vaya a ver a Mr. Fanshawe.

—Mr. Fanshawe está ausente.

—Mecachis en su estampa —Morgan se golpeó la frente con un gesto teatral—. Muy bien; dígale que puede subir.

Robinson llegó en seguida. Morgan se fijó en su polo de lana negro, sus guantes de cuero también negros y sus gafas de sol baratas con montura metálica: la imagen perfecta de un activista del «Black power». Reparó asimismo en las gotas de sudor que le resbalaban por la nariz y la frente.

—Mr. Robinson —dijo—, ¿qué puedo hacer por usted?

—Exigimos una explicación —empezó Robinson con ímpetu, golpeando con un dedo enguantado la mesa del despacho—. ¿Con qué derecho se permite el gobierno británico llamar a Londres a dirigentes políticos *no* electos con el manifiesto propósito de mantener consultas?

—No tengo la más mínima idea —dijo Morgan, devolviéndole olímpicamente la pelota—. Ha sido una gran sorpresa para mí. Lamento comunicarle que tendrá que hablar con Mr. Fanshawe si quiere saber algo al respecto. Y mucho me temo —concluyó con tono neutral— que tampoco él sepa nada del asunto.

Robinson pareció prepararse para una explosión de irónica incredulidad, pero su fervor se derrumbó ante la mirada de Morgan, como si le hubieran dado un golpe en el estómago.

—Mr. Leafy —dijo con voz resignada, mientras se quitaba los guantes y se secaba las manos sudorosas en los pantalones—, no sé qué pretenden ustedes, pero les aseguro que están jugando con fuego. Aquí hay un refrán que dice: «Cuando limpies la casa, no escondas la mugre bajo la alfombra».

—Perdone, ¿ha dicho la ubre?

—Sí, la mugre, la suciedad, la porquería.

—Ah, entiendo. Continúe.

—Como decía: «no escondas la mugre bajo la alfombra porque puede venir

alguien, levantarla y descubrir la mierda». Esto es lo que viene ocurriendo en Kinyanya desde hace cinco o seis años. ¡Y ahora se ha levantado la alfombra del suelo! —la pasión volvió a dibujarse en el rostro del cabecilla.

Morgan asintió con ademán filosófico, como si estuviera ponderando la causticidad poética del folklore kinyanyés.

—Muy bien, Mr. Robinson. Lo que dice me parece muy interesante; pero no veo qué vengo a hacer yo —o el gobierno británico— en todo ello... Me refiero a lo de la limpieza mal hecha; no sé si ve lo que quiero decir. Eso es asunto de los kinyanyeses.

—Si es realmente asunto de los kinyanyeses, ¿por qué mantienen ustedes contactos con el PNK?

—¿Que mantenemos nosotros contactos con el PNK? ¿Está usted seguro de ello, Mr. Robinson? —preguntó Morgan, esquivando diplomáticamente la pregunta con otra.

Robinson explotó de frustración.

—¡Está escrito aquí! —gritó, hundiendo el índice en los periódicos que cubrían la mesa del despacho de Morgan—. ¡Y aquí, y aquí!

—Vamos, hombre, vamos. No irá a usted a creerse todo lo que aparece escrito en los periódicos, y menos en época de campaña electoral...

—En ese caso, desmiéntanlo públicamente.

—¿Cómo dice?

—Que lo nieguen. Pongan en evidencia al PNK por haber difundido un bulo.

Morgan sintió un ligero temblor de inquietud.

—Imposible. No es costumbre nuestra publicar desmentidos. Nuestra filosofía política lo desaconseja. Con ello se corre el riesgo de conferir una cierta dignidad a las acusaciones y... eh... a las inexactitudes, que solo merecen ser olvidadas.

—¡Pura retórica! —exclamó Robinson enfurecidamente, describiendo aspavientos de desesperación—. La retórica hueca de los diplomáticos. Si un hombre afirma que usted ha matado a su mujer —prosiguió apuntándole con el dedo—, ¿guardará silencio? Si otro le acusa de haber robado, ¿no se apresurará a negarlo?

—Por favor, Mr. Robinson —dijo Morgan, tocado en lo vivo por la pertinencia de este silogismo—. Los ejemplos que me pone son completamente espúreos. Sinceramente, pienso que no ha planteado usted el problema con la debida perspectiva. Se trata simplemente de un chisme periodístico, de una estratagema electoralista.

Mr. Robinson se hundió en su sillón.

—Desde la perspectiva británica puede que sea solamente un problema espúreo. Pero le aseguro que desde la perspectiva kinyanyesa se trata de un asunto muy grave —hizo una pausa—. Y le voy a decir por qué. Si el PNK gana las elecciones a causa de esto —o aunque el PUPK permanezca en el poder—, es indudable que la situación política se hará insostenible.

—No veo bien lo que quiere decir —afirmó Morgan.

—¿No sabe usted —dijo encañonándole nuevamente el pecho con el índice— que Kinyanya ocupa el séptimo lugar en el mundo entre los principales importadores de *champagne*? ¿Y que solo durante el año pasado se compraron más de doscientos Mercedes Benz para altos cargos del gobierno? —volvió a arrellanarse en el sillón—. Ellos no van a permitir que siga existiendo tanta corrupción. Con lo cual se creará una situación peligrosísima.

—¿Quiénes son ellos? —preguntó Morgan—. ¿Quiénes no lo van a permitir?

—Los militares, por supuesto —dijo Robinson alzando teatralmente los brazos—. Ya han empezado a producirse motines en el norte. Todas las tropas han sido acuarteladas. No tardarán en tomar el poder.

—¿Está seguro? —preguntó Morgan frunciendo el ceño escépticamente.

—Es de dominio público —contestó Robinson con tono mordaz.

—Pero ¿y los electores? ¿Qué ocurrirá si votan libremente a un partido?

—Vaya usted a una aldea. Pague al cacique y todos los votos serán para usted.

—Puede ser, pero no en las grandes poblaciones.

—En las grandes poblaciones ocurre exactamente igual.

—Muy bien, pero no veo qué puedo hacer yo con relación a todo esto —añadió Morgan, encogiéndose de hombros en signo de impotencia.

—Denuncie la mentira —contestó Robinson con ardor—. La cosa no tiene vuelta de hoja: si el PNK miente, denúncielo.

Morgan estaba empezando a impacientarse. Juzgó oportuno cambiar de tema.

—Pero ¿por qué nosotros? ¿Por qué aquí, en Nkongsamba? Nosotros tenemos poco peso. Vaya a quejarse a la capital, a la Embajada.

—Ya se ha hecho —dijo Robinson—. En este preciso momento hay un nutrido grupo de personas manifestándose delante de ella. Pero, como usted sabe, Adekunle es un cacique de Nkongsamba; mantiene una relación muy importante con la ciudad.

—Mire, lo siento mucho —se disculpó Morgan—. De verdad que no puedo hacer nada. Sin embargo, le prometo transmitir sus quejas a los estamentos superiores; le aseguro que estudiarán el caso con especial atención.

Se levantó del sillón para darle a entender que la entrevista había llegado a su fin. Robinson esbozó una sonrisa sarcástica.

—No creerá usted que me voy a tragar eso —dijo—. Tiene que actuar en seguida. Queda muy poco tiempo.

Tan pronto como se hubo marchado Robinson, Morgan salió disparado de su despacho y se tropezó en el descansillo de la escalera con Mrs. Bryce, que llevaba sobre el brazo un par de sábanas limpias.

—Qué bien, Mrs. Bryce —dijo jadeante—. Precisamente la estaba buscando. ¿Dónde está Mr. Fanshawe?

—Está ausente —se limitó a contestar.

—Eso ya lo sé —dijo Morgan pausadamente, esforzándose por no sulfurarse—. Pero ¿dónde?

—En la capital, a recibir a la duquesa de Ripon. Llega hoy. Pero ¿cómo? ¿No lo sabía usted?

Anda, claro, recordó Morgan: la dichosa visita...

—Volverá mañana —prosiguió Mrs. Bryce—. ¿Alguna cosa urgente?

—Oh, no. No. Puede esperar. Supongo que podrá esperar hasta mañana —miró nuevamente a Mrs. Bryce—. Espero que no le moleste mi curiosidad, Mrs. Bryce, pero ¿puedo saber para quién son esas sábanas?

—Para hacer las camas en la *suite* de los invitados —dijo mientras se alejaba en la susodicha dirección—. La duquesa dormirá aquí la Nochebuena.

Morgan hizo interiormente votos para que la inflamación que presentaba Mrs. Bryce en sus piernas por picadura de mosquito se le extendiera rápidamente por el resto del cuerpo, y volvió de nuevo a su despacho, con la mente ocupada por graves pensamientos. Vio a Koyo sentado en su mesa, tapando con una mano el teléfono.

—Es Mr. Fanshawe —anunció—. Se encuentra en la Embajada.

—Oh, no, por favor —musitó Morgan mientras pasaba a atender la llamada a su despacho. Inhaló aire profundamente antes de hablar.

—¿Arthur? —exclamó alegremente—, ¿qué tal estamos? ¿Cómo van las cosas por la capital?

—¿No ha leído la prensa? —preguntó Fanshawe a grito pelado a través del auricular—. ¡Vaya calamidad, amigo mío! ¡Desastre de ordago!

—Perdone, Arthur, pero... no acabo de ver... —notó que el estómago se le encogía y que la sangre se retiraba de sus venas.

—Hay alrededor de dos mil manifestantes aquí, frente a las puertas de la Embajada, armando un follón de espanto. El teléfono no ha dejado de sonar en todo el día. Su Excelencia ha sido convocada al Palacio del Gobierno. El PUPK está rabioso a más no poder. Esto es horroroso, Morgan, horroroso.

—Dios mío —fue lo único que a Morgan se le ocurrió contestar.

—Y no acaba ahí la cosa. La duquesa tiene anunciada su llegada para primeras horas de la tarde. ¿Qué va a pensar cuando vea la Embajada rodeada de agitadores?

Hubo un silencio. A Morgan le pareció que Fanshawe estaba esperando de él una respuesta.

—No sé... —empezó—. Supongo que...

—Encontrará esto completamente escandaloso; eso es lo que yo supongo. De verdad, Morgan, ¿puedo saber a qué está jugando Adekunle?

Morgan se ingenió rápidamente una respuesta.

—Podría no resultar tan perjudicial..., a la larga. ¿Qué me dice si gana?

—Bueno, en realidad hemos tenido en cuenta esta eventualidad —contestó Fanshawe, algo más calmado—. Eso cambiaría bastante las cosas. Los popes de aquí piensan que el prestigio logrado con esta visita compensará con creces cualquier tipo

de inconvenientes. Pero, y esto es lo más importante para nosotros, ellos no esperaban que el proyecto Kingpin desembocara en esto. Se ha actuado muy mal con relación al caso. Muy mal.

Morgan se sintió enojado de rabia al percatarse de que estaban intentando cargarle otra vez con el muerto.

—Arthur, *usted* y yo no sospechábamos en absoluto que Adekunle actuaría de esta manera, ¿verdad? Este abuso de confianza es achacable exclusivamente a él, ¿no cree? ¿Y qué sugiere usted que hagamos ahora?

—Sí, claro, pues... —empezó a contestar Fanshawe, manifiestamente cogido por sorpresa—. La posición oficial es la de no decir ni hacer nada. Las elecciones están al caer, y las cosas podrían salir finalmente a pedir de boca, si el PNK resulta victorioso. Pero si, por el contrario, el PUPK se mantiene en el poder, es de prever un serio empeoramiento en las relaciones anglo-kinyanyesas.

Por unos momentos, Morgan se preguntó si debía hablarle de las apocalípticas advertencias de Robinson; pero luego decidió que era mejor no hacerlo. Fanshawe — como todos los demás— ya tenía suficiente materia de preocupación.

—Pues por aquí la cosa está más tranquila. Ha habido un conato de manifestación, pero sin mayor importancia. Ya sabe: la banda del PPK.

—Y ¿qué diablos es, si puede saberse, la banda del PPK? —preguntó Fanshawe con impaciencia—. Nunca me aclaro con tanto lío de siglas.

—Los marxistas: el Partido del Pueblo de Kinyanya; Femi Robinson y sus ruidosos secuaces —estiró el cuello y miró hacia la entrada principal—. Pero ya se han marchado prácticamente todos.

—Bueno, eso ya es algo —dijo Fanshawe con voz seca—. Pero ¿qué ha ocurrido con nuestro otro problema?

—¿Innocence? Pues... siento comunicarle que ha habido muy poco progreso al respecto. He mandado venir a otros dos empresarios de pompas fúnebres. Pero tampoco se han atrevido a tocarla.

—¡Maldición! —exclamó Fanshawe, nuevamente enfurecido—. Todo se complica. Óigame bien, Morgan. Espero que usted logre dos cosas: primera, algún tipo de desmentido o disculpa por parte de Adekunle, y segunda, que quede limpio de cadáveres el recinto del Consulado antes de que llegue la duquesa —hablaba de Innocence como de un tronco caído en medio del camino.

Morgan lo maldijo en su fuero interno.

—De Adekunle no lograremos absolutamente nada; eso se lo puedo garantizar —le soltó de sopetón; pero en seguida se arrepintió—. Perdone, Arthur. Tengo tantos problemas actualmente... Veré lo que puedo hacer —y apostilló mentalmente: so mequetrefe asqueroso.

—Muy bien —dijo Fanshawe con voz de persona ofendida—. A ver si me ofrece algún resultado positivo, que ya va siendo hora.

Morgan colgó, volvió a insultar a Fanshawe y meditó durante unos instantes en la

fragilidad de toda lealtad, con la vista perdida en los papeles y documentos amontonados en su mesa. A un desastre sucedía otro desastre. ¿Qué iba a hacer ahora?

Un repiquetear de nudillos en la puerta precedió la entrada de Dalmire; su aspecto era ofensivamente jovial.

—Perdona mi retraso —dijo Dalmire—, pero es que me he visto retenido por una manifestación en la Universidad. Luego llego aquí, y ¿qué es lo que veo? Pues otra manifestacioncita. ¿Qué es lo que pasa?

Morgan, desganado, señaló los periódicos. Dalmire les echó rápidamente un vistazo.

—Qué barbaridad —exclamó—. Qué cara más dura, ¿no?

—Bueno, sí y no —dijo Morgan ambiguamente; no tenía ninguna gana de ponerse a explicar en ese momento los hilos inextricables del proyecto Kingpin—. ¿Estaban manifestándose también contra esto —prosiguió señalando de nuevo los periódicos— en la Universidad?

Dalmire se había acercado a la ventana.

—No —dijo—. Algo completamente distinto. Al parecer corren rumores de que el gobierno va a cerrar la Universidad hasta después de Navidades a causa de las protestas de los estudiantes —sonrió, como si su mente se hubiera ido a otra parte—. No sé muy bien de qué va todo ello, pero el caso es que había varios centenares de estudiantes rodeando el rectorado. Dicen que quieren ocuparlo y permanecer encerrados dentro de él hasta después de las vacaciones. Ya sabes: un *sit-in* o algo por el estilo.

—Sí, típico —agregó Morgan con tono enfadado, pero contento al menos de que no tuviera nada que ver con el proyecto Kingpin.

—¿Prácticas el esquí? —preguntó Dalmire cambiando bruscamente de conversación.

—¿Qué? Pues... no, es un deporte que no me dice mucho. ¿Por qué?

—Habíamos pensado ir a esquiar —Pris y yo— durante las vacaciones —dijo Dalmire con ojos a la vez ensoñadores y radiantes.

—Para la luna de miel, ¿verdad? —preguntó Morgan, esforzándose por desterrar de su voz todo rastro de animosidad o resentimiento.

—No, no. Eso vendrá después —Dalmire hizo una pausa; parecía ligeramente cohibido—. ¿No te había hablado de ello? Nos vamos de vacaciones. Saldremos después del día de Navidad. Pensé que sería divertido ir a esquiar. El Año Nuevo en las pistas; el aire sano de las alturas... Ya sabes: ese tipo de cosas.

—¡VACACIONES! —exclamó Morgan, al borde del soponcio—. Pero si no llevas aquí más de dos meses... ¡Santo cielo, mi último permiso fue en marzo!

—No te preocupes, se me descontará de las vacaciones —se apresuró en aclarar—. En realidad, la idea ha sido de Priscilla. Arthur ha dicho que no hay ningún problema.

Por unos instantes, Morgan creyó que iba a estallar en gritos inarticulados, como un sargento rabioso, pero luego consiguió dominarse. Vaya cabronazo con suerte, pensó embargado de un sentimiento mixto de envidia y despecho ante tamaña injusticia. Esa era la ventaja de casarse con la hija del jefe. Sin embargo, Dalmire no parecía haberse molestado demasiado por los comentarios resentidos de Morgan.

—Así que... ¿qué te parece? —insistió—. ¿Sobre ir a esquiar?

—Pues me parece una magnífica idea —dijo Morgan, mientras pensaba para sus adentros: ojalá te rompas una pierna.

En ese momento le asaltó una idea perversa.

—Por cierto, Richard, ¿no te has enterado de lo que le ha pasado a Innocence? —le preguntó.

Bajo la mirada curiosa de tres mocosos, Dalmire se sentó pesadamente sobre la veranda. Se había quedado completamente pálido de la impresión.

—Dios mío —dijo con voz desmayada, al tiempo que se llevaba la mano a la boca.

Morgan, que no había palidecido menos, volvió a cubrir con la sábana el cuerpo sin vida de Innocence, espantando al hacerlo al enjambre de moscas que se habían dado cita sobre el cadáver.

—Bastante macabro, ¿no crees?

Dalmire tragó saliva e hinchó los carrillos.

—Dios mío —volvió a exclamar—. Esto es repugnante. Repulsivo. Pensar que... —hizo una pausa y luego agregó a modo de explicación—: Es el primer cadáver que veo.

Junto al cuerpo de Innocence se había encendido un pequeño fuego, sobre el que se arrojaban cada cierto tiempo hojas y ramitas verdes, produciéndose una humareda azulada, con objeto, pensó Morgan, de mantener alejadas las moscas y neutralizar cualquier otro olor. Dalmire se incorporó y empezó a andar con paso inseguro. Morgan sintió un poco de lástima hacia él. Había sido un acto de venganza un tanto mezquino por su parte, pero que le había producido una intensa satisfacción: ya era hora de verlo también un poco abatido.

—¡Oyibo, oyibo! —gritó divertida una pilluela desnuda mientras ensayaba unos pasos de baile en la veranda y señalaba con un dedo regordete al vacilante Dalmire.

—Qué chicos —dijo este—. Resulta irreal ver a todos estos niños danzando desnudos.

—Sí —asintió Morgan mientras se le acercaba y volvía la cabeza para contemplar de nuevo la escena: el cadáver de Innocence tapado con la sábana, el lavadero, los grisgrises, el fuego humeante, los niños rondando medio desnudos, las gallinas picoteando en el polvo... No se sentía tan tranquilo y desapasionado como le habría gustado—. ¡Pero es África!

Iban caminando despacio hacia el Consulado en silenciosa meditación cuando, de repente, se oyó una voz aguda en la otra parte del césped.

—¡Morgan; o-oh Morgan!

Era *Mrs.* Fanshawe que, desde el borde del camino de entrada, le hacía señas para que fuera a verla.

—Me cago en la leche. Qué querrá esta ahora —dijo enfadado. Luego, acordándose de que se trataba de la futura suegra de Dalmire, añadió a modo de disculpa—: Perdona, Richard, estoy un poco fuera de mis cabales.

Por su parte, Dalmire se hallaba demasiado preocupado en esos instantes con el pensamiento de la condición mortal del hombre y le significó con la mano que no tenía importancia.

—Buenos días, Chloe —la saludó Morgan al acercársele.

Mrs. Fanshawe llevaba un vestido sin mangas ajustado a la cintura, de un color ultramarino que contrastaba fuertemente con su piel pálida, casi etérea, y su pelo negrísimo. También en cierto modo la hacía parecer casi el doble de recia.

—He venido a ver a Innocence —dijo con un tono de auxiliar de la Cruz Roja—. Por desgracia, nadie quiere retirar el cadáver.

—¿Todavía sigue ahí? —exclamó *Mrs.* Fanshawe cubriéndose las sienes con las palmas de las manos—. Oh, es horroroso.

—Sí, vaya diíta..., entre esto y la manifestación —dijo con tono lúgubre—. ¿No la ha visto?

—Sí, aún dura —dijo con una mueca de desprecio—; si se le puede llamar a eso una manifestación. Acabo de volver de Nkongsamba, y quedan todavía tres o cuatro delante de la verja. Un tipejo mal afeitado y con una gran pelambreira me ha gritado al entrar —fueron caminando en dirección de la casa—. Llevaba un jersey negro de cuello alto y guantes de cuero. Parecía estar sudando a chorros, el pobre.

El tono amistoso adoptado por *Mrs.* Fanshawe tenía a Morgan un poco escamado: sin duda quería algo.

—Debe de tratarse de Femi Robinson, el guerrillero urbano —dijo—. Ya sabe: tiene que ir vestido con los aditamentos del anarquista auténtico.

Penetraron en el salón, comentando todavía condescendentemente esta incidencia.

—¿Una copa? —preguntó *Mrs.* Fanshawe—. Seguro que le apetece. No le creo si me repite que solo bebe refrescos de naranja y limón.

—No, no —dijo Morgan con una risa falsa—. Tomaré una tónica con un buen lingotazo de ginebra, si no hay nada que lo impida —no voy a ser menos que Dalmire, pensó.

Mrs. Fanshawe le lanzó una mirada de aprobación.

—¿Sabe una cosa? Siempre pensé que la ginebra era la bebida que más le iba. Nunca entendí del todo su afición al jerez.

Morgan estaba sorprendido. ¿Qué mosca habrá picado a esta mujer?, se preguntó.

Nunca le he visto tan campechana. Se esforzó por adivinar cuáles serían sus verdaderas intenciones mientras María, con los ojos hinchados de llorar, le servía la ginebra. Se acordó de repente de su madre, que estaba en ese momento tostándose lentamente al sol.

—Se ha empeñado en seguir trabajando —le susurró *Mrs. Fanshawe*, con tono de culpabilidad, una vez que hubo salido María de la habitación—. No quiere tomarse unos días de descanso.

—¿Está Priscilla en casa? —preguntó sin demasiado interés, intentando alejar estas imágenes lúgubres de la mente.

—No —contestó *Mrs. Fanshawe*—. Ha ido al club. Está poniendo a punto su bronceado. Ya se habrá enterado de que se va con Dickie de vacaciones.

—Sí, ya lo sabía.

Mrs. Fanshawe hizo una pausa para meter su pitillo en el filtro.

—Morgan, me gustaría que subiera un momento conmigo. Tengo algo que enseñarle.

Morgan la siguió con desconfianza escaleras arriba, con la mirada puesta en sus enormes cachas color turquesa y preguntándose de nuevo qué se traería entre manos. El estilo de decorado chinesco que presidía la casa estaba menos presente en el primer piso, donde se hallaba limitado a unos cuantos cuadros y al tejido de las cortinas. *Mrs. Fanshawe* lo condujo hasta un cuarto pequeño, donde había un diván bajo y una máquina de coser plantada sobre una mesa. En un rincón, un maniquí de sastre. Morgan bebió un buen trago de su vaso de ginebra, que había subido con él. *Mrs. Fanshawe* dejó en el cenicero el pitillo —con su respectivo filtro— y descolgó algo de un perchero que había detrás de la puerta. Era de color rojo.

—¿Qué le parece? —preguntó.

—Para mí, se parece muchísimo a un mono.

—Lo es, en efecto, o, mejor dicho, lo era hasta que lo tinté de rojo. También le he acortado las mangas. Pensé que de él se podría sacar un bonito Papá Noel tropical, ¿mmm? ¿Qué opina?

—Mnnng..., siento decirle que...

—Naturalmente, todavía falta por ponerle las lentejuelas. Pero ya las he comprado —su rostro irradiaba satisfacción—. He creído oportuno esperar primero a que se lo probara —prosiguió frunciendo el ceño y mirándolo de arriba abajo—. No estaba segura de sus medidas. Posiblemente habrá que sacar un poco por varios sitios.

—Yo creo que está bien así —dijo Morgan, ofendido por esta inoportuna alusión a su gordura.

—No —dijo *Mrs. Fanshawe* con voz firme—. Vamos, pruébeselo ahora; así estaremos seguros.

—¿Ahora? —se desgañitó Morgan—. ¿No es mejor que me lo lleve y se lo diga luego?

—Por supuesto que no —zanjó *Mrs. Fanshawe* con tonillo de entendida—.

Vamos a verlo en seguida.

Morgan empezó a sudar a chorros y creyó que se iba a marear. Con los dedos entumecidos, aceptó de manos de *Mrs.* Fanshawe el horrible trapo rojo. Se quitó los zapatos y, al ir a enfilar el pie izquierdo en la correspondiente abertura, oyó a *Mrs.* Fanshawe desternillarse de risa.

—No sea pudoroso —le dijo con tono burlón—. El día de la fiesta irá usted sin pantalones ni camisa. ¿Cómo quiere que le tome las medidas exactas si no se los quita ahora?

Incapaz de emitir un sonido, Morgan se fue quitando torpemente corbata, camisa y pantalones, hasta quedarse en calzoncillos y calcetines; durante unos minutos permaneció de esta guisa, inmóvil, ligeramente inclinado hacia delante como si estuviera aquejado de un dolor en la espalda.

—Adelante con los faroles —exclamó *Mrs.* Fanshawe, cual infatigable monitora que estuviera animando a su desmoralizado equipo de jugadores de hockey.

Morgan hinchó los pulmones y luego metió sucesivamente en el mono los pies y los brazos. Se esforzó por no imaginarse la pinta que debía tener con sus calzoncillos algo pulgueros y sus calcetines marrones, y procuró al mismo tiempo hacer el olfato gordo de los ríos de sudor que no dejaban de emanar de sus sobacos. *Mrs.* Fanshawe se afanaba tirando de acá y encogiéndose de allá, mientras él se abotonaba con la mirada ausente la parte delantera.

—No está mal —comentó ella—. No, no está pero que nada mal. Tal vez haya que sacar un poquito a la altura del vientre; pero nada más. ¿Quiere mirarse en el espejo?

Morgan sacudió enfáticamente la cabeza en signo negativo.

—Estupendo —prosiguió, entusiasmada con su obra—. Voy a ver si consigo hacer una buena barba con algodón y coser una capucha, y quedará perfecto. A los chicos les va a gustar mucho.

Morgan creyó que iba a vomitar al llegar el momento de quitarse el mono. Su nerviosismo, su incomodidad y su terrible vergüenza le habían hecho sudar como nunca, y tuvo que torcer los hombros y contorsionar las caderas para librarse del pegajoso material. Entre tanto, *Mrs.* Fanshawe canturreaba una tonadilla a la vez que hurgaba en su canasta de costura. Morgan se agachó, cogió el mono y se lo entregó. Procuró esquivar su mirada, pero, al volverse ella para coger la prenda, dejó de tararear de manera abrupta y exclamó: ¡Oh!, sorprendida y perpleja.

—¿Y las botas? —preguntó Morgan como extasiado y con los ojos perdidos en una grieta de la pared—. Supongo que también me van a hacer falta unas botas —palpó con la mano el diván hasta dar con la camisa.

—Oh, sí... sí —dijo *Mrs.* Fanshawe, objeto de una repentina turbación, haciendo una bola del hábito rojo y apretándolo contra el pecho—. Ejem, sí, eh... ya veré qué puedo hacer, sí, eh...

Morgan la miró, extrañado. A esta mujer le ha pasado algo raro, pensó; qué hará

ahí plantada, mirando fijamente por la ventana...

—Perdone, ahora que recuerdo, tengo algo urgente que hacer —dijo ella precipitándose hacia la puerta—. Supongo que no me necesita usted para encontrar la salida, ¿verdad?

Y desapareció. Qué mujer más extraña, pensó Morgan, cuyo cerebro empezaba a perder ebullición y a serenarse un poco. Qué familia más curiosa estos Fanshawe; pero ¿qué mosca le ha picado de repente? Se sentó en el diván. Estaba recubierto de un paño de fibras espinosas. Sintió una rozadura en la parte trasera de los muslos y —se percató de pronto— en esas partes del cuerpo que suelen estar tapadas. Profirió un silencioso y horrorizado «¡Oh, no!» y miró en dirección de la zona concernida. De la raja de sus calzoncillos, que se suponía servía de bragueta, sobresalía su largo, flácido y pálido pene. Se me ha debido salir al intentar quitarme el dichoso mono. Ahora entiendo por qué.

Capítulo 3

Morgan se dirigía hacia el club en su coche. En su rostro se pintaba una sonrisa extraña, parecida a la de un hombre hipnotizado o a la de un personaje de *comics* que acaba de recibir un porrazo en la cabeza. Con la habilidad de un yogui, había logrado vaciar su mente de todo pensamiento. Sentado al volante, no era más que un manojito de nervios, un fugitivo aturdido que huía de la explosión atómica de oprobio y vergüenza cuya cabeza de hongo se elevaba por encima del Consulado.

Era la hora de comer y había poca gente en la piscina. Se cambió, avanzó por el áspero bordillo de cemento y se lanzó al agua con el celo de un neófito. Buceó enérgicamente a través del agua fresca y azulada, con los ojos clavados en los motivos del fondo, que espejeaban turbiamente por la luz solar. Imaginó que el sudor, la suciedad y la turbación abandonaban su cuerpo con la labilidad de una crema bronceadora.

Salió del agua con la rapidez con que había entrado, se sentó bajo una sombrilla e ingirió, una tras otra, dos botellas de cerveza fría. De manera pausada, paciente,

empezó a recuperarse. Tras una hora de minuciosa autocrítica, y tras un análisis completo y pormenorizado de su situación, las inciertas apoyaturas de su vida comenzaron a consolidarse de nuevo y la cordura volvió a ocupar su inevitable lugar en el orden establecido de las cosas.

Recobrada la calma, y satisfecho con este meritorio ejercicio de autodisciplina, se levantó y se dirigió nuevamente a los vestuarios. Al pasar por el vestíbulo camino del *parking*, sus ojos se posaron en una información, escrita en rojo, que había en el tablón de anuncios: TORNEO EXTRAORDINARIO DE GOLF DEL 26 DE DICIEMBRE. Entre los participantes descubrió —con la misma rapidez que si hubiera buscado el suyo propio— el nombre de Murray. Morgan no pudo evitar el recuerdo de su partido de golf abortado; con lo cual, la espada de Damocles de sus tribulaciones volvió a pender amenazadoramente sobre su cabeza.

Se le ocurrió la idea infantil de que, si permanecía tranquilamente sentado sin molestar ni llamar la atención de nadie, todos los abominables traumatismos que le aquejaban acabarían por aburrirse y, como un ejército de ocupación, largarse gruñendo a la aldea siguiente. Así pues, arrastró los pies hasta la mesa de su despacho y permaneció sentado impávidamente en su sillón durante tres cuartos de hora, cubriendo el papel secante de garabatos concéntricos y en espiral. Pero luego, un bostezo descomunal le hizo percatarse de que la quietud y la pasividad no ofrecían ninguna salida ni poseían encanto alguno. Además, a él no le iba ese tipo de conducta: *necesitaba* hacer algo, aunque con ello se complicaran las cosas más todavía. Se quedó mirando su papel secante emborronado y se preguntó seriamente si no habría sido víctima, durante las dos horas precedentes, de una minidepresión nerviosa, deslizándose en el umbral de la auténtica locura.

—A ver si te enteras, chava —exclamó con voz redicha y bien timbrada—. Cuando la cosa se pone dura, hay que ponerse duro con la cosa, ¿vale? —pegó un puñetazo en la mesa y puso cara de gángster—. Que sí, tío, que sí —siguió auto-sermoneándose—. Lo que cuenta no es el tamaño del hombre en el combate, es el tamaño del combate en el hombre.

Estas máximas de monaguillo solo lo reconfortaron momentáneamente, pues su moral volvió a caer por los suelos con la contundencia de una viga. Empuñó de nuevo el bolígrafo y rellenó con una minúscula espiral el hueco de su papel secante que había quedado en blanco.

Koyo asomó la jeta por la rendija de la puerta.

—No pasa nada, Koyo —dijo Morgan con voz triste—. Estaba hablando conmigo mismo.

—Perdone, jefe. Hay un señor al teléfono. No quiere decir su nombre. Me está insultando porque no quiero ponerle con usted. Dice que le diga que se trata de Sam.

—¡Arrea! —exclamó Morgan, abrumado—. Decididamente, no le dejan a uno

respirar. Páseme la llamada.

—Buenas tardes, amigo —sonó la voz de Adekunle—. He pensado que vale más ser prudente que valiente, como suele decirse. Al menos en las circunstancias actuales.

Morgan estaba empezando a hartarse de los dichos de Adekunle.

—Su manera de actuar no nos ha gustado ni un pelo —le soltó con intrepidez—, como suele decirse.

La risotada de Adekunle retumbó en su auricular.

—¿De veras? —dijo—. Seguro que comparte usted conmigo la opinión de que en el amor y en la guerra todas las armas son buenas. Pero —agregó inmediatamente, agriando el tono de la voz— no le he llamado para departir acerca de estos problemas. Espero no habrá olvidado, Mr. Leafy, su cita de mañana con el doctor Murray. Es preciso que nos veamos antes.

—Ah, pues resulta que ha surgido una complicación —dijo Morgan, resuelto a todo—. Así que lamento...

—No ha surgido ninguna complicación ni usted lamenta nada. Se lo digo por su propio bien —le espetó Adekunle.

Morgan sintió un nudo en la garganta e intentó tragar saliva.

—Conoce el estanque de la ciudad universitaria, ¿verdad? —prosiguió Adekunle—. ¿Y si nos encontramos allí esta tarde a las cinco y media?

El estanque de peces era otro ejemplo de la extremada literalidad kinyanyesa, hasta el punto de rayar casi en la metáfora. Naturalmente que había peces en él y que podía clasificarse dentro de la categoría general de estanque; pero, ante todo y sobre todo, era un enorme e impresionante lago artificial situado en la punta suroccidental de la ciudad universitaria. Morgan se hallaba contemplando dicho lago desde su coche, esperando a que llegara Adekunle. Escenario tranquilo de gran belleza por lo general, hoy aparecía ante la visión algo deformada de Morgan como un lugar ferozmente primitivo, salvaje y hostil.

El estanque de peces era de forma ligeramente ovalada, de unos seiscientos metros de largo por trescientos de ancho. En él desembocaba un río bastante ancho, y, sin embargo, no existía aparentemente ningún canal de evacuación de las aguas; tal vez se las tragaba la tierra, pensó Morgan, pues el estanque daba la impresión de un estancamiento absoluto, y los enormes árboles de tronco pálido que bordeaban la otra orilla se reflejaban, como en un espejo, en su superficie cristalina.

La claridad beige-grisácea del inminente crepúsculo suavizaba los ángulos y difuminaba los contornos. A su derecha, Morgan divisó el tejado blanco de la casa de un profesor; pero, aparte de la carretera de alquitrán en la que se hallaba parado su coche, todo lo demás era naturaleza pura. No le habría extrañado que un pterodáctilo hubiera aparecido de pronto por entre los árboles oscuros, o que algún monstruo

escamoso prehistórico hubiera abandonado su refugio entre los matorrales para encaminarse hacia la playa fangosa, más abajo de la carretera. Sintió que una depresión gélida le atenazaba el cerebro mientras descansaba su mirada morosa en la superficie serena e indiferente del lago.

Su ensoñación triste se vio interrumpida por el sonido del Mercedes de Adekunle. Morgan salió de su coche mientras el otro aparcaba el suyo detrás. Adekunle venía fumando un puro de gran tamaño, pero Morgan notó la ausencia en él de su humor habitual, jovial y cínico.

—*Mr. Leafy* —dijo sin más preámbulos—, me tiene usted muy preocupado con lo que me dijo antes en el sentido de que habían surgido problemas. ¿Me puede aclarar qué ha pasado?

Morgan dio un puntapié a un guijarro.

—He discutido con Murray —dijo sin alzar la voz—. En las circunstancias actuales es completamente imposible jugar amistosamente con él al golf mañana.

—Eso no es ninguna razón —repuso secamente Adekunle—. No habrá creído que se va a escapar tan fácilmente, amigo mío. Es preciso que presente nuestra... oferta al doctor Murray antes del veintinueve de este mes. He decidido que para esa fecha tengo que conocer mi posición al respecto.

—Ya le he dicho que hemos tenido una discusión de mil demonios —insistió Morgan—. Le he insultado a voz en grito. En este momento debe aborrecerme con todas las potencias de su alma.

—Es una broma de muy poco gusto, amigo mío. Ya veo que pretende escabullirse y rehuir sus responsabilidades —dijo moviendo la mano serpentivamente—. Pero no lo logrará, se lo advierto. Si sigue así me va a obligar a presentarle mis quejas a *Mr. Fanshawe*.

Morgan estaba casi sollozando de frustración.

—No le estoy mintiendo. Fue el lunes por la noche... Bueno, me da igual.

Cogió una ramita y la lanzó con rabia contra el espejeante lago. Ya casi había anochecido. Los grillos aserraban el aire con sus cantos, y los murciélagos jugaban a kamikazes por encima de sus cabezas. La inflexión especial de su voz debió de convencer a Adekunle de que no le estaba contando ningún cuento chino.

—Muy bien —dijo Adekunle de mala gana—. De acuerdo. Ha tenido un tropiezo. Pero es preciso superarlo como sea antes de las elecciones. No me importa la manera. Es de todo punto esencial tener ese problema solucionado para entonces. Tiene que ingeniárselas como pueda —concluyó, apuntándole agresivamente con el puro.

—Pero ¿por qué he de ser yo? —se quejó Morgan—. ¿Por qué no le llama usted mismo por teléfono y soluciona directamente el problema?

—Mi querido *Mr. Leafy* —sonrió Adekunle—, qué ingenuo es usted. ¿No es mucho mejor que te ofrezca una gratificación financiera uno de los tuyos? ¿Una persona que se supone está por encima de este tipo de transacciones y, a poder ser, representante de la Corona británica? —pegó una buena calada al puro—. Créame:

resulta difícil permanecer íntegro cuando se tambalea la moralidad de los que están más arriba.

Morgan no pudo por menos de admitir la lógica de ese razonamiento. Si el personal diplomático estaba corrompido, por qué se iban a andar los demás con miramientos... *Quis custodiet...* etcétera. Se preguntó de nuevo cómo reaccionaría Murray.

—¿Quiere ver con sus propios ojos el motivo de tanto quebradero de cabeza? —preguntó Adekunle.

Morgan respondió afirmativamente y siguió a Adekunle carretera arriba, bordeando el lago, por la parte opuesta a las casas. Al final del lago, la carretera subía por una pequeña colina, daba la vuelta y volvía al campus de la Universidad. Desde este promontorio, Morgan divisó las luces de algunos chalés.

—Ahí es —dijo Adekunle.

Frente a ellos, el terreno descendía hasta la cuenca pantanosa de un río poco profundo y luego se elevaba bruscamente por la otra orilla hasta formar un pequeño altiplano. A la luz del crepúsculo, Morgan distinguió una hilera de árboles.

—Estos son los terrenos de mi propiedad —dijo Adekunle—. Hasta esa línea de árboles. Ahí es donde quieren construir el *hall* y la cafetería. Como podrá comprobar, el sitio es ideal.

—¿Dónde va a estar el vertedero? —preguntó Morgan fríamente.

—Detrás de aquellos árboles. Mucho más allá. Esos terrenos los vendí hace ya varios años. Los camiones de la basura han empezado ya a descargar ahí —dijo con tristeza. Hizo una pausa—. Estamos a tan solo diez minutos andando del paraninfo, del mismísimo centro de la Universidad —miró a Morgan y luego a la ceniza candente de su puro.

—Si no fuera por el doctor Murray —prosiguió con un deje de amargura—, hoy mismo me firmarían el cheque —puso un acento especial en la palabra «hoy»—. Ya ha aplazado tres veces la reunión del Comité de Edificaciones con objeto de investigar el caso. Sé que piensa presentar un informe negativo. Eso es lo que me ha impulsado a tomar estas medidas tan drásticas.

Morgan no hizo ningún ademán de simpatía.

—¿Por cuánto vende estos terrenos? —preguntó.

—Por doscientas setenta y cinco mil libras —dijo Adekunle con emoción.

—Y eso a cambio de una inversión de solo diez mil libras —dijo Morgan—. No está mal.

Adekunle se le acercó y lo cogió por el brazo. Morgan se tragó el humo de su puro.

—Esta es la razón por la que va usted a ayudarme, *Mr. Leafy*; de lo contrario, daré parte de su conducta al embajador —le amenazó—. No tengo por qué molestar a *Mr. Fanshawe*: iré directamente a la autoridad superior —le soltó el brazo—. Su amable oferta de visitar Londres ha resultado sumamente útil. He hecho algunos

buenos amigos. Créame, *Mr. Leafy*; si quiero, puedo crearle problemas muy serios. Apáñeselas como pueda para ganarse al doctor Murray. Eso es todo. Y no se olvide: antes del veintinueve —su voz se había vuelto nuevamente áspera y rabiosa.

Morgan trató de humedecer un poco su garganta reseca.

—Pero ¡cómo! —gimoteó—. Por todos los santos del cielo, ya le he dicho...

—¡Me importa un pito! —gritó Adekunle con exasperación—. La carrera de un diplomático novato me importa un solemne cojón, ¿se entera?

—Bien, de acuerdo —dijo Morgan, vencido—. Intentaré ingeniármelas de alguna manera.

Sentía un cansancio enorme. Dio media vuelta, camino de su coche. Adekunle le alcanzó.

—Perdone si me he propasado un poco —dijo con voz pausada—; pero, como ya le he dicho, los costes financieros de la campaña electoral son terriblemente elevados. No se imagina lo que está suponiendo para mí esta... digamos obstrucción de Murray. Son tantas preocupaciones —apostilló con voz sorprendentemente mansa.

Morgan no dijo nada.

—No veo por qué —prosiguió Adekunle— no podríamos beneficiarnos *ambos* de esta, cómo diría, asociación.

—Gracias —dijo Morgan con voz cavernosa.

Estaba seguro de que lo haría. Ante todo, por salvar su propio pellejo y no perder su triste puesto de trabajo. Pero había además otra razón de peso. No sabía bien qué, pero algo en su interior le hacía presentir que Murray aceptaría el soborno, y él deseaba con todas sus fuerzas ver cómo sus pies se volvían de barro y cómo se venía abajo su pedestal. Y también deseaba ser la persona que propulsara su caída.

Se detuvo repentinamente. Tenía una idea.

—No conocerá por casualidad al organizador del torneo.

—No —dijo Adekunle—. ¿Cómo se llama?

—Bernard Nosequé. Bernard Odemu, creo recordar.

—¿Es de Kinyanya?

—Sí —contestó Morgan con voz pausada—. ¿Cree que podría «persuadirle» de alguna manera para emparejarnos a Murray y a mí en el torneo de Navidad? Él debe controlar seguramente el sorteo. ¿Cree que sería posible?

—¿Nada más que eso? —preguntó Adekunle con tono divertido—. Pues... claro que sí.

Qué cosa tan asombrosa es el poder, pensó Morgan.

de sí. Su conversación con Adekunle parecía haberle sacado de su incipiente depresión con un rumbo preciso. Por lo menos tenía algo concreto que hacer, aun cuando ese algo no fuera precisamente coser y cantar. También suponía que las cosas no podrían irle peor de como ya le iban; aunque eso, lo admitió, era una suposición un poco arriesgada.

—Bueno, pues... —contestó encogiéndose de hombros a la pregunta de Fanshawe, al tiempo que señalaba el cadáver de Innocence— como ve, no ha habido demasiados progresos.

Estaba bastante satisfecho del tono desenvuelto de su contestación; en lo sucesivo debería adoptarlo más a menudo, decidió.

—¡Maldición! —perjuró Fanshawe, con el ceño fruncido al máximo—. Este maldito país me está resultando inaguantable. La gente va y viene de un lado para otro, como si fuera un día normal de trabajo, y pasa por encima de los cadáveres como si tal cosa. Son unos auténticos brutos, sin ninguna consideración.

—Bueno, pues... —dijo Morgan, cachazudo; le gustaba últimamente empezar sus frases con «bueno, pues»: le hacía parecer ponderado, reflexivo—. Esto es desde nuestro punto de vista, Arthur. Shango es aquí una divinidad bastante cotizada, y nosotros debemos respetar...

—Leafy, por si no lo sabía, me trae enteramente sin cuidado todo este montón de sandeces —bramó Fanshawe con furor contenido. Se le escapó un escupitajo, que fue a parar a la manga de Morgan; pero este decidió, cortésmente, no limpiarlo con su pañuelo, lo que habría puesto en evidencia a su superior. Estaba imperturbable. Tampoco se le había escapado el empleo venenoso de su apellido por parte de Fanshawe, el cual estaba empezando a ponerse muy nervioso y a perder la paciencia.

—Estas chorraditas de grisgrises comienzan ya a tocarme los... Por favor, señores, que mañana va a estar aquí la duquesa de Ripon. ¡La representante personal de la Reina! Esto es demasiado. —Sacudió la cabeza en signo de vigorosa reprobación—. Hay que impedirlo *como sea*.

—Bueno, pues... —volvió a empezar Morgan.

—Leafy, preferiría que no empezara usted todas sus respuestas con «bueno, pues». No sabe lo irritante que resulta —soltó Fanshawe, incapaz de seguir conteniéndose.

—Perdone —se disculpó Morgan con las cejas levantadas de sorpresa—. Lo que quería decir es que me parece sumamente improbable que la duquesa se pasee por las dependencias de la servidumbre.

—Eso no cambia para nada las cosas —apostilló—. Es una cuestión de principio. Por el amor de Dios, estas son las dependencias del Consulado, y no se puede tolerar que estén infestadas de cadáveres en descomposición. Y si no es capaz de ver esto, lo siento mucho por usted. Así de claro —apostilló.

Siguió un silencio embarazoso. Con la uña del pulgar, Morgan se arrancó un padraastro que le molestaba.

—Me parece que ha llegado el momento de acabar con todo esto —dijo Fanshawe de repente, dirigiendo sus pasos hacia el cadáver—. Vamos —ordenó a Morgan. Este le alcanzó, preguntándose cuáles serían sus intenciones.

—¿Qué va hacer? —le preguntó, a la vez que miraba con aprensión al grupo de mujeres y niños que les estaban observando.

—Voy a ver, como es lógico —dijo Fanshawe, con los pómulos ligeramente enrojecidos.

—¿Por qué?

—Quiero verlo con mis propios ojos —dijo mientras se alisaba el bigote—. Simple verificación —añadió con voz indecisa.

Morgan se dio cuenta de que Fanshawe estaba receloso: debía creer que se le ocultaba algo.

—No es una visión nada agradable —le advirtió Morgan.

—Por favor, señor —se oyó una voz de entre la multitud. Miraron a su alrededor: era Isaac. Este avanzó unos cuantos pasos—. Le suplico no tocar cadáver, señor. Dejarlo como está. Ser falta de respeto.

—Voy simplemente a echar un vistazo —exclamó Fanshawe pomposamente—. No tienes por qué preocuparte, Isaac.

—Retire la sábana —susurró a Morgan, el cual estuvo a punto de soltarle: ¿Por qué no la retira usted? Estaba empezando a hartarse del cargo de asistente mortuario que parecía haberle asignado. Sin embargo, se calló y obedeció.

Fanshawe retrocedió como si le hubieran dado un fuerte puñetazo en el pecho. Tenía los ojos desorbitados.

—¡Dios mío! —exclamó con voz ronca.

Morgan se puso a respirar por la boca. La gente se arremolinó para ver el espectáculo. Morgan cubrió nuevamente el cadáver de Innocence y se alejó con cuidado.

—¡Puff! —dijo a Fanshawe, secándose el rostro con un pañuelo—. Es asombroso con qué rapidez..., ya sabe lo que quiero decir, qué deprisa va todo...

Fanshawe estaba pálido y manifiestamente conturbado. Con paso indeciso, condujo a Morgan a otra parte.

—Ya está bien —exclamó con vehemencia—. Es preciso sacarla de aquí... cuanto antes. Esto es... obsceno; eso es lo que es. No tenía la mínima idea del efecto que..., en fin, de lo que pasaba. Sacarla de aquí; eso es todo, Morgan. Como sea.

Morgan sintió la rabia del subordinado al que siempre le toca cargar con el mochuelo.

—Pero ¿cómo, Arthur? —protestó—. Dígame simplemente cómo y le aseguro que lo haré. Por amor de Dios, sea un poco razonable. Ya ha visto usted mismo que es imposible...

—¡No me importa! —casi se desgañitó Fanshawe—. Le doy veinticuatro horas. Ya hace un montón de tiempo que le encargué este asunto. Si hubiera actuado con

perspicacia la primera noche, de seguro que no nos encontraríamos ahora en este cenagal. Eche mano de un guardia armado, de lo que sea. Con tal de que el cadáver haya desaparecido de aquí antes de que llegue la duquesa.

Durante unos instantes estuvo mirando furiosamente a Morgan, con la mandíbula proyectada hacia adelante, y con los tendones y músculos del cuello en máxima tensión. Se dio bruscamente media vuelta y se alejó hacia el Consulado.

Morgan permaneció un rato inmóvil, presa de una rabia biliosa. ¡Que te folle un camello, gilipollas asqueroso!, articuló en voz baja en dirección del que se alejaba. Poniendo uñas de vampiro, rasgó el aire delante de su cara. Se volvió y se quedó mirando al enjambre de curiosos, que ya empezaba a dispersarse. Lo mismo podían haber sido figuras de cera, marcianos o zombies, si se atendía a lo que había de común entre sus cerebros y el suyo. Claro que, pensó, lo mismo cabía decir con respecto a Fanshawe.

Morgan tuvo que confesar que el problema Innocence parecía insoluble. La única idea buena que tuvo fue inmediatamente abortada por Fanshawe. Morgan se había acercado a la puerta principal del Consulado e interrogado a Isaac acerca de la ceremonia ritual. De reunir todo el dinero necesario, le preguntó, ¿cuánto tiempo llevará el apaciguamiento de Shango? Isaac reflexionó un momento. Si el hechicero venía esa noche, y si se compraban sin tardar la cabra, la cerveza y los demás accesorios, la ceremonia podría tener lugar en el plazo de dos días. Pero —le advirtió—, como al día siguiente era Navidad, el hechicero exigiría probablemente más dinero, por tratarse de un día festivo. Muy bien, contestó Morgan; gracias.

De vuelta a su despacho, telefoneó a Fanshawe.

—Me parece, Arthur, que ya hemos encontrado una solución al asunto —dijo.

—Bien. Adelante —ladró Fanshawe.

—Vamos a hacer lo que piden. Hasta ahora hemos intentado nadar contra corriente. Se trata simplemente de mandar llamar al hechicero de turno, sacrificar una cabra y exorcizar al demonio o a lo que sea. No creo que haya otra alternativa.

—Creí que había problemas respecto a pagar todo eso.

—Sí, en efecto. Pero solo por parte de María. He pensado que podríamos pagarlo nosotros.

—Ni hablar —zanjó Fanshawe—. No podemos crear un precedente.

—Un momento —dijo Morgan, a punto de perder la paciencia—. Recapitemos un poco. ¿Por qué no prestarle el dinero que necesita? —miserable tiparraco, exclamó interiormente.

—Sí, quizá. Se considerará esa eventualidad. Pero dígame: ¿cuánto tiempo llevará ese «exorcismo»?

—Un par de días. Yo puedo encargarme de...

—¡No, no y no! —tronó Fanshawe—. *Imposible*. Parece que no se entera de lo

que le digo. Hay que solucionar el problema en un plazo de veinticuatro horas. La duquesa...

Morgan se dejó gritar: la intransigencia de este individuo le producía más asco que odio.

—... Y anótelo bien, Morgan. Le doy a este asunto prioridad absoluta. Olvídense de Kingpin, olvídense de las elecciones. Lo único que le pido es que haga desaparecer ese cadáver. Lo dejo bajo su entera responsabilidad.

Sí, claro, así cualquiera, pensó Morgan amargamente mientras colgaba el teléfono.

A las cuatro de la tarde decidió volver a casa. En la verja encontró a Femi Robinson, manifestándose él solo con una pancarta, en la que podía leerse: KINYANYA SÍ, SUEZ NO.

Morgan paró el coche y se asomó por la ventanilla.

—¿No cree que se está pasando un poco? —le gritó.

Robinson se acercó al coche. Llevaba el mismo jersey de cuello alto y los mismos guantes. Había logrado encasquetarse una boina en su peinado afro. Su olor le precedía como una nube de gas lacrimógeno. Su rostro preocupado brillaba de sudor, que le resbalaba por los surcos de las mejillas. Una gota gorda estaba a punto de descolgarse de su barbilla.

—¿No cree —dijo Morgan señalando la pancarta— que peca de demasiado sutil?

—Es que va dirigida a ustedes, los británicos —repuso Robinson con agresividad—; no a mis seguidores.

—Por cierto, ¿dónde se encuentran hoy, si no le molesta mi pregunta?

—Los dos han ido un momento al chiringuito de la esquina a comprar cerveza.

Morgan soltó una carcajada, que hizo muy poca gracia a Robinson.

—Ríase ahora que puede, que pronto se le quitarán las ganas —le amenazó.

—Perdone —dijo Morgan conteniéndose—, pero es que me ha contado un chascarrillo, que, por cierto, ya conocía.

Robinson se relajó de pronto y sonrió.

—Reconozco que el fervor de los míos no es muy grande hoy, pero pronto volverá a serlo. Yo que ustedes me andarían con más cuidado. Parece ser que el embajador británico ha presentado sus disculpas. Pero eso no es suficiente. El cariz diplomático del problema no es más que una cortina de humo. ¿Y si gana el PNK? —lo interpeló pegando un puñetazo en el marco de la ventanilla; aspiró aire a través de los dientes y sacudió la cabeza para rubricar su tristeza.

—Gracias por la advertencia —dijo Morgan mientras ponía el coche en marcha. Robinson dio unos pasos hacia atrás.

—Yo me quedaré aquí —dijo— para asegurarme de que no se olvida.

Lo primero que hizo Morgan al entrar en casa fue darse una ducha y echarse en la

cama para descansar. Entornó los ojos y se dio a sí mismo el consejo de relajarse, procurando dejar sueltos todos los músculos y tendones de su cuerpo y reducir el ritmo de los latidos de su corazón. Sin embargo, las órdenes histéricas de Fanshawe le seguían martilleando el cerebro con la violencia de una máquina excavadora: «Su entera responsabilidad... prioridad absoluta... veinticuatro horas...». Una forma indirecta de hacerle pagar, supuso, el descalabro que había representado el magistral golpe publicitario de Adekunle a favor del PNK. Morgan se preguntó si habría arreglado ya Adekunle su emparejamiento con Murray para el torneo de golf. Se sintió repentinamente débil e impotente, como un Sísifo al que se ha notificado que, a partir de mañana, deberá subir dos rocas en lugar de una, o un Hércules al que han impuesto una docena más de trabajos suplementarios. Sintió ganas de llorar desafortunadamente: no era justo, no era justo...

Sonó el timbre de la puerta. Se acordó de que Friday y Moses no vendrían hasta más tarde y, de mala gana, se puso el albornoz y se dirigió refunfuñando hacia la puerta a ver quién era.

Al abrir, se encontró delante de Koyo, su mujer y sus tres hijos. Koyo llevaba un traje negro brillante, zapatos relucientes y corbata color rojo vivo. Traía un barreño de aluminio, que contenía algo tapado por un paño. Su esposa, una mujer chaparrita y sonriente, de piel crema-caramelo, lucía unos inmensos pendientes e iba vestida con una blusa de encaje, un lujoso manto de terciopelo negro y un turbante. Los tres niños, réplicas exactas en miniatura del padre, llevaban sendos trajecitos negros de pantalón corto con corbata roja, iban pelados al rape y tenían una expresión en el rostro de nerviosa seriedad.

Confrontado ante tanto aseo y tanta pulcritud, Morgan se dio cuenta de pronto de que iba descalzo, con sus piernas peludas al aire, y con el pelo completamente despeinado.

—Koyo... —dijo—. Caramba... vaya, hombre... qué tal...

Koyo sonrió ante su confusión.

—Buenas tardes, señor, ¿cómo está usted? Hemos venido a felicitarle —hizo una pausa, esperando encontrar en el rostro de Morgan algún rastro de comprensión—. Las Pascuas —dijo finalmente.

Morgan comprendió ahora. Estas eran unas visitas de cortesía que solían hacer todos los años por estas fechas los empleados y los criados. Mañana esperaba al vigilante nocturno, al jardinero y al hombre que le lavaba el coche una vez por semana. Pero Koyo era la primera vez que venía.

—Ah, claro —dijo Morgan—. Pasen, por favor. Tomen asiento. Voy mientras a ponerme algo.

Maldiciendo su suerte entre dientes, pasó al dormitorio a vestirse de nuevo. Al volver al salón, encontró a la familia sentada sobre los bordes de dos sillones y de un sofá.

—Vaya, vaya —dijo estúpidamente mientras se frotaba las manos torpemente a

imitación de un benévolo anfitrión—. Si no me equivoco, es la primera vez que veo a su mujer y a sus hijos.

Koyo se incorporó.

—Esta es Elizabeth, mi mujer.

Elizabeth casi se puso de puntillas para estrechar la mano de Morgan.

—Sí, señor —dijo con una tímida reverencia.

Koyo desvió su atención hacia los tres pequeños.

—Y estos son mis hijos: Anthony, Gerald y Arthur.

—¿Se llama así por *Mr. Fanshawe*? —preguntó Morgan, picado de curiosidad.

—Sí, señor. Le pedí permiso.

—Pues qué bien... —dijo Morgan sin saber qué decir—. Vaya que sí... Ah, ya sé —dijo bruscamente—. ¿Qué desean beber? ¿Ginebra, *whisky*, cerveza?

—Bueno, pero algo sin alcohol. Ah, espere un momento: antes quería entregarle este regalo.

Koyo colocó sobre la alfombra el barreño de aluminio. Morgan se preguntó qué traería escondido debajo del paño oscuro. Sin saber por qué, se acordó en ese momento de la sábana que cubría el cuerpo de Innocence. Se restregó los ojos asustado: creyó detectar un movimiento debajo del trapo. Luego, proveniente del mismo barreño, se oyó un graznido vagamente musical. Morgan retrocedió, asustado, lo que provocó tímidas risitas por parte de los pequeños.

—¡Ahí va, la leche! —exclamó Morgan, arrepintiéndose en seguida de haber empleado esa expresión—. ¡Pero si está vivo!

Koyo retiró el trapo y apareció un hermoso pavo, con las patas bien atadas. Lo agarró con dificultad por las extremidades y se lo ofreció a Morgan al tiempo que le deseaba de nuevo Felices Pascuas. El pavo intentó en vano agitar sus cortas alas, igualmente atadas. Entre sus crestas colgantes, parecía estar lanzando una mirada furibunda y acusadora a Morgan. No sin cierto asco, este alargó la mano para agarrar sus patas rugosas. El pavo sacudió la cabeza, abrió el pico y entonó un clo-cló *sotto voce*. Morgan soltó su presa y el aterrorizado animal cayó al suelo con todo su peso, dando un estridente pitido y manchando la alfombra de caca verde. La familia de Koyo se desternilló de risa ante la cobardía de Morgan: la señora Koyo, con los brazos cruzados sobre el regazo, se inclinó educadamente para ocultar el rostro mientras que los tres chicos hacían aspavientos y se daban mutuamente golpecitos en los hombros.

Koyo recogió del suelo al animal despavorido.

—Señor —dijo con tono conmisericordioso—, si lo prefiere me lo llevo de aquí.

—Sí —respondió Morgan sonriendo aleladamente—. Claro que es mejor que usted se ocupe de esto.

Koyo sacó el pavo al jardín y, con una cuerda, le ató una pata a un arbolillo en tanto que la señora Koyo limpiaba hábilmente la sustancia excrementicia y Morgan se ocupaba en servirles los refrescos. Estuvieron charlando educadamente durante

unos cinco minutos más o menos, y luego Koyo se levantó de repente y anunció el final de la visita. Morgan se dirigió rápidamente a su cuarto de trabajo y relleno un cheque por un valor de diez libras, que metió en un sobre y entregó a Koyo en el umbral de la puerta. Este lo metió en el bolsillo de su chaqueta.

—Gracias, señor —se limitó a decir.

Morgan observó a la pequeña familia alejarse por el sendero del jardín, bañada por la suave luz de la media tarde. Los chiquillos se volvían una y otra vez y le miraban con curiosidad. Los oyó charlar excitadamente. Se preguntó qué estarían diciendo de él; qué pensarían del estúpido hombre blanco gordo que no tenía valor ni para sostener un pavo con la mano. Salió al jardín y se dirigió hacia la puerta trasera de la cocina. Allí estaba el pavo, tirando inútilmente de la cuerda que le ataba la pata, para alcanzar con el pico las inmundicias adyacentes. Era un animal bien cebado, de muy buena planta. Morgan se preguntó cuál sería su precio. En cualquier caso, no más de diez libras, calculó para tranquilizarse. Koyo se llevaba, por lo menos, el valor de su regalo.

Estaba empezando a caer la tarde. Morgan oyó la coral de insectos y otros animales entonar los primeros compases. Volvió a entrar en la casa con paso moroso. Esta le pareció inmensa y vacía. En sus habitaciones desocupadas y rincones oscuros creyó oír en ese momento unos susurros melancólicos.

—Vamos, hombre —dijo en voz alta a la vez que se acercaba a su equipo estéreo para poner *Songs for Swinging Lovers*, de Sinatra—; no me digas que te has vuelto un poeta romántico.

Mientras sonaba la música a todo volumen, oyó en el jardín el clo-cló del pavo y dirigió automáticamente la vista hacia los hoyos y jorobas que habían dejado sobre los cojines la familia Koyo. Curiosamente, la evidencia de estas huellas corporales produjo en Morgan el efecto de agudizar aún más la sensación de su ausencia. De repente, sintió rabia por su mezquina interpretación de la visita de Koyo. En realidad, era la primera vez que venía a visitarle, y Morgan se sintió vagamente complacido y halagado de que hubiera traído con él a toda su familia. Pensó que probablemente Koyo sentía hacia él una verdadera estima. Esto le elevó un poco la moral y le hizo tararear con Sinatra la canción que estaba sonando en el tocadiscos. Sonrió al recordar cómo se le había caído de las manos el pavo y cuál había sido la reacción del ave al tocar el suelo. Y ¿qué había dicho Koyo? Una respuesta muy típica en él, la discreción personificada: «Señor, si lo prefiere, me lo llevo de aquí».

En ese momento apareció ante su vista la figura de Friday.

—*Bon soir*, amo —dijo alegremente—. Hacer muy bueno en el jardín. *Extra*.

Morgan se quedó mirándolo: una idea loca empezó a tomar cuerpo en su mente. Sí, a esos tontos del haba les iba a enseñar lo que era bueno.

—Por cierto, Friday —preguntó ingenuamente—, ¿tienes algo especial que hacer esta noche?

cargado. No sin cierto esfuerzo, Morgan y Friday habían logrado desviarlo de la carretera y llevarlo hasta ese punto próximo a la zona de los criados.

Morgan noto que Friday estaba temblando de miedo.

—Creí que no te daba miedo Shango —le susurró con tono airado.

—*Comment?*

Me cago en la leche, vaya cómplice que me he buscado, gruñó Morgan para sus adentros.

—Tú decirme antes que no tener miedo de Shango. *Tu n'as pas peur de Shango* —tradujo maquinalmente.

—Ser verdad, amo, pero tener miedo si atraparnos la gente aquí —dijo señalando las siluetas de los bloques de edificios.

Morgan tuvo que admitir que razón no le faltaba. Hasta ese momento, lo que más le había preocupado era toparse con algún perro; pero, afortunadamente, no se había dado el caso. Se habían oído uno o dos balidos de una cabra amarrada al pesebre, así como el furibundo quiquiriquí de un gallo, que le había cortado la respiración, pero, como todo el mundo sabía que los gallos kinyanyeses cantaban a cualquier hora menos al amanecer, no había ninguna razón para inquietarse por ello.

Morgan había sucesivamente hecho la pelotilla, amenazado y sobornado a Friday para que le acompañara en esta misión. Había dado por sentado que, al ser de Dahomey, su criado no sabía quién era Shango y, por consiguiente, no le tenía ningún miedo. Obviados los obstáculos de índole religiosa, había tenido que acudir a un suplicatorio seguido de la amenaza de una fulminante despedida, de varias patadas en el culo y, finalmente, de la promesa de una prima de cinco libras para asegurarse su participación en la operación de secuestro del cadáver.

Morgan estaba temblando de excitación e inquietud. De acuerdo que había cogido una borrachera de campeonato; con todo, se notaba menos nervioso de lo que había temido en un principio. Eso era lo bueno de la acción, pensó; se sentía uno mucho mejor haciendo algo concreto que permaneciendo sentado pasivamente dando vueltas al asunto. Su plan era sencillo: meter como fuera el cadáver de Innocence en el capó del coche y salir pitando con él hacia la morgue de la clínica Ademola. No le importaba un ardite herir posibles sensibilidades: en realidad, se estaba limitando a seguir al pie de la letra las instrucciones de Fanshawe: «Haga desaparecer el cadáver como sea, aunque tenga que recurrir a la ayuda de un guardia armado», le había dicho explícitamente. Pues bien: eso es lo que estaba intentando sin tener que recurrir a esa medida extrema.

—*Allons-y* —conminó en voz baja a Friday, y avanzaron juntos hacia el objetivo, como un comando rodeado de fuerzas enemigas. Aprovecharon la sombra lunar proyectada por el hastial del edificio más próximo al Consulado y fueron acercándose con la espalda pegada a la pared. El cadáver de Innocence yacía a unos metros de distancia, entre la veranda del bloque y el lavadero. El claro de luna se filtraba por las hojas de las bombáceas, tiznando de sombra el suelo. No lejos de allí, el fuego

despedía persistentes volutas de humo, como consecuencia de los ramajes apilados sobre el carbón. Pero su olor no era lo suficientemente fuerte.

—*Oh là là* —susurró Friday—. *Ça pue.*

Morgan notó cómo le penetraba por la nariz el olor a cuerpo putrefacto y le bajaba lábilmente hasta los pulmones. Todo el estómago se le subió a la boca; intentó ensalivar. Apoyó la cabeza contra la pared rugosa detrás de él. En ese momento deseó no haber venido. ¿Qué le había impulsado a emprender esta acción? ¿Cómo haría para...?

—¿*Ça va*, amo? —preguntó Friday, preocupado.

—*Oui*, o sea, claro —tragó saliva. Ahora o nunca—. Vamos —ordenó por fin.

Emprendieron con sumo tiento el último tramo que los separaba del cadáver. La explanada central, bañada por un claro de luna gris azulado, estaba desierta; la calma era absoluta. Morgan retiró de un tirón la sábana del ya familiar cadáver. El olor fétido impregnó el ambiente con la fuerza de un huracán. Friday exhaló un pequeño gemido al ver a Innocence. La claridad lunar le tachonaba la cara; un rayo le hacía brillar los dientes. Morgan sintió un nuevo ataque de náuseas.

—*Vite!* —ordenó con voz ronca—. *Prends la main et...* —no recordaba cómo se decía «tirar» en francés—. ¡Tira hacia arriba!

Sin pensarlo más, agarró con ambas manos el antebrazo hinchado de Innocence, y vio al asustadizo Friday hacer lo mismo. No recordaba haber tocado en su vida una piel semejante: parecía goma más que otra cosa. Qué ironía de la vida el que esa misma tarde hubiera sido incapaz de agarrar las patas de un pavo... Tiró con fuerza, e Innocence se movió. A pesar de su apariencia de globo hinchado, era más pesada que el plomo. Y estaba completamente rígida. Se dio cuenta de que el brazo de que estaba tirando se hallaba extrañamente torcido. Dejó escapar un pequeño sollozo.

—¡Tira fuerte, Friday! —exclamó en voz baja—. ¡Tira!

Ambos tiraron con fuerza y, en medio de una nube de polvo, arrastraron el cadáver hasta la punta del bloque, protegido por la sombra. Morgan notó que estaba jadeando como nunca antes en su vida. Friday tenía la cara de un reo delante del pelotón de fusilamiento. Morgan prefirió no soltar la muñeca de Innocence por miedo a no ser luego capaz de agarrarla otra vez. A pesar del ruido estentóreo de su propia respiración, logró oír el horrible zumbido de las moscas espantadas. Con un súbito escalofrío, echó un cerrojazo a su imaginación para el resto de la noche. Volvió la cabeza hacia el lugar donde había reposado el cuerpo de Innocence. Ahí quedaba la sábana por el suelo, como un tenebroso charco de agua, rodeada de los montoncitos de grisgrises votivos. Se preguntó qué pensarían los criados del Consulado cuando se despertaran por la mañana. Tal vez se llevarían la misma impresión que los soldados romanos al ver retirada la losa del sepulcro, especuló en un arranque de exégesis bíblica. Pero sus vacilaciones se vieron interrumpidas por un leve tartamudeo de miedo proveniente de los labios de Friday.

—¡Cierra la boca! —le conminó Morgan—. ¡Vamos!

No sin gran dificultad, consiguieron arrastrar el cadáver de Innocence por el sendero hasta los jardines interiores. Morgan se asombró de la rigidez de las articulaciones: ¿cuánto tiempo resistirán todavía? Prefirió no pensar en lo que ocurriría si llegaban a ceder. Se detuvieron unos segundos para recobrar el aliento, sin pronunciar palabra. ¿Era esto lo que sentirían Burke y Haré: horror, culpa, mutismo?, volvió a preguntarse pedantemente tentado por la hermenéutica textual. Friday miraba hacia delante sin parpadear, con las manos apoyadas en las rodillas y con los ojos clavados en el jardín del Consulado.

De repente, su boca se abrió de par en par y sus ojos se llenaron de terror.

—Amo —tartamudeó, señalando con un dedo tembloroso la zona del Consulado—. *Mains non...*

Morgan volvió bruscamente la cabeza y por un momento creyó que le iba a salir el corazón por la boca. Más allá de los nimos, el amplio espacio ajardinado del Consulado se hallaba iluminado por un inerte claro de luna. Y allí en medio Morgan vio claramente a una figura alta vestida de blanco agitándose en varias direcciones. Oyó un grito ahogado atravesar todo el jardín: «Uwuuuuu...».

—Mmmmmngrllgrrk —fue el único sonido que lograron articular sus cuerdas vocales petrificadas.

Friday dio un salto repentino.

—¡Shango! —exclamó jadeante, con el rostro desfigurado por la incredulidad—. Shango venir a buscarnos —baló desesperado a la vez que se apartaba del cadáver como empujado por una fuerza sobrenatural—. *Je m'en vais.*

Por la mente de Morgan pasaron en ese instante toda clase de presagios calamitosos. Dio a su vez un gran salto y agarró con fuerza a Friday por el cuello de la camisa, quedando este suspendido por la punta de los pies.

—Óyeme bien, mequetrefe de mierda: tú te quedas aquí conmigo o te mato —le soltó a bocajarro.

Los ojos de Friday se tornaron blancos ante la brutalidad de la amenaza. Morgan le dio un empujón y le hizo arrodillarse de nuevo junto al cadáver de Innocence.

Friday se cubrió el rostro con las manos.

—Amo —gimoteó—. Por favor, no dejarme con esta mujer muerta. ¡Aaaah, Shango venir a por nosotros! —volvió a exclamar atemorizado.

El cerebro confuso de Morgan registró una vez más la presencia del espectro pálido rondando por el jardín. Sin pensarlo dos veces salió disparado hacia el bosquecillo de nimos. Se escondió detrás de un grueso tronco, para inspeccionar desde allí el césped bañado por la luna.

Parecía tratarse de una persona: de elevada estatura, vestida de blanco, agarrando un bulto con una mano. Se esforzó por distinguir los ruidos que salían por su boca.

—¡U-u! —oyó gritar con voz cantarina—. ¿No hay nadie en casa?

Bramando de rabia ciega, y presa a la vez de un sentimiento de terror y de alivio, se lanzó a tumba abierta hacia donde se encontraba la figura. El hombre —según

pudo comprobar a la mitad de la carrera— volvió la cabeza al oír los pasos precipitados de Morgan, permaneció inmóvil unos instantes y luego echó a correr — operación esta baste dificultosa, pues el bulto en cuestión era una maleta—. Pero el veloz Morgan dio rápidamente alcance a la titubeante y flaca personificación de Shango y, cual portero de un equipo de fútbol que se juega el título de campeón mundial, se lanzó desesperadamente a sus pies.

El hombre vestido de blanco dio de bruces en el suelo, exhalando un alarido de dolor y sorpresa. Morgan se mordió los labios para gritar a su vez de dolor: se había desollado las rodillas al rozar el suelo. El hombre se puso a caminar a cuatro patas, en busca de algo que se le debía haber caído.

—¿Quién... cojones es usted? —preguntó Morgan, jadeante, con un grito susurrado como en el teatro—. ¿Se... puede saber qué hace aquí a estas... horas de la noche soliviantando a la gente que duerme y asustando a los que estamos despiertos?

El hombre encontró por fin sus gafas —con montura metálica dorada— y se puso en pie, titubeando. Era muy alto y delgado. A la luz de la luna Morgan distinguió unos cabellos rubios bastante largos, con raya en medio, una nariz prominente y unas mejillas enjutas. Hecha esta verificación, echó una mirada hacia atrás en dirección a las dependencias de los criados. No se veía ninguna luz encendida. Rogó con todas las potencias de su alma para que Friday no hubiera abandonado el cadáver de Innocence. Volvió a mirar al hombre, que estaba musitando algo parecido a «dildou».

—¿Dildo? —repitió Morgan con furiosa curiosidad, maldiciendo todavía al individuo que tenía delante—. Pero ¿qué dildo ni qué niño muerto le han empujado a venir aquí a hacer el gilipollas?

Vio el maletín del hombre en el suelo y, durante unos alucinantes momentos, creyó haber roto la cara a un representante de artículos sexuales recién llegado de Europa para comercializar sus productos.

—No —dijo el hombre, ahogando un sollozo—. Bilbow. Mi nombre. Mi nombre es Greg Bilbow —tenía un fuerte acento de Yorkshire.

—Me importa un pito cómo se llama usted. Lo que quiero saber es qué carajo se le ha perdido por aquí a estas horas de la noche.

El hombre parecía al borde de la desesperación; pero Morgan no cejaba en su acoso. Le preocupaban en ese momento problemas demasiado gordos como para ponerse a considerar los sentimientos de un inglés de Yorkshire despistado.

—He tenido un viaje de espanto —prosiguió su víctima con voz lastimera—. De verdadero espanto. Acabo de gastarme cuarenta y cinco libras en un taxi. ¡Cuarenta y cinco libras! Me parece que el taxista me ha llevado a Tombuctú y me ha vuelto a traer al mismo sitio —aspiró los moquillos—. Llegué en tren a Nkongsamba esta tarde a las siete y media. Cogí un taxi y dije al conductor que me llevara al Consulado británico —echó una rápida ojeada a su reloj—. He estado dando vueltas más de ocho horas —apenas si consiguió ahogar otro sollozo.

—Muy bien. Ya ha llegado —dijo Morgan con tono hostil, pensando al mismo

tiempo que debía de haber una ley que prohibiera a tales inocentones andar sueltos por el mundo—. Le han estafado. La estación se halla a veinte minutos de aquí.

—Oh, por fin, gracias a Dios —exclamó el hombre, manifiestamente contento de haber llegado a su destino.

—Pero tendrá que volver mañana —le espetó Morgan, dolorosamente consciente del tiempo precioso que estaba perdiendo—. Todo está cerrado hasta mañana. Hay un hotel en la carretera a menos de un kilómetro de distancia. Ahí podrá pasar la noche.

—Pero si no tengo dinero... —dijo el hombre con voz lastimera—. Se lo ha llevado todo el taxista.

—Eso es su problema, amigo mío —dijo Morgan, esbozando una sonrisa mefistofélica—. Ahora lárguese de aquí.

El hombre sacó del bolsillo un trozo de papel.

—Pero es que tengo aquí una carta de un señor llamado Morgan Leafy en la que me dice que puedo alojarme en el Consulado. Por favor... —suplicó con voz débil y curvando ligeramente las espaldas.

Morgan puso en marcha con dificultad el mecanismo de su memoria.

—¿Cómo ha dicho que era su nombre?

—Bilbow. Greg Bilbow.

—Y, ¿qué es lo que hace usted exactamente?

—¿Yo? Yo soy poeta.

Resultó sorprendentemente fácil a Morgan y Friday cubrir el último trecho con el cadáver a rastras y luego, sacando fuerzas de flaqueza, introducirlo en el capó. Morgan se aseguró de dejarlo bien cerrado.

En ese momento se sentía como el conductor de un coche sin frenos bajando una pendiente: controlaba el volante, pero nada más. Tras superar con gran esfuerzo las ganas terribles que sentía de ponerse a gritar histéricamente y aporrear el suelo con ambos puños, explicó sosegadamente a Friday en francés macarrónico la verdadera naturaleza del fantasma que se les había aparecido. Friday, de pie e inmóvil, se esforzaba por comprender, sin dejar de mover la cabeza y de mascullar:

—*Jamais... jamais de ma vie... non, non... jamais...*

En otras circunstancias, Morgan se habría compadecido de él: su vela en solitario del cadáver de Innocence, la hediondez, las moscas, Shango, su cómplice ausente... que le había amenazado con matarlo sin contemplaciones... durísimas pruebas para el sistema nervioso más templado.

Volvieron con el coche por el sendero hasta la carretera y luego se dirigieron a la entrada del Consulado, donde Bilbow les estaba esperando, según se le había indicado. Morgan se había ofrecido a alojarlo esa noche. El poeta se sentó junto a él, en la parte delantera del coche.

—Le estoy profundamente agradecido —empezó a hablar—. Increíble

coincidencia que estuviera usted por aquí a estas horas de la noche.

—Desde luego —asintió Morgan, mientras buscaba a toda prisa una excusa que darle—. Vengo de llevar al hospital a la mujer de mi criado —le explicó apuntando con el pulgar al asiento trasero, donde se hallaba Friday—. Al pasar por delante del Consulado creí ver a alguien merodeando por los jardines y...

—Vaya susto que me ha dado —dijo Bilbow de buen humor; parecía haber superado ya el *shock*—. La manera como me ha embestido entre esos árboles, con los brazos al viento y con esa terrible mirada... No me ha dado un ataque de milagro.

Su fuerte acento de Yorkshire le hacía arrastrar interminablemente las vocales. Morgan se sintió embargado de una profunda sensación de cansancio. Luego, al pasar demasiado deprisa por un bache, el cadáver de Innocence dio un revolcón dentro del capó. Friday soltó un grito de miedo.

—Le ha afectado mucho, ¿sabe? —explicó Morgan en respuesta a la expresión de sorpresa en el rostro de Bilbow—. Hace poco tiempo que están casados.

Bilbow asintió con la cabeza en signo de comprensión y se volvió hacia el atemorizado Friday.

—Siento lo de su esposa —dijo—. Espero que se restablezca en breve.

Morgan seguía cavilando. Imposible llevar el cadáver esta noche a la clínica Ademola, pensó. Tendrá que esperar a mañana.

—Eh —dijo Bilbow jovialmente—. Se me había olvidado. Hoy es Navidad. ¡Felicidades a todo el mundo!

—Qué curioso —exclamó señalando el soleado jardín—. Aquí estoy en mangas de camisa comiendo —¿cómo se llama?— papaya a treinta y cinco grados a la sombra mientras allá, en Yorkshire, mis amigos están todos acurrucados alrededor de la tele, enfundados hasta la barbilla.

—Pues sí —dijo Morgan con voz cansina de resaca matinal, y con el pensamiento fijo en los acontecimientos de la noche anterior—. Así es África: el universo de lo inesperado.

—Tengo un regalo para usted —dijo Bilbow—. Bueno, más que un regalo, es una muestra de agradecimiento por lo de anoche. Me salvó la vida.

Morgan aceptó el librito que le ofrecía: *La garrafita y otros poemas*, de Greg Bilbow.

—Gracias —dijo Morgan con sequedad—. Ya lo hojearé más tarde.

Se sentó delante de su tazón de *cornflakes*. Se restregó los ojos. Feliz Navidad, qué risa. Se sentía fatal, cual superviviente de una batalla encarnizada. ¿Habían vuelto las cosas a su curso normal? Miró a Bilbow, sentado al otro lado de la mesa — con sus cabellos finos, separados por la raya central, y su rostro enjuto, con gafas—. No parecía haber sospechado nada la noche anterior, sin duda satisfecho con la versión de los acontecimientos que se le había presentado. Bueno, algo es algo, se consoló Morgan.

Apartó con la mano los *cornflakes* restantes y se puso a pensar en lo que le esperaba ese día de Navidad. Lo primero que tenía que hacer era librarse del cadáver que se estaba pudriendo en el capó del coche; luego tendría que vestirse de Papá Noel y distribuir los regalos entre los niños. El contraste era de una obscenidad macabra.

—Por cierto —dijo Bilbow, interrumpiendo sus pensamientos—, hablando de regalos, le han mandado uno enorme, que le está esperando en el salón. Y pesado como él solo.

En efecto, sobre la alfombra del salón se hallaba un inmenso paquete-regalo, lujosamente envuelto, de un metro cincuenta aproximadamente de largo.

Arrodillado, Morgan se apresuró a quitar el envoltorio.

—¡La hóspera! —exclamó Bilbow en tono admirativo.

Morgan contempló, aterrado, la maciza saca de golf, color negro y mostaza, como las que suelen usar los campeones americanos —o, mejor dicho, como las que suelen transportar sus sufridos acompañantes—. Tras deshacer toda una serie de lazos y agarres, logró abrir finalmente la cremallera de la funda, y se encontró con un juego de flamantes palos de golf, brillantes como armas sin estrenar.

—Aquí hay una nota —dijo Bilbow, rescatando una tarjeta de entre el montón de papel arrugado. «Feliz partida de golf. Sam». ¡Caray con Sam!

—Es un tío mío —mintió Morgan, aclarándose la garganta—. Tiene muchos millones y no sabe en qué gastarlos.

—Qué barbaridad —observó Bilbow—. Ya lo creo. Aquí hay invertidos por lo menos cuatrocientos billetes.

—¿Usted cree? —repuso Morgan, con la mente en blanco. Se había olvidado de Murray. Este era un medio de que se había servido Adekunle para comunicarle que había arreglado lo de la combinación de las parejas. Morgan se sentó sobre la alfombra del salón, con las piernas cruzadas y con la cabeza entre las manos.

—Perdone mi pregunta, Morgan —le interrumpió nuevamente Bilbow—, pero ¿se encuentra bien?

Sonó el teléfono.

—Yo iré a cogerlo —dijo Bilbow amablemente—. Es para usted. Un tal Mr. Fanshawe.

Morgan se arrastró hasta el aparato.

—¡Leafy! —retumbó la voz de Fanshawe a través del hilo—. Venga a verme. *Inmediatamente.*

Femi Robinson levantó el puño al ver pasar a Morgan, en la entrada del Consulado. Este notó la ausencia de guardianes, pero no se inquietó particularmente. Después de todo, era Navidad: un día de asueto para todo el mundo, excepto para Robinson. Qué constancia la de este chico..., se admiró al bajar del coche. No le vendría mal a él un poquito de esta virtud.

Fanshawe subía y bajaba impacientemente los peldaños del Consulado con el rostro lívido de cólera.

—Feliz Navidad, Arth...

—¡Ha desaparecido ella solita! Así, por arte de birlibirloque. Durante la noche —dijo con tono de falsete.

—Pues naturalmente —completó Morgan con voz tranquila.

¿Por qué estará un enfadado este cretino?, se preguntó Morgan, empezando a preocuparse él también. ¿No era eso precisamente lo que quería?

—¿Qué quiere decir con «naturalmente»?

El rostro de Fanshawe estaba muy próximo al de Morgan. Este bajó un par de peldaños.

—Por el amor de Dios, Arthur —protestó—. Usted me dijo; mejor dicho, me *ordenó* que hiciera desaparecer el cadáver de Innocence. Prioridad absoluta, mi entera responsabilidad..., ¿se acuerda? Pues bien; no he hecho sino seguir al pie de la letra sus instrucciones al respecto.

Se cruzó de brazos y puso cara de enojado.

—¡Oh, nooo! —gimió Fanshawe—. Por San Jorge bendito, no me diga que está en la morgue. Qué desastre. Qué desgracia más grande...

—Bueno, pues... no exactamente —dijo Morgan, sorprendido por tamaño dolor—. No está en la morgue; está en el capó de mi coche.

Fanshawe le lanzó una mirada terrible, como si su rostro se hubiera tornado súbitamente verde y le estuviera saliendo humo por las orejas.

—¿Qué? —preguntó con voz ronca Fanshawe.

—En mi coche.

—¿En ese de ahí?

—Es el único que tengo.

—¡Oh, Dios de los ejércitos!

—No entiendo. ¿Cuál es el problema? —preguntó Morgan con tono decidido, perdiendo las últimas reservas de paciencia que le quedaban.

—Debe llevarla otra vez a donde estaba.

Morgan contemplaba por la ventana de su despacho la solitaria y retadora silueta de Femi Robinson. Se preguntó de nuevo si no constituían una lección para él la estúpida perseverancia y el tozudo aislamiento de este hombre. Luego posó la vista en su Peugeot, solitario también, que se estaba tostando en el *parking* bajo los rayos implacables del sol de mediodía. Hizo una mueca de asco: el capó debía de estar hirviendo por dentro como una olla a presión. Solo Dios sabía en qué estado se encontraría el cadáver de Innocence. Se alejó de la ventana, volviendo a pensar con odio en Fanshawe. Todo se habría solucionado si este cabronazo imbécil hubiera seguido su consejo, pensó exasperado. Pero no, señor mío. Cómo se iba a permitir la presencia de un cadáver cerca de donde paraba la señora duquesa... O sea, que el fantoche de Leafy había quitado de allí el cadáver, según órdenes expresas, y ¿qué había sucedido? Pues que todos los criados del Consulado se habían declarado instantáneamente en huelga y se habían negado a abandonar sus viviendas salvo para ir a anunciar su postura al atónito Fanshawe en el momento en que este se preparaba a tomar su desayuno navideño.

Fanshawe se había acercado al capó del coche de Morgan y lo había husmeado cual policía de aduana en busca de drogas, lanzando cada cierto tiempo miraditas de incredulidad a Morgan. Pero el olor y la concurrida presencia de moscas acabaron pronto por convencerle de que el cadáver estaba efectivamente allí dentro.

—Debe llevarlo otra vez a donde estaba —ordenó con voz débil—. Esta mañana me he encontrado con un motín. Una revuelta. Qué desgracia. Ha sido horrible —apoyó la mano sobre el capó del coche y la retiró rápidamente como si se hubiera quemado—. ¿Cómo puede circular por ahí con... esto dentro? —le preguntó con una mirada de aprensiva curiosidad—. ¿No se le revuelven las tripas?

Morgan no le hizo caso.

—¿Llevarlo otra vez adonde estaba? —dijo con tono incrédulo—. Pero ¿qué dice? Cómo, por el amor de Dios, cómo...

—Apáñeselas como pueda —insistió Fanshawe con voz estridente—. Esta huelga que nos ha caído por culpa suya es una verdadera desgracia. La duquesa va a llegar después de comer, y mis criados se han negado en bloque a trabajar —miró con ojos desencajados hacia el jardín, como si temiera que estos se hubiesen agazapado detrás

de los setos con la intención de atacarle—. Y mañana —prosiguió—, mañana hay previsto aquí un *lunch* para doscientas personas. Será una catástrofe completa. Una verdadera *débâcle*.

Se pasó enérgicamente la mano por la frente como si quisiera dispersar la imagen de tanto dignatario desatendido, sin nada que comer ni beber.

—Menos mal que no la ha llevado a la morgue. Esto ya es algo en favor suyo. Todavía podemos salvar del naufragio algo de nuestra reputación. Tiene que trasladar a Innocence al lugar donde estaba antes de mañana. No hay más cáscaras: es la única manera de conseguir que los criados vuelvan a cumplir con sus obligaciones. Por hoy podemos arreglarnos; pero mañana es totalmente necesario conseguir que todo el mundo se haya incorporado a sus puestos. De lo contrario, no quiero ni pensarlo. Nos hundiríamos todos.

—Eh, un momento —saltó Morgan, reprimiendo sus ganas de agarrar a Fanshawe por su cuello de gallina—. No puedo entrar con el coche en el recinto de los criados y sacarla del capó así, por las buenas. Recórcholis, ¿no se da cuenta de que me lincharían en el acto? A ver, ¿qué quiere que haga exactamente?

—Ya se lo he dicho bien claro; no quiero volver a oír hablar de este tema —exclamó Fanshawe, elevando la voz a medida que se iba excitando de nuevo entre grandes aspavientos—. Eso es asunto de usted y nada más que de usted. Así que resuélvalo como pueda. Llévela adonde estaba. Eso es lo único que me importa. La huelga tiene que haberse terminado mañana. ¡Qué horror lo de esta mañana! Estábamos tranquilamente desayunando, intercambiándonos los regalos, cuando se produjo la rebelión. Isaac, Joseph y otros hombres que son normalmente gente tranquila, aparecieron de pronto profiriendo insultos y amenazas. Chloe se ha llevado una impresión grandísima; casi le da un soponcio. Ha tenido que ir a echarse en la cama...

—No sospechan que he sido yo, ¿verdad? —preguntó Morgan, repentinamente preocupado.

—No. Al menos, eso creo. Pero están convencidos de que tenemos algo que ver con el asunto. Por eso se han declarado en huelga, hasta que no se devuelva el cadáver. Esas fueron las condiciones.

Fanshawe dio una patada a la gravilla. Por unos momentos, Morgan lo vio como un hombre perplejo y preocupado, e inseguro de lo que debía hacer. Luego, de pronto, se transformó nuevamente ante sus ojos: los hombros se le estiraron, la mandíbula se le puso tiesa y los ojillos se le iluminaron con desfachatez.

—Las cosas están saliendo últimamente bastante mal —afirmó, mirando acusadoramente a Morgan—. El proyecto Kingpin va que da pena: nos hemos visto obligados a pedir humildemente disculpas al gobierno actual, la peor de las cosas que nos podía haber ocurrido. Luego sobreviene esta muerte espantosa, con el cadáver pudriéndose indefinidamente en el recinto de los criados. Y, para colmo, sale usted y desencadena una huelga general justo en el momento en que va a llegar la duquesa.

La impresión que se llevará de Nkongsamba será de total incompetencia y mediocridad. ¿Qué nota cree que nos van a dar después de todo esto? Pues se lo voy a decir yo mismo: un cero como una casa, un resultado indigno para unas personas que se precian de ser británicas. Bueno, pues escúcheme bien: le doy la oportunidad de enderezar un poco la situación en un último intento. Ya es demasiado tarde para enmendar la plana en lo que al proyecto Kingpin se refiere; pero sí podríamos conseguir, esforzándonos un poco, que la duquesa se fuera de Nkongsamba con un buen recuerdo y sin historias truculentas que contar al embajador cuando regrese a la capital —su voz bajó una octava de tono—. Morgan, siento decirle que me ha defraudado usted. Por completo. Yo le había creído un hombre de experiencia y habilidad, en quien podía confiar llegado el caso. Pero resulta que me ha dejado usted tirado en todos los puntos importantes. En fin, veremos si es aún capaz de rectificar el tiro.

Morgan le vio alejarse. El furor negro que normalmente debería haberle salido por la boca dio paso esta vez a una resignación cínica y desconsolada. La injusticia era tan enorme, tan desproporcionada, que no había rabia en el mundo que pudiera equipararsele. Fanshawe no era más que una caca, decidió, y por tanto no valía la pena calentarse la cabeza pensando en él.

Se alejó de la ventana de su despacho y se acercó a la mesa. Doblado sobre un sillón, descubrió su traje de Papá Noel, así como una abundante barba de algodón en rama. Debajo del sillón había un par de relucientes botas de goma negras. Sobre la mesa encontró una nota de Mrs. Fanshawe, en la que le especificaba sus obligaciones e itinerario a seguir.

Oyó un ruido procedente de sus tripas. No había vuelto a casa a comer, sino que se había quedado en el despacho, dando vueltas a sus problemas pendientes. Hacia las dos de la tarde había telefoneado a su casa, y le había contestado Bilbow.

—Es una lástima que esté usted con tanto trabajo —le dijo—. Sus chicos me han preparado un almuerzo por todo lo alto. Un imponente pavo asado y demás gollerías.

Morgan notó que sus glándulas salivares entraban en acción, pero se limitó a decir: «Déjeme algo». Estaba programado que Bilbow participara el día después de Navidad en un festival de poesía y danza organizado por la Facultad de Letras y patrocinado conjuntamente por el Ministerio de Cultura kinyanyés y el British Council como parte de los actos conmemorativos por la Independencia nacional. Morgan apenas recordaba la carta que le enviara tiempo atrás comunicándole que el Consulado se encargaría del problema de su alojamiento. Con todos los sucesos de estos últimos días, no le extrañaba nada que se le hubiera olvidado el asunto por completo. Dijo a Bilbow que se podía quedar en su casa si así lo deseaba, y, para su gran alivio, el poeta aceptó su ofrecimiento. Morgan prefería que se mantuviera lo más alejado posible de los Fanshawe.

Consultó su reloj: las cuatro menos cuarto. Según el horario acordado, tenía que estar a las cuatro en punto en el club, donde pasaría a recogerlo un land-rover, con los

regalos que le tocaba repartir. Con la moral por los suelos, se dispuso a cambiarse de ropa. Se quitó la camisa y los pantalones y se enfiló el traje rojo de Papá Noel. Mrs. Fanshawe había añadido unos adornos de oropel y una capucha. Se calzó las botas de goma y se enganchó la barba a las orejas. Durante unos instantes, creyó que se iba a desmayar. Esto era demasiado, pensó: ni un momento de respiro en esta angustiosa sucesión de desgracias bíblicas. Se preguntó qué pinta tendría vestido de esta guisa y fue a mirarse al espejo del cuarto de baño, que estaba en el rellano de la escalera.

Se notaba que Mrs. Bryce se había esmerado en los preparativos. El descanso de la escalera, completamente rayado, había sido recubierto con un trozo de alfombra, y los marcos de las ventanas aparecían adornados con jarrones de flores. Morgan se asomó a la *suite* de los huéspedes. Todo estaba primorosamente a punto para el recibimiento de la aristocrática visita. En el cuarto de baño, la porcelana relucía como resultado de la poderosa acción del mistol; sobre el lavabo se habían dispuesto unas cuantas pastillas de jabón, y un juego de toallas, debidamente dobladas, parecía indicar que se estaba esperando de un momento a otro la visita de la inspección. El único elemento feo era la cortina de plástico de la ducha, con sus motivos acuáticos desteñidos; el presupuesto de Fanshawe no había dado presumiblemente para comprar otra.

Morgan contempló su imagen en el espejo del armario-botiquín. Su caracterización como Papá Noel estaba bastante lograda, si bien las mangas algo cortas le hacían parecer un tanto calavera, mientras que sus anchos hombros y sus robustos brazos le daban un aspecto un poco gamberro. Suspiró e hizo temblar su barba en forma de pala. Ay, cuánto tiene que sufrir uno por su país...

Al pasar por el *hall* camino de su coche oyó el zumbido de una llamada en la centralita inatendida. Tras unos momentos de duda, decidió por fin ir a contestar.

—Consulado británico, ¡dígame!

—¿Morgan?

Era Celia. Morgan se quedó sin habla. Notó que ella estaba llorando.

—Oh, menos mal que eres tú.

—¿Qué te ocurre? —dijo por fin, esforzándose por ocultar su desaliento.

—He intentado dar contigo en tu casa, y alguien me ha dicho que te encontrabas ahí —dejó escapar un pequeño sollozo—. Tengo que verte. Es urgente. Me siento tan desgraciada...

No eres la única, pensó con dureza.

—Mira, Celia —dijo con tono desesperado—. No puedes imaginarte la serie de problemones que tengo en este momento. Y, para colmo, me han vestido de Papá Noel.

—Por favor —gimoteó—. Es terriblemente importante. Tienes que ayudarme.

¡No!, bramó en su fuero interno. No. No estaba él para ayudar a los demás; no ahora; ni nunca más. Bastantes problemas tenía él ya. Así que no, no y mil veces no. Sin embargo, acabó diciéndole:

—Tengo que dejarte ahora mismo, Celia. Llámame mañana en el transcurso del día, ¿vale?

—Gareth Jones... Ah, aquí está: Feliz Navidad. Bronwyn Jones. Hola, Bronwyn: Feliz Navidad... ¿Funsho Akinremi? Feliz Navidad, Funsho... Trampus McKindle. ¿Trampus? Ah, ¿dónde se ha metido Trampus? Anda, si estaba aquí... Feliz Navidad. Y ahora..., veamos, veamos, si logro leer. Ah, sí: Yvonne y Tracy Patten. Feliz Navidad, jovencitas...

Le llevó casi una hora repartir los regalos contenidos en los dos inmensos sacos depositados en la parte trasera del land-rover, aparcado en la zona ajardinada delante del club. Sobre la hierba, debajo de la terraza, se había dispuesto una fila de mesas, en las que se había servido la merienda de Navidad y que se encontraban cubiertas en este momento de todos los desperdicios y guarrerías que suelen dejar a su paso los grupos numerosos de niños. A Morgan le pareció aquello como un quirófano improvisado durante la guerra de Crimea, con todas las bolitas y filamentos de materia plástica multicolor, las galletas aplastadas, los refrescos volcados, los pasteles gelatinosos y los helados delicuescentes. Morgan había llamado por su nombre a cada niño para entregarle dos regalos: uno, el convencional, hecho por los padres respectivos; y otro consistente en una bolsita de caramelos ofrecida ostentosamente por la duquesa. Los nombres aparecían escritos en distintas tarjetitas, y Morgan los había ido cantando con voz azucarada de Papá Noel. Le dolían los carrillos y la mandíbula del esfuerzo continuado por sonreír. A pesar de la barba postiza, no había logrado el tono genuino de buen humor requerido para la ocasión. Sobre la terraza, dominando el espectáculo, se hallaban concentrados los padres de los niños, y otras personas curiosas, todas ellas con un vaso en la mano. Morgan distinguió a los Jones, a Dalmire y a Priscilla. A la derecha del land-rover, sobre un pequeño pódium, se hallaba sentada la propia duquesa de Ripon, flanqueada por los Fanshawe.

Una vez concluido el reparto de regalos, Dalmire avanzó sobre el césped, dio unas cuantas palmas exigiendo silencio y, sin el mínimo rastro de nerviosismo, pronunció unas breves palabras de agradecimiento a la duquesa por haberse dignado presidir el acto y haber honrado al club de Nkongsamba con su presencia, tras lo cual invitó a los presentes a gritar con él tres hurras.

Proferido el último grito, Morgan se descolgó por la parte trasera del land-rover, se quitó la barba de un tirón y se encaminó hacia el bar con paso decidido. Pero notó que los Fanshawe le estaban haciendo señas para que se uniera al grupo y no tuvo más remedio que cambiar de rumbo.

—Aquí Mr. Leafy, el cónsul adjunto —dijo Mr. Fanshawe, presentándolo a la duquesa.

—Ha hecho usted un excelente Papá Noel, Mr. Leafy. Le estoy sumamente agradecida.

Morgan vio los ojos pestañudos y profundamente aburridos de una mujer achaparrada de edad mediana. Sus cabellos ensortijados, de un color rubio-gris argentino, le asomaban por debajo de un sombrero de paja; y sus rasgos abohetados y desagradables delataban un largo pasado de insinceridad, arrogancia y malos modales. Al estrechar su mano sudorosa y suave notó cómo le bailaban las mallas flácidas de sus brazos.

—No hay de qué, madame —dijo él—. El placer es enteramente mío.

Mrs. Fanshawe la condujo hacia el coche oficial, mientras Fanshawe se quedaba algo atrasado, con la intención de intercambiar unas palabras con Morgan, al que agarró por el brazo.

—Menos mal que esta noche estamos invitados a cenar en casa del gobernador —le siseó en voz baja, con la misma antipatía de siempre—. Pero ¿cómo va lo de Innocence?

—Pues estoy trabajando en ello, Arthur.

—¿Dónde está?

—Oh, a unos cincuenta metros de aquí.

—No seguirá metida en el...

—Sí. Por desgracia, el coche es el lugar más seguro hasta que no trace un plan.

Fanshawe palideció de nuevo.

—No logro entenderle, Leafy —dijo con voz hueca a la vez que sacudía la cabeza—. No sé qué espera para devolver el cadáver a su sitio. No le pido nada más.

Morgan no dijo nada. Su mente estaba enteramente ocupada en lo que iba a beber en el bar.

—No le permito más refrescos, Leafy —le amenazó Fanshawe—. El problema tiene que quedar completamente resuelto antes de mañana. Se lo advierto. Su futuro depende de ello —apostilló con tono siniestro.

Morgan vio apagarse las últimas luces en el bloque de viviendas de los criados. Se hallaba sentado en su coche, con un bidón de gasolina apretado contra el pecho. El interior del coche le daba vueltas, y tenía la impresión de estar navegando en medio de un mar proceloso. Se esforzó en vano por fijar la vista en un mismo punto durante más de cinco segundos. Había pasado toda la tarde y toda la noche pegado a la barra del club, vestido aún de Papá Noel: con sus botas de goma y sus charreteras de pacotilla, se asemejaba a un pequeño dictador de una república bananera. Había sido el blanco de toda clase de bromitas *bon enfant*, y él se había prestado gustosamente a ello, aceptando, cada vez más aturdido, las bebidas que le habían ido ofreciendo. Hacia las once de la noche, de su cerebro empapado de alcohol surgió una idea clara —una manera eficaz de restituir el cadáver de Innocence—, y ahora se hallaba precisamente esperando a poner en práctica la primera fase de la operación.

A las doce y diez se hartó de estar sentado en su coche y decidió bajarse: atravesó

la carretera con paso titubeante, corrigió varias veces su rumbo y, finalmente, llegó haciendo eses al recinto de los criados. Entre la carretera, de donde venía, y el primer bloque de viviendas había una fosa, una parcela de tierra baldía y un considerable montón de basura. Morgan cayó en la fosa, salió de ella a trancas y barrancas y atravesó la parcela baldía haciendo el menor ruido que pudo, con el bidón de gasolina bien sujeto entre las manos. Estaba contento de llevar puestas las botas de goma, ya que estas le protegerían contra la eventual picadura de un escorpión o una serpiente. Escaló con gran esfuerzo el blandengue y hediondo montón. Tropezó con varias cosas extrañas, pero decidió no prestar atención. Al llegar al primero de los coches viejos que yacían abandonados en lo alto, se detuvo y agazapó detrás de él para recobrar el aliento. Se encontraba a tan solo diez o doce metros del primer bloque de viviendas. Todas las ventanas que se veían enfrente se hallaban completamente cerradas. A su izquierda, logró distinguir el tejado de hojalata del lavadero. La luna proporcionaba la misma generosa iluminación que la noche anterior. Quién me iba a decir a mí que volvería aquí antes de veinticuatro horas, se dijo con amarga ironía. Se sentó con cuidado y agudizó el oído al máximo. Sospechaba que Isaac, Joseph y Ezekiel estarían más alertas esta noche; de ahí la maniobra de distracción que había planeado. No oyó ningún ruido extraño. La luna bañaba con su claridad los tejados de uralita de los edificios; del montón de basura se elevaba un olor pegajoso a verduras podridas y a mierda revuelta. De manera maquinal, desenroscó el tapón del bidón de gasolina y vertió su contenido sobre el piso del chasis herrumbroso y por la ajada tapicería de los asientos desfondados. Se apartó, encendió una cerilla y la lanzó al interior del coche. No ocurrió nada. Se acercó un poco y repitió la operación. Nada. Cansado de este juego, llegó de nuevo hasta el coche y dejó caer la cerilla directamente sobre los restos del asiento trasero. Se oyó un sorda estampida, y Morgan creyó que le había estallado una bomba delante de sus narices. Sintió cómo las llamas le lamían los ojos y cayó hacia atrás, horrorizado. El coche ardía con furia, tiñendo todo de color naranja. Morgan se olvidó de su rostro.

—¡FUEGOOO! —lanzó a grito pelado en dirección de las viviendas de los criados —. ¡HABER FUEGO ACÁÁÁ!

Mientras salía disparado hacia su coche oyó varios portazos y los primeros gritos de alarma. Subió al coche y recorrió embalado unos cien metros de carretera; torció a la derecha a una velocidad endiablada y enfiló la misma pista de arcilla por la que Friday y él empujaron el coche la noche precedente. Siguió a todo gas hasta el final de la pista, convencido de que todo el mundo se hallaría en ese momento con la vista puesta en el incendio. Apagó los faros, echó marcha atrás y retrocedió todo lo que pudo por entre los árboles. Desde allí divisó una gran columna de fuego emergente del coche incendiado, así como la silueta de numerosas personas ocupadas en las tareas de extinción. Encontró con gran esfuerzo la llave del capó, que dejó abierto de par en par.

El olor del cadáver putrefacto le entró en las fosas nasales con poderoso impacto,

cual genio súbitamente liberado de las entrañas del coche. Morgan creyó que iba a caer desmayado. Sintió un ataque de náusea y escupió varias veces. Luego, con la fuerza y tozudez de un hombre borracho y poseso, logró sacar del capó el cadáver de Innocence, que cayó pesadamente al suelo, despidiendo una renovada carga de hediondez. Morgan agarró a Innocence por sus brazos rígidos y la arrastró por el sendero. Notó cómo los rasgos de su propia cara se convertían en una mueca espantosa. Se detuvo un momento detrás de un árbol y se limpió las manos en su traje de Papá Noel, mientras la boca se le inundaba de bilis y el corazón le aporreaba los tímpanos. Se lanzó en busca de la sombra del bloque más próximo. La gente gritaba y corría en todos los sentidos por la explanada de arcilla. Algunos iban cargados con cubos de agua; pero la mayoría se dedicaba a combatir, o simplemente a observar el incendio, detrás del segundo bloque de viviendas. Morgan volvió a toda velocidad por el cadáver de Innocence, lo asió por última vez y lo remolcó hasta la zona sombreada, dejándolo a tan solo unos metros de su emplazamiento precedente.

—Aquí estamos otra vez —dijo con una nota de locura en la voz y con los ojos clavados en el bulto hinchado y deforme en que se había convertido Innocence. Luego, como un aprendiz de brujo o un monstruo sin nombre, se esfumó por entre los árboles en dirección del coche.

Morgan paró el Peugeot a una distancia prudencial y contempló desde la carretera el final del incendio. Notó que estaba llorando, pero atribuyó el fenómeno al fogonazo que había recibido en plena cara en el momento de la explosión. Tenía las manos manchadas del polvo del talud contra el que las había restregado en un demencial y lady-macbethiano intento de purificarlas de la impronta corrupta que había dejado en ellas la piel pegajosa de Innocence. Nunca se había sentido tan raro: una macedonia de sentimientos y sensaciones, todavía eufórico por el alcohol ingerido, las fosas nasales casi taponadas por el intenso olor a putrefacción, con una inmensa tristeza alojada en un rincón del cerebro, y todo su cuerpo temblando a causa de la sobredosis de adrenalina a que habían estado sometidos sus músculos y tejidos. Decidió no moverse de allí hasta que no se hubiera calmado la situación.

Un poco después oyó los gritos de asombro y excitación producidos por el descubrimiento del cadáver. Diez minutos después pasó por allí con el coche y entrevió un racimo de linternas por detrás del lavadero. Siguió circulando; pasó por delante de la verja del Consulado y, unos doscientos metros más allá, aparcó el coche en el arcén de la carretera y volvió al edificio a pie procurando no hacer el mínimo ruido. Quería quitarse por fin su ridículo traje de Papá Noel y, sobre todo, lavarse las manos. Se alegró al comprobar que todas las luces del Consulado estaban apagadas, si bien la mansión de los Fanshawe se hallaba completamente iluminada; a juzgar por los numerosos coches aparcados en la puerta, supuso que estaría desarrollándose la recepción en honor de la duquesa. Se preguntó si no habrían visto desde ahí el

incendio del estercolero.

Entró silenciosamente en el Consulado, atravesó el *hall* y subió las escaleras de puntillas. Al pasar por el descansillo decidió lavarse un poco antes de cambiarse de ropa. Entró sin hacer ruido en el cuarto de baño de los invitados y cerró con cuidado la puerta. Encendió la luz y lanzó un grito de espanto al ver su imagen reflejada en el espejo. Su rostro, empapado de lágrimas, estaba negro a causa del humo y la suciedad. Una cicatriz color rosa vivo había ocupado el lugar de una de sus cejas y los escasos cabellos de su cabeza habían sido reducidos por el calor de la explosión a unas pequeñas mechass rubias ensortijadas: una atroz permanente estilo algodón hidrófilo. Sus ojos desorbitados le devolvían la mirada rosácea y lacrimógena de un albino encolerizado.

—Hosstia jodida —exclamó con voz desmayada—. Mira que soy gilipollas. Quién me habrá mandado hacer esto...

Apenas había empezado a lavarse las manos cuando oyó voces en el *hall*. Distinguió perfectamente la poderosa voz de Chloe deseando buenas noches y el ruido de dos personas subiendo las escaleras. El pánico convirtió su corazón en un garbanzo palpitante. Apagó la luz del cuarto de baño y permaneció unos instantes completamente inmóvil hasta que un vago instinto de conservación lo empujó a refugiarse en la bañera. Saltó adentro y corrió la cortina de la ducha.

—¿Has deshecho todo el equipaje, Sylvia? —preguntó una voz con acento distinguido.

—Sí, madame —contestó Sylvia.

La tal madame no podía ser otra que la duquesa, razonó Morgan, preguntándose a la vez quién sería exactamente Sylvia: sin duda una dama de compañía, una *chaperon*, o algo por el estilo. Esperó contra toda esperanza que nadie utilizara el cuarto de baño...

Se encendió la luz. Morgan se quedó de piedra detrás de la cortina.

—... Muy pesado. Un viejo insoportable —oyó decir a la duquesa—. Anda que su mujer... Dios mío, qué gente mandan aquí.

Este juicio sumario y acibarado no hizo sino confirmar la antipatía instintiva de Morgan. Oyó que cerraban la puerta por dentro y olió a tabaco. Se esforzó por contener la respiración. A través del plástico semitransparente de la cortina distinguió una silueta gris. Luego oyó el ruido de una cremallera que se abría y el frufú de un vestido que se alzaba. Vio a la figura sentarse en la taza del váter y oyó esforzados gruñidos, varios pedos y el chasquido final. Ah, dijo para sus adentros ahogando una risita demoníaca, así que también estas personas hacen sus necesidades... Luego oyó el arrugamiento del papel higiénico, el ruido de la cadena, el frufú del vestido que se volvía a bajar y el chorro de agua de los grifos. Oyó que la duquesa decía «quién habrá sido el guarro» ante el estado de suciedad en que él había dejado el lavabo y luego el agua dejó de correr. Se abrió la puerta.

—¿Sylvia? —le llegó la misma voz desde el pasillo, más apagada—. ¿A qué hora

exactamente salimos mañana?

Morgan respiró de nuevo. Tal vez lograba salir de esta. Se preguntó si le daría tiempo para saltar por la ventana del cuarto de baño y salir disparado por la parte trasera del jardín. Probablemente Sylvia se contentaría con una meadita. Sintió tanta tensión que por unos instantes creyó que se le iba a quebrar el esternón. Pero no tuvo tiempo de seguir pensando en la integridad de su armadura física, pues oyó nuevamente pasos cerca de allí. Válgame Dios, pensó; ahora le toca a Sylvia. Una extraña necesidad de disfrazarse le hizo buscar en su bolsillo la barba de algodón y ponérsela rápidamente. Oyó el ruido del cerrojo por dentro, volvió a oler a tabaco y supo que había vuelto la duquesa. Por favor, Señor, suplicó con toda la fuerza de que fue capaz, haz que se limpie solamente los dientes. Estoy dispuesto a hacer cualquier cosa a cambio. *Cualquier cosa*. Contuvo la respiración en enfebrecido suspense. Oyó la fricción de una prenda fina, el crujido de un elástico, la caída de la ropa al suelo.

Vio acercarse una mano para retirar la cortina. ¡Zas!, un rápido caramboleo metálico de anillas oxidadas, y he aquí la cortina completamente descorrida. Morgan y la duquesa permanecieron unos segundos mirándose embocadamente sin decir palabra. No recordaba haber visto en su vida tanto asombro y tanto pasmo en el rostro de una persona. Claro que, pensó en un santiamén, no todos los días se topa uno con Papá Noel en su bañera. Ahí estaba la duquesa delante de él, chaparrita y con las mallas flojas, completamente en cueros a excepción de un gorro de baño azul claro y un pitillo a medio fumar en una mano. Morgan vio unos pechos completamente caídos, numerosas bolsas de carne fofa, un bosquecillo gris estropajoso, unos muslos de pavo, una boca completamente abierta a causa de la incredulidad.

—Buenas noches, duquesa —exclamó Morgan con voz de muñeco mientras salía de la bañera con la falsa audacia de un fantasma de opereta.

Abrió la ventana con energía, bajó la tapa del váter, se subió encima y desde allí se encaramó al marco de la ventana. Miró hacia atrás por encima del hombro. Ya no había nada que le importara. La duquesa seguía todavía turulata, si bien se había tapado los senos con un brazo y el bajo vientre con una mano.

—Escuche una cosa —dijo Morgan—. Le prometo callarme por completo si usted hace lo mismo.

Dio un salto de dos metros sobre el tejado alquitranado de la veranda posterior, se arrastró hasta el borde y se dejó caer sobre el césped. Mientras atravesaba a toda velocidad el oscuro jardín en dirección de la puerta principal, se sintió embargado de una curiosa sensación de júbilo. No le importaba un ardite el que la duquesa se pusiera a gritar en medio del silencio de la noche. Sin embargo, nada vino a turbar la mirada impasible de las estrellas.

Bilbow asomó la cabeza por la puerta de su cuarto al ver a Morgan entrar en la casa, veinte minutos más tarde.

—¡La leche que me dieron! —dijo mirando a Morgan a la cara—. Pero ¿qué le ha ocurrido a Papá Noel: una colisión con los renos, el trineo en llamas?

Morgan no se molestó en contestar; estaba demasiado ocupado sirviéndose un buen vaso de ginebra.

—Ah, se me olvidaba —dijo Bilbow entrando en el salón—. Ha estado llamándole todo el día un individuo llamado Adekunle. Me ha dicho que tenía usted que llamarlo sin falta tan pronto como llegara a casa, fuera la hora que fuera. ¿Le encuentra usted algún sentido?

No, no le encontraba ningún sentido. Así que se fue directamente a la cama.

Un joven «caddie», con una camisa hawaiana mugrienta, ayudó a Morgan a echarse a la espalda los palos de golf. Había trasladado algunos de los flamantes palos regalados por Adekunle a su viejo saco de tela y plástico, por miedo a suscitar comentarios o conjeturas acerca de la saca nueva, cuyas proporciones eran tan monstruosas que, aparte de transportar los palos de golf, podía fácilmente albergar en su interior a un gran danés o incluso una motocicleta. Además, habrían hecho falta dos «caddies» solo para levantarla, y hoy no tenía precisamente demasiadas ganas de rodearse de acompañantes. Se dirigió sin ninguna prisa hacia el primer hoyo. Eran numerosos los competidores que habían acudido temprano al torneo, considerando que el final del mismo estaba previsto para la hora del almuerzo. Murray y él figuraban entre los tres últimos equipos.

Morgan fue saludando con la cabeza y sonriendo a muchas caras conocidas. Notó que era el blanco de numerosas miradas de curiosidad. Era consciente de tener un aspecto un tanto raro con su tupé rizado de rockero (que su peine humedecido no lograba mantener fijo durante más de dos minutos, ya que volvía a encabritarse tan pronto como se secaba), su ceja tapada por una tira doble de esparadrapo, sus ojos enrojecidos y su nariz resplandeciente. Se puso una visera verde transparente para proteger su rostro inflamado de la reverberación cada vez más fuerte. De vez en cuando ensayaba para sí de mala gana su discurso de soborno, como un nervioso padrino nupcial momentos antes de dirigirse a los invitados, pero no conseguía hilvanar un razonamiento mínimamente convincente, y, cuando así le parecía, tenía la impresión de asemejarse a un putero de bajos fondos ofertando su género. No, Murray no era un hombre al que se le pudiera abordar de esa manera. O sea, que, en resumidas cuentas, le estaba resultando cada vez más difícil concentrarse en lo que debería hacer después, en el transcurso de la mañana. El trauma de la muerte de Innocence, el rapto del cadáver, el... —¿cómo se llamaba la acción contraria?— la restitución del mismo, el inenarrable cara a cara con la duquesa, todo ello le había privado de antemano de la posible satisfacción resultante de este acto simbólico de corrupción. Ahora se trataba de un simple ejercicio de defensa personal, un elemental requisito para salvar el pellejo, pues era consciente —con una consciencia más aguda que nunca— de que, si no quería dar un peligroso patinazo en su vida profesional, era de todo punto necesario conservar como fuera su empleo actual.

Además, se sentía físicamente fatal. La tensión acumulada durante los dos días — y noches— anteriores, unida a las colosales borracheras, le había producido un resacón de proporciones míticas. Le parecía como si le hubieran machacado todo el cuerpo con una de esas mazas que se emplean en algunos lugares para ablandar la carne. Tenía asimismo la sensación de que su lengua había aumentado de volumen y que, como la de un perro, pugnaba por salir fuera de la boca; sin contar los terribles pinchazos que sentía como consecuencia de su persistente dolor de cabeza.

Blandió un palo de golf a modo de prueba. Hacía más de tres meses que no practicaba este deporte, y notó cómo le crujían los huesos de la espalda a

consecuencia del esfuerzo inhabitual. Estaba verificando su *backswing* cuando, de repente, vio a Murray pasar por el recinto de palos y dirigirse a su encuentro, lo que le hizo ponerse a temblar de nerviosismo y de pánico. Luego vio al hijo de Murray y su náusea se convirtió en ira irracional. ¿Para qué traía con él a ese niño?

Murray venía sonriente.

—Feliz Navidad, Mr. Leafy. Veo que nos ha tocado jugar juntos.

—Sí, una verdadera coincidencia, ¿no le parece? —hubo una pausa—. Ah, por cierto..., quería pedirle disculpas por lo de la otra noche, cuando le llamé por teléfono. Estaba muy nervioso. Ya se imagina: el cadáver de una persona y... todo eso. Además, no estaba enterado de cuáles eran realmente sus competencias.

—No tiene por qué disculparse —dijo Murray.

—Estupendo. Así que no me guarda rencor.

—En absoluto, Mr. Leafy —miró a Morgan más de cerca—. ¿Qué le ha pasado en la cara?

—Un accidente sin importancia con mi cocina de gas —contestó Morgan sonriendo—. Una llamarada inesperada, como suele decirse. Je, je.

—Ya veo —Murray le examinó más de cerca—. Le da un aspecto bastante curioso —hubo una pausa—. Espero no le incomode el que me haya acompañado mi hijo. Jugará algunos de los hoyos más fáciles.

—Qué va, en absoluto —dijo Morgan mirando con sonrisa forzada en dirección del chico—. ¿Qué tal esas Navidades? —le preguntó.

Morgan jugó malísimamente. Quemadas por el sol, las calles parecían alquitranadas. Dio efecto a casi todas las bolas, incluidos los *putts*. Los pequeños *greens*, rebautizados *browns* a causa de su superficie de arena endurecida, resultaron imposibles de golpear; las bolas patinaban de manera sistemática, negándose a pararse en el suelo recocado. Murray consintió en llamarlo Morgan, se mostró bastante amable en su conversación y dio a su hijo unos consejos breves y precisos, a la manera de un profesional. A causa del chico, que jugaba los hoyos más cortos, dejaron pasar a los equipos siguientes y no tardaron en quedar a la cola del torneo, lo que convenía perfectamente a los intereses de Morgan.

Acabaron los nueve primeros hoyos hacia las doce de la mañana e hicieron una pausa en un chiringuito improvisado, para calmar la sed. El resultado hasta el momento era claramente desfavorable para Morgan, 63 —Murray había logrado un interesante 37—, y la partida amenazaba con ser una de las más desastrosas de su vida, a todos los niveles. Había imaginado que, después de las duras pruebas que acababa de pasar, el sobornar a Murray iba a ser cosa fácil; pero, al igual que las veces anteriores, la presencia de este hombre volvió a producirle una gran turbación. Se sentía nervioso, adolescente y sin ninguna confianza en sí mismo.

Los nueve primeros hoyos le habían obligado a trepar por la pendiente de un valle

y a bajar luego por la otra vertiente. Los nueve hoyos siguientes estaban diseminados por el espeso bosque que rodeaba Nkongsamba. Después del undécimo, el recorrido describía una pata de perro muy pronunciada y, hasta el decimosexto, resultaba imposible divisar edificio alguno, ya fuera del club, ya de los alrededores de la ciudad. Morgan vio a Murray progresar con facilidad, con soltura. La bola voló sin desviarse unos doscientos metros, siguió botando otros cincuenta y luego se detuvo al alcance del *brown*. Morgan se concentró en su bola. Decidió emplearse a fondo y dar al carcamal de su compañero toda una lección de golf; para ello, se imaginó que la bola era la cabeza de Fanshawe. Se contoneó al máximo y la golpeó con todas sus fuerzas. La bola salió disparada hacia la derecha, describiendo una curva perfecta, hasta que desapareció en el denso y espinoso terreno.

—¡Mierda! —exclamó, y luego se disculpó por haber echado un taco en presencia del chico.

—Le aconsejo que golpee la bola con menos fuerza —dijo Murray—. El secreto de este juego es la relajación.

—Eso es precisamente lo que más me fastidia del golf —se quejó Morgan, consciente de que la relajación era en ese momento un ideal utópico para él—. Es un juego tan... *controlado*, ¿sabe? Todo se halla como retenido, frenado, por así decir. No puedes golpear a gusto, soltar la agresividad, desahogarte por completo como ocurre en otros deportes. Cada vez que me preparo para un esfuerzo enorme, sé de antemano que va a ser un desastre.

Murray le lanzó una mirada perpleja, como si en esta confesión se hallara la clave del carácter de Morgan.

—Y, sin embargo, ahí está el quid de la cuestión, ¿verdad? Saber cuándo hay que contenerse. Mantener el dominio de la situación. Utilizar la cabeza al mismo tiempo que los demás instrumentos de madera.

Morgan se rio sin ganas: no le hizo mucha gracia la crítica implícita en sus palabras.

—Me temo que no soy la persona más indicada para practicar este juego —dijo Morgan con tono derrotado.

—No se rinda tan pronto —dijo Murray, caminando al mismo paso que Morgan en dirección de la maleza—. Siga en ello. Ya verá cómo los resultados no se hacen esperar.

Se pusieron a buscar con aplicación la bola de Morgan en medio de los espinosos matorrales, levantando una densa nube de polvo y espantando a una legión heterogénea de moscas, garrapatas y saltamontes; incluso desenterraron una mierda seca. Pero nada: ningún rastro de bola.

—¿Le gusta vivir aquí? —preguntó Morgan a Murray mientras hurgaba en la maleza con su palo—. El polvo, el calor, los olores..., la jungla impenetrable.

—Pues, hombre, no me desagrada —contestó Murray—. Vivo aquí tan a gusto como viviría en cualquier otra parte. Tiene sus ventajas y sus inconvenientes.

—O sea, que está contento —estatuó Morgan con tono un punto pendenciero. Murray soltó el ramajo que había agarrado.

—¿Cree usted que hay alguien en el mundo que esté *plenamente* contento? —contraatacó esgrimiendo una sonrisa.

—Pues..., por lo que a mí respecta, desde luego que no —confesó Morgan—. Pero usted es de las pocas personas que conozco que sí parecen estarlo.

—Vaya, eso sí que tiene gracia: una persona que viene a decirme cómo me siento. Le voy a dar un consejo —dijo Murray encañonando a Morgan con su palo de golf—: procure no confundir nunca el ser con el parecer. Por supuesto que nunca está uno seguro de nada; pero no deja de ser esta una máxima bastante buena.

—Caramba, me he topado con todo un filósofo... O sea, que no es usted feliz, vamos.

Murray rio.

—Vaya, esta inofensiva partida de golf ha tomado un sesgo bastante serio, ¿no le parece? Opino que es mejor renunciar a la búsqueda de su bola. ¿Qué, juega otra?

—No, gracias. Voy a caminar simplemente, por ahora.

Vio cómo Murray enviaba su bola justo pegando al *brown*.

—¿Piensa quedarse a vivir aquí toda la vida? —preguntó Morgan en tono confidencial mientras perseguían la bola.

—No —dijo Murray—. Me iré de aquí cuando pueda.

—Ahá —exclamó Morgan triunfalmente—. O sea, que no se encuentra a gusto aquí.

—Pero ¿qué es exactamente lo que intenta probar? —preguntó Murray con una sonrisa divertida—. Eso no tiene nada que ver con el hecho de encontrarse a gusto; lo que pasa es que, además de vivir en África, hay otras cosas que me gustaría hacer también en la vida.

Calculó el golpe, jugó y envió la bola al *brown*, a metro y medio del hoyo.

—¿Como cuáles? —inquirió Morgan—. ¿Qué piensa hacer después? ¿Regresar a Escocia?

—No —dijo Murray con un suspiro mientras medía su golpe corto—. En realidad, no tengo nada pensado —la bola entró en el hoyo—. Lo que me gustaría es ir a algún lugar templado. Me parece que ya no sería capaz de soportar los inviernos británicos. Portugal, por ejemplo. Poder nadar, practicar la vela, jugar un poco al golf, leer un poco más, ver cómo mis hijos van creciendo...; ese tipo de cosas. Unas ambiciones, me temo, bastante corrientes y molientes.

—¿Nada más que eso? —sin saber bien por qué, Morgan sintió un ligero desencanto.

—Pero ¿qué se creía usted? —repuso Murray en tono de guasa—, ¿que me proponía llegar a ser presidente de la Organización Mundial de la Salud? Le aseguro que me consideraré lo suficientemente «feliz» si consigo esas otras cosas.

Jugaron los dos hoyos siguientes. Morgan recobró el ánimo, y el sol empezó a calentar con fuerza. Conforme avanzaban hacia el bosque, las calles se iban estrechando en medio de los árboles altos y de la abundante vegetación. Estrechos senderos surcaban la espesura verde, dibujaban meandros en el terreno y desaparecían en la jungla por el otro lado. Si el golpe era impreciso, no había prácticamente ninguna esperanza de volver a encontrar la bola. Morgan perdió otras tres, mientras que Murray iba al par. Incluso el chico jugaba mejor que él.

Morgan sabía que si no abordaba pronto a Murray, podría perder definitivamente la oportunidad, y empezó a sentirse cada vez más triste ante el cometido que le aguardaba. La partida de golf, se dio cuenta ahora, había sido una mala idea. Si Murray hubiera mostrado resentimiento por los insultos que le había lanzado la otra noche, si se hubiera mostrado enfadado o adoptado aires de superioridad; en fin, si le hubiera dado a entender que le repugnaba jugar al golf con él, seguramente la tarea habría sido menos difícil. Morgan había esperado una actitud dura e intransigente por su parte, en el mejor estilo calvinista. Pero Murray había estado simpático y educado, y se percató de que sus sueños de verlo caído por tierra ya no tenían razón de ser, carecían de todo atractivo porque, vio con claridad, el Murray que detestara vivía solamente en su mente y tenía muy poco, o nada, que ver con el hombre que tenía en ese momento a su lado. Ya no le produciría ninguna satisfacción el espectáculo de un Murray que se desmoronaba ante él; y es que, simplemente, había dejado de odiar a este hombre. En realidad, por mucho que le costara reconocerlo, incluso había casi llegado a tomarle afecto. Murray tenía razón, recapacitó: había confundido lamentablemente el parecer con el ser. Se había formado en su cabeza una idea determinada de este hombre, sin haberse molestado lo más mínimo en comprobar su veracidad. Con un súbito destello de intuición, vio con claridad —y pesar— que solía ocurrirle otro tanto casi con todas las personas que encontraba... Pero todas estas especulaciones no le servían ahora de nada: el hecho era que tenía que sobornar a Murray como fuera, lo demás era literatura teórica; además, de ello dependía su propia supervivencia. Lamentaba solamente que este recién adquirido conocimiento de su víctima hiciera casi inevitable el éxito de su empresa: Murray era prácticamente tan humano y falible como él.

Dejó que sus pensamientos volvieran a Fanshawe y a la nueva recepción que estaría dando en ese momento en honor de la duquesa. No se había molestado en informar a nadie de que no asistiría al acto. Mejor así, razonó para sus adentros. Estaba seguro de que la duquesa no le echaría precisamente de menos. Sabía, con extraña certeza, que no le contaría a nadie su encuentro en el cuarto de baño. Recordó, con un ligero estremecimiento, lo poco atractiva que le había resultado esta persona en porretas vivas. Un ejemplo más, pensó de repente, del profundo hiato parecer/ser: una mujer corriente de mediana edad —en modo alguno regia o distinguida.

Enfilaron la calle del hoyo catorce, un hoyo largo a jugar en cinco golpes y que representaba el último tramo de terreno selvático. Después volverían hacia la ciudad. Morgan sintió una desacostumbrada debilidad en las piernas, un suave zumbido en los oídos y unas alocadas palpitaciones en el cerebro. Se aseguró de que el hijo de Murray no les estaba escuchando.

—¿Qué diría usted... —carraspeó un par de veces del nerviosismo— si le dieran de golpe diez mil libras esterlinas? —preguntó a bocajarro.

—¿Cómo dice? —Murray se volvió de repente hacia él, sorprendido.

—Diez mil libras. ¿Qué le parece esta cantidad? —repitió con mirada avarienta.

—¿Las ofrece usted? —preguntó Murray con una sonrisa.

—No, quiero decir... Podría usted hacer bastantes cosas con esa suma. Quiero decir, se podría hacer... —echó un poco marcha atrás—. ¿Sabe? Estaba pensando precisamente en este momento en lo *simpática* que resulta esta cantidad de billetes. No es el gordo de la lotería, claro; pero qué bien le vendría a uno...

—Sí —dijo Murray sin mucho entusiasmo—. Supongo que lleva usted razón. No vendría mal. Pero ¿por qué dice esto?

La fortaleza de Morgan estuvo a punto de resquebrajarse en una décima de segundo.

—Si usted quiere, puede conseguir esa cantidad —dijo tranquilamente.

Murray se quedó de piedra.

—¿Cómo? —dijo con el ceño fruncido—. ¿Que puedo conseguir esa cantidad?

—Diez mil libras. Puede conseguirlas.

—Supongo que está bromeando —hizo señas a su hijo, que venía a ver por qué se habían detenido, de que se mantuviera alejado—. ¿Qué quiere decir con eso de que puedo *conseguir* diez mil libras?

Morgan tragó saliva. Sintió como nunca el calor asfixiante del sol. El sudor irritaba su rostro chamuscado.

—Le ofrezco diez mil libras —dijo reposadamente— a cambio de... una cosa.

—Vamos, papá —gritó el chico.

—Ya veo —dijo Murray con expresión seria y triste—. A cambio de algo, supongo. Y, ¿puedo saber de qué algo se trata?

—Tiene que dar un informe favorable sobre el emplazamiento de la nueva residencia de estudiantes y de la cafetería —dijo Morgan de un tirón.

Murray no salía de su asombro. Posó su mirada penetrante en el rostro sudoroso de Morgan.

—¿El emplazamiento de la residencia? Así que a *usted* le interesa que yo cambie de opinión. ¿Qué sabe usted...? Oiga, un momento. ¿Se puede saber qué relación tiene con usted el plano de las obras de la Universidad de Nkongsamba?

Morgan se quitó la visera y se secó el sudor de la frente. Por unos momentos creyó que iba a rendir el alma. Sintió que su cuerpo estaba cediendo a la

desesperación como una presa endeble al empuje de un torrente. Se esforzó por no perder la calma.

—Bueno, no *conmigo* en realidad. Actúo en representación de otra persona.

—¿Quién?

—Eh... Eso no se lo puedo decir, lógicamente.

Murray agarró a Morgan por el brazo.

—¿En qué berenjenal se ha metido, desgraciado idiota?

Morgan creyó que le iba a estallar la cabeza. Todo estaba saliendo mal. ¿Por qué le estaba interrogando Murray de esa manera? Le vio sumirse en una profunda reflexión.

—¿Quién le ha mandado? —volvió a presionarle.

Morgan intentó sacar fuerzas de flaqueza.

—No puedo tomarme la libertad... —empezó con tono pomposo, pero Murray no le dejó terminar.

—Déjeme que adivine —le dijo levantando la mano—. Es Adekunle, ¿verdad?

—¡No! —se apresuró a contestar, y luego, consciente de que la rapidez de su contestación acababa de delatarlo, dijo «¿Quién?» en un intento fútil de ganar tiempo. Vio que era inútil negar la evidencia.

—Sí —acabó admitiendo en voz baja.

Murray le soltó el brazo.

—Me lo había temido —dijo, como si estuviera hablando él solo. Y volvió a prestar atención a Morgan, que tenía la vista clavada en el suelo.

—Lo siento mucho, Morgan —dijo con convicción—. Lo siento, pero no puedo dejar pasar esto. Supongo que comprenderá mi posición. Tengo que dar parte.

¡Ay!, el dique de troncos y ramas precipitadamente levantado no pudo contener esta vez el empuje del aluvi3n. Las aguas se desbordaron, arrasando todo a su paso. Morgan sintió un fuerte escozor detr3s de los párpados, impotentes para contener las lágrimas. Cerró los ojos con tes3n, pero las lágrimas, gruesas y calientes, empezaron a bajarle por sus carrillos rechonchos mientras, debajo, sus piernas se negaban a seguir sosteniéndolo.

A unos metros de distancia, el hijo de Murray les estaba esperando con los «caddies», con aspecto claramente aburrido. Debe de estar bastante nervioso, pensó Morgan al verle arrojar piedras en direcci3n de la maleza. Morgan se hallaba recostado en un árbol, junto a la última calle del recorrido. No sabía a ciencia cierta si se había desvanecido o simplemente si se le había negado el cerebro a registrar los atosigantes acontecimientos —una especie de amnesia misericordiosa que había venido a librarle de ulteriores tormentos.

Murray estaba de pie junto a él, mirándole.

—¿Qué, ya se le ha pasado? —preguntó con tono solícito.

Morgan se incorporó, frotándose los ojos.

—Caramba —dijo tambaleándose todavía un poco—. Me he venido abajo; lo siento —respiró hondo—. Claro que... si supiera todo lo que he pasado estos últimos días, se asombraría de que todavía siga funcionando normalmente.

—¿Adekunle?

—No; no solo eso. Otras cosas aún peores. Ya se las contaré un día: se le podrán los pelos de punta —se sacudió los pantalones—. Bien pensado, y consideradas las circunstancias, Adekunle se ha portado bastante razonablemente.

Murray le alargó la visera.

—Me parece que podemos dejarlo por hoy, y regresar al club.

Morgan aprobó la idea, y volvieron sobre sus pasos en silencio; el hijo de Murray los siguió, con los «caddies», a una discreta distancia de diez metros. Morgan miró a Murray directamente a la cara: se hallaba plenamente concentrado, y tenía una ceja ligeramente fruncida. Morgan se masajeó el cogote para aliviar un poco la tensión a que habían estado sometidos sus músculos. Paradójicamente, se sentía mejor: al menos tenía un problema resuelto —aunque no conforme a sus deseos—: ya no tenía que sobornar a Murray.

—Escuche —dijo Morgan, deseoso de romper el silencio—. Perdóneme. Eh... He actuado bajo presión.

—Supongo que le ha amenazado con algo.

—Ah, no lo dude. No habrá imaginado que soy su compinche, ¿verdad? —preguntó Morgan con aspecto ofendido.

Murray se disculpó.

—Dígame de qué manera le tiene cogido.

Morgan exhaló un largo suspiro.

—Supongo que es mejor guardármelo para mí. Digamos simplemente que él sabe algo que no me gustaría que lo supiera mi superior. No tiene que ver con la Justicia —se apresuró en aclarar—. Es más bien del género «escándalo», por decirlo de alguna manera.

—Ya veo —dijo Murray pasándose la mano por el pelo—. Me suena a un auténtico lío —hizo una pausa—. ¿Qué ocurriría si *Mr. Fanshawe* se enterara del escándalo en cuestión?

Morgan se encogió de hombros. En ese momento no le importaba ya mucho.

—Pues... no sé. Caería en desgracia. Me pondría de patitas en la calle. De todos modos, Fanshawe y yo distamos mucho de llevarnos bien últimamente.

Murray no contestó nada, y siguieron caminando en silencio. Al llegar a las instalaciones del club, pagaron los «caddies» y metieron las sacas en sus respectivos coches. Morgan la dejó en el asiento trasero. No pensaba volver a utilizar el capó en lo que le quedaba de vida.

De repente sintió que volvía el pánico a apoderarse de él, al contemplar lo que ocurriría una vez que hubiera dado parte Murray. Se había mentido a sí mismo antes:

en realidad, sí le importaba perder el empleo —más que nada en el mundo—, y la perspectiva de un retorno ignominioso a Gran Bretaña le llenó el corazón de congoja. Sí, era preciso persuadir a Murray para que obrara despacio; no parecía caerle demasiado mal a este hombre, así que tal vez, al conocer su verdadero sentir, se decidiría a echarle una mano. Se acercó al coche de Murray y oyó que su hijo le preguntaba:

—Papá, ¿por qué lloraba tanto ese hombre?

A Morgan le habría gustado que el mocoso se largara de allí inmediatamente.

—Alex —dijo Morgan—, ¿puedo decirle una cosa?

Murray salió a hablar con él.

—Me da mucha fatiga —dijo Morgan—, pero no tengo más remedio que pedírselo. Por favor, no se lo diga a nadie.

—Pero ya le he dicho que no puedo...

—Se lo suplico —dijo Morgan con voz seria—. Por favor, voy a perder mi empleo y, ya sabe, es lo único realmente importante para mí en la vida. Por favor.

—¿Qué me está pidiendo que haga? —dijo Murray—. ¿Pretender que nada ha sucedido?

Morgan estaba hecho un lío.

—Pues... sí.

Pero se dio cuenta inmediatamente de que eso no bastaría:

—¿Por qué no renuncia a su informe negativo sobre el emplazamiento? Verá: si usted veta el proyecto, Adekunle me ha amenazado con ir a ver a Fanshawe. Ese fue el trato: yo tenía que conseguir como fuera que usted cambiara de opinión.

Murray bajó la voz.

—O sea, que lo que usted quiere es que yo dé luz verde al proyecto de la nueva residencia. Pero ¿por qué debería hacerlo?

—Por *mí* —suplicó Morgan—; de lo contrario, habrá sonado mi fin. Hablo en serio. Y no solo mi empleo. Todo.

—¿Por qué es este proyecto tan importante para Adekunle? ¿Ha hecho una oferta de contrato por mediación de Ussman Danda?

—No —dijo Morgan con voz reposada—, es el propietario de los terrenos.

Murray levantó los ojos hacia el cielo.

—Ah, carajo —se rio sardónicamente—, no me extraña entonces que esté dispuesto a pagar diez mil libras esterlinas.

—Por cierto, todavía siguen a su disposición —le interrumpió Morgan.

—Mejor olvidar lo que acaba de decir —contestó Murray con tono seco, y se calló durante unos segundos—. Me está pidiendo que dé el visto bueno al proyecto sola y exclusivamente por su interés personal, para que no pierda usted su empleo.

—Así es —repuso Morgan con tono avergonzado y con la vista clavada en el suelo—. Ya sé que soy un perfecto imbécil, y que me he metido en un lío de espanto, pero...

—No —contestó Murray en tono categórico—. Lo siento, Morgan, pero no; es algo que me resulta imposible hacer.

—Pero ¿por qué no? —insistió Morgan en un último intento desesperado—. ¿Por qué no? ¿Tanto le importa la Universidad de Nkongsamba, Adekunle, este país? ¿Qué importa todo esto a personas como nosotros? A fin de cuentas, nosotros no podemos hacer nada: los Adekunles de este mundo acabarán tarde o temprano llevándose el gato al agua. Dejémosle construir allí su maldita residencia.

Se sintió como el náufrago que ve alejarse definitivamente su tabla de salvación.

—No tiene absolutamente nada que ver con la Universidad de Nkongsamba —dijo Murray pacientemente.

—Entonces, ¿por qué no quiere hacer esta cosa tan sencilla? —preguntó Morgan con voz desesperada—. Se lo pediré de rodillas, si es eso lo que quiere —sintió que volvía a asaltarle el intenso odio a Murray de otras veces—. ¿Es simplemente porque «no está bien»? —preguntó sarcásticamente—. Usted es incapaz de hacer lo que «no está bien», ¿verdad? ¿No se ha dado cuenta todavía de que esta vida no es así de simple? ¿Que no se divide en dos partes iguales: lo que está bien/lo que está mal? El mundo no funciona ya de esa manera, amigo mío —extendió las manos—. Siento decirle que ha perdido usted el pulso de la realidad: nadie juega ya según esas reglas; ¿por qué debería hacerlo usted? ¿Es ello tan vital para usted que no le importa el que yo pierda mi empleo?

Morgan notó cómo se tornaban rígidos los músculos de la mandíbula de Murray.

—Para serle sincero, me importa un pito su empleo —dijo con su frío acento escocés—. Si usted es lo suficientemente necio para liarse con gente como Adekunle, permítame que le diga que todo esto es exclusivamente asunto suyo. En cuanto a lo que acaba de decir sobre cómo funciona mi mente, también se equivoca por completo. No soy un maniático de lo que «está bien» o de lo que «está mal». Lo único que me interesa es contribuir a que haya una pizca de justicia en este mundo, y precisamente me parece muy poco justo el que un hijo puta como Adekunle se embolse cientos de miles de libras a expensas de los demás. Lo siento mucho por usted, pero no puedo quedarme con los brazos cruzados y dejarle actuar impunemente. Y ahora que puedo hacer algo en este sentido, le aseguro que nada me detendrá. No me importa tanto saber que lo que he hecho está bien o mal, sino que se ha hecho un poco de justicia, que un cabronazo gordo no se ha salido con la suya. Lo siento, pero no me parece nada justo que usted conserve su empleo a costa de que se construya una residencia universitaria en medio de un estercolero, permitiendo así que Adekunle se haga con una pequeña fortuna. Le puede parecer una tontería, pero es algo que no me perdonaría jamás.

Morgan hundió los hombros. Se sentía agotado. Lo malo del caso es que no tenía nada que objetar: estaba de acuerdo con todo lo que acababa de decir Murray.

—Mire —siguió Murray en un tono menos apasionado—. Le diré lo que voy a hacer. No presentaré mi informe antes del tres de enero, que es la fecha en que se

reúne de nuevo la comisión. Adekunle no lo va a tener nada fácil. No soy lo suficientemente cándido como para pensar que reuniré las pruebas de que son suyos los terrenos; pero nada de lo que haga podrá impedir el que yo emita un dictamen desfavorable. Esto le dejará a usted algún tiempo para solucionar sus problemas. También le prometo no mencionar su nombre en relación con este asunto.

—Pero lo hará Adekunle, ¿no se da cuenta?

—Por eso le dejo algunos días de plazo. Adelántese a ellos. Vaya a ver a Fanshawe y cuénteselo todo antes de que lo haga Adekunle.

Morgan exhaló un gemido.

—No, no funcionará. Yo no podría nunca contar esas cosas a Fanshawe. Usted no lo conoce, no se imagina lo que pasa por su cabeza. Se volvería loco de rabia.

—Es su única opción —dijo Murray—. No se puede estar tan seguro de la gente, de cómo piensa o cómo va a reaccionar. Se encuentra uno con muchas sorpresas.

Hizo una señal a su hijo.

—Vaya a ver a Fanshawe —le aconsejó—. Ponga todas las cartas sobre el tapete. Pero recuerde: el tres de enero presentaré el informe al Comité de Obras y Edificaciones —hizo una pausa y posó la mano en el hombro de Morgan—. Lo siento, pero no puedo hacer otra cosa.

Morgan vio cómo Murray volvía con su hijo.

encuentro.

—A sus órdenes, jefe —contestó alegremente Bilbow.

Morgan había pasado la tarde en medio de una confusa sucesión de emociones: tristeza profunda, indiferencia absoluta, autoconmiseración lacrimógena y los habituales arranques de rabia y odio apocalípticos. Lo único que había cambiado en el panorama era que Murray no aparecía ya como blanco principal de su furia vindicativa. Se dio cuenta de que ya no podían seguir siendo iguales sus relaciones con el doctor: sus sentimientos nítidamente definidos de antes habían dado paso a una cosa más compleja y desconcertante; la línea divisoria estaba ahora borrosa. Morgan hallaba particularmente descorazonador este nuevo giro de los acontecimientos, pues no parecía haberse tomado a mal su respuesta tajante de que seguiría adelante con su informe adverso, punto este clave para su futuro profesional. No lograba entender por qué no seguía albergando los mismos sentimientos hostiles para con él.

A la mañana siguiente, Morgan se hallaba placentemente tumbado en la cama viendo a Hazel vestirse. El sol se infiltraba por las rendijas de las persianas. De la calle subía el ruido embrutecedor del tráfico.

—¿Puedo preguntarte a dónde vas? —dijo Morgan.

—A votar, naturalmente —contestó ella.

—¡Ahí va, la leche, pues claro! —exclamó él—. Llevas razón, hoy son las elecciones. Qué barbaridad. ¿Sabes que se me había olvidado por completo? ¿A quién vas a votar?

Hazel cogió el bolso y se ajustó la peluca. Morgan se arrepintió en ese momento de haberle preguntado, pues sabía de sobra lo que iba a contestar. Hazel volvió la cabeza hacia él.

—Al PNK —se limitó a decir—. Por un Kinyanya unida.

El ánimo positivo de Morgan desapareció de repente al acordarse de su terrible predicamento y de las negras alternativas que tenía delante: o se sinceraba con Fanshawe o lo hacía Adekunle en su lugar. Se sentó sobre la cama, con el rostro atravesado por una nube de preocupación.

—Me parece que hay algo que conviene que sepas, Hazel —dijo—. Me huele que la situación va a cambiar sustancialmente dentro de poco.

—¿En qué sentido?

—Presiento que voy a tener que marchar. Regresar al Reino Unido.

La miró fijamente para observar su reacción: parecía estar ponderando el fondo de la noticia, con el labio inferior proyectado hacia adelante y sus ojos de almendra plisados.

—¿Y eso por qué?

—Pues..., mira, estoy metido en un pequeño lío, y es probable que me manden a casita como castigo.

Hazel se encogió de hombros.

—¿Qué... qué opinas de ello? —le preguntó, haciéndole señas para que se acercara a la cama. Ella se sentó a su lado, y él le rodeó el cuello con su brazo.

—¿Vas a sentir pena? —le preguntó.

—Oh, claro; no quiero que te marches —dijo ella.

Pero Morgan no vio ninguna lágrima en sus ojos.

Morgan pasó toda la jornada electoral —el veintisiete— en el piso de Hazel. A la mañana siguiente volvió a su casa en coche y halló a Bilbow preparando el equipaje.

—¿Qué, ya se marcha? —preguntó Morgan.

—Sí —dijo Bilbow—, dentro de un par de horas tengo que coger un avión que me llevará hasta la capital. Por cierto, ¿dónde diablos se ha metido? —le preguntó en tono divertido—. En mi vida he visto a una persona tan solicitada. El teléfono no ha dejado de sonar. Por supuesto, los sempiternos Adekunle y Fanshawe; pero también una mujer llamada Celia.

—¡Oh, nooo! —gimió Morgan, poniendo los ojos cómicamente en blanco. Había olvidado también el mensaje imperativo de Celia del día de Navidad.

—¿Tiene usted algún problema? —preguntó Bilbow con simpatía.

—Es lo menos que se puede decir.

—Lo siento. ¿Puedo hacer yo algo?

—No, no. Usted ya se ha portado estupendamente haciendo de contestador automático.

Bilbow sonrió.

—No tiene importancia. A excepción de ese tal Fanshawe. Me parece que se ha creído que yo era usted, ya sabe, imitando el acento de Yorkshire. No hacía más que repetir: «Vamos, Leafy, sé que es usted. Déjese de juegucitos estúpidos». —Bilbow imitó a la perfección las rípidas acusaciones de Fanshawe.

Morgan soltó una risita nerviosa.

—Muy propio de ese individuo. Escuche una cosa —dijo mirándole de repente a la cara—. Voy a acompañarle al aeropuerto. Supongo que no le hará mucha gracia volver a coger un taxi de por aquí.

Para su gran asombro, Morgan logró esta vez comprar dos botellas de cerveza a la chica del bar del aeropuerto de Nkongsamba. No estaban frías, pero ya era algo. Morgan y Bilbow se sentaron a una mesa mientras esperaban el avión, que traía cincuenta minutos de retraso. Bebieron sus cervezas sin dejar de charlar. Morgan se sorprendió al descubrir que sentía una gran simpatía por Bilbow —lo encontraba un tipo instruido e ingenioso— y lamentó no haber podido pasar más tiempo en su compañía. Pidió dos cervezas más.

—Sí, siento haberme portado de manera tan misteriosa durante tu estancia aquí —dijo Morgan—. Te podría haber enseñado un poco la zona. De todos modos, estaba

convencido de que no marcharías tan pronto. ¿No iban a durar los festejos anglo-kinyanyeses un par de días más?

—Sí —dijo Bilbow—. Pero ha tenido que acortarse la cosa por los jaleos de los estudiantes en la Universidad. Ayer hubo manifestaciones muy importantes. Tuvieron que llamar a la policía antidisturbios. La cosa se puso bastante fea. Yo creí que todo ello se debía a que era el día de las elecciones, pero luego me dijeron que era como respuesta a la amenaza de cerrar la Universidad el próximo trimestre.

Morgan se pellizcó la palma de la mano.

—Joder, siempre se me olvida lo de las elecciones —dijo.

El recuento de votos estaría teniendo lugar en esos momentos; los resultados se darían a conocer a últimas horas de la tarde. Se preguntó si le seguía conviniendo que ganara el PNK.

Unos ruidos distorsionados en el altavoz precedieron al anuncio de la inminente llegada del avión de Bilbow.

—Hombre, solo una hora y diez minutos de retraso —observó alegremente Morgan—. Todo un récord.

Morgan acababa de salir del baño cuando sonó el teléfono, unas horas después, ese mismo día. Se echó la bata y salió disparado hacia el cuarto de estar dejando un hilo de agua por todo el pasillo.

—Dígame —dijo tímidamente—. Leafy al habla.

—Hola, mi buen amigo, me alegro que esté de vuelta de sus viajes.

Era Adekunle. Morgan buscó apoyo en la pared.

—Sí —dijo—. Precisamente estaba a punto de llamarle...

—Para felicitarme, supongo.

—¿Cómo?

—Mi querido *Mr.* Leafy. Pero ¡cómo!, ¿no está siguiendo los resultados de las elecciones? Hemos ganado, amigo mío. ¡Es nuestra la victoria!

La voz de Adekunle rezumaba cordialidad y buen humor.

—Ah.

Morgan no compartía la misma excitación. No sabía si esto suponía una buena o mala noticia para él.

—Felicidades.

—Vaya, qué entusiasmo —dijo Adekunle cínicamente—. En fin, parece que solo hemos ganado por un pequeño margen; pero es mayoría al fin y al cabo —hizo una pausa—. He intentado hablar con usted varias veces. Supongo que ha cumplido la tarea que le encomendé. El doctor Murray y nuestro acuerdo.

—Ah, sí. Bueno, hay algo que quería...

—¿Lo ha hecho o no?

Morgan reflexionó a toda velocidad.

—No —dijo buscando instintivamente la seguridad en una mentira—. Estuve sondeándole un buen rato y... me percaté de que no estaba el terreno preparado.

—Estupendo —dijo Adekunle—. Estupendo.

—¿Qué ha dicho?

—He dicho que estupendo. Me ha quitado un problema gordo de encima. Era esa la razón por la que le he buscado insistentemente, pero no he logrado dar con usted en todo este tiempo. Quería decirle precisamente que no le propusiera nada por ahora.

Morgan se sentó en el suelo.

—¿Por qué? —dijo con trémula voz baja.

—Tengo otros planes. Le hablaré de ello esta noche.

—¿Esta noche?

—Sí. En mi casa. Una pequeña fiesta antes de empezar a desempeñar mis funciones de gobierno. ¿Qué le parece a las ocho de esta noche?

—Bueno, le agradezco su amabilidad, pero...

—Mi querido amigo —dijo Adekunle—. Comamos, bebamos y regocijémonos mientras se puede, como dice el refrán. Cuento con su presencia. Adiós.

—Bien —dijo Morgan, tomando en ese momento una decisión—; podéis decir a María que traiga al hechicero mañana. Yo pagaré todo —anunció, provocando una marea de murmullos.

—¿Va a pagar usted, señor?

—Lo que habéis oído. Yo pagaré. Todo.

—¿También el funeral? —preguntó Joseph.

—Sí, sí. Vamos a solucionar el problema de una vez. *Finito*.

—Eso ser una buena cosa —sentenció Ezekiel—. Pero que muy buena.

—Isaac —dijo Morgan—, si te doy el dinero mañana, ¿vas a comprar la cerveza y la cabra y todo lo demás para María?

—Pues clarito, señor.

Echaron cuentas. Morgan notó que la factura había ascendido a ochenta libras. Sería una celebración especialmente solemne, le aseguraron, a la que él estaba cordialmente invitado. Morgan no se opuso en nada: nadie tenía más derecho que la pobre Innocence a una decente despedida. Ya se las arreglaría él para endosar el gasto a la cuenta «diversos» antes de dejar el Consulado.

Caminaron juntos hasta el final del recinto. De los braseros de carbón venían olores a comida cocinada. Una madre desdentada atravesó la oscuridad, con sus flácidos pechos negros tambaleándose al resplandor del farol que portaba sobre la cabeza. El niño que llevaba cogido de la mano señaló con el dedo a Morgan y gritó: «Oyibo, oyibo» (hombre blanco). Este se preguntó si dejarían alguna vez de reparar en su presencia.

Husmeó el ambiente.

—¿Va a llover esta noche? —preguntó.

—Creo que vamos a tener un poco de lluvia esta noche, señor —dijo Isaac.

Morgan estuvo a punto de comentar que el rayo nunca cae dos veces en el mismo sitio, pero prefirió abstenerse. Se limitó a decir que los vería a la mañana siguiente y atravesó el césped en dirección de su coche.

Una vez en su casa, fue a vestirse para la fiesta de Adekunle. Mientras se estaba poniendo la camisa ordenó a Friday que le trajera un *whisky* con soda, al tiempo que le comunicaba que cenaría fuera. Morgan rechazó el esmoquin a favor de un traje gris claro. Al ir al armario a coger el traje se dio cuenta de que Friday andaba todavía por allí.

—Sí, Friday, ¿quieres algo?

—Sí, amo. Déjeme un consejo.

—¿Un consejo? ¿A propósito de qué?

—No ir a Nkongsamba mañana. Se lo suplico, señor.

—¿Por qué, si puede saberse?

—Los soldados estarán allí.

—¿Los soldados? ¿De qué estás hablando? ¿De una asonada? ¿Quieres decir un *coup d'état*?

—*Ah oui. C'est ça. Un coup d'état. Demain.*

—¿Cómo te has enterado?

—Todo el mundo lo sabe.

—Muy bien, Friday. Gracias.

El pequeño criado salió. Qué tontería, pensó Morgan mientras se hacía el nudo de la corbata. La famosa noche de Innocence debió dejarlo un poco tarumba.

Al salir a las ocho menos diez rumbo a la casa de Adekunle se sintió como un condenado a muerte cuya ejecución ha sido aplazada. La noticia de que, después de todo, no había hecho falta sobornar a Murray fue para él un golpe particularmente cruel e irónico. Toda aquella humillación —toda aquella crisis de conciencia—, podía haberse evitado, al menos por el momento. Adekunle había parecido referirse solamente a un aplazamiento, a un cambio de planes provisional. En cualquier caso, el trago ya estaba pasado, lo cual no le pareció necesariamente una mala cosa. Por primera vez en varias semanas sintió la presencia de un poco de orden en su vida, debido probablemente al hecho de que ya no le quedaba casi ningún margen de maniobra. Decidió, a partir de aquel mismísimo momento, seguir el consejo de Murray e ir a confesarse a Fanshawe, privando así a Adekunle de la satisfacción de llevar a cabo su amenaza. Por descontado que Fanshawe lo despediría —o pediría que lo despidieran—, pero eso era mucho mejor que permitir que Adekunle fuera por ahí contando historias. Y, ya puesto, decidió también privar a Fanshawe del placer de despedirlo. Presentaría él la dimisión, tras haberlo enterado de todo. Esta idea le hizo sonreír: sí, eso era lo mejor. Por fin iba a poner un poco de orden en su casa —ahora que también se había solucionado lo de Innocence, por así decir: ya no faltaba ningún requisito para los funerales—. El único nubarrón que ensombrecía su horizonte era Celia. Al acordarse de ella se sintió embargado de una inmensa ternura. Celia, el único romance de su vida, se dijo con gran asombro, o al menos la relación que más se había acercado a ello. Ahora que ya no le importaba Adekunle tenía que procurar verla más a menudo, se prometió, antes de sacar el billete de regreso.

Mientras subía la cuesta de la Universidad, los faros de su coche iluminaron a un personaje vestido de negro, que le resultó familiar: era Femi Robinson, que transportaba varias pancartas bajo el brazo e iba subiendo la cuesta con evidente dificultad. Morgan se paró en el arcén. El activista se acercó corriendo.

—¿Quiere que lo deje en algún sitio? —preguntó Morgan. Se sentía generoso y no tenía nada especial contra él. Al contrario, le había tomado cierta simpatía—. Yo voy a la Universidad —añadió.

Robinson aceptó de buen grado, arrojó las pancartas en el asiento trasero y se sentó al lado de Morgan. Este echó un rápido vistazo a una de ellas, que rezaba: ¡PEDAGOGÍA SÍ, DEMAGOGIA NO! Metió la primera y reanudó la marcha. Estaba claro que se dirigían al mismo sitio.

—Así que ya nos ha abandonado... —comentó Morgan mientras bajaba al máximo la ventanilla. Robinson podía haber desempeñado a la perfección el papel de

señor Sudor en un anuncio de televisión alegórico.

Robinson puso mala cara.

—Como los resultados de las elecciones son conformes a los planes de ustedes, ya no tienen razón de ser nuestras llamadas de atención al pueblo. Esta noche vamos a protestar contra la presencia de la policía antidisturbios en el campus universitario y contra los planes de cerrar la Universidad el próximo trimestre.

—Pero ¿no van a cambiar en nada las cosas con el próximo gobierno? —preguntó Morgan.

Robinson acogió con una risotada de desprecio tamaña muestra de ingenuidad.

—Supongo que está bromeando. Ya se lo dije: el PUPK y el PNK son tres cuartos de lo mismo. A los dos les enfurece por igual que los estudiantes armen follones.

—Así que usted se dirige hacia allí a prestarles su apoyo.

—Sí, es mi deber hacerlo, mientras me dejen. Me parece que van a declarar muy pronto ilegal al PPK.

Morgan lanzó a Robinson una mirada admirativa. Parecía estar buscando constantemente nuevas e insuperables dificultades a las que enfrentarse.

—Bueno, hombre —le dijo—. Intentaré romper una lanza en vuestro favor ante el nuevo ministro de Asuntos Exteriores.

Robinson se volvió bruscamente hacia él.

—¿Ya va a ver a Adekunle?

Morgan se echó a reír.

—No se preocupe; no tiene carácter oficial. Se trata de una fiesta por la victoria electoral, o algo de eso.

—Supongo que Fanshawe estará allí para felicitar a su títere —dijo con una risita maliciosa, acentuando de manera especial la última palabra.

Morgan no había contemplado esta posibilidad. Deseó que Robinson estuviera equivocado.

—¿Adekunle títere de Fanshawe? —dijo en son de mofa—. ¿No le parece un poco ridículo?

Robinson se cruzó de brazos.

—Así es como hemos analizado nosotros la colusión anglo-PNK antes de las elecciones. ¿Cree que cabe otra interpretación?

A Morgan no se le ocurrió en ese momento nada que contestar. Esperaba no haber metido la pata al hablarle de la celebración por la victoria de Adekunle.

Paró el coche delante de la verja principal de la Universidad.

—Le dejaré aquí si no le importa, Femi. No creo que sea muy prudente por mi parte el que me vean transportando revolucionarios al lugar de la manifestación.

Robinson recogió las pancartas.

—Gracias por el pasaje —dijo—. Me ha gustado nuestra conversación. Ha sido muy fructuosa.

Al acercarse a la casa de Adekunle, un guardia uniformado le indicó que aparcara el coche a cierta distancia de allí. Toda la zona estaba abarrotada de coches, pero, al aproximarse a la casa, vio que se había dejado completamente libre el espacio de la entrada y que el propio edificio estaba iluminado con focos potentes. Detectó igualmente la presencia de altavoces instalados en el balcón del primer piso y de una docena de militantes del PNK apostados delante de la puerta de entrada. Todo parecía indicar que Adekunle pronunciaría ante sus seguidores un discurso triunfal en un momento determinado de la noche. Una vez que se hubo identificado Morgan, se le dejó franquear la verja. Mientras avanzaba por el camino de entrada, divisó a lo lejos, delante de los garajes, varios coches oficiales. Para su gran consternación, reconoció entre ellos el Austin Princess negro de Fanshawe, aparcado junto al Mercedes mugriento de Muller. Sobre el capó de ambos coches ondeaban las respectivas enseñas nacionales.

Peter, el chófer del Consulado, se cuadró aparatosamente ante la presencia de Morgan.

—Buenas noches, señor —gritó.

Morgan se acercó.

—Hola, Peter. ¿Ha venido Mr. Fanshawe?

—Sí, señor. Yo traerlos a todos.

—¿A todos?

—Sí, señor. A Mrs. Fanshawe, a Mr. Dalmire y también a Miss Fanshawe.

Morgan miró hacia la casa. Las estancias de la planta baja parecían abarrotadas de gente. Una pequeña fiesta para celebrar la victoria, había dicho Adekunle.

—¿Ha venido mucha gente? —preguntó.

—Oh, sí, señor. Mucha mucha.

Morgan se abrió paso entre el gentío que llenaba el salón en dirección del bar. La atmósfera estaba recargada, y se respiraba un ambiente de euforia y frenesí como en un gran *party* neoyorkino. No deseaba ver a nadie. Había venido solo porque se lo había pedido Adekunle. Llegó por fin a la barra.

—Un *whisky* doble, por favor. Con soda.

—¡Vaya a quién se ve por aquí! —oyó una voz; y se volvió rápidamente. Era Priscilla—. ¡Bendito sea Dios! —dijo—. Pero ¿qué te ha pasado en la cara? ¿Y en el pelo?

—El *pudding* de Navidad —explicó—. Demasiado *brandy*. No sabía que era un líquido tan inflamable.

De los pies a la cabeza, le pareció terriblemente apetecible: bronceada y desbordante de salud, llevaba un vestido crema con escote cuadrado.

—Así que por eso no te hemos visto —dijo, mientras se echaba una aceituna a la boca—. Creo que papá ha estado intentando dar contigo todos estos días.

—¿De veras? —dijo Morgan palpándose con una mano su ceja de esparadrapo y esforzándose por aplastar con la otra los pelillos espumosos de su tupé—. He estado

convaleciente —añadió a modo de explicación—. Creo haber oído que Dickie y tú os ibais de vacaciones después de Navidad, a esquiar, ¿no es eso? —preguntó cambiando de conversación.

—Así es —dijo ella—. Por cierto, tendremos que irnos de aquí bastante pronto para estar en la capital a primeras horas de la madrugada. La hora de salida del avión es de lo más descabellado. Peter nos va a llevar en el cochazo oficial. Ah, mira, ahí está Dickie.

Dalmire tenía un aspecto joven con su chaqueta de esmoquin blanca.

—Vaya, el regreso del hijo pródigo. Pero ¿qué diablos te has hecho en la cara? —se inclinó y le susurró al oído—: Arthur quiere verte, Morgan. Me huele que está de malas pulgas.

—¿Y eso? —preguntó Morgan.

—Con relación a Innocence, me parece.

—Ese problema ya está resuelto.

—Y algo relacionado con la duquesa igualmente.

—¡Qué puñeterito! Muy bien, será mejor que vaya a aclararlo todo de una maldita vez. ¿Dónde está?

—En el otro extremo de la habitación. Debajo de aquella especie de máscara colgada de la pared.

Morgan empezó a abrirse paso entre la marea humana que inundaba la habitación hacia donde le había indicado Dalmire. Se hallaba atrapado a mitad de camino entre una enorme señora kinyanyesa y un gesticulador político del PNK cuando, de pronto, notó que alguien le tiraba de la manga. Era Denzil Jones.

—Hola, Denzil. Te veo después. Tengo que hablar ahora mismo con Arthur.

—Un segundo nada más, Morgan.

Jones se le acercó. Tenía un aspecto serio y abatido. Sus mejillas azuladas rezumaban relucientes gotas de sudor. Miró con nerviosismo alrededor de la habitación.

—¿Te dice algo esto? —preguntó, mientras depositaba un papel en la mano de Morgan. Era la factura de la clínica Ademola por el tratamiento que había seguido Hazel.

—No me dice absolutamente nada —dijo Morgan con cara de inocente—. ¿Te han cobrado más de la cuenta?

Maldijo a Hazel en su fuero interno: le había dado dinero suficiente para pagar la factura.

—Creo que mientes, amigo —gritó Jones—. Espero que no sea una bromita de las tuyas. Porque te aseguro que no tiene ninguna gracia, ninguna —tenía un aspecto realmente lamentable—. Geraldine está que trina. No ha querido venir esta noche.

—Lo siento, Denzil. Probablemente alguno de los cabrones del club —le dio unas palmaditas en la espalda—. Ánimo, chicote.

Había tenido siempre ganas de llamar así a Jones. Siguió abriéndose paso a

codazos entre los invitados.

—¿Qué hay, Arthur? —dijo.

Fanshawe iba vestido con toda fastuosidad: uniforme de gala, faja y condecoraciones.

—¡Morgan! ¿Dónde demonios se ha metido? —espetó—. Y ¿qué se ha hecho en la cara, si puede saberse?

—Un pequeño accidente. He estado, eh..., convaleciente. Tenía necesidad de un poco de paz y tranquilidad.

—Ah, qué bonito —dijo Fanshawe con burda ironía—. Y mientras, el cadáver de Innocence tostándose al sol.

—La volví a llevar a su sitio, ¿no? —replicó Morgan con petulancia.

Le explicó las disposiciones que había tomado a ese respecto y Fanshawe pareció calmarse un poco.

—Supongo que todos los criados se incorporaron a tiempo a su trabajo —prosiguió Morgan—. ¿Salió bien la recepción?

—Buena pregunta. Sí, no salió mal la cosa. Pero ¿puedo saber dónde se ha metido?

—No me encontraba bien, Arthur; ya se lo he dicho...

—Se le ha echado de menos, ¿sabe? —dijo Fanshawe—. Sobre todo por parte de la duquesa, la cual, no sé por qué razón, estuvo todo el tiempo preguntando por usted. Se puso de muy malhumor al ver que no aparecía.

Fanshawe quedó caviloso.

—Una mujer curiosa..., aunque muy agradable, se lo aseguro. Pero ¿me puede aclarar por qué le incomodó tanto su ausencia? —preguntó, lanzándole una mirada de sospecha.

—No tengo la más remota idea —dijo Morgan—. Mire, Arthur, hay algo importante de que quería hablarle.

—De todos modos —dijo Fanshawe sin prestarle atención, y dándole una palmada en la espalda—, pelillos a la mar; agua pasada no mueve molino, etcétera —apostilló mirando a la multitud. Luego, bajando el tono de voz, le susurró al oído—: El proyecto Kingpin parece haber dado sus frutos. Hemos tenido suertecilla.

—De eso precisamente quería hablarle, Arthur. Resulta que yo...

—¡Santo cielo...! —era Chloe Fanshawe, que acababa de zarandear a dos invitados para unirse a ellos—. ¿Qué le ha pasado en la cara? ¿Y en el pelo?

Llevaba un vestido rosa muy llamativo incrustado de bordados de plata, y un triple collar de perlas adherido a los suaves pliegues de su cuello. Sin duda se había teñido el pelo, pensó Morgan, pues el negro era tan intenso que prestaba a su piel la consistencia y blancura del malvavisco.

—Mi regalo de Navidad —improvisó Morgan—. Un encendedor. He accionado el ajustador de la llama en el sentido contrario y, al ir a encender el cigarrillo, ¡whoompfff!

—Qué horror. Cuánto lo siento... Arthur, ven, que quiero presentarte a...

Morgan se abrió paso hasta la barra a puñetazo limpio. Estaba claro que esa noche no podría comunicar a Fanshawe la noticia de su dimisión. Le volvieron a llenar el vaso de *whisky*. Vio a Dalmire y a Priscilla hablándose tiernamente, y durante unos instantes volvió a invadirle el antiguo deseo. Miró a otro lado y vio acercarse a Georg Muller y a su hija Liesl. Morgan levantó la mano a modo de saludo. A ella la había visto ya otras veces; venía todos los años a Nkongsamba a pasar las Navidades.

—Me gustaría darte un beso —dijo Liesl con tono de coqueta—, pero no quiero causarte daño.

—Ahá —dijo Morgan. Estaba empezando a cansarse de explicar lo que le había ocurrido en la cara.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó Muller, elegante como siempre con su arrugado conjunto de safari color verde.

—Pues, imagínese. Un bebé llorando en el interior de una casa en llamas, y... Pero, en fin, no tiene importancia. ¿Qué tal estás, Liesl? Pareces en forma.

—No va mal —dijo. Con sus zapatos de tacones, era por lo menos diez centímetros más alta que él—. Me gustaría poder decirte lo mismo, pero, al parecer, Kinyanya no te está sentando del todo bien.

—Y que lo digas... —asintió Morgan con convicción.

—La delegación británica parece tener claro predominio —observó Muller con ironía—. El resultado de las elecciones debe de haberles satisfecho a ustedes particularmente.

—Todo depende de cómo se mire —dijo Morgan encogiéndose de hombros.

Muller se echó a reír.

—Es usted una persona muy astuta, Morgan. No he olvidado la última vez que nos vimos.

Siguió una pausa incómoda. Morgan notó de repente su mirada fría, resentida; sin duda se había oído sus tejemanejes con Adekunle y el PNK.

Liesl rompió el hielo.

—Sin embargo, el nuevo gobierno se enfrenta ya a su primera crisis. He oído que los estudiantes han ocupado los edificios administrativos. Se ha mandado llamar de nuevo a la brigada antidisturbios.

—Acabo de hablar con el vicescanciller —dijo Muller—. Estos sucesos le han agitado la Navidad.

—Me pongo en su lugar —dijo Morgan.

En ese momento vio a Adekunle aproximarse, dividiendo a su paso en dos la marea de invitados, cual nuevo Moisés ante el mar Rojo. Morgan notó que le temblaba la pierna derecha.

—Georg, mi buen amigo —exclamó Adekunle con voz estentórea—, ¿puedo robarle un momento a nuestro estropeado y malherido Mr. Leafy?

Muller hizo un amago de reverencia, y Morgan marchó tras los ropajes flotantes

de Adekunle en dirección de su tranquilo estudio.

Adekunle apoyó con precaución su voluminoso cuerpo contra el borde de la mesa.

—Muy bien, y ¿qué me cuenta? —inquirió.

—Perdone —Morgan tenía especial dificultad para concentrarse—. Enhorabuena por la victoria.

—Gracias —dijo Adekunle con tono afable—. Pero estaba pensando más bien en nuestro pacto. Me dijo que, al final, decidió no hacer la propuesta al doctor Murray.

—Así es —mintió Morgan, decidido a pacificar a Adekunle hasta no haber hablado antes con Fanshawe—. No era el momento indicado. Su humor..., habría sido vano intentarlo. Lo sentí desde el primer momento.

Adekunle encendió un pitillo.

—¿Está seguro de ello? ¿No le dijo nada? Porque ahora los planes han cambiado. Tener que pagar a Murray sería sumamente engorroso.

—Sigue decidido a dar un informe desfavorable acerca del emplazamiento en cuestión —aclaró Morgan, diciendo esta vez la verdad—. En fin, eso creo —añadió.

—Bien.

—¿Por qué «bien»? —preguntó Morgan, perplejo.

Adekunle lo miró.

—Digamos que he descubierto a un... «primo» en las oficinas del Consejo de la Universidad. Ahora bastará con extraviar las minutas del Comité de Edificaciones y Emplazamientos cuando este se reúna y Murray presente su veto —pegó una fuerte chupada al pitillo y echó ostentosamente el humo en medio de una sonrisa de satisfacción—. Un método sencillo, eficaz y, en definitiva, mucho más barato. Siento no haber podido hacer uso de él antes. Le habría ahorrado, ¿cómo diría?, algún que otro sinsabor, o incluso algún problema de conciencia.

Echó la ceniza en un grueso cenicero de cristal, que Morgan estuvo a punto de arrojárselo a la cara. Así que el informe de Murray sería interceptado. Y ahora que Adekunle era ministro de Asuntos Exteriores, sería punto menos que imposible que el doctor consiguiera llevarlo a los tribunales. Se hablaría probablemente de un pequeño escándalo; pero esto no tendría mayor transcendencia en el mundillo político kinyanyés. De repente, sintió pena de Murray y de sus solitarios esfuerzos por un mundo más «justo». Era un hombre sin suficiente poder. Los Adekunle de este mundo siempre se saldrían con la suya.

—Ah, y ¿qué hago yo, entonces? —preguntó con un tono de voz más débil de lo que le habría gustado.

—Ah, claro, nos queda usted, Mr. Leafy. Creo que por ahora le vamos a dejar pendiente de pago, como suele decirse. Todavía guarda una «deuda» considerable para conmigo, como supongo que reconocerá usted mismo. Esperaremos a que se presente la oportunidad para que pueda saldarla.

Morgan vio clarísimamente en ese momento que su carrera estaba

definitivamente acabada. Le había quedado la vaga esperanza de verse en cierto modo indultado por Adekunle, en una especie de amnistía postelectoral, ahora que todo le había salido a pedir de boca. Se alegró en el fondo de haber decidido presentar su dimisión. Le horrorizaba la ida de ser el hombre de Adekunle en el Consulado británico. Sintió una extraña sensación de alivio en medio de su desesperado estado general. Pensándolo bien, sería sumamente gratificante acabar de una vez con esta farsa que estaba representando —liberarse de esta tela de araña de mentiras y complicidades. Yo, en tu lugar, no estaría tan hueco y orondo, cacho cabrón, porque a mí poco me vas a utilizar ya.

Sonó el teléfono de la mesa. Adekunle descolgó.

—¿Sí? —dijo secamente—. ¿Cómo? ¡Esos jodíos imbéciles! Sí, sí, enviadlos. Hay que acabar con ellos esta misma noche. ¿Entendido?

Colgó el teléfono.

—Esos estudiantes —dijo—. Incendiando coches y destruyendo documentos. No puede tolerarse.

—Claro que no —convino Morgan—. Es una vergüenza.

Con la mirada turbia, Morgan se esforzaba por ver a través de los potentes focos desde la ventana del aseo del primer piso. Acababa justo de vomitar —consecuencia de dos ginebras, un champán naranja, un *whisky* y un Drambuie que había ingerido sucesivamente tras salir del estudio de Adekunle, cogiendo bebidas de las bandejas de los camareros como si hubiera intentado batir el récord mundial de la ebriedad—. Para celebrar el final de mi vida, se había dicho.

Como solía ocurrirle después de echar una vomitera, se sintió a la vez mejor y peor. Pidió un cepillo de dientes y se enjugó la boca. La gente que estaba fuera apenas había aumentado, y se mantenía tranquila y dócil. Una victoria popular muy *sui generis*, pensó, a la vez que se preguntaba cuándo pronunciaría Adekunle el discurso. Abrió la ventana y afinó el oído: creyó distinguir el canto de eslóganes, cada vez más fuerte. Será que vienen militantes de refuerzo, pensó.

Salió del cuarto de baño y avanzó tambaleándose hacia las escaleras. Quería ir a beber más, imaginando que tal vez así conjuraría el triste futuro que le acechaba. Priscilla, Adekunle, Fanshawe, Kingpin, Innocence y Murray: demasiado. Se había esforzado, se había batido, pero ya no aguantaba ese ritmo un minuto más. Había sido un combate desigual: era el momento de rendirse.

—Psst, Morgan.

Volvió la cabeza, sorprendido. Era Celia; asomada a la puerta de una habitación, le estaba haciendo señas para que entrara. ¡Celia! Cerró la puerta detrás de él y se besaron. Morgan se alegró de haberse lavado los dientes. Según pudo distinguir, se hallaban en un cuarto de huéspedes. Celia había dejado la luz apagada.

—¿Dónde te has metido? —preguntó Morgan, con voz un poco pastosa—. No te

he visto ahí abajo.

—Eso es lo que te iba a preguntar yo. ¿Recuerdas que me dijiste que te llamara? —dijo ella con tono a la vez ofendido y acusador—. Siempre ha descolgado el teléfono ese individuo de Yorkshire, que no sabía dónde andabas.

—Eh..., he estado fuera —dijo Morgan, mientras le acariciaba el pelo y le besaba las mejillas—. Tenía un asunto que arreglar —la estrechó contra él—. Te he echado de menos, Celia —empezó a hablar, pero ella lo apartó.

—Es a propósito de Sam —dijo ella con voz desesperada—. Ya lo he decidido: lo voy a dejar. Tienes que ayudarme.

—Celia, Celia —se quejó él cariñosamente—. Vamos, no empieces otra vez. Ya sé que es un cabronazo, pero ¿cómo lo vas a dejar? ¿Qué va a ser de los chicos?

Celia había sacado este tema un par de veces antes, pero él siempre había conseguido desviar la conversación.

—¡No, esta vez hablo en serio! —susurró con tono muy agudo—. Tengo un plan.

Morgan enarcó las cejas, algo alarmado de su vehemencia: le pareció realmente al borde de la desesperación.

—Sabes que no puedo ayudarte, Celia —dijo él pacientemente—. Ya no me es posible. Voy a...

—Pero ¿qué estás diciendo? —exclamó con irritación en la voz—. Tú eres la única persona que *puede*, la autoridad competente en esta materia.

Morgan se sintió vagamente halagado ante este reconocimiento de su habilidad masculina. Intentó volver a echarle el brazo por encima del hombro, pero ella lo repelió.

—Celia, querida —dijo—. Sabes que cuentas con mi entero apoyo y... afecto. Iba a haber dicho «amor», de no haberla encontrado tan alterada.

—Tú eres alguien especial para mí —dejó escapar una risita de amargura—. Eres lo mejor que me ha ocurrido desde que estoy en este asqueroso país. No, déjame, estoy hablando en serio —levantó la mano con ebria tozudez al ver que quería interrumpirle—. Me he sentido más cerca de ti que de cualquier otra persona. De verdad. Por eso me resulta tan espantoso. Es lo único que me atormenta ante la idea de marchar, querida. No quiero dejarte.

—¿*Marchar*? —jadeó ella—. ¿Qué quieres decir con «marchar»?

Morgan se atusó sus sortijillas de algodón en rama.

—Estoy metido en un lío tremendo —dijo, juzgando todavía prudente no mencionar a Adekunle—. Es por mi culpa. Por mi estupidez. Pero va en serio. Iba a perder el puesto. Así que voy a dimitir. Mañana. Regreso a Inglaterra.

Celia dejó escapar un grito ahogado.

—No puedes hacerme eso.

—¿No puedo qué, querida?

—No puedes dimitir de tu puesto.

Morgan la miró tiernamente.

—Es preciso —dijo—. Estoy en un verdadero atolladero. Si te contara, verías que es la única solución. No hay otra alternativa.

En la oscuridad de la habitación, la vio echar lágrimas como puños. Sintió que se le esponjaba el corazón: ella le era fiel, sentía algo por él.

—¡No! —dijo con un sollozo ronco y demente—. No. No puedes dimitir —repitió—. No puedes hacerlo, al menos por ahora. Te necesito. Te necesito para el visado. Eres la única persona que me puede conseguir el visado.

—¿El visado? ¿Qué visado?

Le golpeó el pecho con sus pequeños puños.

—Tienes que conseguirme un visado para Gran Bretaña —sollozó, con el rostro desfigurado por la tristeza y la aflicción—. Yo soy kinyanyesa y tengo pasaporte kinyanyés. No puedo regresar a Inglaterra sin el visado. Se necesita visado para Inglaterra y solo tú puedes dármelo.

Se dejó caer lentamente de rodillas al suelo.

Morgan se quedó de piedra. Durante unos segundos, mantuvo la respiración en suspenso. Dio un repaso fulminante a sus anteriores encuentros con ella. Recordó ahora cómo casi desde el principio le había hecho inocentes preguntas acerca de su cargo y responsabilidades: la alarma momentánea al llegar Dalmire, el alivio al saber que todavía dependían de él las decisiones. Dejó escapar un largo y tembloroso suspiro al ver la implacable y terrible verdad: él no había sido más que un instrumento de su plan de evasión; importante, sin duda, pero instrumento al fin y al cabo. Ella no podía entrar en Inglaterra con su pasaporte kinyanyés: necesitaba un visado. Por eso buscó, y encontró, a alguien que pudiera conseguírselo sin que se enterara su marido.

Morgan la miró llorar en el suelo. Otra vez te han tomado el pelo, Leafy. Pobre idiota. Sintió rabia de sus propias pretensiones; rabia y amargura por haberse creído que esta era una relación especial, diferente. Es como todo lo demás, dijo para sí con triste cinismo, exactamente igual. Pero ¿qué le importaba en el fondo a él, aristócrata del dolor y la frustración, príncipe de la angustia y la vergüenza? Se dirigió hacia la puerta.

—Lo siento, Celia —dijo—. Es demasiado tarde.

Ya en el rellano de la escalera, se secó las lágrimas, respiró profundamente varias veces y lanzó unos salvajes puñetazos hacia un enemigo invisible. Curiosamente, no sentía odio ni inquina hacia Celia. Estaba furioso consigo mismo por haber estado ciego ante la realidad. Murray llevaba razón: la vieja trampa de siempre: ser/parecer, en la que él había vuelto a caer indefectiblemente. ¿Dónde estaba esa penetrante intuición de la que tanto se vanagloriaba?, se preguntó. ¿Dónde su ojo de lince que desenmascaraba la doblez y el embuste, escudriñador infalible de las motivaciones humanas? Un zumbido sordo invadió sus oídos. Se apoyó contra la pared y cerró los ojos; pero el estruendo persistía: Abrió los ojos y se percató de que provenía del exterior. Se acercó corriendo a una ventana y la abrió: la multitud le pareció inmensa

de repente. Al otro lado del jardín iluminado, una masa oscura presionaba las alambradas y estaba invadiendo la carretera. Estaban gritando algo acompasadamente. Distinguió a una figura negra que dirigía los cánticos con un altavoz. Prestó atención. No podía creer en sus oídos.

—FAN-SHAWE —gritaba la multitud—. FAN-SHAWE, FAN-SHAWE, FAN-SHAWE.

Morgan se precipitó escaleras abajo. Los invitados se habían amontonado junto a la pared más alejada de los manifestantes. Seguían las conversaciones, pero en un tono más apagado y nervioso; parecían preocupados, sobre todo, en localizar las eventuales salidas de emergencia, como si se hallaran en un club nocturno dotado de un sistema de seguridad notoriamente defectuoso. El personal del Consulado se había agrupado por su parte y tenía un aspecto cada vez más grave. Morgan se unió a ellos.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó.

—Estábamos a punto de marchar —dijo Fanshawe con el rostro demacrado—. Dickie y Pris tienen que ir a la capital a coger el avión —tragó saliva—. Peter ha acercado el coche a la puerta principal, y nos hemos topado de pronto con este inmenso gentío. Creímos que eran seguidores del PNK, pero, en cuanto me vieron aparecer, empezaron a proferir gritos e insultos como locos.

—Sí —medió Jones—, como el ruido de una máquina de tren: FAN-SHAWE, FAN-SHAWE.

—Gracias, Denzil —ladró Fanshawe—. Todos sabemos lo que estaban gritando.

Se volvió hacia Morgan:

—¿A qué se debe todo esto, Morgan?

Todos se le quedaron mirando.

—¿Por qué me lo preguntan a mí? —protestó—. No tengo la más remota idea.

Pero, antes de que se pudiera decir otra palabra, se oyó en el piso de arriba el ruido de unos cristales rotos —lo que provocó un grito en coro por parte de las mujeres—, seguido de una lluvia de piedras contra la casa. Se produjo una dispersión general en medio de un gran alboroto: la gente corría, chillaba, se arrojaba a cuatro patas debajo de las mesas, se reunía en grupos aterrorizados mientras piedras y guijarros seguían entrando por las puertas-ventanas y venían a parar sobre la alfombra. Se volcaron sillas y butacas a modo de barricadas, detrás de las cuales se atrincheraron los aterrorizados invitados.

Morgan se precipitó hacia la puerta de entrada y la entreabrió ligeramente. Llegó justo a tiempo para ver a Peter bajando del coche del Consulado y tomar las de Villadiego. En el otro extremo del camino de entrada, a unos treinta metros de distancia, una fila de criados uniformados vigilaban la verja cerrada. Y, frente a ellos, con un megáfono en la mano, se erguía retadora la pequeña figura negra de Femi Robinson.

—INGLESES FUERA —gritaba pomposamente—. ALTO A LA INJERENCIA BRITÁNICA EN LA POLÍTICA DE KINYANYA.

Incapaz de secundar esta consigna, la multitud se contentaba con proferir a grito

pelado: «FAN-SHAWE, FAN-SHAWE, FAN-SHAWE».

Una piedra se estrelló contra la puerta. Oh, Dios mío, pensó Morgan, le dije que estaríamos aquí. Robinson ha debido convencer a un buen número de estudiantes en huelga de que es más eficaz dirigir su protesta contra Fanshawe que contra las autoridades académicas. Le he puesto en bandeja una oportunidad de oro: sorprender a los conspiradores en plena celebración. Morgan sintió náuseas. Miró a su alrededor y vio al objeto de la cólera popular con el rostro igualmente pálido de miedo.

—¿Cómo se habrán enterado de que yo vendría esta noche? —gimió Fanshawe—. Esto es espantoso, Morgan. Tiene que hacer algo.

—¿Yo?

Se oyeron nuevos gritos y quejidos entre los invitados al estrellarse contra la arcada de la casa una nueva volée de proyectiles. Morgan vio a Adekunle y a Muller acercarse hacia él.

—¿Es esto obra suya, amigo? —silbó Adekunle.

—¿Obra mía? —repitió Morgan, estupefacto de verse señalado de esa manera—. Por todos los diablos, ¡no!

—ADEKUNLE ES UN TÍTERE DEL REINO UNIDO —se oyó de nuevo gritar a Robinson.

—FAN-SHAWE, FAN-SHAWE, FAN-SHAWE —coreó la muchedumbre.

—¡Estudiantes! —Adekunle escupió la palabra—. Llamad a la policía —ordenó a uno de sus asistentes.

Muller miró por la rendija de la puerta.

—La verja no va a tardar en ceder —observó tranquilamente—. Mirad. Ahora están quemando la bandera británica.

Morgan miró por encima de su hombro y confirmó este extremo.

—FAN-SHAWE, FAN-SHAWE —seguía gritando la multitud incansablemente. Era un nombre muy pegadizo, pensó Morgan.

—Dios mío, ¿qué va a pasar si consiguen entrar? —exclamó Fanshawe con voz aterrorizada vuelto hacia su mujer, Jones, Dalmire y Priscilla, que se habían unido al grupo del *hall*. Todos ellos se arrojaron al suelo al estallar otro cristal no lejos de allí, encima de sus cabezas.

—EL PNK ES UN PARTIDO POLÍTICO BRITÁNICO —volvió a resonar la voz amplificadora de Robinson.

—Esto es vergonzoso, intolerable —rugió Adekunle—. Están destruyendo mi casa, arruinando mi reputación. Se supone que voy a pronunciar un discurso para celebrar la victoria. Dentro de una hora estarán aquí los periodistas y la televisión.

Sus palabras quedaron prácticamente ahogadas por los ensordecedores FAN-SHAWE, FAN-SHAWE, que entonaban cientos de gargantas desgañitadas.

—Me da la impresión de que solo se están metiendo con ustedes, los británicos —afirmó Muller fríamente—. No tienen nada contra el resto de los que estamos aquí. Si ustedes se marchan, es muy probable que nos dejen en paz a los demás.

—¡¡Muy bonito!! —explotó Mrs. Fanshawe, abrasando con la mirada el endeble cuerpo de Muller.

—Típica ocurrencia de teutón —ladró Fanshawe, secundando a su mujer.

—¡Mira ese! —saltó Jones patrióticamente—. Oiga, a ver quién ganó la guerra. A ver, dígalo si se atreve.

—Papá, papá, ¿qué hacemos ahora? —sollozó Priscilla. Dalmire la apretó cariñosamente contra su pecho.

—FANSHAWE ES UN CRIMINAL FASCISTA E IMPERIALISTA —exclamó nuevamente Robinson, suscitando entre la muchedumbre gritos histéricos de aprobación.

—¡Lárguense de aquí! —bramó Adekunle de repente—. ¡Fuera de mi casa ahora mismo! ¡Es una orden! —sus ojos, desmesuradamente abiertos, delataban pánico y terror.

—Eh, un momento —saltó Morgan, furioso—. No podemos salir de aquí así, como si tal cosa; nos matarían a pedradas.

Como para reforzar esta hipótesis, un nuevo cargamento de piedras se estrelló contra la puerta.

—¡Me importa un pito! —exclamó Adekunle—. Muller tiene razón. Váyanse a su casa y hagan allí su propia guerra.

Como suele decirse, pensó Morgan sarcásticamente. En su vida había visto una gentuza tan cobarde.

—Escuchadme —dijo—; tengo una idea.

Todas las caras se volvieron hacia él.

—Quieren a Arthur, ¿no? Pues démosles a Arthur.

—¡Leafy! —rugió Fanshawe, retrocediendo ligeramente—. Pero ¿se ha vuelto loco? ¿Se da cuenta de lo que ha dicho?

—Darles no a *usted*, Arthur —dijo hinchando los pulmones de confianza—; a *mí*. Yo saldré en su lugar para despistarlos; y así, mientras yo desvío la atención de la turba, ustedes aprovechan para escapar.

Se produjo un silencio repentino en el salón mientras se meditaba la propuesta. Morgan se preguntó qué le había empujado a sugerir esta idea. La bebida, sin duda. El remordimiento, también. Pero, sobre todo, el deseo de salir de allí, de *hacer* algo concreto.

—Pero ¿cómo van a saber que soy yo y no usted? —preguntó Fanshawe, en cuyo rostro brillaba una chispa de esperanza.

—Yo montaré en su coche —dijo Morgan—, y usted y todos los demás montan en el mío, que está aparcado en la carretera a unos cien metros de aquí, y salen pintando hacia la capital y la Embajada británica. De este modo Dickie y Priscilla podrán incluso llegar a tiempo para su avión —entregó a Fanshawe las llaves del coche—. Por cierto —prosiguió, nuevamente inspirado—, vamos a cambiarnos de ropa. Ordenad a los guardias que abran la verja de par en par y yo saldré con el coche a toda pastilla.

—Puede resultar —dijo Muller.

—Bien. ¡Hágalo cuanto antes! —ordenó Adekunle.

Morgan y Fanshawe se cambiaron de trajes, mientras las damas miraban castamente hacia otra parte. La chaquetilla y el pantalón de Fanshawe aprisionaron a Morgan como una segunda piel: hombros comprimidos, torso protuberante, mangas a mitad de los brazos, cinco centímetros de pantorrillas al aire entre el bajo del pantalón y el alto de los calcetines...

—Queda un poquito estrecho, ¿verdad? —dijo *Mrs. Fanshawe*, elevando el tono para hacerse oír por encima del flujo y reflujo del nombre de su marido, entonado por la muchedumbre.

—Bueno..., es solo para engañar en un primer momento —dijo Morgan jadeando, mientras improvisaba una pajarita. No verán más que una silueta negra y blanca lanzada en dirección del coche.

Entre tanto, Adekunle dio órdenes a un criado de que fuera a informar del plan a los guardias de la puerta; de mala gana, el hombre se apresuró a transmitir las consignas.

—¿Vale? —preguntó Morgan, deseoso de salir disparado cuanto antes, no fuera a cambiar repentinamente de opinión.

—Necesitamos un bigote —sugirió Dalmire.

Priscilla metió la mano en su bolso y sacó un lápiz de ojos, con el que trazó una raya gruesa sobre el labio superior de Morgan.

—¿Qué tal aspecto tengo? —preguntó este, lo que provocó un revuelo de risitas nerviosas.

—Bien —dijo—; en cuanto se haya dispersado la muchedumbre, montad en mi coche y alejaros de la ciudad. No me extrañaría nada que se presentaran mañana en el Consulado los mismos manifestantes.

Se apostó junto a la puerta. Se sentía asombrosamente tranquilo. Le alegraba la idea de salir por fin de allí. Estaba hasta el gorro de hacer el payaso en este país.

—Espere —anunció de repente *Mrs. Fanshawe*—. Le acompaño. Resultará mucho más verídico si nos ven salir a los dos. Se extrañarían al ver a Arthur escapar sin mí.

—¡No, mamá! —gritó Priscilla.

—Chloe, no puedo permitirlo —apostilló Fanshawe.

—Bobadas —exclamó *Mrs. Fanshawe*—. Marchad de aquí directamente a la Residencia, y allí intentaremos encontrarnos. Pero no nos esperéis demasiado. Si nos vemos retenidos, salid rápidamente para la capital. Aquí tengo conocidos de sobra que me pueden albergar mientras se calma la situación. No correré ningún peligro —su tono era categórico—. ¿No le parece, Morgan?

—Una brillante idea —medió Adekunle.

—No hay duda de que la operación parecerá así más realista —admitió Morgan—; pero ¿está segura...?

—¡Segurísima! —dijo. Se despidió de su familia: Fanshawe parecía un menesteroso vestido por el Ejército de la Salvación; mientras que Dalmire y Priscilla respiraban juventud y guapura (Priscilla solloza ligeramente, pero lo que más le importa es asegurarse sus vacaciones en la nieve, se dijo Morgan).

Adekunle y Muller se hallaban detrás de ellos: aquel nervioso y echando pestes, y este completamente indiferente. Al fondo, y apretujada en medio de las escaleras, estaba Celia.

Tras hacerse un signo con la cabeza, Morgan y *Mrs.* Fanshawe se detuvieron unos instantes junto a la puerta, la abrieron de improviso y salieron disparados escaleras abajo hacia el coche. Al ver aparecer al objeto de sus invectivas, la muchedumbre redobló el volumen de sus gritos y lanzó una nueva tanda de piedras. Morgan se sentó al volante y cerró la puerta con fuerza mientras, por el otro lado, *Mrs.* Fanshawe hacía lo propio casi simultáneamente. Afortunadamente, Peter había dejado las llaves sobre el salpicadero y Morgan pudo poner rápidamente el motor en marcha. Las piedras rebotaron contra la carrocería. La muchedumbre avanzó hacia las barreras profiriendo gritos desaforados.

—¡Agáchese, que voy! —exclamó Morgan.

Metió la primera e, inclinado sobre el volante, pisó el acelerador a fondo con el dedo hundido en el claxon. Sorprendida por este ataque mastodóntico, la gente que se agolpaba a la puerta retrocedió despavorida para no ser atropellada. Los guardias abrieron de par en par la verja, por la que pasó el vehículo en un abrir y cerrar de ojos haciendo un ruido infernal. Morgan lanzó en tromba el coche, cuyos cristales restallaron al ser alcanzados por una tormenta de palos, botellas y piedras. Entrevió encaramado a un árbol a Femi Robinson, el cual, loco de rabia y megáfono en mano, se esforzaba por apartar unas ramas. De un violento codazo, Morgan abrió un boquete en el parabrisas astillado y volvió a acelerar. Apelotonados a ambos lados de la carretera, los manifestantes bombardeaban el bólido. Un guijarro atravesó el cristal y alcanzó a Morgan en la frente. Maquinalmente, entonces, dio una sacudida y el auto se salió de la carretera, yendo a parar a un hoyo poco profundo. Morgan volvió automáticamente la mirada hacia atrás y vio a la muchedumbre lanzada en su persecución —los piquetes a unos treinta o cuarenta metros apenas—. Enloquecido, metió la primera y volvió a pisar a fondo; las ruedas traseras se revolucionaron en un torbellino de polvo y gravilla y, finalmente, el coche salió proyectado del hoyo. Sin reflexionar, Morgan torció en la primera desviación que encontró, siguió hasta el primer cruce, giró a la izquierda, luego a la derecha y nuevamente a la izquierda. El clamor de la turba se fue apagando poco a poco. Continuó por calles estrechas bordeadas de árboles y casas tranquilas, sudando de pánico mientras el viento fresco le golpeaba la cara a través de los cristales hechos añicos.

—Me parece que nos hemos librado —dijo con voz ronca a *Mrs.* Fanshawe.

—Sí —replicó ella sosegadamente, volviendo a sentarse convenientemente—. ¿Cree que los otros habrán conseguido escapar?

—Pienso que sí; hemos logrado distraer la atención general. Está claro que las iras de los manifestantes iban dirigidas contra nosotros..., bueno, mejor dicho, contra Arthur.

—Pobre Arthur —dijo *Mrs. Fanshawe*, llevándose la mano a la boca—. Esto le ha debido de afectar muchísimo.

Morgan no hizo ningún comentario. Examinó detenidamente la avenida en que se encontraban. Estaba completamente despistado.

La zona residencial del campus era un laberinto de avenidas oscuras y tranquilas. Posó la vista en *Mrs. Fanshawe*: no había abierto la boca prácticamente —ningún grito ni el mínimo signo de histeria—; había permanecido todo el tiempo agarrada a su asiento. Estaba impresionado. Llegaron a un cruce y pararon el coche.

—¿Tiene alguna idea sobre qué dirección tomar? —preguntó Morgan.

—¡Oh, Dios mío! Tiene sangre en la cara —exclamó ella.

Morgan se tocó la parte derecha de la frente y los dedos se le quedaron impregnados de una sustancia húmeda y oscura.

—Me ha alcanzado una piedra; un rasguño sin importancia —dijo haciéndose el duro.

—Me parece que si gira a la derecha llegaremos a la entrada principal.

Morgan siguió su consejo. Notó que las avenidas estaban extrañamente desiertas. No se había cruzado con ningún coche, y la mayoría de las casas estaban sumidas en la más completa oscuridad. La gente ha atrancado puertas y ventanas y apagado todas las luces por miedo a la horda revolucionaria, supuso. Oyó el retumbar de un trueno: la lluvia anunciada empezó a caer.

—La tormenta —comentó, por decir algo—. Esperemos que esto aplaque un poco los ánimos.

Cogieron una curva muy cerrada. Fue entonces cuando los faros del coche iluminaron la silueta solitaria de un hombre que estaba de pie junto a un cruce. Morgan pasó por delante, pero luego frenó en seco.

—¿Por qué se ha parado? —preguntó sorprendida *Mrs. Fanshawe*.

—¡Es Murray!

—¿Quién?

—Murray. El doctor Murray; ese hombre que hay ahí plantado junto a la carretera.

—¿Y bien?

—Tengo algo urgente que decirle. No tardaré más de un minuto.

Morgan bajó del coche y salió corriendo en la otra dirección.

—¡Doctor Murray! —gritó—. ¡Alex! ¡Soy yo, Morgan Leafy!

Murray, vestido como de costumbre —pantalón de franela gris, camisa blanca y corbata—, estaba esperando de pie en el arcén de la carretera. Agudizó la vista para ver mejor a Morgan.

—Pero ¿qué diablos le ha ocurrido? —preguntó con tono de auténtica sorpresa.

Morgan se dio cuenta de repente de la pinta que debía tener con el esmoquin ajustadísimo, el bigote pintado con lápiz negro, la ceja de esparadrapo y la frente ensangrentada. Le contó la que se había armado delante de la casa de Adekunle.

—*Mrs.* Fanshawe y yo hemos logrado escapar —concluyó—. Me parece que hemos arrastrado a la turbamulta detrás de nosotros.

—Lo que se dice un acto heroico —dijo Murray secamente—. Yo, en su lugar, no seguiría por esta carretera. Hay una declarada batalla campal entre la policía y los estudiantes que ocupan los edificios administrativos. Se van a topar con todo el follón. ¡Ponga el oído!

Más allá de la hierba y los setos —y como música de fondo al canto de los grillos—, Morgan percibió un griterío lejano y una especie de redoble de fuegos artificiales.

—Me han dicho que la policía disparaba ciegamente contra todo bicho viviente y que el aire está infestado de gases lacrimógenos...

—Me cago en la leche —dijo Morgan—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—La única salida que queda se encuentra a unos dos kilómetros de aquí, en sentido contrario. Pero mucho me temo que no logren dar con ella.

—Bueno, ¿y usted qué hace ahí plantado, en plena carretera, si me permite preguntarle?

—Pues le diré: estoy esperando a que pase a recogerme mi ambulancia. Mi clínica se halla al parecer atestada de estudiantes heridos, con cabezas abiertas y piernas rotas. Y varias heridas de bala.

—Qué barbaridad...

—Si quieren esconderse en mi casa, les recibiré con mucho gusto. Es ahí, al final de esta avenida.

—Gracias —dijo Morgan—. Resulta que... voy a ver si logro reunir a *Mrs.* Fanshawe con su familia y expedirlos a todos a la capital, a la Embajada británica. Me parece que vamos a intentar sortear el mogollón y deslizamos por la puerta principal.

—Como quiera; pero vayan con cuidado —aconsejó Murray—. Ya conoce a los policías antidisturbios: no se andan con chinitas.

—Seguiremos su consejo —dijo Morgan.

Hubo un silencio.

—Ah, por cierto —lo rompió Morgan de manera un poco torpe—. Me he parado porque quería que supiera que he decidido presentar la dimisión mañana mismo. Marcharé en cuanto pueda; así que... no tenga ningún reparo en lo que atañe a la presentación de su informe. Mejor así —se encogió de hombros—. Llevaba usted razón: es mejor presentar cara —trató de reír en la oscuridad, pero sin gran éxito—. Creo que es lo mejor que puedo hacer, ¿sabe? Este lugar y yo... nunca hemos hecho buenas migas. Tengo la impresión de que, en cierto sentido, voy a dar saltos de alegría cuando me encuentre lejos de todo esto —alzó una mano—. Ah, y pégueme duro a Adekunle. Ya no me puede hacer nada... usted me entiende. Le he ganado por

la mano. Je, je.

—Descuide —respondió Murray—; de eso ya me encargo yo.

Se produjo un nuevo y embarazoso silencio. Quería decirle tantas cosas..., ideas mal perfiladas, nociones apenas formuladas, disculpas, explicaciones...

—Ah, se me olvidaba otra cosa —dijo Morgan—. Me he enterado esta noche de que Adekunle cuenta con un compinche en el Consejo, que va a tratar de «extraviar» las minutas de su Comité. En su lugar, yo sacaría algunas fotocopias.

—Así lo haré —dijo Murray—. Gracias por prevenirme. No se preocupe: no logrará vender sus terrenos.

—Estupendo —dijo Morgan registrándose los bolsillos como quien busca cerillas—. Bien —asintió con la cabeza—, ¿está seguro de que no quiere que lo deje en algún sitio?

—Oh, no, gracias de verdad. La ambulancia va a llegar de un momento a otro.

—Bien —miró en derredor suyo—. En fin... —suspiró en voz alta (¿cómo expresar a Murray todo lo que sentía en ese momento?)—. Quería simplemente que usted supiera lo que ocurría.

Miró fijamente a Murray, pero estaba demasiado oscuro para distinguir claramente los rasgos de su cara. Le alargó la mano, que él estrechó con la suya, seca y fría. Morgan la tuvo agarrada unos instantes.

—Bueno, pues..., en fin, hasta pronto, Alex. Tal vez hasta la semana que viene. Probablemente pase a verle antes de marchar... En fin, estoy contento de haberle puesto al corriente...

—Muy bien —dijo Murray—. Gracias, Morgan. Muy amable de su parte.

Morgan esbozó un saludo, murmuró unas palabras ininteligibles y se dio media vuelta. La tormenta rugía encima de su cabeza. Volvió al coche, miró hacia atrás y vio la silueta erguida de Murray y el pálido reflejo de su camisa blanca.

contundentes sobre la brigada antidisturbios. El aire apestaba a gases lacrimógenos, que irritaban los ojos y producían picores en la piel. A veces, un policía nervioso soltaba una ráfaga como advertencia.

Se mascaba esa calma grávida que precede a la tormenta. A guisa de prelude dramático, algunos relámpagos rasgaban el horizonte por el oeste. Parecía que el grueso de la tormenta se alejaba de Nkongsamba, si bien algunos gotazos de lluvia vinieron a sumarse a su incomodidad.

Al dejar a Murray habían seguido por la misma avenida, cada vez más despacio según se iban aproximando al tumulto. Durante unos momentos pensaron en retroceder y buscar la otra salida, pero su desconocimiento del lugar y el miedo a tropezarse con agitadores frustrados los empujaron a abandonar el coche abollado y a intentar esquivar el problema atajando por varios jardines, hasta que acabaron donde se encontraban ahora, detrás de un matorral. Morgan miró a Mrs. Fanshawe. El borde de su vestido rosa manchado se había descosido, y las perlas de su collar reflejaban las llamas de los coches incendiados. Seguía sin dar muestra alguna de desfallecimiento.

En cambio, él estaba completamente agotado: la tensión acumulada al volante había estirado o comprimido todos y cada uno de sus músculos. Se sentía moroso, resignado y turbado por su encuentro con Murray.

—Morgan —silbó Mrs. Fanshawe—. Si estos hombres siguen avanzando, acabarán dándose de narices contra nosotros.

—Anda la hostia, pues tiene usted razón, Chloe. ¿Qué propone que hagamos? ¿Volver al coche? ¿Y si buscamos refugio en una de las casas?

—Mejor salir de una vez de este infierno —dijo ella—. Si seguimos atajando por los jardines —prosiguió, señalando las casas que bordeaban el camino de doble sentido—, probablemente nos plantemos en la entrada principal.

—Sí, buena idea —dijo él, felicitándola por su entereza y sangre fría.

Morgan tenía unas ganas enormes de tumbarse a dormir. La policía, que seguía avanzando, lanzó media docena de granadas lacrimógenas contra los edificios administrativos. Dos de ellas estallaron bonitamente en la plaza, provocando una humareda naranja que pronto se extendió por los jardines y estanques.

—¡Morgan, vámonos de aquí ahora mismo! —gritó Mrs. Fanshawe.

Él levantó los ojos y vio la primera fila de policías a tan solo treinta metros de allí; unos, armados de escudos, máscaras antigás y porras largas; otros, con fusiles al hombro. Sintió que recorría sus venas una corriente helada de puro terror; cogió la mano de Mrs. Fanshawe y, encorvados, abandonaron su escondite vegetal y se precipitaron a través de un terreno vago en dirección del alto seto del jardín más próximo.

Los policías irrumpieron inmediatamente en gritos, y Morgan entrevió con el rabillo del ojo el fogonazo de los rifles al disparar. No oyó el sonido de los disparos, sino un agudo silbido junto a la oreja, efecto de las balas que pasaron rozándole.

Exhaló un fuerte sollozo, se incorporó de nuevo y tiró con fuerza de Mrs. Fanshawe. Oyó el sordo martilleo de las botas de los policías, decididos a darles caza.

—¡Deprisa! —se desgañitó, aterrorizado—. ¡Vienen por nosotros!

El seto se erguía ante ellos en la oscuridad. Sin aminorar la marcha, bajó la cabeza, dobló un brazo y se lanzó disparado. Una rama le golpeó en pleno pecho, pero logró liberarse y cayó de bruces sobre un espacioso y tranquilo jardín, plantado delante de una casa completamente cerrada y a oscuras. Siguieron los disparos: varias balas se estrellaron y hundieron en los troncos de los árboles, segando hojas y ramitas. Están locos, se dijo, presa de vértigo; disparan contra todo lo que se les pone por delante.

—¡Venga por aquí! —le susurró, jadeante, Mrs. Fanshawe, que ya había atravesado la mitad del jardín trotando torpemente con sus elegantes zapatos.

Morgan la siguió, espoleado por los gritos de la policía, que estaba franqueando el seto a porrazo limpio.

Pasaron corriendo al jardín siguiente, se toparon contra un gallinero, lo que produjo un revuelo inimaginable de cacareos y quiquiriquís, se lanzaron a tumba abierta contra otro seto, tropezaron contra unas raíces y cayeron a un hoyo. Morgan volvió a agarrar por la mano a Mrs. Fanshawe y tiró de ella como de un remolque: el corazón se le salía por la boca, la sangre le retumbaba en los oídos, los pantalones crujían por las sisas y las piernas se habían convertido en instrumentos de tortura.

—¡Pare! —exhaló Mrs. Fanshawe.

Morgan se detuvo. Ambos se desplomaron detrás de un árbol, tosiendo y jadeando. Parecía que nadie les seguía ya. Se oyó otra explosión sorda, y un globo de llamas se elevó en la noche por encima del bloque administrativo. Otro coche que ha explotado, se dijo Morgan: el depósito de gasolina. O tal vez la policía antidisturbios que había mandado venir a la artillería. No le habría extrañado nada.

Al llegar a la valla del campus universitario empezó a llover de nuevo. No a cántaros: una llovizna ininterrumpida. Morgan apartó como pudo las alambres, pero la voluminosa Mrs. Fanshawe se rasgó lastimosamente el vestido al pasar. Subieron a cuatro patas una pendiente hasta dar con la carretera, y por fin entraron en lo que les pareció otro mundo. Ante sus miradas se hallaba una pequeña aldea, con faroles que alumbraban tranquilamente los dinteles de las casuchas y con un neón azul que alegraba la entrada de una tasca junto a la carretera. Se dejaron caer pesadamente en la cuneta. Mrs. Fanshawe se quitó los zapatos: los dos tacones habían cedido. En lontananza se oyeron gritos y petardos mientras la policía consumaba el asalto.

—¡Nos hemos librado, gracias a Dios! —exclamó Morgan.

A unos quinientos metros de allí se vislumbraban las luces de la entrada principal de la Universidad. Morgan divisó en la puerta varios camiones de policías y una especie de tanque.

—Tiraban a dar, ¿verdad? —pidió confirmación Mrs. Fanshawe con un hilo de voz, mientras se masajeaba los pies.

—Me temo que sí —confesó Morgan, nuevamente muerto de cansancio. Se puso en pie. Había que seguir adelante como fuera.

—Venga, hay que llegar hasta la Residencia —dijo, mientras ayudaba a Mrs. Fanshawe a incorporarse.

Atravesaron cojeando el templado alquitrán de la carretera en dirección del chiringuito, a cuya puerta se hallaba un joven tocado con una gorra de béisbol, todo él extrañamente iluminado por la claridad del neón. El letrero de la puerta rezaba: *SISSY'S ESTAMOS BIEN SORBOTECA*. El chico de la gorra puso cara de espanto al ver surgir de la oscuridad a Morgan y Mrs. Fanshawe.

—¡Muuuuah! —baló frotándose los ojos—. ¡Virgencita del kiwi, qué veo!

Sacudió la cabeza. Morgan miró a Mrs. Fanshawe: el jirón del dobladillo se había prolongado hasta la cadera, su vestido rosa estaba cubierto de barro, y los pinchos de las alambradas habían trazado en su corpiño un enorme siete, dejando a la vista varios centímetros cuadrados de su sujetador de nylon. Sus cabellos, habitualmente inamovibles, le colgaban por la frente en forma de enmarañadas mechas húmedas. Llevaba agarrado en cada mano un zapato. Por su parte, Morgan no sabía bien qué aspecto tendría con su traje de payaso empapado de lluvia y sudor. Ah, y el bigotito. Intentó borrarlo con la mano. De las casas de adobe, detrás del bar, surgieron varias cabezas. Se les acercó un mocoso gritando «¡Oyibo!», pero la palabra se le heló en los labios al ver el aspecto de estos extraños blancos.

—Buenas noches —dijo Morgan al joven del bar—. ¿Tener coche aquí en esta aldea?

—¿Usted querer coche?

—Sí. Yo pagar diez libras por llevarnos al Consulado inglés.

—¿Diez libras?

—Sí.

—¿Dar ahora el dinero?

—No —dijo Morgan con decisión—. Antes llevarnos, luego pagar.

El joven abandonó el chiringuito y entró en una de las casuchas, donde se inició una animada discusión. Unos minutos después apareció un hombre viejo vestido con pantalones cortos y una camiseta raída.

—Buenas noches, señor —dijo—. Yo llamarme Pious. Yo tener coche. Yo llevarlos.

Le siguieron por un sendero fangoso y maloliente hasta el lugar donde estaba aparcado el coche, un viejo Vauxhall Velox negro. Morgan subió a la parte trasera junto con Mrs. Fanshawe. El interior olía a excrementos de animal, como si el vehículo sirviera también para transporte de cabras y ovejas. Pero eso no tenía ninguna importancia ahora.

Tras varias intentonas, el asmático motor se puso finalmente en marcha, y

emprendieron rumbo al Consulado. Morgan se asombró de nuevo de la calma chicha que reinaba en las carreteras.

—¿Por qué no se ven coches esta noche? —preguntó al chófer.

—El ejército haber venido —dijo Pious tranquilamente.

—¿El ejército? ¿A cuento de qué? ¿El jaleo de la Universidad?

Pious se encogió de hombros.

—No sé. Un montón de camiones del ejército pasar esta noche. Un montón.

Morgan se volvió a arrellenar en el asiento. Recordó las alusiones de Robinson y las advertencias de Friday respecto a un pronunciamiento. Quizá el pueblo sabía cosas que ignoraban los políticos. Todo era posible aquí, se dio bien cuenta ahora. El Consulado estaba sumido en la más completa oscuridad. La casa de los Fanshawe estaba cerrada y desierta. Fanshawe había dejado una nota en la que decía que habían visto a Morgan y a Mrs. Fanshawe sortear las furias del populacho y que, por su parte, ellos habían logrado escapar sanos y salvos de la casa de Adekunle, que habían salido por la otra puerta y que, tras esperarles una hora, habían decidido marchar a la capital. Al parecer, los Jones se ofrecían a alojar a Mrs. Fanshawe mientras estuvieran ausentes sus familiares.

—Bueno —dijo Morgan al enterarse del contenido de la nota—, creo que lo mejor es que la lleve a casa de los Jones. Parece que todo ha salido bien —reflexionó unos instantes—. Puede quedarse aquí, si quiere. Yo iré a buscar a los criados, que le...

—No —dijo Mrs. Fanshawe releendo la nota—. No me apetece nada quedarme aquí sola. ¿Cree que podría ir primero a asearme un poco a su casa? Denzil podrá ir después a buscarme allí.

—Por supuesto que sí —dijo Morgan.

Pious los trasladó a casa de Morgan, el cual fue directamente a buscar el dinero para pagarle. Era un dinero que daba con agrado. Miró su reloj: las once y media. Tenía la impresión de llevar varias semanas huyendo; claro que, se dijo son risa burlona, es una impresión absolutamente cierta. Pious marchó haciendo con el coche un ruido de mil demonios, y Morgan permaneció un momento solo delante de la entrada, dejándose empapar por la llovizna. Una lluvia de poca importancia, había dicho Isaac. Durante unos instantes creyó oír los ruidos secos de una ráfaga de ametralladora. ¿Qué estaría pasando? Esta noche todos disparaban contra todos. Sintió un escalofrío. Los truenos redoblaban y los relámpagos zigzagueaban por el suroeste. Olió el olor retestinado y húmedo de la tierra y escuchó los ruidos sempiternos de los murciélagos, los sapos y los grillos.

Volvió a entrar en la casa. De pie, en medio de la alfombra, Mrs. Fanshawe se estaba mirando el vestido. Tuvo un conato de risa al ver entrar a Morgan.

—Dios mío, qué aspecto tenemos, Morgan.

Morgan sonrió. Ella tenía una pinta extraña con sus pequeños pies descalzos, la raja del vestido que le dejaba toda la cadera al descubierto, los pelos en batalla y la

mitad de su combinación al aire: parecía la superviviente de un accidente aéreo. Solamente las tres hileras de perlas recordaban a la Mrs. Fanshawe del principio de la velada.

—Quiero que sepa que le estoy muy agradecida, Morgan.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué?

—Por todo lo que ha hecho esta noche. Se ha portado magníficamente.

Morgan meneó la cabeza.

—Gracias —dijo—. Usted también ha estado muy bien —apostilló tímidamente.

Estas felicitaciones recíprocas crearon una situación embarazosa que les hizo clavar la vista en la alfombra. Morgan dirigió sus pasos hacia el mueble-bar.

—¿Le apetece algo de beber, o prefiere antes un baño? —preguntó.

—¡Oh, creo que primero va a ser el baño! ¡Qué maravilla!

Morgan la acompañó a su dormitorio a través del pasillo y le enseñó el cuarto de baño.

—Hay toallas de sobra —dijo—. Pero siento mucho no poder ofrecerle un vestido nuevo.

—No se preocupe por eso —le aseguró ella.

Morgan volvió al salón y se sirvió un *whisky*. Se sentó en una butaca y bebió un trago. Fuera, en la noche, la lluvia repercutía suavemente contra los follajes antes de ir a parar a los canalillos. Estaba hecho polvo. Presentía los problemas y las broncas que le aguardaban: su dimisión, el furor de Adekunle, el escándalo por lo de Celia. Apretó las mandíbulas al recordar el encuentro que había tenido con ella unas horas antes en una de las habitaciones de su casa. Por cierto, qué caramba, se dijo en un súbito raptó de generosidad: tendrá su visado. Qué más me da ya... Ella se había encontrado en una situación límite: en su lugar, yo habría hecho lo mismo o peor aún. Mañana le solucionaré la papeleta.

Se levantó y se sirvió otro *whisky*. Se sentía abandonado y desmoralizado. Todo lo que había hecho hasta ese momento no había servido para nada, pensó. Ni siquiera había sido capaz de conservar su trabajo. Oyó el ruido de la puerta de batiente y vio entrar a Mrs. Fanshawe. Venía envuelta en un albornoz azul y traía su vestido en la mano.

—¿Por casualidad no tiene por ahí hilo y aguja? —inquirió con mirada inocente—. Voy a intentar hacer unos pequeños remiendos antes de llamar a Denzil.

Morgan registró sus cajones y halló lo que le había pedido. Mrs. Fanshawe se sentó y se puso a recoser su vestido. Morgan encontró esta escena doméstica extrañamente turbadora. Le recordó con desagrado la tarde en la que ella le estuvo probando el traje de Papá Noel. El día en que... Se excusó diciendo que iba a darse una ducha él también.

En el cuarto de baño, se desnudó y, bajo el agua fría, limpió su cuerpo del sudor y del polvo. Se agachó para recoger el jabón y lo encontró húmedo y resbaladizo. Mientras se enjabonaba pensó con una sonrisa sardónica que, unos minutos antes, esa

misma pastilla había seguido un itinerario idéntico por los recovecos de la jamona Mrs. Fanshawe. Descubrió un reguero de talco en el suelo, así como varios cabellos sueltos que resaltaban, por su negrura, sobre el fondo de la bañera. Sin saber por qué, sintió un poco de aprensión y le pareció que se le hacía un nudo en la garganta. Mrs. Fanshawe y él habían vivido juntos un montón de cosas esa noche, se dijo. Habían afrontado serios peligros; les habían disparado varias veces...

Se puso unos pantalones y una camisa y volvió descalzo al salón. Mrs. Fanshawe estaba sentada en el diván, con su vestido remendado junto a ella. Su cara estaba desmaquillada, y sus cabellos negros, aún mojados y peinados hacia atrás, dejaban ver su frente blanca.

—¿Ha llamado ya a Denzil? —preguntó Morgan con un tono de voz inhabitual en él.

—No —dijo ella con parsimonia, haciendo una pausa antes de agregar—: He decidido que prefiero quedarme aquí esta noche, si no tiene inconveniente.

¡Oh, Dios mío!, se dijo Morgan mientras se desabotonaba la camisa. No, por favor, no. Pero ¿qué estoy haciendo, a qué estoy jugando?, se preguntó presa de histeria. Al otro lado de la cama, Mrs. Fanshawe, con los ojos clavados en Morgan y con una extraña y tranquila sonrisa en los labios, se estaba despojando de la bata. Morgan la miraba también a los ojos y apenas reparaba en su inmenso cuerpo blanco en paños mínimos: solo recibió una breve imagen borrosa de unas tetas despampanantes que desbordaban su coraza de nylon, como también vio entre nubes su movimiento para bajarse las bragas, revelando momentáneamente un islote negro en medio de unas caderas macizas y cremosas, antes de que se metiera en la cama y se cubriera con las sábanas hasta el cuello.

Morgan se quitó los pantalones. Tras haberle preguntado si podía quedarse esa noche, ella se había levantado y se le había acercado.

—Veamos un poco cómo va esa herida de la frente —le dijo en tono imperioso, y él bajó la cabeza dócilmente para que pudiera ver mejor, quedando sus caras a diez centímetros una de otra. Morgan tragó saliva. De improviso empezaron a besarse y a acariciarse excitadamente.

Y ahora ella estaba metida en su cama. Se bajó el slip y se deslizó entre las sábanas para unirse a ella, que lo atrajo hacia sí. Posó, vacilante, la mano sobre su cadera, un lugar sin peligro. Su piel era increíblemente delicada y suave al tacto.

Ella lo estrechó con fuerza. Él notó el entrechoque de sus dos inmensos globos. Ella le cogió la cabeza entre las manos.

—Morgan —dijo—, hemos hecho demasiadas cosas juntos esta noche para no... para no estar ahora aquí, en la cama.

Él asintió con la cabeza. Notó que su miedo y su sorpresa dejaban paso a la excitación. Deslizó la mano lentamente por sus anchurosas caderas. Bruscamente,

recordó que las bragas de Priscilla estaban en el cajón de la mesita de noche. Qué mundo más curioso —se dijo algo desconcertado—, que permite estas coincidencias tan irrisorias...

—¿Recuerdas el día en que viniste a probarte el traje de Papá Noel? —preguntó ella con ternura.

Él volvió a asentir con la cabeza.

—Desde aquel momento no he dejado de pensar en ti —siguió diciendo—; en serio.

Bueno, pero no se creerá que lo hice adrede, matizó Morgan en su fuero interno; espero que me conceda unas técnicas de seducción más refinadas que *eso*. Como para demostrarlo, hundió la cabeza entre sus pechos, y luego pegó un buen chupetón a uno de sus pezones, lo que ella agradeció exhalando un suspiro.

Sonó el teléfono de la mesilla. Morgan levantó la cabeza.

—Creo que es mejor que conteste —dijo—. Voy a descolgarlo en el salón. Probablemente sea...

Ambos sabían quién. Se echó por encima el albornoz y corrió a través del pasillo.

—¿Sí? —dijo al descolgar.

—¿Mr. Leafy?

—Sí, el mismo.

—¿El cónsul adjunto británico?

—Así es.

—Aquí el inspector Gbeho, de la comisaría central de Nkongsamba.

—Buenas noches, inspector —Morgan se anudó el cinturón del albornoz—. ¿Puedo hacer algo por usted?

—Acabo de llamar a Mr. Fanshawe, al Consulado; pero nadie contesta. Según mis registros, usted es el oficial británico que le sucede en el escalafón.

—Así es —repitió Morgan, empezando a impacientarse—. ¿Qué ocurre en realidad?

—Bueno; se trata simplemente de una llamada de rutina, como siempre que fallece alguien. Para que queden informados.

—¿Un muerto?

—Sí, un súbdito británico.

Morgan sintió que el corazón le latía más deprisa. Respiró profundamente y cerró los ojos. Empezó a temblarle todo el cuerpo.

—Ya veo. ¿Quién es?

—Un hombre. Un tal doctor Murray. Alexandre Murray. De la Universidad... ¿Oiga? ¿Está usted ahí todavía, Mr. Leafy?

—¿Ha muerto?

—Sí, señor.

—¿Cómo... qué ha ocurrido?

—Creo que transportaba estudiantes heridos a la clínica Ademola en la

ambulancia de la Universidad. El vehículo ha patinado y se ha estrellado contra un árbol. A causa de la lluvia sobre la carretera. El doctor Murray ha fallecido en el acto.

—¿Nadie más?

—No. Algunos heridos leves. ¡Ah, sí!, el chófer se ha roto una pierna.

—¿Ha advertido a su familia?

—Sí, señor.

—Gracias por haber llamado, inspector. Me pondré en contacto con usted mañana por la mañana.

Morgan colgó despacio el teléfono. Murray había muerto. Se esforzó por aceptarlo. Era duro. Salió a la veranda. Muerto. Como Innocence. En su mente se agolparon toda clase de imágenes. Se cubrió el rostro con las manos.

—¿Quién era, Morgan? —lo llamó Mrs. Fanshawe desde la puerta de la alcoba; estaba envuelta en la sábana—. ¿Arthur?

—No. La policía. Murray ha muerto —dominó la emoción—. El doctor Murray.

—¿Muerto? ¿El tipo que vimos esta noche?

—Sí, él.

—¿Qué ha pasado?

—Un accidente. En su propia ambulancia, para colmo. Algo completamente sin sentido, absurdo.

—¡Oh! ¿Vienes a la cama?

—Sí. Un minuto solamente.

La lluvia seguía cayendo, rebotando suavemente sobre el tejado. Morgan permaneció inmóvil junto a la baranda escudriñando la noche. La tormenta se alejaba hacia la costa. Por encima de la jungla, hacia el sur, fulguraron una tanda de relámpagos. Shango estaba enfadado. Morgan pensó que debía ir a dar el pésame a la familia de Murray, y este pensamiento le produjo un nudo en la garganta y le hizo llorar. ¿Por qué Murray?, se preguntó, desazonado. Un tío tan estupendo. Era un tipo de personas que escaseaba por aquí. Koyo, Friday, Murray. ¿Por qué no Dalmire, o Fanshawe? ¿Por qué no yo?

—¡Morgan! —lo llamó Mrs. Fanshawe—. Vamos, te estoy esperando.

Se dio media vuelta para unirse con ella. Adekunle no derramaría lágrimas. Ahora podría vender fácilmente su terreno. A Murray esto le haría muy poca gracia, recordó. A propósito, él debía hacer algo en ese sentido; sobre todo ahora que ya no tenía nada que perder. Aunque fuera poco; pero algo. Innocence iba a tener su entierro; Celia, su visado; por qué no hacer «justicia» a Murray... Pero ¿qué quedaba de Morgan Leafy? Casi nada, se respondió. Casi nada. Sin trabajo, sin porvenir, con Mrs. Fanshawe esperándole en la alcoba. Y Hazel. Hazel, que le había dicho que no quería que se fuera... Pero no, no estaba seguro de que hubiera sido sincera.

Empujó la puerta batiente y se dirigió lentamente rumbo a su habitación y a Chloe Fanshawe. Se preguntó qué pensaría de ello Murray. Pues qué va a pensar; nada de particular. Vivo o muerto, Murray no dejaría nunca de irrumpir en su vida. De

repente, se le quitaron las ganas de seguir el juego: dos gruesos cuerpos blancos gimiendo y jadeando en una absurda parodia de amor...

Se detuvo en el umbral de la alcoba. Chloe Fanshawe estaba recostada sobre la cama, con la cabeza apoyada en una mano; al verlo entrar, apartó la sábana que tapaba su inmenso cuerpo.

—Vaya, ya estás aquí por fin. ¿Dónde te habías metido?

—Mira, Chloe —empezó a hablar, titubeante—, acabo de pensarlo mejor y me parece que no...

Fuera, en la oscuridad, la lluvia caía suavemente, los sapos y los grillos cantaban, y todos los demás insectos estaban empezando a desplegar sus alas en espera de que escampara. Los disturbios habían terminado, el campus estaba desierto y de los coches calcinados se elevaban retazos de humo. En otras partes del país, unidades del ejército sitiaban el palacio presidencial, tomaban las estaciones de radio y televisión e iniciaban el arresto de los líderes políticos más destacados. Innocence yacía en el recinto empantanado de los criados y Murray sobre una losa de mármol, en el depósito de cadáveres de la clínica Ademola. La tormenta se alejaba hacia la costa, y Shango, ese dios misterioso e incomprensible, seguía lanzando olímpicamente sus rayos sobre la jungla silenciosa.

Notas

[1] Condecoraciones británicas. <<